

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

SWIFT

**VIAJES
DE GULLIVER**



BUENOS AIRES

1914

VOLU **625** MEN

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

SWIFT

VIAJES DE GULLIVER

TRADUCCIÓN DE
RAMÓN MÁXIMO SPARTAL



BUENOS AIRES
1914

Derechos reservados.

INDICE

PRIMERA PARTE

	<u>PÁGS.</u>
I.—Motivos que indujeron al autor a viajar.—Naufraga y se salva a nado en el país de Lilliput.—Sus habitantes le aprisionan, y en esta disposición le conducen al interior.	9
II.—El emperador de Lilliput, acompañado de algunos de su corte, visita al autor en su prisión.—Descripción de la persona y traje de Su Majestad.—Sabios nombrados para instruir en su idioma al autor.—Gracias que consigue por su dulzura.—Comisión para el registro de sus faltriqueras.	19
III.—El autor divierte al emperador, y la grandeza de ambos sexos, de un modo muy extraordinario.—Descripción de los regocijos públicos de la corte de Lilliput.—Consigue su libertad condicional.	27
IV.—Descripción de Mildendo, capital de Lilliput, y del palacio del emperador.—Conversación entre el autor y un secretario de Estado sobre los negocios del Imperio.—Ofertas que el autor hace de servir al emperador en sus guerras.	33
V.—El autor evita el desembarco de los enemigos con una habilidosa estratagema.—El emperador le confiere un gran título de honor.—Llegan embajadores del de Blefuscu a pedir la paz.—Préndese fuego en la habitación de la emperatriz, y el autor contribuye eficazmente a apagarlo.	39
VI.—Costumbres de los habitantes de Lilliput, su li-	

	PÁGS.
teratura, leyes, estilos y método de educar a sus hijos.	44
VII.—El autor, avisado de que intentaban procesarle por delito de alta traición, se refugia en el reino de Blefescu.	53
VIII.—El autor logra por un accidente favorable la proporción de dejar a Blefescu; y, vencidas algunas dificultades, vuelve a su patria.	62

SEGUNDA PARTE

I.—El autor, después de haber sufrido una fuerte tempestad, desembarca en un país desconocido, donde uno de sus habitantes le recoge.—De qué manera le tratan.—Idea del país y sus naturales.	69
II.—Retrato de la hija del labrador.—Llevan al autor a una ciudad donde había mercado, y desde allí a la capital.—Exacta relación de su viaje.	80
III.—El autor recibe orden de pasar a la corte, en donde le compra la reina y le presenta al rey.—Disputa con los sabios de Su Majestad.—Le dan habitación en palacio.—Se convierte en favorito de la reina.—Defiende el honor de su patria.—Querellas con el enano de la reina.	87
IV.—Diferentes invenciones del autor para agradar a los reyes.—El rey se informa del estado de Europa, cuya relación hace el autor.—Observaciones de Su Majestad sobre este tema.	100
V.—Celo del autor por el honor de su patria.—Hace al rey una proposición ventajosa que no es admitida.—Literatura de este pueblo, imperfecta y limitada.—Sus leyes, sus negocios militares y sus partidos en el Estado.	109
VI.—El rey y la reina emprenden un viaje hacia la frontera, llevando consigo al autor.—Circunstancias ocurridas en su salida de aquel país para volver a Inglaterra.	116

TERCERA PARTE

	<u>PÁGS.</u>
I.—El autor emprende un tercer viaje.—Da en manos de piratas: malignidad de un holandés.—Llega a Laput.	128
II.—Carácter de los laputienses.—Idea de sus sabios, de su rey y de su corte.—Recibimiento que hacen al autor.—Temores e inquietudes de los habitantes.—Carácter de las mujeres.	134
III.—Fenómeno explicado por los filósofos y astrónomos modernos.—Los laputienses son grandes astrónomos.—Cómo apacigua el rey las sediciones.	140
IV.—El autor deja la isla de Laput para bajar al país de los balnibarbas.—Su arribo a la capital.—Descripción de esta ciudad y sus contornos.—Es recibido con agasajo por un personaje principal.	144
V.—El autor pasa a ver la academia y hace su descripción.	150
VI.—Prosigue la descripción de la academia.	155
VII.—El autor deja a Lagado y llega a Maldonada.—Hace un corto viaje a Glubbubdrid.—De qué manera le recibe el gobernador.	159
VIII.—Regreso del autor a Maldonada.—Embárcase para el reino de Luggnagg.—A su arribo es arrestado y conducido a la capital.—Cómo le reciben.	166
IX.—De los struldbruggs o inmortales.	170
X.—El autor parte de la isla de Luggnagg para el Japón, donde se embarca en un navío holandés.—Llega a Amsterdam y de allí pasa a Inglaterra.	179

CUARTA PARTE

- I.—El autor vuelve a emprender otro viaje de capitán de navío.—Su tripulación se subleva, le encierra, le aprisiona y después le pone en tierra sobre una costa desconocida.—Descripción

	PÁGS.
de los «yahous».—Dos «houyhnhms» se le presentan.	183
II.—Llevan al autor a casa de un «houyhnhm».—De qué manera le reciben.—Cuál era el alimento de los «houyhnhms».—Dificultad de encontrarle para sí el autor.	189
III.—El autor se aplica a perfeccionarse en la lengua, aprovechando las lecciones del «houyhnhm» su amo.—Diferentes «houyhnhms» le visitan por curiosidad.—Hace a su amo una breve relación de sus viajes.	194
IV.—Ideas de los «houyhnhms» acerca de la verdad y la mentira.—Los discursos del autor son censurados por su amo.	200
V.—El autor expone a su amo los motivos que tal vez suelen encender la guerra entre las naciones de Europa; y en seguida le explica cómo se la hacen los particulares unos a otros.—Pintura de los procuradores y jueces de Inglaterra.	207
VI.—Del lujo, la intemperancia y enfermedades que reinan en Europa.—Carácter de las cortes europeas.	213
VII.—Paralelo de los «yahous» y de los hombres.	219
VIII.—Filosofía y costumbres de los «houyhnhms».	224
IX.—Parlamento de los «houyhnhms». — Cuestión importante tratada en esta asamblea de toda la nación.—Pormenores de algunos usos del país.	228
X.—Felicidad del autor en el país de los «houyhnhms».—Delicias que encuentra en su conversación.—Modo de vida que emprende entre ellos.—Es desterrado de la comarca por decreto del Parlamento.	233
XI.—El autor es herido de una flecha disparada por un salvaje.—Arriba a Nueva Holanda.—Da en manos de portugueses que le conducen a Lisboa, de donde pasa a Inglaterra.	241
XII.—Invectiva del autor contra los viajeros que no guardan veracidad en sus relaciones.—Justifica la suya.—Su modo de pensar acerca de si intentase la conquista de los países que ha descubierto.	250

ADICIÓN A LOS VIAJES DE GULLIVER

PÁGS.

Introducción. 257

PRIMERA PARTE

- I.—El autor se embarca para Ostende, donde le hacen capitán del «Dragón de Oro».—Sigue su rumbo, llega a Tenerife y continúa hasta San Salvador: allí se escapan ocho de su tripulación en la chalupa.—El gobernador rehusa mandar hacer su pesquisa.—Parte de esta ciudad y arriba a las costas de Brobdingnag. 265
- II.—Muerte desgraciada de «Lmnsrimpno» y «Trtptm-psmic».—El autor, marineros y chalupa son llevados a Lorbtulgrud.—El rey y la reina le manifiestan su estimación.—Logran escaparse.—Tempestad violenta.—Un navío holandés sumergido.—Su tripulación se salva a bordo del «Dragón de Oro», y va a dar a una costa desconocida. 269
- III.—Gulliver envía doce hombres a tierra.—Los ingenieros siguen.—Arman tiendas y las guarnecen de trinchera.—Su navío deshecho, construyen una pinaza en que se embarcan ocho de tripulación para Batavia.—El autor es nombrado general en jefe de ingleses y holandeses.—Oficiales electos para servir a sus órdenes, y otras varias cosas. 279
- IV.—Morrice refiere las particularidades de su viaje. 292
- V.—El autor pasa con los suyos a Sporunda.—Descripción del «Osparenibon» y otras particularidades interesantes. 301

SEGUNDA PARTE

- I.—El autor parte de Sporunda con sus compañeros, y llegan a las montañas.—Descripción de su ruta.—Encuentran bestias feroces, y Gulliver se ve en un inmenso riesgo. 310

- | | PÁGS. |
|---|-------|
| II.—El autor y sus compañeros pasan el río y entran en el reino de los sevarambos.—Descripción de su viaje hasta la capital y acogida que les dan. | 319 |
| III.—Descripción de las provincias de los ambiciosos, de los trapacistas y de los necios.—El autor con los suyos se presenta al rey de los sevarambos: cómo los recibe: leyes, religión, usos y costumbres de aquellos pueblos. | 324 |
| IV.—El autor con los suyos acompaña al rey de los sevarambos a un viaje.—Descripción de las cosas maravillosas que vieron.—Castigo de un ministro de Estado corrompido.—Regreso del autor a Sevarambia. | 330 |
| V.—Amores de Morrice y de Sermodas, e historia de una dama holandesa. | 351 |
| VI.—El autor se embarca con su gente para Monatamia.—Su arribo a esta isla.—Parten a Batavia.—Vuelven a tomar la ruta de Inglaterra.—Conspiración de la tripulación.—Gulliver vese obligado por los suyos a entrar en la chalupa con algunos oficiales.—Dos marineros matan a Morrice por disfrutar de su mujer.—Esta dama ahogada con un marinero.—Gulliver es recibido a bordo de un navío francés.—Su arribo a Francia, de donde pasa a Inglaterra. | 370 |

VIAJES DE GULLIVER

PRIMERA PARTE

VIAJE A LILLIPUT

I

MOTIVOS QUE INDUJERON AL AUTOR A VIAJAR.—NAUFRAGA Y SE SALVA A NADO EN EL PAÍS DE LILLIPUT.—SUS HABITANTES LE APRISIONAN, Y EN ESTA DISPOSICIÓN LE CONDUCEN AL INTERIOR.

Mi padre, cuya hacienda en la provincia de Nottingham era moderada, tenía cinco hijos: yo era el tercero. A la edad de catorce años me envió al Colegio de Emmanuel en Cambridge. Allí cumplí los diez y siete; pero, siendo demasiado el gasto de mi manutención, determinó trasladarme a la casa del señor Santiago Bates, famoso cirujano en Londres, en clase de discípulo, donde permanecí otros cuatro años. Mi padre me enviaba de vez en cuando algunas partidillas de dinero que empleaba en aprender el pilotaje y las matemáticas, lo más necesario para los que se forman el designio de viajar por mar, como que preveía que había de ser éste mi destino. Habiendo dejado al señor Bates, me volví a la casa de mi padre; y tanto de él como de mi tío Juan y algunos otros parientes, pude recoger hasta cuarenta libras esterlinas con la promesa de otras treinta por año para mante-

nerme en Leiden. Pasé allá, y me apliqué al estudio de la Medicina por espacio de dos años y siete meses, persuadido de que podría serme útil algún día en mis viajes.

Salí de Leiden, y a poco tiempo obtuve por recomendación de mi buen maestro el señor Bates el nombramiento de cirujano con destino a *La Golondrina*, donde estuve tres años y medio a las órdenes del capitán Abraham Panell, su comandante, en cuyo tiempo hice mis viajes a Levante y a otras partes. A mi regreso, determiné establecerme en Londres; el señor Bates me animó a tomar este partido, y me encargó de sus enfermos. Alquilé un cuarto en una pequeña hospedería sita en el cuartel que llaman Old-jewry, y a pocos días tomé estado con una doncella cuyo nombre era María Burtón, hija segunda del señor Eduardo Burtón, mercader, en la calle de Newgate, la cual me trajo cuatrocientas libras esterlinas en dote.

Pero mi amado maestro Bates murió dos años después, y no teniendo otro protector, mi clientela principió a decrecer, y mi conciencia no me permitía imitar la conducta de la mayor parte de cirujanos, cuya ciencia es bastante semejante a la de los procuradores. Esta fué la causa por que, después de haber consultado a mi mujer y algunos de mis amigos más íntimos, tomé la resolución de emprender todavía un nuevo viaje por mar. Fui cirujano sucesivamente en dos navíos, y esta proporción, ayudada de diferentes viajes que hice en el espacio de seis años a las Indias Orientales y Occidentales, aumentaron un poquito mi fortuna. Empleaba el tiempo libre en leer los mejores autores antiguos y modernos, estando siempre surtido de un cierto número de libros; y cuando estaba en tierra no me descuidaba de observar las costumbres y carácter de los pueblos, procurando instruirme en el idioma del país, que no me

costaba mucha dificultad, porque la memoria era buena.

El último de estos viajes no fué tan feliz que no me dejase disgustado del mar, inspirándome el partido de estarme quieto en mi casa con mi mujer y mis hijos. Parecióme acertado mudar de habitación. Trasládeme de Old-jewry a la calle de Fetterlane, y de allí a Waping, con la idea de adquirir práctica entre los marineros ; pero no me salió la cuenta.

Después de haber pasado tres años en la vana esperanza de que mejorasen mis negocios, acepté un partido ventajoso que me fué propuesto por el capitán Guillermo Prichard, próximo a salir en el *Antelope* para el mar del Sud. Nos embarcamos en Bristol el día 4 de mayo de 1699, y nuestro viaje por entonces fué feliz.

Es inútil cansar al lector con la relación minuciosa de nuestras aventuras en aquellos mares : baste decir que en nuestra travesía a las Indias Orientales sufrimos una tempestad cuya violencia nos arrojó hacia el nordeste de la tierra de Van-Diemen. Por una observación supe que estábamos a treinta grados y dos minutos de latitud meridional. Doce de nuestra tripulación habían ya perecido por el excesivo trabajo y malos alimentos. El 5 de noviembre, que era el principio del verano en aquel país, estando el horizonte un poco obscuro, descubrieron nuestros marineros una roca que no distaba más del navío que lo largo de un cable ; el viento era tan fuerte que, impeliéndonos directamente contra el escollo, quedamos encallados en un momento. Otros cinco de la tripulación y yo nos echamos prontamente a la chalupa, y de este modo pudimos escapar del navío y de la roca. Casi tres leguas corrimos a fuerza de remo ; pero el cansancio no nos permitía ya continuar ; extenuados casi por completo, nos abandonamos a la vo-

luntad de las olas, y a los pocos segundos un golpe de viento norte nos hizo zozobrar.

No sé cuál fué la suerte de mis compañeros de chalupa, ni de los que buscaron asilo en la roca, o quedaron en el navío, pero creo que todos perecieron; yo fuí nadando a la aventura; el mismo viento y la marea me llevaban hacia tierra; de cuando en cuando dejaba caer las piernas, pero no hallaba fondo. En fin, estando ya para abandonarme, me hallé de pies en el agua; la tempestad habíase calmado, mas como la dirección era casi involuntaria, anduve otra media legua primero que pude tomar tierra. Después no descubría casa ni vestigio alguno de habitantes, aunque el país estaba bien poblado; con estas miras, recorrí casi un cuarto de legua hasta que el sueño me rindió; porque la misma fatiga, el calor, y una media azumbre de aguardiente que habia bebido al tiempo de abandonar el navío, todo concurría a excitarlo. Me acosté sobre la hierba, que era muy fina, y no tardé un segundo en quedarme dormido tan de veras, que no desperté en nueve horas. Al cabo de este tiempo, quise levantarme, mas no pude. Yo me había echado de espaldas, y me encontré amarrado contra el suelo por los cuatro extremos: el pelo preso en la misma conformidad, y una porción de ligaduras muy delgaditas rodeaban mi cuerpo desde los sobacos hasta los muslos. El sol principiaba a calentar, y como no podía mirar a otra parte, su gran resplandor me hería la vista, sin tener medio de averiguar la causa de un murmullo muy confuso que oía en mi derredor hasta que sentí que se movía algo sobre la pierna izquierda, que, adelantándose suavemente hacia el pecho, subió hasta cerca de la barba. ¡Cuál fué mi admiración cuando vi una figurita de criatura humana, alta como de seis pulgadas lo más, arco y flecha en mano y su aljaba a la espalda! Seguíanle otros cuarenta de la misma especie. No pude

menos de romper en tan destemplados gritos, que, atemorizados, huyeron todos aquellos animalillos y aun hubo algunos, según supe después, que recibieron golpe mortal por haberse arrojado precipitadamente de mi cuerpo al suelo. Pero no tardaron en volver, y uno de ellos, que tuvo la bizarría de acercarse tanto que pudo descubrir bien todas las facciones de mi rostro, levantando las manos y los ojos por una especie de admiración, exclamó en una voz áspera, pero inteligible : *Hekinad Degul*. Los demás repitieron varias veces las mismas palabras, aunque entonces no comprendí el sentido. Mi sorpresa crecía por momentos ; en fin, continuando mis esfuerzos, tuve la fortuna de romper las ligaduras del brazo derecho que estaban sujetas a una estaca, la cual no había visto hasta que cedieron algo las prisiones. Fui a hacer lo mismo con las del pelo ; pero sentí un dolor tan fuerte al tiempo de tirar, que solamente conseguí dejar en movimiento libre la cabeza, porque aflojaron los cordeles (cordeles más finos que los mismos cabellos). Apenas lo advertieron, emprendieron la fuga lanzando destemplados chillidos. Cesó el rumor, y oyendo que uno de ellos daba las voces : *Tolgo Phonac*, sentí al mismo tiempo herida la mano izquierda de más de cien flechas que me punzaban como si fuesen otras tantas agujas : sucesivamente hicieron otra descarga al aire, al modo de nuestras bombas en Europa, y yo creo que algunas de ellas caían parabólicamente sobre mi cuerpo, aunque no las distinguía, y otras me daban en la cara, que procuré tapar con la mano derecha. Pasó esta granizada, y yo volví a probar de levantarme ; entonces me hicieron otra descarga mayor que la primera, y algunos miraban a herirme con lanzas, lo cual no pudieron conseguirlo gracias a mi chupa de ante que era impenetrable. Comprendí que lo más acertado era estarme quieto, sin mudar de postura hasta la noche,

que, desenredando el brazo izquierdo, podría quedar en libertad ; y respecto a los habitantes con justa razón me consideraba de igual fuerza a los más poderosos ejércitos que podían oponerme, siempre que fuesen todos de la misma talla que los vistos hasta entonces. Pero la fortuna me reservaba una suerte muy diversa.

Luego que aquellas gentes notaron que no me movía, cesaron de dispararme flechas ; mas, por el murmullo que oía, advertí que se aumentaba el número considerablemente, y como a dos toesas de distancia de mi oído izquierdo sonaba un ruido que parecía de trabajadores. Con efecto, volví un poco la cabeza, en cuanto me lo permitían las prisiones, y vi que habían construido un tablado de pie y medio de alto capaz de contener cuatro hombrecitos de aquellos, con su escalera para subir a él. Habiéndose colocado, principió a perorar uno de ellos que denotaba ser personaje importante ; pero yo no le entendí palabra. Antes de la arenga, exclamó tres veces : *Langro Dehul San*, cuyas palabras repitió sin interrupción, explicándolas también por señas para que yo las comprendiese, y a continuación se adelantaron cincuenta hombres para cortar las ligaduras que me sujetaban la cabeza por el lado izquierdo, de suerte que quedé con facultad de poderla volver hacia la derecha, y observar bien el gesto y manoteo del que hablaba. Parecióme de mediana edad y de más talla que los tres que le acompañaban, de los cuales uno, que tenía trazas de paje, recogía la cola de su bata, y los otros dos estaban en pie a los lados para sostenerle. Yo le tuve por buen orador ; y por las reglas del arte pude entender que mezclaba en su discurso ciertos períodos de amenazas y promesas. Mi respuesta fué tan sucinta que se redujo a un corto número de demostraciones de sumisión, levantando la mano izquierda, y los ojos al sol, como poniéndole por tes-

tigo de que moría de hambre, pues hacía mucho tiempo que no comía. A la verdad, mi apetito apretaba tanto, que no pude menos de manifestar mi impaciencia (acaso contra las reglas de buena crianza) llevando el dedo muy a menudo hacia la boca para significar que tenía necesidad de alimento. El *Hurgo* (que, según supe después, es el nombre que ellos dan a un personaje) me entendió perfectamente. Bajó del tablado, y prontamente dió orden de que ródese mi cuerpo de escaleras, y subiesen por ellas más de cien hombres cargados de canastos de vianda, los cuales se dirigieron a mi boca. Había carnes de diferentes animales que mi paladar no distinguía. También había perniles, y costillas como de carnero, todo muy bien sazonado, pero eran más pequeñas que alones de alondra. Dos o tres, con seis panes, pasaron de un bocado. Los sirvientes estaban tan aturridos de mi talla como de mi prodigioso apetito. Hice seña de que necesitaba beber, y, juzgando por lo que había devorado, se hicieron cargo de que no me bastaría una moderada porción de bebida; ésta fué la ocasión en que quisieron hacer ostentación de su bizarría: era pueblo de bríos, y con mucho desembarazo levantaron un barril de vino de los mayores que tenían y le llevaron rodando hasta el alcance de mi mano, donde le abrieron. Bebímelo de un trago con gran delicia; lleváronme otro, también lo escurrí; por último, fué preciso hacer seña de que aun necesitaba más barriles.

Habiéndome visto hacer todas estas proezas, prorrumpieron en una algazara festiva, y principiaron a bailar repitiendo muchas veces, como antes habían hecho, *Hekinad Degul*. Siguió la aclamación universal con las palabras *Peplom Selam*, y acercándose una multitud de ellos por el lado izquierdo, aflojaron los cordeles hasta cierto punto que, permitiéndome el alivio de volverme para desbeber, conseguí desem-

peñar esta función a expensas de la admiración del pueblo, que, previendo lo que iba a hacer, no se descuidó en separarse convenientemente para no perecer ahogados. Es de advertir que algún tiempo antes me habían untado suavemente la cara y manos con una especie de unguento aromático, que en muy corto rato me curó la picazón de las flechas. Todas estas circunstancias ayudadas de los refrescos que había tomado, me excitaron prontamente un sueño que duró cerca de ocho horas : además, los médicos, por orden del emperador, habían aderezado el vino a prevención con varias drogas soporíferas.

Mandó el emperador de Lilliput (éste era el nombre del país) que mientras dormía me transportasen a su corte. Esta determinación parecerá acaso valiente y arriesgada, y yo'aseguro que en iguales circunstancias no sería del agrado de ningún soberano de Europa : sin embargo, a mi modo de entender, también era un pensamiento prudente ; porque si aquellos pueblos hubiesen intentado matarme dormido con sus lanzas y flechas, precisamente hubiera despertado al primer sentimiento de dolor, me hubiera encolerizado hasta romper los cordeles que restaban, y, como ellos no eran capaces de resistirme, los hubiera destruído y acabado con todos.

Dispusieron, pues, un carro de tres pulgadas de alto, siete pies de largo, y cuatro de ancho, con veintidós ruedas, de cuya construcción se encargaron cinco mil ingenieros y carpinteros que trabajaron con suma ligereza. Cuando estuvo acabado, lo llevaron al sitio donde yo estaba ; pero faltaba que vencer la principal dificultad, que era el levantarme y colocarme en él. Para esta empresa fijaron en tierra ochenta pértigas de dos pies de altura cada una y pusieron a sus extremos una multitud de garruchas bien firmes, por las cuales pasaron unas fuertes maromas como del grueso de un bramante, asegurados en ellas mu-

chos ganchos. Con éstos me prendieron por unas ligaduras o vendaje con que me habían fajado desde el cuello hasta las piernas; y, habiendo destinado novecientos hombres de los más robustos a tirar de las maromas, en menos de tres horas consiguieron levantarme y colocarme en el carro a su satisfacción. He sabido todo esto por la relación que después me hicieron, pues mi sueño duró más que toda la manobra. Por último, con mil quinientos caballos de los mayores de las caballerizas del emperador, que tenía cada uno casi cuatro pulgadas y media de alto, me arrastraron a la capital, que distaba un cuarto de legua.

Ya llevábamos cuatro horas de camino cuando repentinamente desperté por un acaso bastante ridículo. Habían parado un pequeño rato los carreteros a componer no sé qué cosa, y aprovechando la ocasión dos o tres curiosos, que deseaban examinar mi fisonomía, se acercaron con mucha cautela a mi rostro; el uno, que era capitán de guardias, me tenía puesta la sutil punta de su espontón tan inmediata a la ventana izquierda de mi nariz, que al menor descuido me hizo cosquillas, y desperté dando estornudos. Anduvimos bien el resto del día, y entrada la noche acampamos, dejando quinientas centinelas, la mitad con hachas encendidas y la otra mitad armadas de arco y flecha. Al día siguiente al salir el sol continuamos la marcha, y al mediodía estábamos ya a cien toesas de las puertas de la ciudad. Salió el emperador a verme con toda su corte; pero sus generales nunca consintieron que se expusiera su imperial persona subiendo encima de mi cuerpo, como algunos de ellos habían tenido el atrevimiento de hacer. En el sitio donde paramos había un templo antiguo que estimaban por el mayor de todo el reino, el cual había sido violado algunos años antes por un homicidio, y

lo miraban ya como profano, según las leyes de aquellos pueblos, por cuya razón le destinaban a diferentes usos. Resolvieron alojarme en aquel vasto edificio. Su puerta principal, que miraba al Norte, tenía cerca de cuatro pies de altura, y casi dos de ancho. A cada lado había una ventanita distante del suelo seis pulgadas. Por la de la izquierda pasaron los cerrajeros del emperador noventa y una cadenas semejantes a las que llevan las damas de Europa en sus relojes, poco menos gruesas, y con ellas me amarraron la pierna izquierda, cerrándolas con treinta y seis candados. Frente a frente del templo, al otro lado del camino real, y a distancia de veinte pies, había una torre que tenía lo menos cinco de altura : allí era donde el emperador debía subir con varios de los primeros personajes de su corte para poder verme con toda comodidad y satisfacción. Los habitantes que salieron de la ciudad, movidos de la curiosidad, aseguran que pasaron de cien mil, y a pesar de toda la guardia creo que en diferentes veces hubieran subido sobre mi cuerpo con escaleras, lo menos diez mil hombres, si no lo hubiese prohibido un bando que se publicó por orden del Consejo de Estado. Pero, cuando me puse en pie y di dos o tres pasos, fué tan grande la sorpresa del pueblo, que no es fácil explicarla ; este alivio debí a las nuevas prisiones que tenían casi seis pies de largo y me permitían hacer un medio círculo.

II

EL EMPERADOR DE LILLIPUT, ACOMPAÑADO DE ALGUNOS DE SU CORTE, VISITA AL AUTOR EN SU PRISIÓN.— DESCRIPCIÓN DE LA PERSONA Y TRAJE DE SU MAJESTAD.—SABIOS NOMBRADOS PARA INSTRUIR EN SU IDIOMA AL AUTOR.—GRACIAS QUE CONSIGUE POR SU DULZURA.—COMISIÓN PARA EL REGISTRO DE SUS FALTRIQUERAS.

Salió un día el emperador a caballo, y por querer verme pudo costarle muy caro. Espantado el caballo de mi presencia, se encabritó, pero aquel príncipe, que era diestrísimo jinete, se tuvo firme sobre los estribos hasta que llegó la comitiva y agarraron las bridas. Su Majestad echó pie a tierra, y sumamente sorprendido estuvo observándome por todos lados, mirando al mismo tiempo mi cadena con su vista.

La emperatriz, los príncipes y princesas de la sangre, acompañados de numerosas damas, sentáronse en unos canapés algo distantes. El emperador es más corpulento que ninguno otro de su corte, y esto le hace más temible a los que le miran. Sus facciones son toscas y esforzadas, los labios gruesos, la nariz aguileña. El color aceitunado; es airoso y bien proporcionado de miembros; tiene gracia y majestad en todas sus acciones. Ya había pasado la flor de su juventud, tenía cerca de veintinueve años, y estaba en el séptimo de su reinado. Para mirarle con más comodidad me acostaba de un lado, de suerte que mi cara quedaba paralela con la suya a distancia de toesa y media. Pero, pasado algún tiempo, le tuve diferentes veces en la palma de la mano, y por esta razón no puedo equivocarme en el retrato que acabo de hacer. Su vestido era sencillo, y todo de un solo color, la mitad a lo asiático y la otra mitad a lo europeo; y en la cabeza llevaba un ligero casco de oro

guarnecido de preciosas joyas, con un penacho magnífico. Tenía armada su diestra de una espada desnuda en estado de defensa, por si acaso quebrantaba yo las prisiones: esta espada era de tres pulgadas de largo con puño y vaina de oro y diamantes. La voz era áspera, pero clara e inteligible, por lo que podía yo oírla sin trabajo aunque estuviese en pie. Las damas y cortesanos estaban todos soberbiamente vestidos, de suerte que el terreno que ocupaban parecía a mis ojos un hermoso brial bordado y tendido sobre el suelo con figuras de oro y plata. Su Majestad Ilustrísima me honraba con su conversación a cada instante, pero no nos entendíamos el uno al otro.

Al cabo de dos horas se retiró la corte, dejándome una fuerte guardia para estorbar la importunidad del populacho, o acaso malicia, con que indiscretamente se atropellaban por acercarse a mí. Algunos tuvieron la temeraria vilantez de tirarme flechas, una de las cuales se me hundió en el ojo izquierdo; pero el coronel hizo arrestar a seis de los principales de aquella canalla, y no hallando otra pena más proporcionada a su delito, los entregó en mis manos bien atados y seguros. Yo los tomé con la derecha, y guardándome cinco en el bolsillo de la casaca, me quedé con el sexto fingiendo que quería tragarle vivo. El pobre hombrecillo daba unos alaridos tan horribles, que excitaban ya la compasión del coronel y sus oficiales, especialmente cuando me vieron sacar mi cortaplumas. Pero no quise llevar más adelante su desconsuelo: con mucha humanidad y dulzura corté prontamente los cordeles que le oprimían, le puse en el suelo con cuidado, y echó a correr. Lo mismo hice con los demás sacándolos uno a uno del bolsillo, y noté con sumo gusto que tanto la tropa como el paisanaje habían quedado muy satisfechos y conmovidos de acción tan generosa, la cual pintaron en la corte

con términos tan ventajosos que me hacían mucho honor.

Extendióse por todo el reino la noticia de mi prodigiosa estatura, y quedaron limpias las provincias de gente curiosa y desocupada. Aun las aldeas se despoblaban de suerte que la agricultura hubiera padecido mucho si Su Majestad Ilustrísima no lo hubiese evitado por medio de repetidas órdenes y edictos. Mandó, especialmente, que todos aquellos que ya me hubiesen visto se retirasen inmediatamente a sus casas y no volviesen al lugar de mi residencia sin permiso especial. No se sabe las sumas tan considerables que ganaron los oficiales de la secretaría de Estado con motivo de estas circulares. ✕

El emperador reunió muchas veces su Consejo para determinar lo que deberían hacer conmigo ; después he sabido cuánto les embarazó este negocio. Temían que algún día rompiese mis prisiones y quedase absolutamente libre. Decían que mi excesivo consumo dejaría el reino exhausto de víveres, y convenían en que era preciso matarme de hambre o con flechas envenenadas ; pero hallaban el reparo de que la putrefacción de un cuerpo como el mío infestaría la corte y toda la tierra. Estando en estos discursos, llegaron a la puerta del salón donde estaba reunido el Consejo imperial varios oficiales del ejército, y entrando dos de ellos dieron cuenta de la acción que acababa de ejecutar con los seis criminales de que he hablado, y su relato causó una impresión tan favorable en el ánimo de Su Majestad y de todo su Consejo, que sin esperar más fué expedido un decreto imperial obligando a todas las aldeas de cuatrocientas cincuenta toesas a la redonda a que aprontasen cada día por la mañana seis vacas, cuarenta carneros, y otros víveres necesarios para mi sustento con cantidad proporcionada de pan, vino, y otras bebidas. Y para el

más pronto reintegro de estos gastos, hizo Su Majestad la asignación sobre su propio tesoro.

Aquel príncipe no tiene otras rentas que las del patrimonio real, y solamente en urgencias muy interesantes impone tributos a sus vasallos, que tienen obligación de seguirle a la guerra a expensas propias. Asimismo destinaron para mi asistencia seiscientas personas con buenos sueldos, y abonada la construcción de tiendas de campaña muy cómodas, que pusieron a los dos lados de la puerta. También se decretó que trescientos sastres me hiciesen un vestido al uso del país; que seis literatos de los más sabios del imperio se encargasen de instruirme en su idioma; y por último, que los caballos del emperador, los de la nobleza, y las compañías de guardias hiciesen con frecuencia el ejercicio delante de mí para acostumbrarlos a mi figura. Todos estos artículos fueron exactamente cumplidos. Yo hice rápidos progresos en el conocimiento del idioma de Lilliput, y entretanto el emperador no solamente me honraba con repetidas visitas, sino que algunas veces ayudaba a mis maestros.

Las primeras palabras que aprendí fueron las más precisas para pedirle mi libertad con el mayor ahinco, y todos los días se las repetía puesto de rodillas; pero siempre me respondía que tuviese paciencia hasta que pasase algún tiempo, porque así convenía, que no podía determinar por sí solo este negocio sin consultar a su Consejo; y que en el caso de conformarse era preciso exigirme un solemne juramento de guardar paz inviolable con él y con sus vasallos; que no me apresurase, y sería tratado con toda la benignidad posible; y que entretanto procurase conservar su estimación, y la de sus súbditos con la resignación, y una buena conducta. También me previno que no tuviese a mal si acaso daba orden a dos oficiales para que me registrasen; porque verosíblemente podía lle-

var conmigo algunas armas ofensivas y perjudiciales a la seguridad de sus dominios. Yo le respondí que estaba pronto a desnudarme en su presencia y vaciar todos mis bolsillos : a esto me replicó que por leyes del Imperio era forzoso que hiciesen el reconocimiento dos comisarios ; que bien sabía no podía ejecutarse sin consentimiento mío, y que en prueba del buen concepto que de mí había formado vería cómo ponía sin recelo a sus comisarios en mis manos. Que si éstos me recogían alguna cosa, me sería devuelta fielmente cuando me retirase del país, o se me pagaría completamente su valor por el precio que yo mismo pudiese.

Con efecto, vinieron los dos comisarios a hacer la visita, y yo mismo los introduje en un bolsillo de la casaca, y sucesivamente en los demás.

Estos oficiales iban prevenidos de papel, tintero y plumas, hicieron un inventario muy exacto de todo cuanto vieron, y luego que acabaron me pidieron los volviese al suelo para ir a dar cuenta de su comisión al emperador.

El inventario estaba concebido en estos términos :

«Primeramente en la faltriquera derecha de la casaca del *gran hombre montaña* (doy esta significación a las palabras *quimbus flestrin*) habiendo practicado un minucioso registro, no hemos encontrado más que un retazo de tela ordinaria, que puede muy bien servir de alfombra en el salón de respeto de Vuestra Majestad. En la izquierda hemos encontrado un cofre de plata muy grande con su tapadera del mismo metal, la cual no pudimos levantar, suplicamos a dicho *hombre montaña* que la abriese, y habiendo entrado en él uno de nosotros los comisarios, se halló atollado en polvo hasta las rodillas, de suerte que no dejó de estornudar en dos horas, y el otro en siete minutos. En la faltriquera derecha de su chupa en-

contramos un paquete disforme de substancias blancas y delgadas, dobladas una sobre otra, cuyo volumen sería como el de tres hombres de nosotros, y estaban atadas con una cuerda fortísima : por unas figuras negras que tenían, discurrirnos serían escrituras. En la izquierda había una gran máquina plana, armada de unos dientes gruesos y muy largos, al modo de las empalizadas que resguardan los jardines de Vuestra Majestad. En la faltriquera grande del lado derecho de su *tapa-medio* (así traduzco la palabra *ranfulo*, con que pretendían explicar mis calzones) vimos un pilar enorme de hierro, hueco, unido a una gruesa pieza de madera de mayor anchura, que tenía a un lado otras varias piezas también de hierro trabajadas de relieve, y terminaban con un guijarro cortado en declive ; no supimos lo que era esto. Y en la faltriquera compañera había otra máquina de la misma especie. En la faltriquera pequeña del lado derecho había varias piezas redondas y llanas de metal rojo y blanco de diferentes tamaños ; algunas de las blancas que nos parecieron de plata eran tan anchas y pesadas que entre los dos apenas podíamos levantarlas. Item, dos alfanjes de bolsillo bien afilados, cuya hoja se doblaba sobre un canal que tenía la empuñadura, y estaban colocados en una gran caja o estuche. Aun faltaban dos faltriqueras que registrar, a las cuales llamaba él *secreto* ; éstas eran dos cortaduras en la parte superior de su *tapa-medio*, pero muy estrechas por razón del vientre que las oprimía : por fuera del *secreto* de la derecha colgaba una terrible cadena de plata, y al extremo interior tenía una máquina sumamente prodigiosa. Le pedimos que sacase todo lo que correspondía a dicha cadena, y vimos salir una especie de globo, la mitad de plata, y la otra mitad de un metal transparente, con algunas figuras muy extrañas delineadas en círculo ; creímos poder tocarlas ; pero nos detuvo los dedos una subs-

tancia luminosa. Aplicamos el oído a dicha máquina, y oímos un ruido continuo, poco menos que en nuestros molinos de agua. Juzgamos que esto no puede ser otra cosa que algún animal desconocido, o la deidad que él adora ; pero nos inclinamos más a esto último, porque nos aseguró (si es que pudimos entenderle, pues se explica muy imperfectamente) que rara vez hacía alguna cosa sin consultarle primero : llamábale su oráculo, y decía que le señalaba el tiempo para cada acción de su vida. Del *secreto* colateral sacó una red capaz de poder servir a un pescador, con sola la diferencia de que se abría y se cerraba ; dentro de ella encontramos diferentes piezas macizas de un metal amarillo, que si son de verdadero oro, su valor será inestimable.

Después de registradas sus faltriqueras con toda escrupulosidad, en cumplimiento de las órdenes de Vuestra Majestad, reconocimos también una faja que tenía alrededor de su cuerpo, la cual parece de la piel de algún animal exquisito, y pendía de ella al lado izquierdo una espada de largo de seis hombres. Al lado derecho tenía una bolsa o faltriquera con dos senos, capaz cada uno de encerrar en sí tres robustos vasallos de Vuestra Majestad. En uno de ellos había muchos globos o balas de un metal muy pesado, casi tan gordas como nuestra cabeza, de suerte que para levantarlas es menester mucha fuerza.

«Esto es cuanto resulta de la visita que nosotros los comisarios hemos hecho al dicho *hombre montañés*, e inventario practicado en su consecuencia, habiéndonos recibido con toda la urbanidad y respeto correspondiente a la comisión de Vuestra Majestad. Firmado y sellado el cuarto día de la luna ochenta y nueve del muy feliz reinado de Vuestra Majestad.

»FLESEN FRELOK.—MARSI FRELOK.»

Leído que fué en presencia del emperador, me

mandó con mucha cortesanía que le entregase todos estos efectos uno por uno. Lo primero que me pidió fué la espada. A prevención había dado orden para que a distancia proporcionada guarneciesen su puesto tres mil hombres escogidos entre sus guardias, armados de arco y flechas ; mas no lo había yo advertido por el pronto, porque tenía mis ojos fijos en Su Majestad. Presenté mi sable. Díjome que le desnudase, obedecí, y aunque algo ultrajado del agua del mar conservaba bastante brillantez. Causó tal alboroto entre la tropa, que al instante me mandó envainarlo, y que sin dar golpe lo tirase en el suelo como a seis pies de distancia de donde alcanzaba mi cadena. Después me pidió uno de los pilares de hierro huecos, que así llamaban a mis pistolas de bolsillo : saqué las dos, y queriendo saber cuál era su uso se lo expliqué como pude ; advertí a Su Majestad que no se asustase, y cargándolas con pólvora sola, las disparé al aire. La sorpresa general no tiene punto de comparación con la que experimentaron cuando saqué el sable ; todos cayeron de espaldas como tocados de un rayo ; y aun el mismo emperador, que era en extremo animoso, no volvió en sí hasta pasado algún tiempo. Le entregué ambas pistolas del mismo modo con la provisión de pólvora y balas que llevaba, y le advertí que no la acercase al fuego si no quería ver volar por los aires su palacio imperial ; esto le dejó más aturdido. También le presenté el reloj, que estuvo examinando con mucha admiración, y mandó que lo llevasen colgado de un gran palo sostenido en los hombros de dos soldados los más esforzados de su guardia, al modo que llevan un barril los mozos de la cerveza en Inglaterra. Pero lo que más le pasmaba era aquel ruido continuo y el movimiento del minute-ro que seguía con la vista sin la menor molestia, pues aquellos naturales la tienen mucho más perspicaz que nosotros. Consultó largamente a sus doctores, y cada

uno le daba distinta opinión como puede imaginarse el lector.

Sucesivamente fuí entregando las monedas de plata y cobre, el bolsillo del oro con nueve piezas de las mayores que tenemos y algunas otras pequeñas, el peine, la caja de plata, el pañuelo y el libro de memorias o diario. El sable, pistolas, pólvora y balas fué todo al arsenal de Su Majestad, pero los demás efectos quedaron en mi alojamiento. Y a pesar de la diligencia de los comisarios, pude reservar en otra faltriquera secreta que no me encontraron un par de anteojos, de que me servía alguna vez por tener cansada la vista, un telescopio, y otras varias bagatelas de ninguna importancia para el emperador, y para mí muy necesarias si llegaba a verme algún día en libertad, evitando por este medio que las extraviasen o rompieran.

III

EL AUTOR DIVIERTE AL EMPERADOR, Y LA GRANDEZA DE AMBOS SEXOS, DE UN MODO MUY EXTRAORDINARIO.— DESCRIPCIÓN DE LOS REGOCIJOS PÚBLICOS DE LA CORTE DE LILLIPUT.—CONSIGUE SU LIBERTAD CONDICIONAL.

Quiso un día obsequiarme el emperador con algún espectáculo brillante, en que, a la verdad, exceden aquellos pueblos a todas las naciones que conozco, tanto por su destreza, como por su magnificencia; pero nada me dió tanto gusto como ver una compañía de volatineros lucir su habilidad sobre un hilo bastante delgado que no tenía tres pies cabales de largo.

Allí se dedican solamente a este ejercicio aquellos que aspiran a los primeros empleos y desean ser favoritos de la corte; con estas miras los acostumbran desde pequeños a tan noble ocupación, que está vin-

culada a las personas de alto nacimiento. Cuando vaca algún empleo honorífico, sea por muerte del que lo gozaba o por destitución (que sucede muy a menudo), presentan memorial al emperador cinco o seis pretendientes pidiendo permiso para divertir a Su Majestad y su corte con un bailecito en la cuerda, y aquel que salta más alto sin caer es el elegido. Pero no por esto quedan exentos de volver a subir a la cuerda cuando el emperador lo ordene, para mover la emulación de los demás, y hacer ver que no han perdido su habilidad aunque sean grandes magistrados o primeros ministros, como frecuentemente se verifica. Flimnap, tesorero mayor del Imperio, pasa por ser el más hábil y diestro en dar cierta cabriola lo menos una pulgada más alta que ninguno otro de aquellos personajes. Yo le vi ejecutar varias veces un salto muy peligroso (que nosotros llamamos *sommerset*) puesto encima de una tablita de madera suelta sobre la cuerda, que no era más gruesa que un bramante ordinario. Redresal, primer secretario, se le acercaba mucho.

Son muy frecuentes los accidentes funestos en tales funciones, y los más de ellos se registran en los archivos imperiales. Yo me hallé presente en dos o tres de aspirantes estropeados; pero las mayores desgracias suceden cuando se pasa orden a los ministros, pues haciendo los más grandes esfuerzos por distinguirse se exceden a competencia, y exponen sus vidas con notable riesgo. Me contaron por muy cierto que un año antes de mi llegada, Flimnap se hubiera abierto la cabeza infaliblemente si no acierta a caer sobre uno de los almohadones del emperador.

Tienen otra diversión que está reservada para el emperador, la emperatriz y el primer ministro. Esta se reduce a que el emperador tiende sobre una mesa, convenientemente separadas, tres hebras de seda de largo de seis pulgadas: la una carmesí, la otra amarilla y la otra blanca, que son otros tantos premios

para aquellos que quiere recompensar con una gracia singular. Se hace esta ceremonia en el salón de audiencias de Su Majestad, donde, presentándose los candidatos, han de dar forzosamente una prueba tal de su habilidad que no he visto cosa que se le parezca en ningún otro país del antiguo ni del nuevo mundo.

El emperador tiene un bastón con los dos extremos paralelos al horizonte; algunas veces toma el primer ministro un extremo, y a veces lo tiene éste solo. Llegan los concurrentes uno a uno, y van saltando por encima. Aquel que muestra mejor acierto, agilidad y ligereza es premiado con la seda carmesí: el segundo con la amarilla, y el tercero con la blanca. Cada uno se hace un cinturón de la suya, y después llevan siempre este distintivo, que a más de darles honor, les inspira una orgullo generoso.

Queriendo divertirse el emperador conmigo de un modo bastante original, ordenó que se pusiesen sobre las armas todas las tropas que guarnecían la capital y sus inmediaciones; y habiéndome mandado poner en pie, como si fuera un coloso, abiertas las piernas todo cuanto me fuese posible, sin que resultara daño, dió orden a su general, soldado viejo muy experimentado, de que formase aquella parte de su ejército en columna con la proporción de veinticuatro hombres de frente en la infantería y diez y seis en la caballería, y que así desfilasen marchando por entre mis piernas, con las armas al hombro, desplegadas las banderas, y tambor batiente. Era un cuerpo de tres mil infantes, y mil caballos. Su Majestad había impuesto pena de la vida al soldado que no observase la mayor compostura y moderación con respecto a mi persona; pero como en la oficialidad había muchos jóvenes, y a la verdad mi ropa estaba bastante estropeada, no faltaron curiosos que me miraban, y no podían marchar de risa.

Eran ya tantos los memoriales y peticiones que había presentado en solicitud de mi libertad, que al fin propuso Su Majestad este asunto primeramente al Consejo del Despacho, y después al de Estado, sin otra oposición que la del ministro Skyresh Bolgolam, quien, sin saber por qué, se declaró mi enemigo. Pero todo el resto del Consejo estaba a mi favor, y el emperador aprobaba su resolución. Este ministro, que era *galvet*, esto es, almirante mayor, se había granjeado la confianza de su señor por su habilidad en el manejo de los negocios públicos; mas era de un espíritu áspero y caprichoso. Pudo conseguir que le encargasen de la redacción del expediente en cuya virtud podría concedérseme la libertad. El mismo Skyresh Bolgolam en persona, acompañado de dos subsecretarios y de otras varias gentes de distinción, vino a leérmelo; y habiéndome propuesto su observancia por juramento solemne al uso de mi país, que desde luego presté, me lo exigió sucesivamente con todas las ceremonias establecidas por sus leyes, que son las siguientes: toman el dedo pulgar del pie derecho con la mano izquierda, y llevan la derecha a la cabeza, poniendo el dedo de en medio en la coronilla o parte superior, y el pulgar junto a la oreja del mismo lado. El lector estará, sin duda, impaciente de saber el estilo de aquellos pueblos, y artículos preliminares de mi liberación, y por no tenerle inquieto me he tomado el trabajo de traducir a la letra todo el decreto.

«Golbasto Momaren Evlame Gurdilo Sheein Mully Uvy Gue, muy poderoso emperador de Lilliput, las delicias y el terror del Universo, cuyos dominios se extienden cinco mil *blustrugs* (esto es, casi seis leguas en circuito) a las extremidades del globo; soberano de todos los soberanos, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies constriñen la tierra contra su centro, y con su cabeza toca al sol; de quien

una simple ojeada hace temblar las rodillas de los potentados ; amable como la primavera, placentero como el verano, abundante como el otoño, terrible como el mismo invierno ; a todos nuestros vasallos amigos y leales, salud.

»S. A. M. propone al *hombre montaña* ciertos artículos preliminares, cuya observancia será obligado a ratificar por juramento solemne.

»1.º El *hombre montaña* no saldrá en ninguna manera de nuestros vastos dominios sin nuestro permiso expreso, y autorizado con el gran sello.

»2.º No tendrá libertad de entrar en nuestra corte sin nuestra orden expresa, a fin de que haya tiempo de avisar a todos sin confusión, que se recojan a sus casas, y no salgan de ellas.

»3.º El dicho *hombre montaña* no podrá pasear sino en los caminos reales de ruedas, y se guardará bien de pisar, ni acostarse en ninguno de nuestros prados y mieses.

»4.º Cuando pasee en los dichos caminos pondrá todo el cuidado posible en no despachurrar con sus enormes pies a ninguno de nuestros fieles vasallos, sus caballos o carruajes ; y no será osado a poner sus manos sobre ninguno de nuestros dichos vasallos a menos de que preceda su consentimiento.

»5.º Si fuere necesario que algún correo de gabinete salga a diligencia demasiado urgente será obligado el *hombre montaña* a llevar dentro de su faltriquera al dicho correo hasta seis jornadas, una vez en cada luna, y (requerido que sea) deberá sacarle y ponerle en nuestra presencia imperial sano y salvo.

»6.º Será nuestro aliado contra nuestros enemigos de la isla de Blesfescu, y hará cuanto esté de su parte para destruir la flota que actualmente están armando, con destino a hacer un desembarco en nuestras costas.

»7.º El dicho *hombre montaña* en las horas que

tenga desocupadas prestará su socorro a nuestros obreros, ayudándoles a subir ciertas piedras de mucha magnitud para concluir las paredes de nuestro gran parque y edificios imperiales.

»8.º Luego que el *hombre montaña* haya hecho el juramento solemne de observar todos los artículos aquí contenidos, gozará para su sustento de la ración diaria que correspondería a mil ochocientos setenta y cuatro hombres de nuestros súbditos, con acceso libre cerca de nuestra persona imperial, y otras muestras de nuestro favor. Dado en nuestro palacio de Belfaborac el día doce de la luna noventa y una de nuestro reinado.»

Juré y firmé todos estos artículos con suma complacencia, aunque algunos de ellos no me eran tan honrosos como yo quisiera : éste fué el efecto de la malicia del almirante mayor Skyresh Bolgolam. Quitáronme las cadenas, y quedé libre. El emperador me hizo el honor de asistir personalmente a la ceremonia de mi soltura. Di a Su Majestad las más humildes gracias arrodillado a sus pies ; pero al instante me hizo levantar en términos los más generosos.

El lector ha podido observar que en el último artículo del decreto de mi libertad se conformaba el emperador con que se me diese toda la porción de vianda y bebida capaz de alimentar a mil ochocientos setenta y cuatro liliputienses ; pasado algún tiempo, tuve la curiosidad de preguntar a un cortesano íntimo amigo mío por qué me habían señalado esta cantidad tan determinada, y me respondió que los matemáticos de Su Majestad habían tomado la altura de mi cuerpo por medio de un cuarto de círculo, y habiendo computado el grosor, hallaron que correspondía a mil ochocientos setenta y cuatro de ellos, calculando de aquí, atendida la *similidesidencia* de su cuerpo, que debía tener un apetito mil ochocientas setenta y cuatro veces mayor que el suyo. Este detalle bas-

tará al lector para formarse idea de la ingenuidad de aquellos pueblos, y de la economía discreta, exacta y perspicaz de su emperador.

IV

DESCRIPCIÓN DE MILDENDO, CAPITAL DE LILLIPUT, Y DEL PALACIO DEL EMPERADOR.—CONVERSACIÓN ENTRE EL AUTOR Y UN SECRETARIO DE ESTADO SOBRE LOS NEGOCIOS DEL IMPERIO.—OFERTAS QUE EL AUTOR HACE DE SERVIR AL EMPERADOR EN SUS GUERRAS.

El primer memorial que presenté después de haber conseguido mi libertad, fué para obtener el permiso de ver a Mildendo, capital de aquel Imperio. El emperador me lo concedió, habiéndome encargado que no hiciese ningún daño a sus habitantes ni en sus casas. Mandóse publicar por bando para que todos supiesen mi designio de visitar la ciudad. La muralla que la defendía por todos lados tenía dos pies y medio de altura y once pulgadas lo menos de ancho, de suerte que podía muy bien rodar en ella un coche y dar su vuelta alrededor sin peligro. Estaba asimismo flanqueada de fuertes torres a diez pies de distancia la una de la otra. Yo entré por la puerta occidental y anduve las dos calles más principales muy despacio y siempre de costado sin otra ropa que un juboncillo corto por no arruinar los tejados con los bordes de la chupa; teniendo cuidado de no pisar a algunas gentes que habían quedado en las calles no obstante las órdenes terminantes comunicadas a todos a fin de que se recogiesen en sus casas y se mantuviesen en ellas sin salir de ninguna manera hasta que yo me retirase. Los balcones y ventanas del primero, segundo, tercero y aun del cuarto piso, las de los desvanes y sobrados estaban todas cubiertas de un número considerable de espectadores; has-

ta en los mismos tejados había gentes, de donde inferí que la ciudad debía ser excesivamente populosa.

Su figura es un cuadro perfecto que forman cuatro lienzos de muralla de quinientos pies cada uno. Las dos calles principales que se cruzan y la dividen en cuarteles iguales tienen cinco pies de anchura; las demás donde no pude entrar tendrán de once a diez y ocho pulgadas. Puede contener muy bien aquella ciudad quinientas mil almas. Las casas tienen tres o cuatro pisos. Sus tiendas bien surtidas; sus mercados abundantes. Antiguamente tuvieron buena ópera y comedia; mas faltaron aquellos autores a quienes promovía la liberalidad del príncipe y cesaron estos espectáculos.

El palacio del emperador, situado en el centro de la ciudad, donde se cruzan las dos calles mayores, estaba cercado de una pared de veintitrés pulgadas de altura, a veinte pies de distancia del edificio. Su Majestad me permitió echar una pierna por encima de la pared para poder ver su palacio por todos lados. La plazuela exterior que forma, es un cuadro de cuarenta pies, y dentro de él hay otras dos. En la más interior está la habitación de Su Majestad, que era lo que más deseaba yo ver; pero esto era muy difícil, pues las mayores portadas apenas tenían diez y ocho pulgadas de alto y siete de ancho; además, el edificio de la plazuela primera sería de cinco pies de altura lo menos, y me era imposible saltar por encima sin riesgo de romper las pizarras de que estaba fabricado el techo; pero de las paredes no había que temer, pues tenían cuatro pulgadas de grueso y su arquitectura, de sillería, era sólida.

El emperador también quería que viese la magnificencia de su palacio. Pude darle este gusto al cabo de tres días que ocupé en cortar algunos árboles de los más grandes del parque imperial, que distaba de la ciudad casi cincuenta toesas. De ellos fabriqué tres

banquillos, de tres pies de alto cada uno, y bastante-mente fuertes para poder resistir el peso de mi cuerpo. Repitióse el bando a fin de avisar al pueblo, y tomando mis banquillos volví a atravesar la misma calle hasta llegar al palacio. Subí encima del uno, pasé el otro a la primera plazuela que tenía ocho pies de latitud, fijé en él el pie derecho, después el izquierdo, y, tirando del tercer banquillo con un garfio dispuesto a prevención, le descolgué al patio interior, por cuyo medio logré introducirme hasta allí, pasando de uno en otro. Me acosté de lado sobre el suelo y aplicando la cara a todas las ventanas del primer piso, que con este fin habían dejado abiertas, vi las habitaciones más magníficas que puede imaginarse. También vi a la emperatriz y a las infantitas en sus respectivos cuartos, rodeadas de su servidumbre. Su Majestad Ilustrísima tuvo la bondad de honrarme con una sonrisa muy graciosa, y me dió a besar su mano por la ventana.

No pienso referir aquí minuciosamente las curiosidades que encierra aquel palacio; las reservo para otra obra mayor que está para imprimirse, y comprende la descripción general de aquel imperio desde su primera fundación; la historia de sus emperadores en una dilatada sucesión de siglos: observaciones acerca de sus guerras; su política, sus leyes, literatura, y religión del país; plantas y animales que allí se encuentran; usos y costumbres de los habitantes, con otras muchas materias prodigiosamente curiosas, y excesivamente útiles. Mi objeto por ahora no es más que referir cuanto me sucedió en cerca de nueve meses que residí en aquel maravilloso imperio.

Quince días después de haber conseguido mi libertad, Reldresal, secretario de Estado con destino al departamento de los negocios particulares, se presentó en mi casa con un solo criado, habiendo dejado su coche a cierta distancia donde mandó que le espe-

rasen. Pidióme audiencia privada de una hora, y, para que pudiese estar a nivel de mi oído, le propuse que me tendería en el suelo ; pero prefirió que le tuviese sobre la mano mientras duraba la conferencia. Principió felicitándome por mi liberación de las prisiones, añadiendo que se lisonjeaba de la pequeña parte que en ella había tenido ; pero que a no haber mediado el interés que la corte se prometía, no hubiera conseguido tan pronto mi pretensión : «pues por floreciente—continuó diciendo—que parezca nuestro estado a los extranjeros, no lo es tanto que no tengamos dos grandes ejércitos que combatir : una liga poderosa por dentro : y por fuera la invasión de que estamos amenazados por un enemigo formidable. Con respecto a lo primero, es necesario que sepáis que de más de setenta lunas a esta parte ha habido dos partidos opuestos en este Imperio con los nombres de *tramecksans* y *glameksans*, términos alusivos a los *altos y bajos tacones* de sus zapatos, por los cuales se distinguen. Pretenden los *alti-tacones*, y es cierto, que son los más conformes a nuestra antigua constitución ; pero, aunque así sea, Su Majestad ha resuelto no servirse sino de los *baji-tacones* para la administración del Gobierno, y todos los empleos cuya presentación corresponde a la Corona ; vos mismo habréis notado que los tacones de Su Majestad Imperial son lo menos un *drurr* (1) más bajos que los de toda su corte.

»El encono de estos dos partidos—prosiguió—ha llegado a tal punto, que ni comen ni beben juntos, ni siquiera se hablan. Contamos con que los *tramecksans*, o *alti-tacones* nos exceden en número ; pero la autoridad está en nuestras manos. ¡ Ay ! sospechamos, no obstante, que su Alteza Imperial, heredero conocido de la corona, tenga alguna inclinación a los

(1) Poco menos de un catorceavo de pulgada.

alti-tacones; por lo menos, nos lo da a entender en que uno de los suyos es más alto que el otro, lo cual le hace cojear un poco en la marcha. Además de estas disensiones intestinas, nos hallamos amenazados de invasión por parte de la isla de Blefuscu, que es el otro grande imperio del Universo casi tan dilatado y poderoso como el nuestro. Pues, aunque nos quieren hacer creer que hay otros imperios, reinos y Estados en el mundo habitados por criaturas humanas tan agigantadas como vos, nuestros filósofos lo dudan mucho, y más bien se inclinan a la conjetura de que habréis caído de la luna, o de alguna estrella, porque, si no, un ciento solo de mortales de vuestra corpulencia bastaría para consumir en muy corto tiempo todos los frutos y carnes del Estado. Por otro concepto, nuestros historiadores de seis mil lunas a esta parte no hacen mención de otras regiones que de los dos grandes imperios de Lilliput y Blefuscu. Estas dos formidables potencias, como os iba diciendo, hace treinta y seis lunas que están empeñadas en una guerra tenaz, ahora sabréis *su interés*. Todo el mundo conviene en que el primitivo modo de romper un huevo para comerlo es por el extremo más grueso, pero el abuelo de Su Majestad reinante, siendo muchacho, iba a comer uno, y tuvo la desgracia de cortarse un dedo, con cuyo motivo el emperador su padre expidió un decreto imponiendo graves penas a cualquiera de sus vasallos que no rompiese los huevos por la punta. El pueblo se irritó tanto de esta ley, que nuestros historiadores refieren que hubo en aquella ocasión seis rebeliones, en las cuales un emperador perdió la vida y otro la corona. Estas desavenencias intestinas fueron siempre fomentadas por los soberanos de Blefuscu, y cuando estuvieron reprimidas, los sublevados se refugiaron a aquel imperio. Calculan el número de rebeldes en once mil hombres, que en diversas ocasiones prefirieron la muerte a la dura ley de

romper los huevos por la punta. Centenares de abultados volúmenes se han escrito y publicado sobre esta materia; pero la apología de los *gruesi-extremistas* se prohibió mucho tiempo hace, y todo su partido está declarado por las leyes inhábil para obtener empleo ninguno. Durante estas perturbaciones continuas los emperadores de Blefuscu nos han hecho frecuentes insinuaciones por sus embajadores, acusándonos de delincuentes por violar un precepto fundamental de nuestro gran profeta Lustrogg en el capítulo 54 del Brundecral (1). Sin embargo, se ha atribuido a interpretación del sentido del texto, cuyas palabras son estas: *que todos los fieles romperán los huevos por el extremo que más les acomode*; conque, a mi modo de entender, se debe dejar a la conciencia de cada uno que decida cuál es el extremo más a propósito; y en el último caso, solamente a la autoridad del supremo magistrado compete la decisión. Más; los *gruesi-extremistas* desterrados han hallado tan buena acogida en la corte del emperador de Blefuscu, y tanto socorro y apoyo en nuestro mismo país, que sin otro objeto se ha sostenido una guerra muy sangrienta entre los dos imperios por espacio de treinta y seis lunas, cuyo suceso ha sido vario. En esta guerra hemos perdido cuarenta navíos de línea, y mucho mayor número de pequeñas embarcaciones con treinta mil de nuestros mejores marineros y soldados: y aseguran que la pérdida del enemigo no ha sido menor; pero, aunque así sea, en el día están armando una flota muy formidable, y se preparan a desembarcar en nuestras costas. Esto supuesto, Su Majestad Imperial, poniendo toda su confianza en vuestro valor y teniendo una alta idea de vuestras fuerzas, me ha mandado que os ponga al corriente de lo que sucede,

(1) Es su Alcorán.

a fin de saber cuáles son vuestras disposiciones con respecto a ellas».

Yo respondí al secretario que agradecía muy mucho las atenciones del emperador y que estaba siempre pronto a sacrificar mi vida en defensa de su sagrada persona y de su Imperio contra todas las invasiones y empresas de sus enemigos. El mensajerc se retiró muy satisfecho de mi respuesta.

V

EL AUTOR EVITA EL DESEMBARCO DE LOS ENEMIGOS CON UNA HABILIDOSA ESTRATAGEMA.—EL EMPERADOR LE CONFIERE UN GRAN TÍTULO DE HONOR.—LLEGAN EMBAJADORES DEL DE BLEFUSCU A PEDIR LA PAZ.—PRÉNDESE FUEGO EN LA HABITACIÓN DE LA EMPERATRIZ, Y EL AUTOR CONTRIBUYE EFICAZMENTE A APAGARLO.

El imperio de Blefuscu es una isla situada al nordeste de Lilliput, y separado de éste por un canal que tiene cuatrocientas toesas de anchura. Yo no le había visto, y como estaba advertido del desembarco proyectado, no había querido presentarme en la costa porque no me descubriesen algunos de los navíos enemigos.

Di cuenta al emperador de que tenía formado por el pronto un buen proyecto para hacerme dueño de toda la armada enemiga, que según relación de los que habíamos enviado a observarla, estaba para salir del puerto al primer viento favorable. Consulté a los más prácticos en la marina a fin de informarme de la profundidad del canal; y me dijeron que en la mayor altura tenía setenta *glumgluffs* (esto es, seis pies escasos según las medidas de Europa), y en todo lo restante cincuenta *glumgluffs* cuando más. Acerquéme con toda precaución a la costa del nordeste frente por frente de Blefuscu, y acostándome detrás de

una colina, me puse los anteojos, y pude ver la armada compuesta de cincuenta navíos de guerra y otros muchos de transporte. Me retiré luego al punto, y mandé fabricar una gran porción de cables, los más fuertes que pudiesen, con unas barras de hierro, suponiendo que los cables quedarían del grueso de un bramante doble, y las barras como unas agujas de hacer media. Tripliqué los cables para que fuesen más resistentes, y uniendo igualmente las barras, hice de cada tres un garfio o corchete que ató a sus extremos. Volví a la costa de nordeste, y dejando allí la chupa, medias y zapatos, me entré en el canal. Principié a andar con toda la rapidez posible, y llegado al medio, seguí nadando del mismo modo cerca de quince toesas hasta que pude hacer pie. En menos de media hora llegué a la flota; viéronme los enemigos, y fué tanto el pavor que les infundió mi presencia, que, saltando todos fuera de los navíos, como un enjambre de ranas, huyeron tierra adentro. Bien habría treinta mil hombres. Entonces, echando mano a mis cables, fuí prendiendo todos los navíos, uno por uno, con los garfios, por el agujero de la proa; pero, mientras duró esta maniobra, me hicieron los enemigos una descarga de tantos millares de flechas que, hiriéndome muchas de ellas en la cara y manos, no sólo me causaban un excesivo dolor, sino que me impedían trabajar. Mi mayor cuidado era guardar la vista, que infaliblemente hubiera perdido si no me ocurre a tiempo servirme de los anteojos que por fortuna llevaba conmigo, y asegurándolos cuanto pude en las narices, me armé así como de una especie de broquel, con que continué la maniobra a pesar de la granizada de flechas que sobre mí caía sin intermisión. Habiendo colocado bien mis ganchos, empecé a tirar, pero inútilmente, porque todas las embarcaciones estaban ancladas. Corté prontamente sus cables con un cuchillo, en lo que no me detuve

mucho, y con la mayor facilidad me llevé tras de mí cincuenta navíos de los principales.

Los blefuscuítas, que no tenían idea de lo que iba a hacer, quedaron tan amedrentados como aturridos. Ellos vieron que corté los cables, y discurrieron que mi intención se dirigía solamente a abandonarlos al viento y marea para que chocasen unos con otros; pero, cuando vieron que arrastraba toda la flota de una vez, prorrumpieron en clamores de rabia y desesperación.

No cesé de andar hasta que me vi ya fuera del alcance de las flechas; entonces me detuve un poco para quitarme las que llevaba en la cara y manos, y continuando con mi presa, sólo traté de restituirme al puerto imperial de Lilliput.

El emperador y toda su corte, que estaban en la costa esperando el suceso de mi empresa, veían de lejos que se acercaba una flota en figura de media luna; pero como el agua me cubría hasta el cuello, no advirtieron que era yo el que la conducía hacia su puerto.

El emperador creyó firmemente que había perecido, y que la armada enemiga venía a efectuar su desembarco. Pero sus temores se disiparon prontamente luego que pude hacer pie, y me descubrieron a la cabeza de aquel promontorio de naves, exclamando en alta voz: ¡*Viva el muy poderoso emperador de Lilliput!* Apenas llegué, Su Majestad me colmó de indecibles alabanzas, y me creó *nardac*, que entre ellos es el título más honorífico.

Al mismo tiempo, me rogó que tomase mis medidas para conducir a sus puertos todas las demás embarcaciones del enemigo; su ambición era tal, que no le dictaba nada menos que hacerse señor de todo el imperio de Blefescu para reducirlo a provincia del suyo, y poner en él un virrey; castigar de muerte a todos los *gruesi-extremitas* expatriados, y obligar

a todos sus pueblos a que rompiesen los huevos por el extremo más agudo : con lo cual se prometía ser el monarca de todo el universo. Pero me dediqué a disuadirle de este designio por medio de muchas razones fundadas en política y justicia, y le protesté con resolución, que yo no sería jamás el instrumento de que se sirviese para oprimir la libertad de un pueblo franco, noble y esforzado. Cuando en el Consejo se trató de este negocio, la parte más sana fué de mi opinión.

Pero esta declaración manifiesta y bizarra era tan opuesta a las intenciones y política de Su Majestad, que ni él mismo podía perdonármela. Habló a su Consejo de un modo bastante artificioso, de donde tomaron ocasión mis enemigos ocultos para perderme. ¡ Oh cuán cierto es que los servicios más importantes se obscurecen cuando no van acompañados de una ciega condescendencia a las pasiones !

Cerca de tres semanas después de mi brillante expedición, llegó una solemne embajada de Blefusco con proposiciones de paz. Muy presto se cerró el tratado bajo condiciones ventajosísimas para el Imperio. Componían la embajada seis personajes con una comitiva de quinientas personas. Bien se puede decir que su entrada fué correspondiente a la majestad de su señor y a la importancia de la negociación.

Concluído el tratado, y hallándose informados Sus Excelencias secretamente de los buenos oficios hechos por mí a su nación, por haberles hablado de mí el emperador, me hicieron una visita de ceremonia. Entraron elogiando mi gran valor y generosidad, y me convidaron en nombre de su señor a pasar a su reino si me agradaba. Yo les di las gracias, y supliqué que me hiciesen el honor de ponerme a los pies de Su Majestad Blefuscuíta, cuyas esclarecidas virtudes corrían por todo el orbe, ofreciéndoles también que iría a presentarme a su real persona.

Pocos días después pedí permiso al emperador para pasar a cumplimentar al gran rey de Blefuscu ; y me respondió con frialdad que podía hacerlo.

Se me olvidaba advertir que los emperadores me hablaron por medio de un intérprete, porque los idiomas de los dos Imperios son muy diferentes : cada uno pondera la antigüedad, hermosura y fuerza del suyo con un total desprecio de la otra nación, y como el emperador estaba ensoberbecido con la victoria ganada a los blefuscuítas en la presa de su flota, obligó a los embajadores a que presentasen sus credenciales, e hiciesen su arenga en lengua lilliputiense ; sin embargo de que con motivo del tráfico y comercio que hay entre los dos Imperios, la admisión recíproca de los desterrados y el estilo adoptado por la nobleza lilliputiense de enviar sus hijos a Blefuscu para civilizarlos y enseñarles los ejercicios de su inspección, es preciso confesar que es muy rara la persona de distinción, y aun el negociante y marinero de sus puertos marítimos, que no posea ambos idiomas.

Un fatal accidente me dió ocasión de hacer a mi emperador otro servicio señalado. Despertáronme a media noche los destemplados gritos de un tropel de gente arremolinada a la puerta de mi alojamiento, que repetían *Burgum, Burgum*, y rompiendo por medio de todos con bastante precipitación algunos de la corte del emperador, llegaron a mí, suplicándome que acudiese sin detención a palacio porque el cuarto de la emperatriz estaba ardiendo por el descuido de una de sus damas, que leyendo un poema blefuscuíta se había quedado dormida. Levantéme al instante, y no paré hasta llegar a palacio, con bastante trabajo por no pisar a alguno en las calles. Ya habían arrimado escaleras a las paredes de la habitación, y tenían un buen surtido de cubos, pero el agua estaba distante. Estos eran como dedales, y aunque el po-

bre pueblo se afanaba con la mayor diligencia a llevar agua, el fuego iba tomando fuerza, y sin duda hubiera reducido a cenizas un palacio tan magnífico, si por una presencia de ánimo poco ordinaria no me ocurre de pronto un arbitrio famoso. La tarde anterior había bebido bastante porción de un vino blanco llamado *glimigrin* que produce una provincia de Blefescu, y es en extremo diurético. Fué tal el efecto, y supe dirigirle con tanta destreza y felicidad hacia los parajes de mayor riesgo, que en tres minutos quedó apagado el incendio, y el resto de aquel soberbio edificio, que había costado inmensas sumas, libre de un enemigo tan fatal.

Yo tenía mis desconfianzas de que el emperador me agradeciese completamente este servicio, porque, según las leyes fundamentales del Imperio, era un crimen capital y abominable hacer aguas en todo el recinto del palacio imperial ; pero salí del cuidado luego que supe que Su Majestad había dado orden al juez mayor para que me expidiese carta de indulto. No obstante, después me informaron que la emperatriz, habiendo concebido el mayor horror de mi desacato, se había retirado a lo más interior del palacio con firme resolución de no volver jamás a entrar en unas habitaciones atrevidamente profanadas por acción tan impúdica y grosera.

VI

COSTUMBRES DE LOS HABITANTES DE LILLIPUT, SU LITERATURA, LEYES, ESTILOS Y MÉTODO DE EDUCAR A SUS HIJOS.

Aunque tenga la intención de reservar la descripción de este Imperio para un tratado particular, me creo no obstante obligado a dar aquí al lector alguna idea general. Como la estatura ordinaria de los habitantes de aquel país es de seis pulgadas escasas, a

su proporción son los ganados y demás animales, sus árboles y plantas. Por ejemplo, los caballos y bueyes mayores son de cuatro a cinco pulgadas de altos; los carneros de pulgada y media a corta diferencia; los patos poco menos que nuestros gorriones: de suerte que sus insectos eran casi invisibles para mí; pero Naturaleza supo ajustar los ojos de los habitantes de Lilliput a la proporción de todos sus objetos. Para poder formarse idea aproximada de la perspicacia de su vista, basta decir que tuve el gusto de ver un día a un diestro cocinero desplumar a una alondra del tamaño de una mosca regular, y a una joven doncella enhebrar una aguja tan invisible como la seda que pasaba.

Tienen sus caracteres y letras; pero el modo de escribir es particularísimo. No es de izquierda a derecha como se hace en Europa, ni de derecha a izquierda como usan los árabes, ni de arriba abajo como los chinos, ni de abajo arriba como los cascagieneses, sino oblicuamente de un ángulo del papel al otro, como hacen las damas de Inglaterra.

Entierran los muertos con la cabeza hacia abajo, porque se imaginan que en once mil lunas han de resucitar todos, que entonces en la tierra (que ellos creen plana) se volverá lo de arriba para abajo, y que de este modo en el instante de la resurrección se hallarán todos perfectamente derechos sobre sus pies. Sus sabios conocen bien lo absurdo de esta opinión, pero el uso subsiste porque es antiguo, y está fundado sobre las ideas del pueblo.

Tienen leyes y costumbres muy singulares que acaso intentaría justificar si no fueran demasiado contrarias a las de mi amada patria. La primera de que haré mención mira a los delatores. Todo crimen contra el Estado es castigado en aquel país con extremado rigor; pero si el acusado prueba evidentemente su inocencia, el acusador es al instante con-

denado a una muerte ignominiosa, y todos sus bienes confiscados a beneficio del inocente. Si el delator es pobre de solemnidad, el emperador, de su propio peculio, recompensa al acusado, suponiendo que en el caso haya sufrido prisión o algún mal trato, aunque sea ligero.

El fraude es mirado como delito más enorme que el robo, por cuya razón le castigan siempre de muerte. Llevan por principio que el cuidado y la vigilancia con un espíritu regular pueden preservar los bienes del hombre de insulto de ladrones; pero que la probidad no tiene defensa contra la falacia y mala fe.

Aunque consideremos los castigos y recompensas como los grandes ejes del gobierno, me atrevo a decir, sin embargo, que la máxima de castigar y recompensar no se practica en Europa con la prudencia que en el imperio de Lilliput. Cualquiera que acredite haber guardado exactamente las leyes del país por espacio de setenta y tres lunas, está capacitado para pretender con derecho ciertos privilegios arreglados a su clase y estado, cuyos gastos se sacan de un fondo establecido con este destino. Igualmente se hace acreedor al título de *smilpal* (leal) que puede unir a su nombre, pero no es transmisible a su posteridad. Tiene por un excesivo vicio de la política que todas las leyes sean *inminentes*, y que la infracción sea seguida de un riguroso castigo, mientras que la observancia no conoce el menor premio. Esta es la razón por que pintan la justicia con seis ojos; dos delante, dos detrás y uno a cada costado (para representar la circunspección), con un talego lleno de oro en la mano derecha y una espada envainada en la izquierda, para significar que está más pronta a recompensar que a castigar.

En la elección de individuos para proveer los empleos prefieren la probidad al talento. Siendo necesario el gobierno al género humano, dicen ellos, la

Providencia no tuvo jamás el designio de hacer de la administración de los negocios públicos una ciencia difícil y misteriosa que solamente pudiese poseerla un corto número de espíritus raros y sublimes de aquellos que apenas nacen dos o tres en todo un siglo; pero la verdad, la justicia, la templanza y las demás virtudes no están negadas a ninguno, y la practica de ellas, acompañada de alguna experiencia y una buena intención, constituyen a cualquiera persona idónea y suficiente para el servicio de la patria, por pocas luces y discernimiento que tenga. Añaden que así como se suele ver que en algunos suplen, al parecer, los talentos superiores del ánimo el defecto de las virtudes morales, tanto más peligroso sería confiar los primeros empleos a tales gentes. Que los errores nacidos de la ignorancia en un ministro de buenas costumbres nunca podrán tener tan funestas consecuencias hacia el bien público, como las operaciones obscuras de otros, cuyas inclinaciones estuviesen corrompidas, y que conducidos de unas miras criminales encontrarían facultades en su habilidad para ejecutar el mal impunemente.

El que no cree en la Providencia Divina entre ellos es declarado por incapaz de poseer ningún puesto público. Como los reyes se consideran con justo título diputados de la Providencia (dicen los lilliputienses), no hay absurdo ni inconsecuencia mayor que la conducta de un príncipe que se sirve de gentes sin religión, que niegan aquella autoridad suprema de que forzosamente ha de provenir la suya.

Cuando refiero estas leyes y las siguientes, hablo solamente de las originales y primitivas, pues no ignoro que por otras modernas han caído aquellos pueblos en el mayor exceso de corrupción. Prueba fehaciente de esto es la costumbre vergonzosa de obtener los principales empleos dando cabriolas sobre la cuerda, y los distintivos de honor saltando por encima de

un palo. Bueno es advertir que semejante novedad fué introducida por el padre del emperador reinante.

La ingratitud es allí un delito enorme, así como nos enseña la historia que en otros tiempos lo era entre algunas naciones virtuosas. Aquel, dicen ellos, que paga con malas obras a su mismo bienhechor, es preciso que sea un enemigo capital de todos los demás hombres.

Juzgan los lilliputienses que ni el padre ni la madre deben sufrir la carga de la educación de sus propios hijos. Tienen en todas sus ciudades seminarios públicos con expresa obligación para los padres (excepto menestrales y jornaleros) de enviar allí a sus hijos de uno y otro sexo para educarlos y darles carrera. Luego que llegan a la edad de veinte lunas, ya los suponen dóciles y con capacidad para aprender. Hay escuelas separadas para cada clase con respecto a su nacimiento y sexo: todas están bien dotadas de maestros hábiles, que van formando a los muchachos para un estado correspondiente a su clase, talentos e inclinaciones.

En los seminarios para varones de nacimiento ilustre hay maestros muy doctos y respetables. El vestido y alimento de los seminaristas es sencillo. Allí les inspiran principios de honor, justicia, valor, modestia, clemencia, religión y amor a la patria. Tienen criados que los visten hasta la edad de cuatro años, pero después los obligan a que se vistan ellos mismos sin exceptuar al hijo de un grande. No les permiten recreo sin la presencia de algún maestro, que es el modo de evitar estas funestas impresiones de la locura y del vicio que principian tan temprano a corromper las inclinaciones de la juventud. Se consiente que el padre y la madre visiten a su hijo dos veces al año, pero cada visita no ha de pasar de una hora. Pueden besar al hijo cuando entran y cuando se despiden, y siempre con asistencia de un maestro

que no les deja hablar en secreto, adularlos, acariciarlos, ni darles juguetes, confitura, ni otras golosinas.

Las niñas de calidad son educadas en sus respectivos colegios casi en la misma forma, a excepción de que tienen criadas que las visten a presencia de una maestra hasta que llegan a la edad de cinco años, que principian a vestirse por sí mismas. Si se averigua que sus nodrizas o camareras las entretienen con novelas ridículas, cuentos insípidos o capaces de infundirles pavor (que en Inglaterra es bastante común en tales directoras), las azotan públicamente tres veces por toda la ciudad, sufren un año de prisión, y, por último, las condenan a destierro perpetuo al lugar más desierto de todo el Imperio. Así se ve en aquel país que las jóvenes se avergüenzan tanto como un hombre de parecer cobardes y necias; hacen menosprecio de todo adorno exterior, y sólo atienden al aseo y decencia. Sus ejercicios no son tan violentos como los de los muchachos, ni las hacen estudiar tanto, pues las instruyen también en las ciencias y humanidades. Es máxima entre ellos que debiendo ser la mujer una compañía siempre grata a su marido, ha de adornar su espíritu cuanto pueda porque éste nunca se envejece.

Los lilliputienses opinan muy distintamente de como se piensa en Europa, que nada merece tanto cuidado y atención como la educación de los niños. Esto es tan fácil, dicen ellos, como sembrar y plantar. Pero el conservar ciertas plantas, hacerlas crecer felizmente, defenderlas del rigor del invierno, de los bochornos y tempestades del verano, y del insulto de los insectos, y finalmente disponerlas para que fructifiquen con abundancia, es el efecto de la aplicación y celo de un buen jardinero.

Para la elección de maestros estiman más un espíritu recto que otro muy sublime; prefieren las buenas costumbres a la mucha sabiduría. No pueden su-

frir aquella especie de preceptores que aturden sin cesar los oídos de sus discípulos con combinaciones gramaticales, disputas frívolas y notas pueriles; y que por enseñarles el antiguo idioma de su país (*que apenas tiene alguna muy poca relación con el moderno*) les abruman el ánimo de reglas y excepciones, y abandonan el uso y ejercicio por llenarles la memoria de principios superfluos y preceptos escabrosos. Quieren que el maestro se familiarice sin perder su autoridad, porque nada es tan opuesto a la buena educación como el pedantismo y una gravedad afectada. En su concepto, deben más bien inclinarse que elevarse delante del discípulo, y tienen esto por más difícil que aquello, porque regularmente es necesario más esfuerzo y vigor, y siempre mayor cuidado para bajar sin caer, que para subir.

Juzgan que los maestros deben aplicarse antes a formar el espíritu de los jóvenes para la conducta de la vida que a enriquecerle de conocimientos curiosos y casi siempre inútiles. Principian sin perder tiempo a hacerlos sabios y filósofos, para que aun en la ardorosa estación de los placeres sepan gustarlos con filosofía. ¿No es una cosa ridícula, dicen ellos, que esté el hombre sin conocer la Naturaleza ni el verdadero uso hasta que ya se ha inhabilitado, enseñarse a vivir cuando la vida casi ha pasado, y comenzar a ser hombre cuando va a cesar de serlo?

Señalan premios a los discípulos que confiesan ingenua y sinceramente sus propios defectos, y aquellos que mejor saben razonar sobre ellos obtienen gracias y honores. También quieren que sean curiosos, esto es, que susciten cuestiones sobre lo que ven y oyen, castigando severamente a los que a la vista de una cosa extraordinaria o exquisita no manifiestan una correspondiente admiración y curiosidad.

Les recomiendan muy encarecidamente la fidelidad, sumisión y amor al príncipe: una afección en

general y de propia obligación, pero de ninguna manera aquella especie de afección particular que hiriendo frecuentemente la conciencia y siempre coartando la libertad es una ocasión próxima de grandes desdichas.

Los maestros de historia no se dedican tanto a imprimir en sus discípulos la data de tal o cual suceso, como a pintarles el carácter y las buenas o malas cualidades de los reyes, de los generales y de los ministros. Dicen que es poquísimo el fruto que sacan de saber que en tal año o en tal mes se dió tal batalla; pero que les importa mucho examinar cuán bárbaros, injustos y sanguinarios han sido en todos los siglos los hombres, siempre dispuestos a perder la vida sin necesidad, y a conspirar contra la de su semejante sin razón; ¡cuánto deshonran a la humanidad los combates, y cuán poderosos necesitan ser los motivos que obliguen a un extremo tan funesto! Miran la historia del espíritu humano como la mejor de todas, y no se esfuerzan tanto por enseñar a sus discípulos que retengan los hechos como porque sepan juzgarlos.

Pretenden que el amor a las ciencias tenga su limitación, y que cada uno elija aquella clase de estudios que mejor se adapte a su inclinación y talento. Así es que no hacen más aprecio de un hombre que estudia demasiado que de otro que come mucho, persuadidos de que el ánimo padece sus indigestiones como el cuerpo. Solamente el emperador tiene una gran y abundante biblioteca, y si ven que algún particular ignorante hace vanidad por aquí, le miran como a un asno cargado de libros.

La filosofía de aquellos pueblos es sumamente deliciosa, y no consiste en ergotismos como en nuestras escuelas. Ignoran absolutamente los nombres *baroco* y *baralipton*, no saben lo que es *categoría* ni términos de primera y segunda intención, y otras tonte-

rías escabrosas de la dialéctica, que no conducen más a saber razonar que a saber bailar. Su filosofía consiste en establecer principios ciertos que guíen el espíritu a saber preferir la fortuna moderada de un hombre honrado a las riquezas y faustos de un asentista; y las victorias ganadas sobre las pasiones a las de un conquistador. Los enseña a vivir sin regalo apartándolos siempre de todo aquello que acostumbra los sentidos al deleite, y oprime el alma a la dependencia del cuerpo, debilitando su libertad. En todo les representa la virtud como una cosa fácil y agradable.

Sus exhortaciones se dirigen a la buena elección de estado de vida, persuadiéndoles a que abracen el que mejor les convenga, atendiendo primero a las facultades de su alma que a la fortuna de sus padres; de suerte que el hijo de un labrador llega tal vez a primer ministro, mientras que el de un caballero no pasa de mercader.

La física y las matemáticas no las estiman sino en cuanto miran a las ventajas de la vida y al progreso de las artes útiles. Por lo general no conciben gran pesadumbre de no conocer todas las partes del mundo, y tienen por mayor ignorancia gozar de la Naturaleza sin examinarla que el no saber discurrir sobre el orden y movimiento de los cuerpos físicos. Respecto a la metafísica, la miran como un manantial de visiones y quimeras.

Aborrecen la afectación en el lenguaje y lo que llaman precioso estilo, bien sea en prosa o en verso, y juzgan que es tan impertinente querer distinguirse por la verbosidad como por el vestido. Al autor que deja el estilo claro, puro y serio por emplear un lenguaje retumbante e hidrópico de metáforas escogidas y fastidiosas, le silban y apedrean en la calle como si fuera una máscara de carnaval.

Allí se cultiva el cuerpo y el alma igualmente por-

que se trata de formar un hombre, y quedaría imperfecto si faltase cualquiera de las dos partes que le constituyen. Dicen ellos que debe mirarse como un tronco de caballos uncidos, que es preciso conducir a pasos iguales : y si no, fórmese el espíritu de un niño sin otra atención, se verá que su exterior se hace grosero y despreciable : fórmese solamente el cuerpo, se verá que la estupidez y la necedad se apoderan de su ánimo.

Está prohibido a los maestros que castiguen a los muchachos con golpes ; lo hacen contrariándoles la voluntad, afrentándolos y principalmente privándolos de dos o tres lecciones ; esto es lo que ellos más sienten, porque ven que los abandonan dándoles a entender que son indignos de instrucción. El dolor de los golpes, en su concepto, sólo sirve para hacerlos tímidos, defecto sumamente perjudicial que jamás se cura.

VII

EL AUTOR, AVISADO DE QUE INTENTABAN PROCESARLE POR DELITO DE ALTA TRAIÇÃO, SE REFUGIA EN EL REINO DE BLEFUSCU.

Antes de entrar a hablar de mi partida del imperio de Lilliput, me parece esencial instruir al lector de una intriga secreta que se formó contra mí.

Estaba yo tan poco habituado a la vida cortesana, y la humildad de mi estado me había puesto tan lejos de las disposiciones necesarias para poder hacerme un diestro cortesano, que absolutamente carecía de principios. Es verdad que otros de tan inferior nacimiento han probado bien en la corte, y han arribado a los más altos empleos ; pero acaso serían menos delicados en esto del honor. Sea como fuere, mientras me disponía a partir para la isla de Blefuscu a cumplimentar a su emperador, un personaje muy

principal, que me debía servicios muy importantes, vino a visitarme en secreto por la noche, y sin hacerse anunciar se metió hasta mi cuarto en su silla de manos. Despedidos los portadores, escondí a Su Excelencia dentro de su silla en una faltriquera de mi chupa, mientras daba orden a mi criado de que tuviese bien cerrada la puerta principal, y poniéndole después sobre una mesa, me senté al lado. Cambiados los cumplimientos de rigor y habiendo notado que aquel señor estaba triste e inquieto, le pregunté la causa, a lo que me respondió que tuviese la bondad de escucharle sobre un asunto que interesaba a mi honor y a mi vida.

—Pongo en vuestro conocimiento—me dijo—que de poco acá ha habido diferentes reuniones secretas para tratar de vuestra conducta, y que de dos días a esta parte ha tomado Su Majestad una resolución muy grave. No ignoráis que Skyresh Bolgolam *galvet* (o gran almirante), ha sido casi siempre vuestro capital enemigo desde que llegasteis aquí. Ignoro el origen ; pero su odio se ha aumentado terriblemente después de vuestra expedición a Blefuscu. Como almirante, está envidioso de tan feliz empresa. Este, señor, de acuerdo con Flimnap, tesorero mayor, el general Limtor Lalcon, camarero mayor, y Balmuff, el juez mayor, han formado varios artículos para procesaros como reo de lesa majestad, y responsable de otros grandes delitos.

Este exordio me arrebató de tal manera que iba a interrumpirle ; pero me rogó que le escuchase en silencio, y continuó diciendo :

—Por reconocimiento a los servicios que me habéis hecho, he procurado instruirme de todo el proceso. Voy a leeros una copia de sus artículos ; mas, cuidado... que es un negocio en que arriesgo mi cabeza por serviros.

«Artículos de la acusación intentada contra Quinbus Flestrin (o el «hombre montaña»).

»Artículo primero. Por cuanto por una ley subsistente desde el reinado de Su Majestad Imperial Cabin Deffar Plune, se ordena que cualquiera persona que hiciese aguas en todo el recinto del palacio imperial, quede sujeta a las penas y castigo de crimen de lesa majestad ; resulta haber incurrido en ellas el dicho Quinbus Flestrin : por una profanación manifiesta de dicha ley, con el pretexto de apagar el incendio del cuarto de la cara imperial esposa de Su Majestad, procediendo maliciosa, traidora, y diabólicamente a desocupar su vejiga dentro del recinto del mismo palacio imperial.

»Art. 2.º Que el dicho Quinbus Flestrin cuando trajo a nuestro puerto imperial la flota real de Blefescu, se le ordenó desde luego por Su Majestad Imperial que se apoderase de todas las demás embarcaciones del citado reino de Blefescu, y que reduciéndole en clase de provincia, que pudiese estar gobernada por un virrey de nuestro país hiciese perecer y morir, no solamente todos los *gruesi-extremitas* expatriados, sino también todos los naturales de aquel reino que luego al punto no detestasen la herejía *gruesi-extremitense* ; contra lo cual el dicho Flestrin, como un traidor rebelde a su muy feliz Imperial Majestad, ha presentado un memorial para evadirse de este servicio con el frívolo pretexto de serle repugnante obligar las conciencias y oprimir la libertad de un pueblo inocente.

»Art. 3.º Que habiendo llegado poco ha ciertos embajadores de la corte de Blefescu a pedir la paz a Su Majestad, el dicho Flestrin, como un vasallo desleal, socorrió, ayudó, consoló y regaló a los dichos embajadores, con pleno conocimiento de que eran ministros de un príncipe que acababa de ser enemigo

declarado de Su Majestad Imperial con guerra abierta.

»Art. 4.º Que el dicho Quinbus Flestrin, contra la obligación de un fiel vasallo, se está preparando actualmente para pasar a la corte de Blefescu, sin más licencias que un permiso verbal de Su Majestad Imperial; y so capa de este tal permiso se propone temeraria y pérfidamente hacer dicho viaje, socorrer, auxiliar y ayudar al rey de Blefescu...»

—Aun hay otros artículos—añadió;—pero los más importantes están comprendidos en la relación que os he leído. En los diferentes congresos que ha habido para la determinación de la causa, es preciso confesar que Su Majestad ha manifestado su moderación, dulzura y equidad recordando a menudo vuestros servicios y mirando a disminuir los delitos. El tesorero y almirante opinan que se os debe dar una muerte cruel e ignominiosa, poniendo fuego a vuestro alojamiento de noche; el general quería esperaros con veinte mil hombres armados de flechas emponzoñadas para hacer tiro a vuestro rostro y manos. También se ha pensado dar una orden secreta a varios de vuestros criados para que impregnasen vuestras camisas de un jugo venenoso que os haría despedazar vuestras mismas carnes hasta morir en los tormentos más excesivos. El general ha aprobado este medio: de suerte que, por algún tiempo, la pluralidad de votos ha estado en contra vuestra; pero Su Majestad, resuelto a salvaros la vida, ha ganado la anuencia del camarero mayor. Durante estas conferencias, Redresal, primer secretario de Estado, encargado de los negocios reservados, recibió orden del emperador para dar su voto; también se ha conformado con el de Su Majestad, y ciertamente ha correspondido a la estimación que le profesáis. El reconoce que los delitos son grandes; pero que, no obstante, merecen alguna indulgencia. Ha dicho que, siendo

pública la amistad que os une, puede haber algunos que le crean apasionado en vuestro favor ; mas, con todo, quería dar su dictamen con franqueza, obedeciendo el real precepto : que si Su Majestad, en consideración a vuestros servicios, y según la dulzura de su espíritu, quería salvaros la vida, contentándose con que os saquen los ojos, juzgaba con sumisión que esto bastaba a satisfacer en algún modo la justicia, y que todo el mundo aplaudiría su imperial clemencia, como también el procedimiento equitativo y generoso de los que tienen el honor de ser sus consejeros. Que la pérdida de los ojos no perjudica la fuerza corporal, con la que quedabais en aptitud de poder servir todavía a Su Majestad. Que la ceguedad contribuye a aumentar el valor, porque oculta los peligros, y, recogiendo el espíritu, queda mejor dispuesto para discernir la verdad. Que el mismo cuidado que teníais en defender la vista era el principal motivo que os había detenido en apoderaros de la flota enemiga ; y que bastaba que vieseis por los ojos de los demás, pues que hay príncipes muy poderosos que no suelen ver de otra manera. Esta proposición desagradó extremadamente a toda la asamblea : el almirante Bolgolam, todo sofocado, se levantó y, transportado de furor, dijo : que se admiraba mucho de que el secretario tuviese atrevimiento de opinar por la conservación de la vida de un traidor ; que los servicios que os atribuían eran con arreglo a las verdaderas máximas de Estado, unos delitos enormes ; que quien había sido capaz de apagar de un golpe un incendio tan grande regando con aguas inmundas el palacio de Su Majestad (lo cual no podía recordar sin horror), podría con el mismo arbitrio, cuando se le antojase inundar el palacio y toda la capital, teniendo a prevención alguna bomba disforme ; y que el mismo poder con que habíais arrastrado la flota enemiga serviría para volverla otro día al mismo puerto

con el menor motivo de desabrimiento que tuvieseis de nosotros. Que él tenía razones muy fuertes para pensar que en el fondo de vuestro corazón erais *grueso-extremita*; y porque la traición principia en el corazón antes de mostrarse en las acciones, desde luego os declaraba formalmente traidor y rebelde, consintiendo en que se debía sin más dilaciones quitaros la vida. El tesorero fué del mismo parecer. Hizo ver el extremado apuro que padecía el real erario por el gasto de vuestro sustento, que dentro de poco tiempo sería insoportable; que la sentencia propuesta por el secretario, lejos de ser un remedio contra este mal, le aumentaría según todas las apariencias, como se evidencia del común uso de sacar los ojos a ciertas aves para que coman más y engorden prontamente; que su Sacra Majestad, y su Consejo, que eran vuestros jueces, estaban en sus conciencias bien ciertos de vuestro delito, y que esta prueba era más que suficiente para condenaros al suplicio, sin recurso a otras formalidades prevenidas por el riguroso sentido literal de la ley. Pero Su Majestad Imperial, absolutamente resuelto a salvaros la vida, dijo, respirando benignidad, que pues juzgaba el Consejo por castigo demasiado pequeño la pérdida de los ojos, podía agregarse a él algún otro. Entonces vuestro amigo el secretario, pidiendo con sumisión que le escuchasen para responder al reparo puesto por el tesorero en orden al exorbitante gasto que Su Majestad sufría por manteneros, expuso: que nadie mejor que Su Excelencia, pues era el único interventor en las rentas imperiales, podía remediar fácilmente aquel daño disminuyendo vuestra ración poco a poco: que por este medio, faltándoos el preciso alimento, os enflaqueceríais, y extenuado perderíais el apetito, y muy presto la vida también. Así es que, por la buena amistad del secretario, se ha podido resolver favorablemente vuestro caso: están dadas órdenes muy estrechas para

que no se trascienda el designio de que lentamente os vaya consumiendo el hambre. La sentencia de sacaros los ojos está registrada en la secretaría de cámara del Consejo, sin más oposición que la del almirante Bolgolam. Dentro de tres días se pasará orden al secretario para que venga a vuestro alojamiento y os haga saber en persona los artículos de la acusación, como también la gran clemencia y gracia de Su Majestad y su Consejo, conformándose con la sola pena de que perdáis los ojos, a la cual no duda que os someteréis con toda la humildad y reconocimiento correspondiente. Después vendrán veinte cirujanos del emperador a hacer la operación con unas saetas muy agudas, que os penetrarán en las pupilas estando acostado sobre el suelo. Ahora vos sabréis tomar la más oportuna determinación que os dicte la prudencia. Yo me retiro con la misma reserva que he venido para evitar sospechas.

Despidióse Su Excelencia dejándome sumergido en un mar de inquietudes. Era costumbre introducida por este príncipe y su ministro (bien distinto de lo que me informaron se usaba en los primeros tiempos) que después que la corte había deliberado un suplicio para satisfacer el resentimiento del soberano o la malicia de un privado, el emperador arengaba en Consejo pleno, acerca de su dulzura y clemencia, como cualidades reconocidas por todos. Muy pronto se publicó por todo el imperio la peroración de mi causa; pero nada inspiró tanto horror al pueblo como estos elogios de la clemencia de Su Majestad, porque habían observado que cuanto más se ponderaba, tanto más injusto y cruel solía ser el suplicio. Por lo que a mí toca, debo confesar que, como ni mi nacimiento ni mi educación, me destinaban a cortesano, entendía tan poco de esta política, que no me atrevía a decidir si la sentencia pronunciada contra mí era suave o rigurosa, justa o injusta: ni quise malgastar

el tiempo en pedir que se permitiera defenderme, pareciéndome que sería lo mismo verme condenado sin ser oído, pues habiendo conocido otros muchos procesos semejantes, siempre había visto determinarlos por los informes dados a los jueces, y a la voluntad de acusadores acreditados y poderosos.

Tentado estuve de hacer resistencia, que al fin, hallándome en libertad, todas las fuerzas del Imperio no me igualaban, y hubiera podido muy fácilmente destruir y arruinar a pedradas la capital; pero detesté luego al punto este pensamiento con horror, acordándome del juramento que había prestado a Su Majestad, de las mercedes que había recibido de su benignidad, y finalmente de la alta dignidad de *nardac* que me había conferido. Además, que no se me había pegado tanto el espíritu de autoridad que pudiese persuadirme de que los rigores de Su Majestad me exoneraban de las obligaciones que le debía.

Ultimamente tomé una determinación que, según las apariencias, será censurada de algunas personas con justicia; pues yo confieso que fué grande mi temeridad y mal modo de proceder, queriendo conservar los ojos, la libertad y la vida contra las órdenes de la corte. Si yo hubiera conocido entonces el carácter del príncipe y su ministerio de Estado, como después he tenido ocasión de observarlo, y su sistema de tratar a los acusados menos criminales que yo, sin duda me hubiera sometido a una pena tan dulce. Pero, arrebatado por el ardor de la juventud, y estando ya autorizado por Su Majestad Imperial para presentarme al rey de Blefuscu, no me descuidé en escribir a mi amigo el secretario antes de expirar el término de los tres días, dándole parte de mi resolución de partir en la misma hora para Blefuscu, en virtud del permiso que había obtenido, y sin aguardar respuesta eché a andar hacia la costa de la isla, donde

estaba la flota. Me apoderé de un grueso navío de guerra, até un cable a la proa, y levantando anclas después de haber puesto en él mi vestido y calzado, con un cobertor, que era mi equipaje, unas veces a vado y otras a nado, fuí tirando hasta el puerto real de Blefescu, donde me esperaba el pueblo hacía largo rato. Destinaron dos guías para conducirme a la capital, que tiene el mismo nombre : los llevé en mis manos hasta llegar a cien toesas de las puertas, y allí los puse en el suelo para que fuesen a dar aviso de mi arribo a uno de los secretarios de Estado, mientras aguardaba en el mismo sitio las órdenes de Su Majestad. Al cabo de una hora, recibí la respuesta de que salía con toda la casa real a recibirme. Entonces me adelanté cincuenta toesas más, hasta encontrarlos. El rey y su comitiva se apearon de sus caballos, y la reina y sus damas dejaron los coches, sin manifestar temor de mi presencia. Para besar las manos a Sus Majestades, me tendí en tierra, y así hice mi arenga de que iba a cumplir mi promesa con licencia del emperador, mi señor, por conseguir el honor de ver a un príncipe tan poderoso y ofrecerle todos los servicios que estuviesen en mi mano y no fuesen incompatibles con la obligación que me ligaba a mi soberano, pero sin hacer mención de mi desgracia.

No quiero fastidiar al lector con el pormenor circunstanciado de mi recibimiento en la corte, que fué cual correspondía a la generosidad de un príncipe tan grande ; ni de las incomodidades que pasé por falta de cama y alojamiento, viéndome precisado a acostarme en el suelo envuelto en el cobertor que por fortuna llevaba.

VIII

EL AUTOR LOGRA POR UN ACCIDENTE FAVORABLE LA PROPORCIÓN DE DEJAR A BLEFUSCU ; Y, VENCIDAS ALGUNAS DIFICULTADES, VUELVE A SU PATRIA.

Tres días después de mi arribo, paseándome por curiosidad hacia la costa de la isla que mira al nordeste, descubrí a distancia de media legua en el mar una cosa que me pareció un navío abandonado. Quitéme los zapatos y las medias, y habiendo andado ciento o ciento cincuenta toesas por el agua, advertí que el objeto se acercaba por la fuerza de la marea, conociendo entonces ser una chalupa que, según pensé, se habría separado del navío en alguna borrasca. Volví corriendo a la ciudad, y pedí a Su Majestad que me confiase veinte buques de los mayores que le habían quedado después de la pérdida de su armada, con tres mil marineros a las órdenes del vicealmirante. La flota se hizo a la mar, mientras yo volvía por el camino más corto a la costa donde había observado la primera vez la chalupa, y hallé que la marea la había llevado mucho más cerca de la ribera. Alcanzaronme los navíos, y desnudándome del todo, me arrojé al agua ; pero a la distancia de cincuenta toesas de la chalupa tuve ya que nadar hasta llegar a tocarla. Los marineros me tiraron un cable, con el cual pude atarla por un agujero de la proa, y aseguré el otro extremo a un navío de guerra, aunque no perfeccioné la maniobra porque perdía el pie en el agua. Nadando detrás de ella, iba empujándola con una mano, y la marea me ayudó a llevarla tan cerca de la ribera, que toqué tierra, y anduve con el agua al cuello. Descansé tres o cuatro minutos, y continuando mi trabajo hasta donde la mar no estaba ya más alta que mis sobacos, hallé vencida la mayor dificultad. La afiancé con otros cables de los que llevaba a pre-

vención en un navío, y tirando de ellos nueve buques de los principales de la flota que estaba esperando; con el favor del viento y de los marineros, me compuse de tal modo, que la acercamos a veinte toesas de la orilla, y habiéndose retirado el mar, logré ganar mi chalupa a pie enjuto: entonces, valiéndome de cuerdas, de máquinas y del refuerzo de dos mil hombres, no paré hasta volverla, y hallé que eran muy pocos los desperfectos que había sufrido.

Diez días ocupé para hacerla entrar en el puerto real de Blefuscu, donde acudió un gran número de gentes asombradas de ver un navío tan prodigioso. Hice presente al rey cómo la fortuna me había deparado aquel barco para poder pasar a algún otro puerto, y desde allí volver a mi patria, si Su Majestad se dignaba dar las órdenes convenientes para ponerle en estado de poderme servir, y me permitía salir de sus Estados, lo cual pude conseguir tras no pocos esfuerzos.

Ya extrañaba yo que el emperador de Lilliput, sabiendo mi ausencia, no hubiese hecho diligencia de buscarme; pero me informaron que ignoraba que hubiese tenido noticia de sus designios, y en esta suposición no discurría que en mi paso a Blefuscu llevase otras miras que el cumplimiento de mi promesa a los embajadores, en virtud de la licencia que me había dado, y esperaba que dentro de pocos días volviese; pero, al fin, mi tardanza principió a darle cuidado. Consultó al tesorero mayor y demás de la camarilla, y determinaron enviar un diputado de primera categoría con una copia de los artículos de mi acusación. Este personaje llevaba las instrucciones necesarias para representar al de Blefuscu la gran clemencia de su señor, que se había conformado con la leve pena de sacarme los ojos: que yo me había evadido de la justicia; y que si no volvía dentro de dos días, sería despojado de mi título de *nardac*, y

declarado reo de altísima traición. A esto añadió que para conservar la paz y buena amistad entre los dos Imperios, esperaba su señor que, en caso de inobediencia, me enviasen atado de pies y manos para ser castigado como alevoso.

El rey de Blefuscu, habiéndose tomado tres días para deliberar sobre este asunto, le dió una respuesta tan cortés como discreta ; a saber, que aunque le había robado su flota, me era deudor de muchos buenos oficios con relación al tratado de paz ; que bien conocía el emperador de Lilliput que era imposible llevarme atado : además, que tanto el uno como el otro quedarían muy pronto libres de mí, porque se estaba reparando con mi ayuda e instrucciones un maravilloso navío que había hallado sobre la ribera, capaz de transportarme a cualquier parte, y que antes de muchos días libraría yo mismo a los dos Imperios de una carga tan pesada.

Con esta respuesta se retiró el diputado, y después me refirió el rey de Blefuscu todo el caso, ofreciéndome al mismo tiempo (confidencialmente y con toda reserva) su graciosa protección si quería quedarme en su servicio. Aunque no dudase yo de toda la buena fe de la proposición, estaba resuelto a no volver a encontrarme con príncipe ninguno, ni sus ministros, en escapando de aquélla ; por cuya razón, habiendo manifestado a Su Majestad mi justo agradecimiento a favor de sus intenciones, le supliqué humildemente me diese su licencia para retirarme, puesto que mi mala o buena fortuna me ofrecía aquel barco en que debía abandonarme al Océano, primero que exponer a un rompimiento a dos soberanos tan poderosos. Advertí que no se ofendió de mi discurso, ni la determinación fué mal recibida de la mayor parte de sus ministros.

Estas consideraciones me empeñaron a acelerar mi viaje, y la corte, que lo deseaba, se apresuró a

despacharme. Quinientos trabajadores fueron destinados a hacer dos velas para mi chalupa de los lienzos más fuertes que se encontraron, doblados trece veces y acolchados después : yo era el director, y entre tanto fabricaba cuerdas y cables uniendo diez, veinte o treinta de los más gruesos que ellos tenían. Una gran piedra que por fortuna encontré al pie de la ribera, después de una larga pesquisa, me sirvió de ancla ; y acopiando el sebo de trescientos bueyes pude carenar mi embarcación y surtirme para otros usos. No me costó menos fatigas el corte de maderas para remos, y árboles, escogiendo las vigas mayores de sus bosques ; bien que me ayudaron los carpinteros de los arsenales reales.

Al cabo de un mes, poco menos, cuando estuvo todo dispuesto, fui a despedirme de Su Majestad y recibir sus órdenes. Salió de palacio con toda la real familia para concederme el honor de besar sus manos, que con efecto logré en iguales circunstancias que otras veces, y por último me regaló el rey cincuenta bolsillos con doscientos *spruggs* (1) cada uno, grabado su retrato de cuerpo entero. Tomélos con avidez, y los puse dentro de un guante para que no se me perdieran.

Cargué mi chalupa con cien bueyes, trescientos carneros, pan y bebida a proporción, y una cierta porción de carne cocida en tal cantidad que cuatrocientos cocineros se habían empleado en prepararla. También recogí seis vacas, y dos toros vivos, y otras tantas cabezas de ovejas, y moruecos, con la idea de llevarlos a mi país para que procreasen, y me previne de heno y trigo. No me hubiera costado mucho trabajo llevarme igualmente media docena de gente del país ; pero el rey no lo permitió, y además de un exactísimo registro de mis faltriqueras, Su Majestad me

(1) Moneda del país.

exigió palabra de honor de no consentirlo, aunque sus vasallos lo pretendiesen.

Dispuestas así todas mis cosas, me hice a la vela el 24 de septiembre de 1701 a las diez de la mañana, y habiendo hecho cuatro leguas hacia el Norte, con viento sudeste, a las seis de la tarde descubrí una pequeña isla que tendría casi media legua de latitud a Noroeste. Proseguí, y eché el ancla en aquella parte de su costa que me pareció más resguardada del viento; pero no hallé señales de estar habitada. Tomé refresco y me eché a descansar. Dormí cerca de seis horas, pues apenas se pasarían dos más después de despierto cuando principió a romper el alba, me desayuné, y estando el viento favorable, levanté el ancla y seguí la misma ruta que el día anterior guiado por mi brújula de faltriguera. La idea era dirigirme, si podía, a una de aquellas islas que creía, con razón, situadas al nordeste de la tierra de Van-Diemen. No descubrí nada en todo el día; pero al siguiente, serían las tres de la tarde, pues según mi cálculo habría andado cerca de veinticuatro leguas, descubrí un navío que llevaba su rumbo a Sudeste. Solté todas mis velas, y al cabo de media hora enarboló su pabellón y tiró un cañonazo. No se puede expresar la alegría que recibí con la esperanza de volver a ver mi amada patria y aquellas prendas queridas que había dejado en ella. El navío moderó su curso, y a las cinco o seis de la tarde nos juntamos, día 26 de septiembre. Yo estaba loco de contento al ver el pabellón inglés. Guardé mis vacas y carneros en las faltrigueras de la casaca y pasé a bordo con todas mis provisiones de víveres. Era un buque mercante inglés que regresaba del Japón por los mares del Norte y del Sud, cuyo comandante era el capitán Juan Bidell de Deptford, hombre muy honrado y excelente marino. Llevaba aún cincuenta hombres consigo, entre los cuales iba uno de mis antiguos compañeros llamado Pedro Wi-

lliams, que informó muy bien de mí al capitán, el cual me hizo buen acogimiento y me suplicó le dijese de dónde venía y adónde iba. Yo le hice mi relación en pocas palabras; mas con todo llegó a sospechar que el cansancio y los peligros en que me había visto me tenían trastornada la cabeza, hasta que viéndome sacar de la faltriquera todos mis ganados, se desengañó y quedó más aturdido. También le mostré las monedas de oro que me había dado el rey de Blefuscu con su retrato entero, y otras muchas rarezas de aquel país. Le regalé dos bolsillos con sus cuatrocientos *spruggs*, y le ofrecí a nuestro arribo en Inglaterra regalarle igualmente una vaca y una oveja preñadas.

Omitiré los pormenores de nuestro viaje por evitar fastidio: basta decir que llegamos a las Dunas el 13 de abril de 1702. Sólo tuve una desgracia, y fué que los ratones del navío me robaron una oveja. Desembarqué el resto de mis ganados sin avería, y los eché a pacer en un jardín del juego de bolas de Greenwich. No hubiera llegado ninguno vivo durante una travesía tan larga, a no ser por el capitán, que me surtía de bizcocho para alimentarlos, y lo comían muy bien hecho polvo y mezclado con agua.

En el tiempo que paré en Inglaterra saqué mucha utilidad de enseñar mis animalillos a diferentes personas de calidad, y también al pueblo: antes de salir a mi segundo viaje, los vendí en seiscientas libras esterlinas. Pero a mi regreso ya no encontré ni rastro de ellos, cuando yo creía que se hubiese multiplicado abundantemente la especie, sobre todo los carneros, y que hubiese producido muchas ventajas a nuestras manufacturas de lana por la finura de sus vellones.

Apenas estuve dos meses con mi mujer y mi familia; el insaciable deseo de ver países extranjeros no me permitió continuar más tiempo en aquella vida sedentaria. Instalé a mi familia en una buena casa

en Redriff, entregué a mi mujer quinientas libras esterlinas, y reservé el resto de mi caudal parte en dinero y parte en mercaderías con el designio de aumentar el fondo. Mi tío Juan me había dejado unas tierras cerca de Epping, que me rendían anualmente treinta libras esterlinas; con esto y otra tanta renta que me producía cierto negocio de toros negros en Feterlanne, podía sustentarse muy cumplidamente mi familia, y yo llevaba el consuelo de no dejarla expuesta a la caridad de la parroquia. Mi hijo Juan, llamado así por respetos de su tío, estudiaba humanidades y estaba para ingresar en un colegio. Mi hija Isabel (que al presente está casada, con sucesión) se aplicaba al trabajo de la aguja. De suerte que considerándome plenamente satisfecho del arreglo de toda mi casa, di el último adiós a mi mujer y a mis hijos, y a pesar de sus tiernas lágrimas, me embarqué animoso en la *Aventura*, buque mercante de trescientas toneladas, mandado por el capitán Juan Nicolás de Liverpool.

SEGUNDA PARTE

VIAJE A BROBDINGAG

I

EL AUTOR, DESPUÉS DE HABER SUFRIDO UNA FUERTE TEMPESTAD, DESEMBARCA EN UN PAÍS DESCONOCIDO, DONDE UNO DE SUS HABITANTES LE RECOGE.—DE QUÉ MANERA LE TRATAN.—IDEA DEL PAÍS Y SUS NATURALES.

Parece que la Naturaleza y la suerte me habían condenado a una vida agitada. Ya he dicho que volví a mi casa ; pero a los dos meses de estar en ella la abandoné nuevamente embarcándome en las Dunas el 20 de junio de 1702 en el buque llamado la *Aventura*, cuyo capitán, Juan Nicolás, de la provincia de Cornouaille, partía para Surate. Logramos un viento muy favorable hasta la altura del cabo de Buena Esperanza, donde anclamos para hacer provisión de agua ; y hallándose indispuerto nuestro capitán con fiebres intermitentes, no pudimos dejar el Cabo hasta fines de marzo. De allí continuamos nuestro rumbo con felicidad en el viaje hasta el estrecho de Madagascar. Pero, habiendo llegado al norte de esta isla, los vientos que en aquellos mares soplan siempre con igualdad entre Norte y Oeste, desde principio de diciembre hasta entrada de mayo, principiaron a excederse con demasiada violencia el 29 de abril del lado de Oeste durante veinte días seguidos, en cuyo tiempo perdimos rumbo hacia el Oriente de las islas Molucas, y casi tres grados al Norte de la línea equinoc-

cial, según advirtió nuestro capitán por cierto cálculo que hizo el segundo día de mayo en que cesó el viento. Era hombre muy experimentado en la navegación de aquellos mares, y habiéndonos prevenido que nos dispusiéramos para una horrible tempestad al día siguiente, sucedió como lo había pronosticado. Comenzó a soplar un viento Sud, que llamamos monzón, y temiéndonos que fuese en aumento, recogimos la vela del bauprés, y nos preparamos para la mesana, que fué preciso recoger también, y amarrar los cañones porque la tempestad iba tomando fuerza. El buque estaba al través, y en esta situación tuvimos por el mejor partido caminar viento en popa. Remachamos la mesana y guarnecemos las escotas, el timón estaba hacia el viento, y el navío se gobernaba bien. Echamos fuera la vela mayor; pero muy pronto la desgarró el temporal. Después arriamos la antena mayor para desarmarla, y cortamos todos los cordajes y la llave que la mantenían; sacamos los brazos al timón, y ayudamos al timonero que no podía gobernarlo solo. No queríamos arriar el mástil de gavia mayor, porque el buque iba mejor con las olas, y estábamos persuadidos de que caminaba más seguro con el mástil levantado. Viéndonos bastante enmarados después de la tempestad, echamos fuera la mesana y la vela mayor, y nos inclinamos un poco contra el viento, volviendo a colocar el artemón, y también los masteleros de la gran gavia y de la menor. Nuestro rumbo era Este-Nordeste: el viento Sudoeste. Amarramos a estribor, y desamarramos el brazo del lado del viento: armamos las bolinas y pusimos el navío todo lo que se pudo hacia el viento trabajando todas las velas. Mientras duró la borrasca, que fué seguida de un viento impetuoso de O. S. E., fuimos impelidos, según mi cálculo, cerca de quinientas leguas hacia el Oriente; de suerte que el más antiguo y experto de los marineros no supo decirnos en qué

parte del mundo estábamos. Sin embargo, no nos faltaban víveres, el navío no hacía agua, y nuestra tripulación gozaba buena salud ; pero nos hallábamos reducidos a una extremada penuria de agua dulce. En este estado tuvimos por más conveniente continuar el mismo rumbo que volver al Norte, por no caer en las partes de la Gran Tartaria, que son las más próximas al Noroeste, y en el Mar del Hielo.

El 16 de junio de 1703 un grumete descubrió tierra desde la altura del papagayo : el 17 vimos ya claramente una grande isla o continente (pues no supimos distinguirlo), y a su costado derecho había una pequeña lengua de tierra que se adelantaba en el mar y una corta bahía demasiado somera para que un navío de más de cien toneladas pudiese entrar en ella. Anclamos a distancia de una legua de la bahía, y nuestro capitán envió doce hombres de su tripulación, bien armados, en la chalupa, llevando a prevención algunas vasijas por si encontraban agua. Yo le pedí permiso para ir con ellos a ver el país y hacer las descubiertas que pudiese. Pero cuando hubimos tomado tierra no vimos ni río, ni fuente, ni vestigio de habitantes ; lo que obligó a nuestra gente a costear la ribera para buscar agua fresca a la orilla del mar. Entretanto yo me paseaba solo, y, penetrando casi una milla tierra adentro, no encontré otra cosa que un país estéril cubierto de rocas. Ya principiaba a cansarme, y no viendo nada que pudiese satisfacer mi curiosidad, me volvía poco a poco hacia la pequeña bahía, a tiempo que ví a nuestra gente sobre la chalupa, que sólo trataba de salvar sus vidas a fuerza de remos, perseguidos por un hombre tan gigantesco, que, metido en el mar, apenas le llegaba el agua a las rodillas, y daba unos pasos descomedidos ; pero ellos habían tomado media legua de ventaja, y estando en aquel sitio el mar lleno de rocas, el gigante no pudo alcanzar la chalupa. Yo eché a correr cuanto

pude trepando hasta la cima de una montaña escarpada, desde la que pude ver una parte del país. Le hallé perfectamente cultivado, pero lo que desde luego me pasmó fué la altura de la hierba, que me pareció levantaba más de veinte pies.

Tomé un camino real, a mi modo de pensar, aunque para los habitantes del país no era más que una pequeña senda que atravesaba un campo de cebada. Anduve por allí algún tiempo, pero a ciegas, porque las mieses estaban ya en sazón y tenían cuarenta pies de altura lo menos. Una hora tardé en llegar al otro extremo, que estaba cercado de un seto de ciento veinte pies de elevación o algo más. Los árboles eran tan grandes que yo no pude calcular la altura que tenían.

Tratando de buscar alguna abertura en la cerca, descubrí uno de los habitantes en el campo inmediato, de la misma talla que el que había visto anteriormente en el mar persiguiendo a nuestra chatupa. Parecióme tan alto como un campanario de los regulares, y por mi cálculo, de cada paso alargaba cerca de cinco toesas. Me quedé temblando, corrí a esconderme entre la mies, desde donde le vi parado junto a un portillo del seto, y dando voces más descomedidas y penetrantes que si salieran de una bocina: el sonido era muy fuerte, y como se elevaba en el aire, por el pronto creí que tronaba. Al punto se llegaron a él siete hombres de la misma estatura, cada uno con su hoz en la mano, y cada hoz tan grande como seis guadañas. Estos no estaban tan bien vestidos como el primero, de que inferí serían sus criados, y porque, según la orden que les dió, pasaron luego a segar en la mies donde yo estaba escondido. Procuré alejarme de ellos cuanto pude, pero me costaba suma dificultad moverme, porque las cañas del trigo por algunos parajes no distaban más de un pie las unas de las otras, de suerte que a veces no podía andar en aquella especie de floresta. Avancé no obs-

tante hacia una parte donde la lluvia y el viento habían acamado la mies, y no pude pasar de allí, porque las cañas formaban un tejido tan fuerte que era absolutamente imposible romper por ellas, y las barbas de las espigas caídas eran tan duras y agudas, que me atravesaban el vestido y me herían la carne : a este tiempo oí a los segadores que apenas estaban ya a cincuenta toesas de mí. ¡ Cuál fué mi pavor entonces ! Totalmente desmayado, me dejé caer entre dos surcos aguardando, para alivio de mi congoja, el término de mis días, representándome a mi viuda desconsolada, mis hijos huérfanos, y todos llorando mi locura de haber emprendido este segundo viaje contra el consejo de mis parientes y amigos.

En medio de una agitación tan terrible, no podía apartar de mi pensamiento el país de Lilliput, cuyos habitantes me habían mirado como al mayor prodigio que se había visto en el mundo : adonde yo había sido capaz de arrastrar una flota entera con una sola mano, y de hacer otras hazañas cuya memoria será eternamente conservada en las crónicas de aquel Imperio a pesar de los incrédulos de la posteridad, que no cederán sin pena al testimonio de una nación entera. La reflexión de parecer a la vista de esta gente un ente tan miserable como un lilliputiense entre nosotros, no era lo que menos me mortificaba ; mas, al fin, tampoco constituía la mayor de mis desdichas, porque comúnmente se nota que las criaturas humanas son más o menos salvajes y crueles a proporción de su talla ; pero de esta consideración, ¿ qué podía yo esperar más que venir a ser bien pronto un bocado de carne en la boca del primero de aquellos bárbaros enormes que me agarrase ? A la verdad, los filósofos tienen razón cuando nos dicen que no hay nada grande ni pequeño sino por comparación. Acaso los lilliputienses hallarán un día otra nación más pequeña a su respecto que ellos lo eran al mío. ¿ Y quién sabe

si esta casta prodigiosa de mortales será una nación lilliputiense en comparación de otra alguna que no hayamos descubierto todavía? Pero la confusión y susto que me poseían no daban entrada por entonces a estas reflexiones filosóficas.

Acercándose uno de los segadores a cinco toesas del surco donde yo estaba acostado, temí que si daba otro paso más adelante me despachurrase con el pie o me dividiese el cuerpo con la hoz ; esto me obligó a prorrumper en exclamaciones lastimeras con todo el esfuerzo que me permitía el desmayo de que estaba poseído, luego que le vi dispuesto a levantar el pie. Inmediatamente se detuvo el gigante, mirando alrededor de sí y hacia arriba hasta que me vió. Quedóse parado observándome con todo el cuidado de un hombre que pretende agarrar algún animalejo pernicioso sin riesgo de que le muerda o arañe, como yo lo he hecho muchas veces con las comadreja en Inglaterra. Finalmente ya se determinó a agarrarme por la parte más gruesa de mi cuerpo, levantándose a toesa y media de sus ojos para examinar mejor mi figura. Conocí su intención, y me estuve quieto mientras me tenía en el aire a más de sesenta pies de distancia del suelo, no obstante que me apretaba cruelmente por temor de que me escurriese entre sus dedos. No me atreví a hacer más movimiento que para levantar los ojos al sol, poniendo las manos en forma de suplicante, y así hablé algunas palabras en tono muy humilde y lastimoso, conforme al estado en que me veía, temiendo a cada instante que se le antojase aplastarme, como nosotros solemos hacer con ciertos insectos fastidiosos para librarnos de ellos ; pero habiéndole hecho gracia mi voz y gesto, principió a mirarme con más curiosidad, muy admirado de oirme hablar, aunque no me entendía.

Sin embargo, yo no pude reprimir mis lamentos y lágrimas, y volviendo la cabeza procuraba darle a

entender todo el daño que me hacía con sus dedos. Yo creo que comprendió el dolor de que me quejaba ; pues levantando una faldilla de su vestido me puso dentro con mucha suavidad, y echó a correr adonde estaba su amo, que era un labrador rico, el mismo que había visto desde luego en el campo.

El labrador tomó una pajita, que era casi tan gruesa como una caña de las que usamos para bastones, y con ella me levantó las faldillas de la casaca, que en mi concepto le pareció una especie de cubierta que la Naturaleza me hubiese dado, y para verme mejor la cara me sopló los cabellos. Llamó a sus criados y les preguntó (según pude conjeturar) si habían visto alguna otra vez en el campo algún animalejo que se asimilase a mí. Después me puso de cuatro pies en el suelo ; pero me levanté al instante, y eché a andar con mucha gravedad hacia un lado y otro, para que no recelasen que quería escaparme. Sentáronse todos para mejor observar mis movimientos, y entonces yo, quitándome el sombrero, hice una cortesía muy sumisa al amo, y me arrojé a sus pies, levantando las manos y la cabeza con diferentes exclamaciones en el tono más alto que podía. Saqué de mi faltriquera una bolsa llena de oro y se la presenté con mucha humildad. El la puso en la palma de la mano y aplicó la vista para distinguir lo que le daba, sacó un alfiler de la manga, la rodeó diferentes veces, y se quedó con las mismas dudas. Estando en esto, le hice señal de que bajase la mano, y tomando la bolsa la abrí y vacié en ella las monedas, que eran seis doblones de a ocho españoles, con otras veinte o treinta inferiores. Mojóse el dedo con la lengua y levantó una de las monedas mayores y luego otra ; pero yo creo que no comprendió lo que era. Por último, me mandó por señas que las volviese a la bolsa y las guardase.

Esto le hizo discurrir si sería alguna criaturita ra-

cional, y principió a honrarme con su conversación : articulaba muy bien las palabras, pero su eco me aturdió los oídos, como si fuera un molino de agua. Yo le contestaba ya en un idioma, ya en otro, levantando la voz cuanto podía, y aunque aplicaba su oído para entenderme, todo era inútil. Envió los criados al trabajo, y sacando un pañuelo de su faltriquera, le dobló por medio, le extendió sobre la mano izquierda y me hizo seña de que me pusiese encima, a cuyo fin la bajó hasta el suelo, y no hallé dificultad, pues apenas tendría un pie de grueso. Parecióme que debía obedecer ; mas, para no caerme, me acosté a lo largo sobre el pañuelo en que me envolvió y de este modo me llevó a su casa. Luego que entró llamó a su mujer, la cual retrocedió prontamente al verme, dando unos chillidos descompasados como suelen hacer las inglesas a la vista de un escuerzo o de una araña. Pero al cabo de algún tiempo, que observó mi actitud y que contestaba a las señas que hacía su marido, principió a quererme con ternura.

Siendo cerca del mediodía, sacó un criado la comida (vianda grosera conforme al estado de un simple labrador) en un plato de casi veinticuatro pies de diámetro, y se congregaron el amo, su mujer, tres hijos y una anciana abuela. Sentáronse todos, y el labrador me puso a su lado sobre la mesa, que era como de treinta pies de alta ; pero yo tenía buen cuidado de no acercarme a sus bordes por no dar en el suelo. La mujer cortó un pedacito de carne, desmigajó un poco de pan y me lo puso delante en un plato de madera. Yo la hice una reverencia muy sumisa, y sacando mi cuchillo y tenedor, principié a comer : esto les hizo mucha gracia. Después mandó a la criada que trajese una tacita que servía para beber licores, pues no hacía más de doce azumbres, y la llenó de bebida. Levantéla con bastante trabajo, y revisitiéndome de autoridad, brindé a la salud de madama,

esforzando cuanto pude la voz en inglés. Entonces sí que temí quedar sordo de la carcajada de risa en que prorrumpieron todos. El gusto de la bebida era muy semejante a la sidra, y no me desagradó. El amo me hizo señal de que me acercase a su plato, que también era de madera, y por apresurarme demasiado por poco me mato, pues tropezando en una pequeña corteza de pan, caí de cara sobre la mesa. Me incorporé al instante, y advirtiéndome que aquellas buenas gentes se habían compadecido, tomé el sombrero, le di vueltas en la cabeza y lancé dos o tres aclamaciones para que viesen que no había recibido daño. Pero al tiempo de llegar a mi amo (éste es el nombre que le daré de aquí adelante) el más pequeño de sus hijos, que estaba sentado junto a él y era un muchacho como de diez años, muy maligno y travieso, me agarró por las piernas y, elevándome en el aire, me conmovió todo el cuerpo. El padre me arrebató de entre sus manos y le dió una bofetada tan fuerte en la oreja izquierda, que pudiera haber desbaratado un escuadrón entero de caballería europea, mandándole que luego al punto se quitase de la mesa. Recelé que el chiquillo me guardase rencor; y acordándome de lo perversos que son naturalmente todos los muchachos de nuestro país contra los pájaros, conejos, gatos y perros, me puse de rodillas delante de mi amo, y señalándole con el dedo, le di a entender como pude que deseaba que le perdonase. El padre condescendió, y volviendo a tomar su silla el muchacho, llegué a él y le besé la mano.

A la media comida el gato favorito de mi ama se la subió encima. Oí detrás de mí un ruido como de doce telares de medias, y volviendo la cabeza, me enteré de que era un gatazo que mayaba. El ama le daba de comer, y él la acariciaba, pero a juzgar por la cabeza y una pierna que vi, me pareció tres veces mayor que un buey. La ferocidad de aquel animal

me llenó de pavor ; y procuré alejarme al lado más remoto de la mesa, distante cincuenta pies, y el ama le tenía asido temiendo que se abalanzase a mí. No sucedió nada, porque el gato ni reparó en mí siquiera.

Mi amo, por ver lo que hacía me puso delante de él bastante cerca, y como siempre he visto que cuando se huye de una fiera o se manifiesta miedo suele más presto echarse encima, determiné hacer de valiente, y fingir que no temía sus garras. Principié a pasearme con mucha osadía acercándome tanto, que el animal dió dos pasos atrás, como si tuviera miedo de mí. Después vinieron tres o cuatro perros, entre ellos un mastín que abultaba por cuatro elefantes, y un lebel no tan grueso pero más alto. Yo siempre firme, aparentando serenidad de ánimo.

Al concluirse la comida, entró el ama, que amantaba un niño de la labradora como de un año de edad. Apenas me vió la criatura principió a dar unos gritos tan terribles, que creo se hubieran podido oír sin dificultad desde el puente de Londres hasta Chelsea. El me tuvo por un muñeco u otra chuchería semejante, y lloraba porque se le dieran para entretenerse. La madre me levantó, y poniéndome en sus manos, al instante me agarró, y al punto metió mi cabeza dentro de su boca, como es natural en aquella edad : mas no fué esto lo peor, sino que, asustado el muchacho de mis clamores, me dejó caer de pronto. y a no ser porque la madre tenía puesto debajo su delantal, me hubiera roto la cabeza sin remedio. El ama, para apaciguarle, se valió de un juguete, que era un grueso pilar hueco guarnecido de unas piedras disformes, el cual pendía de la faja del niño por un cable muy fuerte, y no bastando esto a aplacarle, recurrió al último arbitrio, que fué darle de mamar. Es preciso confesar que no he visto cosa en mi vida que me haya horrorizado tanto, ni sé con qué poder compararla.

Entonces me acordé del atractivo de nuestras damas inglesas, que sin duda las favoreció Naturaleza en esta parte, y conocí que nuestra inclinación puede consistir en la proporción de la talla y grados de vista; pues es constante que si las mirásemos por un microscopio, descubriríamos ciertas deformidades que no alcanza nuestra vista y las afean extremadamente. Por la misma razón me decía una mujer en Lilliput que le parecía yo muy feo, que distinguía unos grandes agujeros en mi cutis; que mis barbas eran diez veces más gruesas que las cerdas del jabalí, y que la tez de mi cara era un conjunto de diferentes colores que la hacían totalmente desagradable, siendo así que soy rubio y paso por de un color bastante bueno. Pero dejemos estas digresiones.

Después de la comida, mi amo volvió a buscar a sus gañanes, y a lo que pude comprender por su voz y ademanes, dejó muy encargado a su mujer que me cuidase. Estaba yo rendido de cansancio y tenía gana de dormir. La labradora lo conoció, y llevándome a su cama, me cubrió con un pañuelo blanco, que no era más pequeño que la gran vela de un navío de guerra.

Dormí dos horas soñando que estaba en mi casa con mi mujer y mis hijos, lo que aumentó mi aflicción, cuando desperté y me vi absolutamente solo en una espaciosa sala de doscientos o trescientos pies de extensión y más de doscientos de altura, acostado en una cama que tenía diez toesas de ancha. Mi ama había salido a los negocios de su casa y me había dejado encerrado bajo llave: de la cama al suelo había cuatro toesas de distancia, apretábanme algunas necesidades naturales, y no me atrevía a llamar, bien que hubiera sido inútil con una voz como la mía, respecto adonde estaba la cocina, en que ordinariamente asistía la familia. Cuando hacía estas cuentas, treparon dos enormes ratas por las cortinas y principia-

ron a correr sobre mi cama. Llega una a mi cara, y yo, lleno de espanto, me incorporé como pude para echar mano al sable; pero aquellos terribles animales tuvieron la insolencia de acometerme por distintos lados. Comencé a repartir cuchilladas y tuve la fortuna de matar una y ahuyentar a la otra, volviendo a acostarme concluída la refriega para descansar y reponerme de la emoción sufrida. Eran las tales ratas como dos mastines, pero sin comparación más ágiles y feroces, de suerte que si me toman indefenso infaliblemente me devoran.

Poco después vino mi ama, y entrando en el cuarto advirtió que estaba todo ensangrentado. Acudió al instante a mí, y para que saliese del susto la hice señal de que mirase a la rata muerta. La labradora sonrió, dando muestras de contento al ver que no estaba herido. Después la expliqué como pude mi deseo de bajar al suelo, y aunque me soltó al punto, mi modestia no me permitía declarar la urgencia de otro modo que señalando a la puerta, haciéndola muchas cortesías. La mujer me entendió al cabo de algún tiempo, y volviendo a ponerme sobre su mano, me llevó al jardín y me dió libertad. Alejéme cerca de diez toesas, y dándola a conocer que debía volver la cabeza, me oculté entre dos hojas de acedera, donde hice lo que se deja adivinar.

II

RETRATO DE LA HIJA DEL LABRADOR.—LLEVAN AL AUTOR A UNA CIUDAD DONDE HABÍA MERCADO, Y DESDE ALLÍ A LA CAPITAL.—EXACTA RELACIÓN DE SU VIAJE.

Tenía mi ama una hija de nueve años, pero de un espíritu superior a tan tierna edad. De acuerdo con ella, me había destinado para cama, antes que llegase la noche, la cuna de una muñeca que la servía de entretenimiento. Pusiéronla dentro de una gaveta de

un escritorio pequeño suspendida en el aire sobre un estante por temor de las ratas, y aquél fué mi lecho durante todo el tiempo que permanecí entre aquellas buenas gentes. La muchacha era tan ingeniosa, que a dos o tres veces que vió cómo yo me desnudaba aprendió sin dificultad, y aunque no la permitiese este trabajo más que por obedecerla, ella me vestía y desnudaba cuando quería. Me hizo seis camisas, y otras ropas interiores, del lienzo más delgado que pudo encontrar (es verdad que en su comparación las velas de nuestros navíos son telas de Holanda) y cuidaba de lavármelas por su propia mano. No sólo era mi lavandera, sino también mi maestra para instruirme en su idioma. Cuando la señalaba con el dedo alguna cosa, al instante me decía cómo se llamaba; de suerte que en poco tiempo me hallé capaz de poder pedir todo lo que necesitaba: ciertamente que tenía un natural bellissimo. Me puso el nombre de *Grildrig*, que significa lo mismo que *nanunculus* en latín, *homunculetino* en italiano, y *mannikin* en inglés. Puedo decir que a ella debo el haber aprendido su idioma. Estábamos siempre juntos: yo la llamaba *Glumdalclitch*, o pequeña ama, y confieso que sería el hombre más ingrato e inhumano si olvidara en cualquier tiempo sus desvelos y afecto hacia mí; pero, lejos de eso, quisiera llegar a verme otro día en estado de reconocerlos: en el fondo de mi corazón lo deseo entretanto que acaso habré sido la inocente, aunque infeliz causa de su desgracia. No me faltan motivos de temerlo.

Muy pronto se esparció por todo el país la noticia de que mi amo había hallado en los campos un animalito poco menor que un *splacknock* (que se cría en aquellos climas, y tiene casi seis pies de largo y la misma figura que un racional) que imitaba al hombre en todas sus acciones y parecía hablar una especie de lenguaje que le era propio; que había apren-

dido ya algunos de sus términos, que andaba recto sobre sus pies, que era dulce y tratable, venía donde le llamaban, hacía cuanto le mandaban; que tenía unos miembrecitos muy delicados, y un cutis más blanco y fino que el de una señorita en la edad de tres años. Otro labrador vecino, íntimo amigo de mi amo, fué a visitarle expresamente por examinar la verdad de la voz que corría. Al instante me exhibieron, y poniéndome sobre una mesa, me mandaron que me pasease; obedecí prontamente, saqué mi sable, lo volví a la vaina, hice una gran cortesía al vecino, preguntéle por la salud en su propio idioma, le di la bienvenida, y toda la relación que me había enseñado mi maestría. El amigo, que por su avanzada edad tenía ya cansada la vista, se puso sus anteojos para verme mejor; yo no pude reprimir la risa, y conociendo el motivo todas las gentes de la casa, principiaron a reír también, de suerte que el viejo chocho se dió por ofendido como un bestia. Tenía la debilidad de ser avaro, y no pudiendo disimularla, a juzgar por el detestable consejo que dió a mi amo, proponiéndole que podía ganar mucho dinero si me hacía ver de los curiosos cualquier día de mercado en la ciudad inmediata, que sólo distaba veintidós millas escasas. Luego lo malicié desde que advertí que hablaba con mi amo aparte muy reservadamente, que me miraban y señalaban con el dedo de cuando en cuando.

Al día siguiente me confirmó estas sospechas Glumdalclitch, mi directora, refiriéndome todo lo que había sabido por su madre. La pobre muchacha me puso en su seno, y lloraba sin consuelo por los riesgos a que me exponían de quebrantarme, estropearme o acaso reventarme si aquellos hombres bárbaros y groseros no me ataban con cuidado; y como había observado mi modestia natural y extremada delicadeza en todo lo que mira al honor, se lamentaba de

verme expuesto por dineros a la curiosidad del más bajo pueblo. Ella alegaba que *su papá y su mamá* la habían ofrecido que Grildrig sería todo suyo, pero que bien conocía que la querían engañar como había sucedido el año anterior con un cordero, que luego que estuvo gordo se lo vendieron al carnicero. No tenía yo tanta pesadumbre, pues nunca me abandonó la esperanza de recobrar algún día mi libertad; y respecto a la ignominia de verme transportado de lugar en lugar como si fuera un monstruo, nunca creí que una desgracia tal pudiese herir mi honor, ni que me la echarían en rostro cuando volviese a mi patria, porque al mismo rey de la Gran Bretaña le hubiera sucedido otro tanto en iguales circunstancias.

Mi amo admitió el consejo de su amigo, y poniéndome dentro de un cajón, me llevó el día siguiente, que era de mercado, a la ciudad inmediata, acompañado de su hija. El cajón estaba cerrado por todos lados, con algunos agujeros para que entrase el aire. La muchacha había tenido la buena idea de ponerme debajo el colchón de la cama de su muñeca; mas con todo escapé molido del viaje, aunque no duró más de media hora, porque el caballo avanzaba de cada paso cerca de cuarenta pies y trotaba con tal violencia que no se diferenciaba el movimiento de un navío en medio de la borrasca más fuerte; bien que, como he dicho, el camino no era más largo que de Londres a San Albano. Mi amo se apeó en una posada donde acostumbraba hospedarse, y después de haber consultado con el patrón y dado las disposiciones necesarias, mandó al *glustrud* o pregonero que diese aviso al pueblo de que había llegado un animalito extraño, que se exhibía en el parador del *Aguila verde*, un animalito que era un poco más pequeño que un *splacknock*, semejante en todas las partes de su cuerpo a una criatura humana; que podía pronun-

ciar diferentes palabras y hacer una infinidad de cabriolas con mucha destreza.

Pusiéronme sobre una mesa en la sala más grande del parador, que tenía cerca de trescientos pies en cuadro. A un lado estaba mi directora en pie sobre un banquillo bastante cerca para cuidar de mí e instruirme en lo que debía hacer : y mi amo, para evitar todo tropel y desorden, no permitía que entrasen de cada vez más que treinta personas. Yo me paseaba encima de la mesa arriba y abajo, según me mandaba la hija, después me hacía varias preguntas que ella sabía podía yo satisfacer con proporción al conocimiento que tenía del idioma, a las cuales respondía con toda la propiedad y esfuerzo que me era posible. Me volvía hacia el pueblo y hacía mil cortesías. Tomaba un dedal de Glumdalclitch que me servía de vaso y, llenándole de vino, brindaba por los espectadores. Tiraba de mi sable y hacía el molinillo como los maestros de armas en Inglaterra ; y por último me daban una pajita y hacía el ejercicio de la alabarda, que cuando muchacho había aprendido en mi país. Esta fiesta se repitió doce veces el primer día hasta que me rindieron cruelmente el cansancio, el disgusto y la melancolía.

Los que me habían visto salían ponderando tanto lo prodigioso del espectáculo, que el pueblo quería romper las puertas para entrar. Pero mi amo, mirando por sus intereses, no permitió que nadie me tocase, sino mi maestra, y para ponerme más a cubierto de todo atentado, había rodeado de bancos la mesa, a tanta distancia que ninguno de los espectadores pudiese alcanzar con la mano mi persona. Sin embargo, un diablillo de estudiante me tiró una avezana a la cabeza con tal violencia, que si no yerra el golpe seguramente me hubiera saltado el cerebro, pues era tan gorda como un melón ; pero tuve la sa-

tisfacción de ver despedirle de la sala con toda la ignominia que merecía su malignidad.

Mi amo puso carteles ofreciendo exhibirme también al público en el mercado siguiente, y entretanto me dispuso otro carruaje más cómodo, en vista de la fatiga que me había ocasionado la primera marcha y la repetición de mis habilidades en ocho horas seguidas, pues al acabar no podía ya tenerme en pie, y había casi perdido la voz. Para colmo de mis desdichas, luego que regresamos a casa, todos los hidalgos de la vecindad, movidos de la admiración general, acudían sin cesar a verme; hubo día que se juntaron más de treinta, con sus mujeres e hijos, que aquel país abunda tanto como Inglaterra de hidalgos holgazanes y desocupados.

Entusiasmado mi amo por las saneadas ganancias que mi exhibición le proporcionaba, determinó llevarme a todas las ciudades más principales del reino. Proveyóse de todo lo necesario para un viaje largo, arregló sus negocios domésticos, y despidiéndose de su mujer el 17 de agosto de 1703, casi dos meses después de mi llegada a aquel país, partimos para la capital, que está situada hacia el centro del Imperio, distante poco menos de quinientas leguas del lugar de nuestra residencia. Mi amo iba a caballo, y a la grupa su hija, vestida de calzones, la cual me llevaba dentro de un cajón atado a su cintura y forrado del paño más fino que había podido encontrar.

La idea era exponerme en todas las ciudades, villas y aldeas algo cultas del camino, y aun en las quintas que la nobleza posee en aquellas inmediaciones. Hacíamos jornadas muy cortas, que no pasaban de ochenta o cien leguas, porque Glumdalclitch, mirando a mi comodidad, se quejó de que no podía sufrir el trote del caballo, y de cuando en cuando me saca-

ba del cajón para que tomase alimento y viese el país. Pasamos cinco o seis ríos más anchos y profundos que el Nilo y el Ganges ; apenas había arroyo que no fuese más caudaloso que el Támesis por el puente de Londres. Finalmente, tres semanas empleamos en el viaje, en cuyo tiempo me exhibieron en diez y ocho ciudades principales, sin contar otras muchas villas y casas de campo.

El 26 de octubre llegamos a la capital, llamada en su idioma Lorbruldrud o el *Orgullo del universo*. Mi amo tomó un cuarto en la calle más principal, no muy lejos del palacio real, y repartió prospectos, según costumbre, que contenían una descripción prodigiosa de mi persona y talento. Allí dispuso un salón de trescientos o cuatrocientos pies de anchura, donde colocó una mesa de sesenta pies de diámetro : sobre la cual debía hacer yo mi papel, y para que no me cayese la cercó de una empalizada. Se dió principio al espectáculo, que me hicieron repetir diez veces en cada día con grande admiración y gusto de todo el pueblo. Ya hablaba yo su idioma razonablemente, y entendía muy bien todo cuanto decían de mí : también había aprendido su abecedario, y aunque con algún trabajo, podía leer y explicar un libro ; pues Glumdalclitch me había dado algunas lecciones en casa de su padre y a las horas de descanso en nuestro viaje, a cuyo fin llevaba en su faltriquera un librito algo más grande que un atlas proporcionado a la juventud del país. Este era una especie de catecismo en compendio, del cual se servía para instruirme en las letras del abecedario y significación de los vocablos.

III

EL AUTOR RECIBE ORDEN DE PASAR A LA CORTE, EN DONDE LE COMPRA LA REINA Y LE PRESENTA AL REY.—DISPUTA CON LOS SABIOS DE SU MAJESTAD.—LE DAN HABITACIÓN EN PALACIO.—SE CONVIERTE EN FAVORITO DE LA REINA.—DEFIENDE EL HONOR DE SU PATRIA.—QUERELLAS CON EL ENANO DE LA REINA.

Las penas y fatigas que diariamente sufría ocasionaron un trastorno considerable en mi salud, pues cuanto más ganaba mi amo, tanto más crecía su ambición. Había ya perdido enteramente el apetito, y me había quedado poco menos que como un esqueleto. Mi amo lo advirtió, y viendo mi muerte próxima, determinó aprovecharse del tiempo con la mayor utilidad suya. De este modo discurría cuando llegó a la puerta un *stardral* o caballero del rey, con orden de que me presentase al punto en la corte para divertir a la reina y a sus damas. Algunas de éstas me habían visto ya y contado maravillas de mi gallarda figura, buen aire y bondad de carácter. Mucho celebraron mis gracias la reina y su real familia. Yo me arrodillé a sus pies en solicitud de besarlos con respeto; pero aquella afabilísima princesa me presentó el dedo pequeño de su mano, que estreché contra mi pecho, aplicando en su extremo con veneración mis labios. Me hizo algunas preguntas generales tocante a mi país y viajes, a las cuales respondí con toda la distinción y laconismo que me fué posible. También me preguntó si viviría contento en la corte: entonces, haciendo una reverencia hasta tocar con la cabeza en la mesa en que estaba, respondí con mucha sumisión que era hijo de la obediencia, pero que si dependiese de mi voluntad solamente, tendría todo mi gusto en consagrar mi vida al servicio de Su Ma-

jestad. Al instante propuso a mi amo si quería venderme, y como éste no deseaba otra cosa, porque no me daba un mes de vida, admitió prontamente el partido señalando por precio mil monedas de oro, que sin detención le pusieron en la mano. Yo pedí entonces a la reina que pues ya era un humilde esclavo suyo me concediese por primera gracia que Glumdalclitch, en quien había hallado siempre tanta atención, amistad y esmero, fuese admitida igualmente al honor de su servicio, continuando con el cargo de directora mía. Su Majestad condescendió exigiendo también el consentimiento del labrador, que quedó tan contento de ver a su hija en palacio como ella de no separarse de mi lado. Por último, él se retiró diciéndome a la despedida que en buen sitio me dejaba, a lo cual le contesté silenciosamente con una gran cortesía.

Notó la reina la frialdad con que recibí el cumplimiento y despedida del labrador: preguntándome la causa, respondí sin titubear a Su Majestad que no reconocía otra gracia en mi antiguo amo que la de no haber despachurado con el pie a un animalito inocente hallado por casualidad en sus tierras, que este favor quedaba bien pagado con el provecho que había sacado exhibiéndome al público por dineros y con la suma que acababa de tomar en mi venta; que mi salud estaba muy quebrantada por tanta esclavitud y continua obligación de divertir a la plebe a todas horas del día; que si mi amo no hubiera temido mi muerte no me hubiera comprado Su Majestad tan barato. Pero que como ya no hallaba lugar en mí el temor de ser tan desgraciado en lo sucesivo bajo la protección de una princesa tan grande y benigna, el primor de la Naturaleza, la admiración del mundo, las delicias de sus vasallos y el fénix de la creación, esperaba que los recelos de mi amo anterior saliesen vanos, pues que sentía ya mis espíritus recobrados del todo con

el influjo de su muy augusta presencia ; tal fué el resumen de mi discurso, pronunciado con bastantes barbarismos y no pocos temores.

La reina, disimulando con su bondad los defectos de mi arenga, quedó admirada de ver tanto valor y juicio en un animalejo tan pequeño : púsome sobre su mano y, sin detenerse, me llevó a presentarme al rey, que estaba entonces recogido en su gabinete. Su Majestad, príncipe muy serio y de semblante austero, no fijándose por el pronto en mi figura, preguntó secamente a la reina que desde cuándo se había aficionado a los *splack-nocks* (pues me tuvo por un insecto de esta especie). Pero la reina, que era sumamente aguda, me puso de pie con mucho cuidado sobre el tintero del rey y me mandó que dijese yo mismo a Su Majestad lo que era. Obedecí en muy pocas palabras, y Glumdalclitch, que se había quedado a la puerta del gabinete, no pudiendo sufrir que estuviese más tiempo separado de ella, entró, y añadió que me habían hallado en el campo.

El rey, que era un sabio a quien no igualaba ninguno de los de sus Estados, que había pasado su juventud en el estudio de la filosofía y principalmente en el de las matemáticas, cuando vió de cerca mi figura y ademanes, antes de haber principiado a hablar, discurrió que pudiese ser alguna máquina artificial, como un torno de asador, o cuando más alguna especie de reloj ejecutado por un buen artífice. Pero luego que escuchó mi voz y advirtió que aquellos débiles ecos eran producidos con discernimiento racional, no pudo disimular su admiración y asombro.

Mandó llamar a tres famosos sabios que a la sazón residían en la corte, prestando su semana de servicio, según la admirable costumbre de aquel país. Estos señores, después de haber examinado mi figura con mucho detenimiento, no pudieron ponerse de acuerdo. Todos convenían en que no podía ser un

legítimo producto de la Naturaleza por el orden regular, porque carecía de la facultad natural de conservar mi vida, ya fuese por la agilidad, ya por la facilidad de trepar sobre un árbol o ya por la facultad de minar la tierra para hacer madriguera donde esconderme como los conejos. Y habiendo observado mis dientes por largo rato, conjeturaron que era yo un animal carnívoros.

Uno de los filósofos adelantó que era un embrión o puro aborto. Pero esta opinión fué rechazada por los otros dos que habían advertido que mis miembros eran perfectos y bien formados en su especie y que había vivido ya muchos años, como evidenciaba mi barba, examinada con auxilio de un microscopio. No quisieron declararme siquiera enano, porque mi pequeñez no tenía comparación, pues el enano favorito de la reina, que era el más pequeño que se había visto jamás en el reino, tenía cerca de treinta pies de altura. Por último, después de un gran debate convinieron unánimemente en que era un *rel-plum scalcath*, que, interpretado literalmente, quiere decir *lusus naturæ*; decisión muy conforme a la filosofía moderna de Europa, cuyos profesores, desdénando el antiguo refugio de las *causas ocultas*, con cuyo favor los sectarios de Aristóteles tratan de paliar su ignorancia, han inventado esta maravillosa decisión de todas las dificultades de la física. ¡Admirable progreso de la ciencia humana!

Terminada que fué esta conclusión decisiva, se me permitió decir algunas palabras, y mirando al rey, protesté seriamente a Su Majestad que venía de un país donde mi especie vivía repartida en muchos millones de individuos de ambos sexos: que los animales, árboles, y casas eran proporcionados a mi cuerpo, y que, por consiguiente, lograba allí la facultad de defenderme y alimentarme con todos los demás socorros y comodidades que podía disfrutar en

sus Estados cualquier vasallo de Su Majestad. Esta repuesta dió lugar a una sonrisa desdeñosa en los filósofos, diciendo que el labrador me tenía bien instruído y que yo no había aprendido mal la lección. Pero el rey, que estaba dotado de mejores luces, despidiendo a sus sabios, mandó buscar al labrador que, por fortuna, no había salido todavía de la corte. Examinóle en particular, confrontó después su informe conmigo y con Glumdalclitch, y halló Su Majestad que cuanto le había referido podía ser cierto. Encargó a la reina que diese orden de que me cuidasen bien, y que continuase bajo la vigilancia y dirección de Glumdalclitch, porque había notado que nos queríamos mucho.

Mandó la reina a su ebanista que me hiciese un cajón que pudiese servirme de dormitorio con arreglo al modelo o idea que le diésemos mi directora y yo. El obrero no se distinguía por su actividad, y tardó tres semanas en fabricarme un cuarto de madera de diez y seis pies en cuadro y doce de altura con sus ventanas, puertas, y dos gabinetes.

Otro obrero excelente y célebre por el gusto con que fabricaba juguetes, se encargó de hacerme dos sillas de una materia semejante al marfil, dos mesas y un armario donde poner mi ropa, y la reina mandó que al punto buscasen en todas las tiendas las telas de seda más finas para hacerme vestidos.

Aquella princesa gustaba tanto de mi conversación, que no podía comer como yo no estuviese presente. Me ponían una mesita sobre la de Su Majestad, y mi silla correspondiente, estando siempre Glumdalclitch al lado, puesta de pie sobre un taburete, para cuidarme.

También quiso el príncipe un día conversar conmigo durante la comida. Me preguntó acerca de las costumbres, religión, leyes, gobierno, y literatura de Europa: di razón de todo como pude, y sobre cada

cosa iba haciendo Su Majestad las reflexiones y observaciones más sabias que le dictaban su perspicaz talento y juicio sólido. Habiendo llegado a los dos partidos que dividen la Inglaterra, me preguntó si era yo *wigh*, o *tory*: y volviéndose después hacia su primer ministro, que estaba detrás en pie como un bastón blanco en la mano tan alto como el palo mayor del *Soberano Real*, exclamó: «¡ Desdichada naturaleza humana! ¡cuán poco montan tus grandezas, cuando unos viles insectos quieren suponer también ambición y gozar de jerarquías y distinciones entre ellos! tienen andrajos con que cubrirse, vivares, jaulas y cajones que llaman alcázares y palacios; equipajes, libreas, títulos, empleos, ocupaciones, y pasiones como nosotros. Entre ellos se encuentra el amor, el odio, el engaño y la traición como aquí.» De esta suerte filosofaba Su Majestad acerca de lo que le había referido de Inglaterra, y yo estaba ardiendo de indignación y coraje de ver mi patria, la maestra de las artes, la reina de los mares, la árbitra de la Europa, la gloria del Universo, tratada con tanto menosprecio.

Pero nada me incomodaba ni ofendía tanto como un enano que tenía la reina, el cual, siendo de una talla nunca vista en aquel país, se hizo tan insolente desde que vió otro hombre mucho más pequeño que él, que no podía contenerse. Me miraba con soberano y singular desprecio, y no cesaba de burlarse de mi figurita. Yo no tenía otro desquite que llamarle hermano; mas era tanta su malignidad, que un día, mientras comían, estuvo esperando verme descuidado y agarrándome por medio del cuerpo me precipitó en un plato de leche y echó a correr. Quedé sumergido hasta las orejas, de suerte que si no hubiera sido un nadador excelente, me hubiera ahogado sin remedio. Glumdalclitch había pasado por casualidad hacia el otro extremo del cuarto, y la reina, consternada

del suceso, no tuvo ánimo para socorrerme : acudió al instante mi directora ; pero, por pronta y diestramente que procuró sacarme, ya había tragado más de una azumbre de leche. Me llevaron a la cama, y no resultó más daño que la pérdida del vestido, que quedó del todo inservible. El enano sufrió unos crueles azotes, cuyo castigo presencié con cierta complacencia.

Quiero hacer ahora una ligera descripción de aquel país, según lo que pude observar de la parte que recorrí. Toda la extensión del terreno es casi de tres mil leguas de longitud y dos mil quinientas de latitud, de donde infiero que nuestros geógrafos europeos se equivocan en creer que no hay sino mar entre el Japón y California. Yo siempre imaginé que debía haber por aquel lado un gran continente que sirviese de contrapeso al gran continente de Tartaria : así, pues, es preciso corregir los mapas y unir esta vasta extensión de tierra a las partes noroestes de la América, para lo cual me ofrezco a ayudar con mis luces a los geógrafos. Aquel reino es una península terminada por la parte del Norte en una cadena de montañas que tienen cerca de treinta millas de altura, y todas son inaccesibles a causa de los volcanes que abundan en su cima.

Los más sabios ignoran qué especie de mortales habita de la otra parte de aquellas montañas, o si acaso está desierta. No se encuentra un puerto en todo el reino, y aquellos parajes de la costa por donde los ríos entran en el mar, están tan cubiertos de rocas altas, y escarpadas, y el mar tan agitado ordinariamente, que apenas hay hombre que se atreva a abordar ; de modo que aquellos pueblos están privados de todo comercio con el resto del mundo. Sus ríos principales abundan de pesca excelente ; ¿pero de qué les sirve si aun los peces de mar en el Océano son del mismo tamaño que los de Europa, y con respecto a

aquellas gentes no merecen la pena de pescarlos, de donde se evidencia que la Naturaleza, en sus producciones de plantas y animales tan enormes, se limitó absolutamente al continente, sobre cuyo punto me remito a los filósofos? Sin embargo, alguna que otra vez suelen pescar en la costa ballenas, de que se alimenta la plebe, y lo tienen por regalo. Vi una tan grande que apenas podía llevarla sobre sus hombros un natural del país. También las envían en canastos por curiosidad a Lorbruldrud, y aun soy testigo ocular de otra que presentaron sobre un plato en la mesa del rey.

El país está bien poblado, pues comprende cincuenta y una ciudades, cerca de cien villas cerradas, y un número mayor de aldeas y alquerías. Para cumplir con el lector curioso, creo bastará la descripción de Lordbruldrud. Esta ciudad está situada junto a un río que la atraviesa y divide en dos partes casi iguales, en que se cuentan más de ochenta mil casas, y en ellas casi seiscientos mil habitantes. Tiene de largo tres *glonglungs* (que hacen cincuenta y cuatro millas inglesas escasas) y dos y medio de ancho según la medida que tomé en el mapa real, dispuesto de orden de Su Majestad, el cual extendieron en el suelo y me paseé perfectamente por su extensión, que era de cien pies de largo.

El palacio del rey es de una fábrica bastante irregular: más propiamente puede decirse que es un conjunto de edificios de cerca de siete millas en circuito, las salas principales tienen doscientos cuarenta pies de altura.

Para que Glumdalclitch y yo saliésemos a ver la ciudad y sus edificios, nos destinaron un coche que, si no yerra mi cálculo, era en cuadro como el salón de Westminster o poco menos, aunque no tan alto. Un día paramos en diferentes tiendas, y aprovechando la ocasión los mendigos acudían en tropel a las

portezuelas. Jamás vió ojo inglés espectáculo tan espantoso. Allí había de todo : estropeados, contrahechos, sucios, mal vestidos, cubiertos de llagas, tumores y animalitos, y todo aquello me parecía de un bulto enorme ; hágase cargo el lector de la impresión que me causarían semejantes objetos, y tenga la bondad de excusarme la descripción.

Las damas de la reina gustaban mucho de que Glumdalclitch me llevase consigo a sus cuartos para tener el entretenimiento de examinarme de cerca y hacerme fiestas. A veces me ponían desnudo de pies a cabeza, para contemplarme mejor, y luego me agasajaban poniéndome en su pecho con otras mil caricias. Pero ninguna de ellas tenía el cutis tan fino como Glumdalclitch.

Todo esto, a mi modo de entender, lo hacían por tratarme sin ceremonia, como a una criatura de la que nada había que temer, por lo cual tampoco tenían reparo en desnudarse en mi presencia hasta quitarse la camisa, sin respeto al pudor y la buena crianza, mientras yo solía estar enfrente sobre su tocador, y a pesar mío, no podía excusarme de verlas ; digo a pesar mío porque, a la verdad, aquella visión no me causaba la menor impresión. Su cutis me parecía áspero, desunido y de diferentes colores, sembrado de manchas tan grandes como platos : sus largos cabellos colgaban al modo de una madeja de cordeles, y por este orden veía toda la deformidad de su cuerpo, debiendo sacar por conclusión que la hermosura de las mujeres que nos hace tanta impresión, no es más que una cosa imaginaria, pues no hallaríamos diferencia de nuestras europeas a aquéllas, si nuestros ojos fueran microscopios. Suplico al bello sexo de mi país que no tome a mal esta reflexión. Poco importa a las bonitas parecer feas a la perspicaz vista que nunca las ha de observar. Nada he dicho de nuevo para los filósofos ; pero como sus ojos son lo mismo que los

demás, a la vista de una hermosura se olvidan al instante de toda su filosofía.

La reina, que me hablaba a menudo de mis viajes por mar, buscando siempre ocasiones de divertirme si estaba melancólico, me preguntó un día si tenía la habilidad de manejar una vela y un remo, y si sería conveniente a mi salud algún ejercicio de esta especie. Respondí que entendía de ambas cosas bastante. Que aunque mi profesión había sido la de cirujano, esto es, médico de navío, me había visto muchas veces precisado a trabajar como un marinero; pero que ignoraba de qué modo se practicaba esto en aquel país donde el barco más pequeño equivalía a un navío de guerra de primer orden de los nuestros, además de que un buque proporcionado a mi cuerpo y fuerzas no podría flotar mucho tiempo en sus ríos, ni yo solo gobernarle. Entonces me dijo Su Majestad que, si yo quería, su armador me haría una barquita, y que no me faltaría paraje donde poder navegar. Con efecto, le di el modelo, y en diez días me construyó un navío pequeñito con todos sus cordajes, capaz de contener cómodamente ocho europeos. Luego que estuvo acabado, dió orden la reina al armador que fabricase una artesa de madera de trescientos pies de largo, cincuenta de ancho y ocho de profundidad, bien embetunada, la cual hizo colocar en el suelo de una sala exterior del palacio a lo largo de la pared. Para renovar el agua, tenía su llave bastante baja, y en cosa de media hora podían muy bien volverla a llenar un par de criados. De esta suerte, me proporcionaron que pudiese navegar para mi diversión y la suya, pues tanto la reina como sus damas manifestaban mucho gusto al ver mi destreza y agilidad. Alguna otra vez desplegabá mi vela, y me ponía a gobernar la embarcación, mientras que las damas me daban viento con sus abanicos, y cuando se cansaban, los pajes impelían y hacían caminar el navío a soplos

para que yo luciese mi habilidad a estribor o babor según me acomodaba. Y concluída la maniobra, Glumdalclitch llevaba el navío a su gabinete y le colgaba de un clavo para que se enjugase.

En este ejercicio me sucedió un día cierto accidente que pudo costarme la vida. Una criada de Glumdalclitch tuvo la gracia de tomarme para pasarme al navío que estaba ya en el agua, y, dejándome escurrir entre sus dedos, hubiera caído infaliblemente de una altura como de cuarenta pies, si no tengo la fortuna de tropezar en la cabeza de un grueso alfiler que tenía preso en su delantal, del cual quedé colgado por la pretina de los calzones, hasta que Glumdalclitch acudió a socorrerme.

En otra ocasión, uno de los mozos que tenían el cargo de renovar el agua de la artesuela cada tres días, no vió una rana enorme que iba dentro del cubo, y estuvo escondida hasta que entré con mi embarcación, y hallando entonces un sitio a propósito donde poder descansar, saltó sobre ella, y la inclinó tanto, que si no acudo prontamente a hacer contrapeso del otro lado, sin remedio se hubiera hundido: por último, pude ahuyentar a aquel enorme animal a golpes de remo.

Pero el mayor de los peligros en que me vi en aquel reino fué el que voy a referir. Glumdalclitch había salido a una visita o negocio propio, dejando echado el pestillo al salón donde estaba mi cajón y abiertas todas las ventanas, porque hacía un calor sofocante. Yo me había sentado junto a mi mesa bastante pensativo y melancólico, cuando me sorprendió un ruido fuerte que sonaba ya a una parte ya a otra. Aunque con recelos, tuve valor para examinario sin abandonar mi puesto. ¡Cuál fué mi pavor al ver un caprichoso animal que, habiendo entrado por la ventana, no cesaba de hacer cabriolas por todo el aposento, que se acerca a mi jaula, y mirándola con

apariencias de gusto y curiosidad, fué asomando la cabeza a todas mis ventanas! Llegó a la puerta, y a pesar de mis esfuerzos para retirarme a lo más interior, sin presencia de ánimo para haberme escondido debajo de la cama, que era el mejor asilo, no pude evitar que me viese. El pícaro animal, que era nada menos que un mono del país, después de mil gestos y cabriolas, metió una mano por la puerta, al modo de un gato que juega con un ratoncillo, y agarrándome por los faldones de la casaca (que como era de tela del país tenía demasiada resistencia) me sacó fuera. Me tomó en brazos, reclinándome sobre el derecho como ama que amamanta a su infante, y pasándome la mano por la cara con mucha suavidad, me trataba como si yo fuera un monito recién nacido. Lo mismo he visto hacer a otro en mi país con un gato pequeño, pero me apretaba tanto cuando protestaba yo de sus finezas, que consideré preferible pasar por todo cuanto se le antojase.

Asustado de un repentino ruido que sonó hacia la puerta del cuarto, como de alguno que la abría, saltó prontamente a la ventana por donde había entrado, y de allí al alero del tejado inmediato, sin parar hasta lo más alto, desde donde escuché los lastimosos clamores de Glumdalclitch que parecía loca. Todo aquel cuartel de palacio estaba alborotado, los criados corrían a buscar escaleras, y mi mono, con gran serenidad sentado en la cumbre del edificio, a la vista de mil gentes, me tenía en sus brazos como a un niño, embutiéndome en la boca por fuerza algunas viandas que había podido tomar en la cocina. La canalla que me miraba celebraba todo esto como una gracia, o como una fiesta que otro paga; y a la verdad, excepto para mí, el espectáculo era gracioso. Algunos tiraban piedras por ver si bajaba el mono, pero tuvieron que dejarlo por no romperme la cabeza.

Trajeron finalmente las escaleras, y subiendo bas-

tantes hombres, el mono se intimidó y desamparó el puesto, dejándome caer en una canal del tejado. Uno de los lacayos de mi directora, que era un mozo muy honrado, trepando como pudo, me recogió y me puso en la faltriquera de los calzones para bajarme sin riesgo.

Ya me tenía casi ahogado con las porquerías que me había embutido en el gazzate ; pero mi buena aya me hizo vomitarlas y tomé aliento. Los abrazos de aquella fiera me dejaron tan quebrantado y débil, que me fué preciso guardar cama por quince días, en cuyo tiempo el rey y toda la corte enviaban recado diariamente a saber el estado de mi salud, y la reina me hizo varias visitas. El mono fué condenado a muerte ; y, ejecutada la sentencia, se expidió un real decreto para que desde entonces ninguna persona pudiese mantener semejantes animales en las inmediaciones de palacio. La primera vez que salí a visitar al rey, después de recobrada mi salud, me dispensó Su Majestad el honor de gastarme algunas bromas sobre esta aventura : me preguntó cuáles eran mis sentimientos y reflexiones mientras estaba entre los brazos del mono ; qué gusto tenían las viandas que me daba, y si el aire fresco que respiraba sobre el tejado no me había excitado el apetito. Por último, me instó a que le dijese qué hubiera hecho en igual lance dentro de mi país. Respondí a Su Majestad que en Europa no teníamos monos, a menos que los trajesen de países extranjeros, y que éstos eran tan pequeños, que no se hacían temibles : pero que respecto a aquella bestia feroz de mi aventura (que a la verdad abultaba tanto como un elefante) si el pavor me hubiera permitido hacer uso de mi sable (decía yo esto con arrogancia, poniendo la mano sobre la guarnición) cuando introdujo la mano por la puerta de mi cuarto, le hubiera dado una cuchillada tan fuerte, que acaso la hubiera retirado con más prontitud que la metió. Esforzaba yo mi discurso con un tono fir-

me, como de una persona celosa de su honor que se ve ofendida ; mas todo el aplauso que consiguió mi entusiasmo fué una gran carcajada, que ni la respetable presencia de Su Majestad pudo reprimirla en los que le acompañaban. Aquello me inspiró la reflexión de lo que es la villanía del hombre en el caso de considerar su superioridad a vista del inferior que no puede competir ni compararse con él, no obstante que lo había observado muchas veces en Inglaterra, donde un hombrezuelo, que no es nadie, se ensalza y vanagloria, hace de personaje y trata de un modo dominante a todos los principales del reino, sólo porque tiene algún talento.

Era muy raro el día que no había que contar en la corte nueva aventura mía, y Glumdalclitch, aunque me quería infinito, era la primera en llevar la noticia de mis hechos a la reina, conociendo cuánto la divertían. Por ejemplo, habiendo salido a pasearnos, me llevaba en su coche dentro de mi cajón de camino, y para que hiciese ejercicio mandó parar y me puso en el suelo : había al pie un excremento de vaca, y yo, queriendo hacer ostentación de mi ligereza, fuí a saltar por cima, y caí en medio. Quedé sumergido en basura hasta las rodillas, sin poder salir del atolladero ; un lacayo me ayudó y me limpió después con su pañuelo ; pero al instante lo supo la reina, y los mismos criados lo divulgaron por todo el pueblo.

IV

DIFERENTES INVENCIONES DEL AUTOR PARA AGRADAR A LOS REYES.—EL REY SE INFORMA DEL ESTADO DE EUROPA, CUYA RELACIÓN HACE EL AUTOR.—OBSERVACIONES DE SU MAJESTAD SOBRE ESTE TEMA.

Tenía la costumbre de asistir al cuarto del rey mientras le vestían, una o dos veces en la semana, y con este motivo vi afeitarse en varias ocasiones, con

bastante temor al principio, porque la navaja era casi dos tantos más larga que una guadaña. No consentía Su Majestad esta operación más que dos veces en la semana, según la costumbre del país. Ocurrióme la idea de pedir al maestro algunos despojos de la barba de Su Majestad, y habiéndomelos dado, tomé un pedacito de madera, le hice muchos agujeritos a una distancia igual con una aguja, clavé en cada uno un pelo de la barba con suma destreza y me proveí de un peine, que me hacía bastante falta, porque el que llevé estaba ya muy estropeado y casi inútil, sin haber podido encontrar en todo el país un artesano capaz de hacerme otro.

También me acuerdo de otro entretenimiento que me propuse por aquel tiempo. Encargué a una de las camareras de la reina que recogiese aquellos cabellos más finos que cayesen de la cabeza de Su Majestad cuando la peinasen. Junté una cantidad considerable, y consultando al ebanista que tenía orden de hacer todas las obras menudas que yo le mandase, le di mis instrucciones para que me fabricase dos canapés del mismo tamaño que los que tenía en mi cajón, y que después con una lezna fina les abriese muchos agujeritos todo alrededor. Luego que estuvieron armados, tejí el fondo con los cabellos de la reina, pasándolos por los agujeros, y formé dos canapés semejantes a los de junco de que nos servimos en Inglaterra. Tuve el honor de presentarlos a la reina, que los puso dentro de una papelera como una cosa curiosísima.

Quiso hacerme sentar en uno de ellos, pero yo me excusé, protestando que no era tan insolente y temerario para profanar así unos respetables cabellos que acababan de adornar la cabeza de Su Majestad. Lo que sí hice fué tejer un bolsillo de los cabellos sobrantes de dos canas de largo, pues tenía bastante ingenio para la mecánica, le puso el nombre de la reina en

letras de oro, y con el permiso de Su Majestad lo regalé a Glumdalclitch.

El rey era muy aficionado a la música, tenía frecuentes conciertos, a que yo asistía dentro de mi cajón; de otro modo, no hubiera podido sufrir un estruendo tal que jamás pude distinguir los sonidos. Todos los tambores y trompetas de un ejército tocados a un tiempo junto a nuestro oído, no serían capaces de causar tanto estrépito; pero yo tenía el cuidado de encargarse que colocasen mi cajón distante de los señores músicos: cerraba bien todas las puertas, echaba las cortinas, y con esta precaución no me parecía la orquesta tan desagradable.

En mi juventud me había dedicado un poco al clavicordio. Glumdalclitch tenía uno en su cuarto, donde le daba lección un maestro que acudía dos veces en cada semana. Ocurrióseme un día la idea de divertir a los reyes ejecutando un aire inglés sobre este instrumento; pero hallé suma dificultad, porque su longitud era de cien pies y cada tecla de un pie de anchura, de suerte que extendiendo bien los brazos apenas alcanzaba cinco teclas, y para hacerlas sonar tenía que emplear toda mi fuerza a puño seco sobre ellas. Preparé dos palos del grueso de un garrote ordinario, cubriendo el un extremo con piel de ratón; delante mandé poner un banco, subí encima, y corriendo por aquella especie de cadalso con toda la ligereza imaginable, descargaba los garrotes sobre el teclado, y así conseguí tocar una danza inglesa a entera satisfacción de Su Majestad; mas no puedo menos de confesar que jamás tuve que hacer un ejercicio tan violento y penoso.

El rey que, como he dicho, era un príncipe de mucho espíritu, hacía que me llevasen frecuentemente a su gabinete dentro de mi jaula. La ponían sobre su bufete, y después me mandaba que saliese y me sentase en mi silla al nivel de su cara. En esta dis-

posición, teníamos diferentes conferencias. Un día me tomé la libertad de manifestar a Su Majestad que el menosprecio que había concebido de la Europa y resto del mundo no me parecía digno de las excelentes cualidades que adornaban su alma ; que la razón era independiente del tamaño del cuerpo, y que antes bien habíamos observado en nuestro país que las personas de mayor talla no eran regularmente las más ingeniosas ; que entre los animales la abeja y la hormiga gozaban la reputación de ser más industrias y sagaces ; y, en fin, que por desprecio que hiciese de mi figura, esperaba, no obstante, rendir grandes servicios a Su Majestad. El rey me escuchó con atención, y mirándome de distinto modo, parecía no querer ya medir mi espíritu por mi talla.

Me mandó que le hiciese una relación exacta del gobierno inglés, expresando que por muy prevenidos que estuviesen los príncipes, como es regular, en favor de sus máximas y costumbres, tendría mucho gusto de saber si había en mi país alguna cosa que imitar. Considere mi amado lector cuánto hubiera celebrado yo en este lance ser un Demóstenes, un Cicerón para poder con su talento y elocuencia pintar dignamente a Inglaterra, mi patria, inspirando la más alta idea de ella.

Principié mi relación por la descripción de nuestros Estados, que consistían en dos islas, que formaban tres poderosos reinos, bajo un solo soberano, sin contar nuestras colonias de América. Me extendí cuanto pude sobre la fertilidad del terreno y temple del clima. Expliqué sucesivamente la constitución del parlamento inglés llamado la Cámara de los Pares, personajes de la sangre más noble, antiguos poseedores, y señores de las más bellas tierras del reino ; el esmero con que se trataba su educación con respecto a las ciencias y a las armas, para hacerlos capaces de poder ser consejeros natos del rey y del reino, de te-

ner parte en la administración del gobierno, de ascender a miembros del más alto Tribunal de Justicia y ser los defensores más celosos de su príncipe y de la patria por su valor, conducta y fidelidad. Que estos señores eran el adorno y seguridad del reino, dignos sucesores de sus antepasados, cuyos honores habían sido la recompensa de una virtud insigne, y cuya posteridad jamás se había visto degenerar : que a estos personajes estaban unidos algunos varones santos que tenían su lugar entre ellos con el título de obispos, cuya obligación particular era velar sobre la religión y sobre aquellos que la predicaban al pueblo : que buscaban y escogían entre el clero los hombres más sabios y virtuosos para elevarlos a esta dignidad eminente.

Proseguí diciendo que la otra parte del Parlamento era una respetable asamblea llamada la Cámara de los Comunes, que se componía de nobles elegidos libremente y diputados por el pueblo mismo, con atención a sus luces, talento y amor a la patria, puesto que debían representar la sabiduría de toda la nación ; y añadí que estos dos cuerpos formaban la más augusta asamblea del Universo, que de acuerdo con el príncipe lo disponían todo y arreglaban en algún modo el destino de los demás pueblos de Europa.

Hablé luego de los Tribunales de Justicia, donde tienen su asiento los verdaderos intérpretes de la ley, que deciden en los diferentes litigios de los particulares, que castigan el delito y protegen la inocencia. No pasé por alto la discreta y económica administración de la real hacienda, extendiéndome también sobre el valor y hazañas de nuestros guerreros por mar y tierra. Computé el número del pueblo, contando los millones de hombres que había de diferente religión y de diferente partido político entre nosotros. Nada omití, ni de nuestros juegos y espectáculos, ni particularidad ninguna que juzgase capaz de poder dar

honor a mi país, concluyendo con una breve relación histórica de las últimas revoluciones de Inglaterra de cerca de un siglo a esta parte.

Cinco audiencias seguidas, y cada una de muchas horas, duró mi descripción, y el rey, atento a todo, con grande aplicación iba extractando en escrito la mayor parte, poniendo una señal a aquellas cuestiones que intentaba proponerme después.

Quando hube acabado mi relación, examinando Su Majestad en una sexta audiencia sus extractos, me propuso muchas dudas y fuertes objeciones sobre cada artículo. Lo primero que me preguntó fué cuáles eran los medios ordinarios de cultivar el espíritu de nuestra noble juventud; qué medidas se tomaban cuando una casa ilustre llegaba a extinguirse, cosa que debía suceder de tiempo en tiempo; qué cualidades necesitaban los que habían de ser creados nuevos pares: si el capricho del príncipe, una suma de dinero presentada ex profeso a una dama de la corte o a un favorito, o el designio de fortificar un partido opuesto al bien público, no eran nunca el motivo de estas promociones; qué grados de conocimiento poseían los pares en las leyes de su país, y de qué modo se hacían capaces de decidir en última instancia sobre los derechos de sus compatriotas: si estaban siempre exentos de avaricia y de preocupaciones: si aquellos santos obispos de quienes había hablado arribaban generalmente a tan alta jerarquía por su ciencia teológica y por su vida ejemplar, sin nota de flaquezas, ni intrigas, del tiempo en que habían sido unos simples sacerdotes, si eran atendidos los familiares de los pares, por respeto a su influjo, y después seguían ciegamente la opinión de éstos, sirviendo a su preocupación y pasiones en la asamblea del parlamento.

Quiso saber cómo procedían a la elección de los que yo llamaba los *Comunes*: si un incógnito con un

bolsillo bien lleno de oro no podía alguna vez ganar el voto de los electores, haciéndose preferir a su propio amo o a los principales y más distinguidos nobles de su vecindad. Qué los obligaba a una pasión tan violenta, cuando la elección a que aspiraban no les atraía otra cosa que crecidos gastos sin renta alguna. Que era preciso que estos electos fuesen hombres completamente desinteresados y de una virtud heroica y eminente, o que contasen con ser indemnizados y reintegrados con usura por el príncipe o sus ministros, sacrificándoles el bien público. Me propuso Su Majestad sobre este artículo dificultades tan insuperables que la prudencia no me permite repetir las.

Acerca de los *Tribunales de Justicia*, quiso también Su Majestad informarse de varios puntos, y sobre esto podía yo instruirlo con perfecto conocimiento de causa, pues en cierta ocasión me vi casi arruinado por un largo pleito, a pesar de haberlo ganado con costas. Preguntó cuánto tiempo gastaban ordinariamente para dejar un asunto concluso para sentencia, si eran costosos los procesos; si los abogados tenían la libertad de defender causas manifiestamente injustas; si no se había notado alguna vez que el espíritu de partido o religión hiciese inclinar la balanza; si estos abogados no tenían algún conocimiento de los principios fundamentales y leyes generales de la equidad, o si se contentaban con saber las leyes arbitrarias y costumbres locales del país. Si ellos o los jueces tenían poder para interpretar las leyes y comentarlas y si los litigantes y las sentencias se contradecían alguna vez entre sí en un mismo caso.

Por último, me hizo algunas preguntas sobre la administración de la real hacienda, y me dijo que creía haberme reservado en este artículo, porque había limitado los impuestos a cinco o seis millones por año, y que los gastos del Estado subían bastante más y excedían en mucho a los ingresos.

No podía concebir, decía él, cómo un reino se atrevía a gastar con exceso a sus rentas, y comer su hacienda como un particular. Me preguntó qué tales eran nuestros acreedores, de dónde sacábamos para pagarles, y si no observábamos con ellos las leyes de la Naturaleza, de la razón y de la equidad. Estaba asombrado de los pormenores que le había dado de nuestras guerras y los exorbitantes gastos que exigían.

—A la verdad—decía,—es preciso que seáis un pueblo muy inquieto y pendenciero, o que tengáis perversos vecinos. ¿Qué tenéis que disputar fuera de vuestras islas? ¿Debéis tratar allí otros negocios más que los de vuestro comercio, ni pensar en nuevas conquistas, no contentos con guardar bien vuestros puertos y costas?

Pero lo que más le admiraba era que estuviésemos manteniendo un ejército en el seno de la paz y en medio de un pueblo libre. Decía que si estábamos gobernados por nuestro propio consentimiento, no podía entender de qué teníamos miedo o con quién podíamos reñir, pues la casa de un particular estaría mejor guardada por él mismo, sus hijos y criados, que no por una tropa de pícaros y bribones sacados por suerte de la hez del pueblo con un sueldo tan corto que podía ganarse cien veces más cortándonos el cuello.

Rió mucho de mis conocimientos en aritmética (o como se le antojó llamarla) cuando me oyó calcular el número de personas, con distinción de las diferentes sectas que hay entre nosotros respectivas a la religión y a la política.

Notó que entre los entretenimientos de la nobleza había hecho mención del juego. Mostróse curioso por saber en qué edad usaban comúnmente de esta diversión y cuándo la dejaban: cuánto tiempo le consagraban y si no alteraba algunas veces la fortuna

de los particulares haciéndolos acaso incurrir en acciones bajas e indignas. Preguntóme si algunos hombres viles o despreocupados no podían en ocasiones por su destreza en este oficio adquirir grandes riquezas, tener a nuestros pares mismos en una especie de dependencia, acostumbrarlos a malas compañías, extraviarlos enteramente de la cultura de su espíritu y del cuidado de sus negocios domésticos, obligándolos por las pérdidas que podían sufrir a aprender a servirse acaso de esta misma infame destreza que los había arruinado.

La relación que le había hecho de nuestra historia en el último siglo le había pasmado en extremo : esto no era en su opinión otra cosa que un encadenamiento horrible de conjuraciones, rebeliones, homicidios, destrucciones, revoluciones, destierros y todos los más enormes defectos que la avaricia, el espíritu de facción, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la ira, la locura, el rencor, la envidia, la malicia y la ambición podían producir.

En otra audiencia se tomó Su Majestad el trabajo de resumir lo más substancial de todas nuestras conferencias, cotejando las preguntas con mis respuestas. Después me cogió en sus manos y, lisonjeándome con mucha dulzura, se explicó con estas palabras que no olvidaré jamás, como tampoco el tono en que las decía :

—Mi amiguito *Grildrig*, por cierto que habéis hecho un panegírico admirable de vuestro país : habéis probado perfectamente que la ignorancia, la pereza y el vicio pueden ser alguna vez las únicas cualidades de un hombre de Estado : y que esas leyes son aclaradas, interpretadas y aplicadas con el mayor acierto por unas gentes cuyo interés y capacidad los guía a corromperlas, embrollarlas y alterarlas. Advierto entre vosotros una constitución de gobierno que en su origen pudo ser tolerable y hoy se halla

totalmente desfigurada por el vicio. Tampoco puedo inferir, por lo que me habéis referido, que ni una sola virtud sea requisito necesario para arribar a ningún cargo ni empleo entre vosotros. Yo veo que los hombres no se ennoblecen allí por su espíritu; que los sacerdotes no son ascendidos por su piedad o su sabiduría, los soldados por su conducta y valor, los jueces por su integridad, los senadores por el amor a la patria, ni los hombres de Estado por su talento. Bien creo, por lo que a vos toca—continuó diciendo,— que habiendo pasado la mayor parte de vuestra vida en viajar, no estaréis infestado de los vicios del país: pero, por lo que me habéis declarado francamente, y por las respuestas a que os han obligado mis objeciones, juzgo que el mayor número de vuestros compatriotas forman una raza de insectos, la más perniciosa que jamás permitió la Naturaleza que se arrastrasen sobre la superficie de la tierra.

V

CELO DEL AUTOR POR EL HONOR DE SU PATRIA.—HACE AL REY UNA PROPOSICIÓN VENTAJOSA QUE NO ES ADMITIDA.—LITERATURA DE ESTE PUEBLO, IMPERFECTA Y LIMITADA.—SUS LEYES, SUS NEGOCIOS MILITARES Y SUS PARTIDOS EN EL ESTADO.

El amor a la verdad no me ha consentido disfrazar las conferencias que tuve con Su Majestad. Pero este mismo amor no pudo menos de sublevarme cuando vi a mi amado país tan indignamente tratado. Entretanto yo desfiguraba las cuestiones y daba a cada cosa el mejor color que podía, pues cuando se trata del honor de mi patria y su gloria, me exalto de tal modo que no escucho razones, y sólo atiendo a ocultar sus enfermedades y llagas, para dejar su virtud y esplendor sobre el más claro horizonte, que fué todo mi intento en las diferentes conversaciones

con aquel juicioso monarca, bien que con la desgracia de no conseguir mi objeto.

Pero es preciso disimular a un rey que vive absolutamente separado del resto del mundo, y por consiguiente ignora los usos y costumbres de las otras naciones. Este defecto de conocimiento será siempre la causa de muchas preocupaciones y de una cierta limitación en el modo de pensar de que el país de Europa está exento. Sería muy ridículo que las ideas de virtud y vicio de un príncipe extranjero y aislado fuesen propuestas en clase de reglas o máximas imitables.

Para confirmar lo que acabo de decir y hacer patentes los infelices defectos de una educación reducida, referiré aquí un caso que quizás no podrá creer mi lector sin esfuerzo. Con las miras de ganar la gracia de Su Majestad, quise darle noticia de un descubrimiento que se había hecho de tres o cuatro siglos a esta parte, que era una especie de polvitos negros capaces de encenderse en un instante con la chispa más débil, pero de tanta fuerza que alcanzaba a hacer volar las montañas con un estruendo y destrozo mayor que el del trueno : que una cantidad de este polvo encerrado en un tubo de bronce o de hierro, con proporción a su grueso, arrojaba una bola de plomo o un globo de hierro con tanta rapidez y violencia, que nada se resistía a su fuerza. Que estos globos disparados así de un tubo de fundición, por la inflamación de dichos polvos, rompían, destrozaban y destruían los batallones y escuadrones, abatían las más fuertes murallas, levantaban en el aire las torres más grandes, y sumergían los navíos de mayor porte : que el mismo polvo encerrado en un globo de hierro y despedido con cierta máquina, quemaba y asolaba las casas, sembrando por todos lados rayos que consumían cuanto encontraban. Que yo sabía hacer la composición de este polvo, en que sólo entraban al-

gunos simples muy comunes y baratos, y que podía enseñar el secreto a sus vasallos, si Su Majestad lo consentía. Añadí que con este arbitrio destruiría las murallas de la ciudad más fuerte de su reino, si acaso se sublevaba en algún tiempo o intentaba resistirse, y que le hacía este corto presente como un insignificante tributo de mi reconocimiento.

Hizo tanta impresión en el ánimo del rey mi descripción de los terribles efectos de la pólvora, que no podía comprender cómo un insecto vil, flojo, inútil y arrastrado había discurrido una cosa tan espantosa, tratándola al mismo tiempo de un modo familiar como si fuera una bagatela la desolación y carnicería causada por tan pernicioso invento. Añadía que no podía menos de haber sido algún mal intencionado enemigo de Dios y de sus obras cualquiera que fué el inventor : que protestaba, aun cuando hiciesen sus mayores delicias, los nuevos descubrimientos, ya de la Naturaleza o ya del arte, preferir la pérdida de su corona a la necesidad de hacer uso de un secreto tan funesto, en que me ponía pena de la vida si lo revelaba a alguno de sus vasallos. ¡ Lastimoso efecto de la ignorancia y limitación de un príncipe sin ilustración ! Aquel monarca adornado de todas las cualidades que granjean la veneración, el amor y estimación de los pueblos ; de un espíritu fuerte y penetrante, de una grande sabiduría, de profunda ciencia, dotado de talentos admirables para el gobierno y casi adorado de su pueblo, se ve tontamente poseído de un escrúpulo excesivo y caprichoso de que jamás hemos tenido la menor idea en Europa, y desprecia una ocasión que le ponen en las manos para hacerse dueño absoluto de la vida, libertad y hacienda de todos sus enemigos. No digo esto con la intención de ofender la virtud y luces de aquel príncipe, aunque conozco que esta relación no le hará el mayor favor en el ánimo de un lector inglés. Yo creo firmemente

que este defecto no procede sino de la ignorancia, porque aquellos pueblos no han llegado todavía a reducir *la política* en arte, como nuestros sublimes ingenios de Europa.

Pues justamente me acuerdo que en una de las audiencias que tuve con el rey, habiendo dicho por casualidad que había entre nosotros un gran número de volúmenes escritos sobre el *arte del gobierno*, concibió Su Majestad una idea muy baja de nuestro talento, y añadió que despreciaba y detestaba todo misterio, todo refinamiento y toda intriga en los procedimientos de un príncipe o de un ministro de Estado. No podía comprender qué quería yo explicar por *secretos del gabinete*. En su concepto, toda la ciencia del gobierno estaba reducida a un corto número de principios triviales que en el sentido común son la razón, la justicia, la dulzura, la pronta decisión de los negocios civiles y criminales, y otras semejantes prácticas proporcionadas al juicio de cualquiera y que no merecen se haga mención de ellas. Finalmente me propuso esta extraña paradoja, esto es, que si alguno pudiese conseguir la producción de dos espigas de trigo o dos tallos de hierba en el mismo recinto de tierra donde antes se hubiese criado una sola, merecería más bien la estimación del género humano y haría un servicio más esencial a su país que no toda la casta de nuestros sublimes políticos.

La literatura de aquel pueblo es muy poca cosa y no consiste más que en el conocimiento de la Moral, de la Historia, de la Poesía y de las Matemáticas; pero es preciso confesar que nos aventajan en estas cuatro especies.

La última de estas ciencias no la ejercitan sino en lo útil; de suerte que la mejor parte de nuestras matemáticas sería entre ellos muy poco apreciable. Con respecto a las entidades metafísicas, abstracciones y categorías nada pude hacerle entender.

En aquel país está prohibido disponer una ley en más palabras que letras tiene el abecedario, el cual consta de solas veintidós, y aun se ven muy pocas leyes que lleguen a este número. Todas ellas están recopiladas en los términos más claros y sencillos. Sus ingenios no son bastante vivos y sagaces para encontrarlas diferentes sentidos, y además es un delito capital el escribir comento sobre ellas.

Poseen de tiempo inmemorial el arte de la imprenta, tan bien como los chinos, pero sus bibliotecas no son grandes. La del rey, que es la mayor, apenas tiene mil volúmenes colocados en una galería de doscientos pies de largo donde tuve la libertad de leer todos los que quise. Yo señalaba el que me parecía, y poniéndole sobre una mesa me subían encima; principiaba la página paseándome entre las líneas hasta su final, que regularmente era a los diez o doce pasos, y volvía sobre la izquierda a tomar el principio de la otra, retrocediendo siempre a proporción que iba leyendo, y cuando tenía que volver la hoja, aplicaba ambas manos, porque su grueso era como un cartón muy doble.

El estilo es claro, expresivo y dulce, pero sin adorno, porque ignoran absolutamente lo que es multiplicación de vocablos inútiles y variación de expresiones. Leí muchos libros, especialmente los de Historia y Moral, y no fué de los que menos me gustaron un tratadillo viejo que andaba rodando por el cuarto de Glumdalclitch, cuyo título era *Tratado de la flaqueza del género humano*. Aunque no era estimado sino de las mujeres y el vulgo, me movió la curiosidad de ver qué podía decir un autor de aquel país sobre un asunto semejante. Este escritor hacía ver ampliamente toda la dificultad del hombre para ponerse a cubierto de las injurias del aire, y del furor de los brutos, con todas las ventajas que lograban sobre él otros animales, ya por la fuerza, por la ligere-

za, por la precaución, o ya por la industria, demostrando que la Naturaleza había degenerado en estos últimos siglos, y que estaba ya en su declinación.

Enseñaba que hasta las mismas leyes de la Naturaleza exigían rigurosamente que hubiésemos sido en el principio de una constitución mucho más fuerte para no estar sujetos a una repentina destrucción por la casualidad de una teja que cae de un techo, una piedra que despidе un muchacho, o un arroyo que nos intercepta el paso. De estos razonamientos sacaba el autor muchas aplicaciones útiles a la conducta de la vida. Por mí, confieso que no pude menos de hacer varias reflexiones morales sobre esta moral misma, y sobre la propensión universal de todos los hombres a quejarse de la Naturaleza y exagerar sus defectos. Aquellos gigantes se creían aún pequeños y débiles. Pues, ¿qué queda para nosotros los europeos? Añadía el mismo autor que el hombre no es más que un vaso de barro, un átomo, y que su pequeñez debía humillarle continuamente. ¡Ay! ¿Pues qué seré yo, decía para mí, yo que no soy nada en comparación de estos hombres que se tienen por tan pequeños y flacos?

Hablaba también el mismo libro de los tratamientos, haciendo ver la vanidad de estos títulos de grandeza, con todo lo ridículo de un hombre que teniendo, cuando más, cincuenta pies de alto, se atreviese a titularse *grande*. ¿Cómo pensarían los grandes y señorones de Europa, decía yo entonces, si leyeran este libro; ellos, que apenas levantan cinco pies y algunas pulgadas, y pretenden, sin melindre, que les den *grandeza*? ¿Mas por qué no habrán exigido igualmente los títulos de latitud, diámetro y densidad? o por lo menos pudieran haber inventado un término general que abrazase todas estas dimensiones, haciéndose llamar, por ejemplo, *vuestra extensión*. Acaso me responderán que esta voz grandeza se refiere

al alma y no al cuerpo. Pero si esto es así, ¿por qué no deberían tomar unos títulos más propios y determinados a un sentido espiritual? ¿Por qué no se han de llamar *vuestra sabiduría, vuestra penetración, vuestra previsión, vuestra liberalidad, vuestra bondad, vuestro juicio, vuestra generosidad*? Es preciso confesar que siendo estos títulos tan brillantes y honoríficos, hubieran sembrado demasiada amenidad en los cumplimientos de los inferiores, y no hay cosa tan divertida como un discurso lleno de ironías.

La Medicina, la Cirugía y Farmacia son bien cultivadas en aquel país. Entré cierto día en un vasto edificio, que tuve por un arsenal bien provisto de balas y cañones, y era la tienda de un boticario que tenía un buen surtido de píldoras y jeringas en cuya comparación nuestros cañones de mayor calibre son unas culebrinas.

Tocante a su milicia, me informaron que el ejército real constaba de ciento setenta y seis mil infantes, y treinta y dos mil caballos. Si puede darse este nombre a un cuerpo compuesto solamente de comerciantes y labradores, cuyos comandantes son sus pares, y la nobleza sin la menor paga ni recompensa, confieso que están demasiado diestros en sus ejercicios, y que tienen una disciplina muy buena. Esto parecerá dificultoso al que no sepa que cada labrador es mandado por su propio señor y cada ciudadano por los principales de su mismo pueblo elegidos a estilo de Venecia.

Movióme la curiosidad de saber por qué un príncipe cuyos Estados son inaccesibles, cuidaba de instruir a sus vasallos en la práctica de la disciplina militar; pero muy presto me informé por las conversaciones que sobre este objeto tuve con ellos y por la lectura de sus historias. Aquellos pueblos se han visto afligidos en estos últimos siglos de la enfermedad a que están sujetos tantos y tan distintos go-

biernos. Los grandes y la nobleza disputan frecuentemente el poder ; el pueblo la libertad, y el rey el dominio arbitrario. Estas cosas, aunque sabiamente regladas por las leyes del reino, han ocasionado alguna vez partidos, inflamando las pasiones y causando guerras civiles. La última fué terminada con felicidad por el abuelo del príncipe reinante, y la milicia que entonces se levantó en el reino ha permanecido después para precaver nuevos desórdenes.

VI

EL REY Y LA REINA EMPRENDEN UN VIAJE HACIA LA FRONTERA, LLEVANDO CONSIGO AL AUTOR. — CIRCUNSTANCIAS OCURRIDAS EN SU SALIDA DE AQUEL PAÍS PARA VOLVER A INGLATERRA.

Siempre conservé en mi ánimo la esperanza de recobrar algún día la libertad, aunque no podía concebir de qué modo ni formar proyecto ninguno con la menor apariencia de acierto. El barco que me había conducido y que había encallado en aquellas costas era el primer buque europeo que se supiese haber aportado allí, y el rey había dado órdenes muy estrechas para que en cualquier tiempo que se presentase otro, lo sacasen a tierra, y poniéndolo sobre un carro con todo su tripulación y pasajeros, fuese conducido a Borbrubgrud.

Deseaba con vivas ansias encontrar una mujer de mi propia talla con quien pudiese multiplicar mi especie ; pero yo hubiera preferido la muerte al cruel destino de procrear en un país donde mis hijos infelices serían forzosamente enjaulados como canarios y vendidos por todo el reino a las gentes de calidad, como unos animalitos graciosos y raros. Es verdad que me trataban con mucha bondad, que era el favorito de los reyes y el recreo de toda la corte en cierto modo ; pero todo esto dependía de un concepto inde-

coroso a la dignidad con que me había honrado naturaleza. Por otra parte, no podía olvidar aquellas preciosas prendas que había dejado en mi casa, y deseaba con impaciencia verme entre pueblos donde pudiese tratar con mis iguales y gozar la libertad de pasearme por las calles y campos sin temor de recibir un puntapié, morir aplastado como una lagartija o ser el juguete de un perrillo. Al fin, llegó mi libertad antes que yo la esperaba, y de un modo bastante raro, como voy a referirlo fielmente con todas las circunstancias de este admirable suceso.

Hacía ya dos años que estaba en aquel país. A principios del tercero, Glumdalelitch iba conmigo entre la comitiva de los reyes en un viaje que emprendieron hacia la costa meridional del reino. Yo iba, como siempre, en mi cajón de camino, que era un gabinete bastante cómodo de doce pies de anchura, y sobre sus cuatro ángulos habían formado por disposición mía una especie de angarillas aseguradas con cordones de seda para que no me molestase tanto el trote del caballo, en que un criado me llevaba delante de sí, y en el techo del mismo cajón había una ventana de un pie en cuadro para que entrase el aire, con su puerta correspondiente que cerraban o abrían cuando yo lo mandaba.

Habiendo llegado al término de nuestra marcha, resolvió el rey pasar algunos días en una casa de recreo que tenía junto a Flanflasnic, ciudad situada a diez y ocho millas inglesas de la costa. Glumdalelitch y yo íbamos muy fatigados, mi indisposición no pasaba de un resfriado; pero ella se sentía tan mala que no salía de su cuarto. Queriendo ver el Océano, fingí que mi enfermedad era mayor para obtener la licencia de acercarme a tomar los aires del mar, al cuidado de un paje a quien me habían confiado otras veces y era de mi gusto. No olvidaré jamás la repugnancia con que lo consintió Glumdalelitch, la estre-

cha obligación que impuso al paje para que me cuidase y las lágrimas que derramó, como si tuviera algún presentimiento de lo que había de suceder. Tomó el paje mi cajón, y llevándome cerca de media legua de distancia del palacio, hacia unas rocas que guarnecían la ribera, le mandé que me pusiese en el suelo, y, levantando el bastidor de una ventana, me puse a mirar el mar con suma tristeza. El sueño me vencía, y habiéndoselo manifestado con la esperanza de que me aliviaría, cerró bien la ventana para que el frío no me incomodase, y me quedé dormido al instante. Todo lo que puedo conjeturar es que mientras dormía, creyendo el buen paje que no había riesgo, trepó por las rocas a buscar huevos de pájaro, que antes le había visto ya recoger. Sea como fuese, yo desperté repentinamente por un violento movimiento de mi cajón, levantado en alto y sucesivamente conducido adelante con una velocidad prodigiosa. El primer impulso me echó casi fuera de las angarillas; pero siguió un movimiento bastante suave que me repuso. Principié a gritar con toda mi fuerza, aunque inútilmente. Miré al través de la ventana, no vi más que nubes, y oyendo un ruido espantoso encima de mí, como si fuera el movimiento de unas enormes alas, vine ya en conocimiento de mi peligrosa situación, sospechando que alguna águila hubiese agarrado en su pico la cuerda del cajón, para dejarle caer sobre cualquier peña, como un galápago en su caparazón, y extraer luego mi cuerpo para devorarlo; pues la sagacidad y olfato de este pájaro le descubren la presa a la mayor distancia, aunque esté más oculta que yo podía hallarme entre unas tablas que apenas tenían dos pulgadas de grueso.

Al cabo de un rato, noté que el ruido y movimiento de las alas se aumentaba mucho y que mi cajón fluctuaba por el aire al modo de un gallardete agitado por la fuerza del viento. Oí unos terribles golpes que

descargaban sobre el águila, y en seguida me senti caer de pronto y perpendicularmente por espacio de un buen minuto, pero con una rapidez increíble. Mi caída terminó con un estruendo tan grande que me pareció tener junto a mis oídos nuestra catarata de Niágara: quedé en tinieblas por espacio de otro minuto, y después principió a subir el cajón, de manera que pude ver la luz por la parte superior de su ventana.

Entonces conocí que había caído en el mar y que mi gabinete iba a discreción de las olas. Yo conceptué, y lo creo así, que el águila que me llevaba, perseguida de otras dos o tres, se vió obligada a soltarme para defenderse de sus enemigas que le disputaban la presa. Afortunadamente para mí, las planchas de hierro que sujetaban el cajón por abajo, conservaron el equilibrio y evitaron su destrucción en la caída.

¡Cómo clamaba yo en aquel lance a mi amada Glumdalclitch, de quien me había alejado tanto este impensado accidente! Puedo asegurar con verdad que en medio de mis desdichas ocupaban el primer lugar las de aquella inocente que se me representaba en el mayor conflicto por mi pérdida, y en desgracia de la reina. ¡Qué viajero ha podido verse jamás en tan terrible situación! Sólo esperaba el instante en que, destrozado mi cajón o cuando menos volcado a impulso del viento, me sepultara entre las olas. No daba por mi vida un penique. Toda la defensa de la ventana consistía en unos alambres de hierro muy gruesos que la sujetaban por afuera para precaver en algún modo las ordinarias incomodidades de una marcha. Veía entrar el agua por las aberturas, traté de taparlas; pero ¡qué adelantaba, si mis fuerzas no alcanzaban a levantar el techo del edificio para conservarme encima y no perecer en aquella especie de bodega sin respiración!

En tan deplorable estado oí, o el deseo me lo fingió, algún ruido hacia un lado del cajón, y a corto rato advertí que tiraban de él y en cierto modo le remolcaban, pues de tiempo en tiempo, sentía algún esfuerzo que hacía subir las olas hasta la altura de la ventana, dejándome en una casi total obscuridad. Ya principié a concebir algunas esperanzas de socorro, aunque débiles, porque no podía imaginarme de dónde pudiese venirme. Subí sobre una silla, y acercando la cabeza a una pequeña abertura que había en el techo, prorrumpí en espantosas voces pidiendo auxilio en cuantas lenguas sabía. Até mi pañuelo a un bastón, y sacándole afuera, le movía hacia todas partes para que si acaso estaba inmediato algún barco o navío, pudiesen inferir los marineros que había un desdichado mortal encerrado en aquella caja. Yo no advertía que todo esto produjese el menor efecto; pero sí eché de ver que mi cajón era tirado hacia delante. Al cabo de una hora, sentí que tocaba en una cosa muy dura, y temiendo desde luego que fuese alguna roca, me alarmé todo. Oí un golpe en el techo como si fuera de un cable, y notando que había subido muy lentamente lo menos tres pies más de la situación en que había estado, volví a sacar mi bandera implorando socorro con tanto esfuerzo que me puse ronco. En respuesta escuché grandes aclamaciones, repetidas hasta tres veces, las cuales me infundieron tanta alegría que sólo el que la siente puede imaginarla. Al mismo tiempo sonaron pasos encima, y arrimándose uno hacia la abertura, gritó en inglés:

—¿Hay aquí alguno?

—¡Ojalá no le hubiera!—respondí prontamente. —Yo soy un pobre inglés reducido por la suerte a la calamidad mayor en que jamás se ha visto criatura humana: por amor de Dios libradme de este calabozo.

Respondióme la misma voz :

—¡ Animo ! no tenéis que temer, vuestro cajón está amarrado al navío, y va a pasar el carpintero para hacer un agujero en el techo y sacaros de ahí.

—No es necesario—respondi yo ;—esa operación exigiría mucho tiempo ; basta que cualquier marinero meta un dedo por el cordón y sacando el cajón del mar al navío, lo lleve luego al cuarto del capitán.

Algunos de ellos que me oyeron hablar así, me tuvieron por un pobre insensato y no pudieron contener la risa. Yo no pensaba, ni remotamente, que estaba entre hombres de mi talla y de mi constitución. El carpintero pasó, y en pocos minutos hizo una abertura a la cual me presentó un pequeña escalera, y subiendo por ella entré en el navío medio desfallecido.

Los marineros quedaron absortos al verme, y habiéndome hecho varias preguntas, no tuve valor para contestar a ninguna. Todos me parecían pigmeos, porque la vista estaba ya acostumbrada a aquellos objetos monstruosos que acababa de dejar. Pero su capitán, el señor Tomás Wilesteks, hombre de probidad y mérito, originario de la provincia de Salop, advirtiéndome que mi debilidad era extremada, me hizo entrar en su cuarto me dió un cordial para reponerme, mandándome acostar en su cama, y me aconsejó que me recogiese un rato, pues tenía necesidad de sosiego. Antes de dormirme, quise darle cuenta de que tenía cosas muy curiosas en mi cajón, una cama de campaña, dos sillas, una mesa y un estante ; que mi cuarto estaba entapizado, o por mejor decir, acolchado de tela de seda y algodón : que si gustaba dar orden a alguno de la tripulación que llevase mi habitación a su cuarto, yo la abriría en su presencia y le mostraría mis muebles. El capitán, que me oyó hablar tales absurdos, me tuvo por loco ; sin embargo, para contentarme, me ofreció hacerlo así, y su-

biendo a la toldilla envió algunos marineros a practicar el registro.

Dormí algunas horas, pero siempre agitado de la idea del país que recientemente dejaba y del peligro en que me había visto. No obstante, cuando desperté me hallé restablecido por completo. Eran las ocho de la noche, y el capitán, creyendo que hubiese pasado mucho tiempo sin comer, mandó que me sirviesen la cena inmediatamente. Tratóme con la mayor decencia, aunque había notado que el extravío de mi mirada no indicaba el mejor juicio. Luego que nos dejaron solos, me suplicó que le hiciese relación de mis viajes y le declarase por qué accidente había sido abandonado a la voluntad de las olas en aquel cajón. Me dijo que sería el mediodía cuando, hallándose en observación con su anteojo lo descubrió muy distante, que creyó fuese un pequeño barco, y determinó buscarle para comprar galleta, porque la suya se iba acabando; que habiéndose acercado conoció su error, y enviando la chalupa a reconocer lo que era, había vuelto su gente toda asustada, jurando que habían visto una casa flotante. Habíase reído de su bobería, y pasando personalmente a la chalupa, mandó a los marineros que llevasen consigo un cable bastante fuerte; y como estaba el tiempo en calma, después de haber remado alrededor de aquel gran cajón y dado la vuelta varias veces, descubrió una ventana, y dando orden de remar y acercarse por aquel lado, pudieron prender el cable al pestillo y llevarle a remolque, y entonces fué cuando vieron mi bastón con el pañuelo, y no le quedó duda de que algunos infelices venían allí encerrados. Le pregunté si él o su tripulación no habían visto en el aire unos pájaros maravillosos al tiempo que me descubrieron, a lo cual respondió que, hablando con sus marineros sobre esta aventura, mientras yo había estado durmiendo, uno de ellos le había dicho haber visto tres águilas

volando hacia el Norte, pero que no le habían parecido mayores que las comunes. Es preciso imputar esto a la inmensa altura en que se hallaban, según creo, como también que él no pudo discurrir a qué se dirigía mi curiosidad. Continué preguntándole a qué distancia juzgaba que estuviésemos de la tierra y me contestó que por el cálculo más ajustado estábamos a cien leguas.

—Pues vivís equivocado casi en la mitad—le repliqué yo,—y debéis saber que cuando caí en el mar apenas haría dos horas que había dejado el país de donde vengo.

Esto acabó de ratificarle el concepto de que mi cerebro estaba perturbado, y me aconsejó que me volviese a la cama en un cuarto que había mandado prepararme. Yo le aseguré que me hallaba muy sereno, gracias a sus atenciones, y que conservaba el libre uso de la razón y de todos mis sentidos tan perfectamente como podía apetecer. Púsose un poco serio, y con toda la formalidad me pidió que le dijese francamente si no sentía algún remordimiento interior, o si no me acusaba la conciencia de algún crimen por el cual hubiese sido condenado de orden de algún príncipe y expuesto en aquel cajón, como a veces se ejecutaba en ciertos países, donde los delincuentes eran abandonados a discreción de las olas dentro de una embarcación sin velas ni víveres: que aunque le fuese muy sensible haber recibido en su navío a un malhechor semejante, me prometía, no obstante, bajo palabra de honor ponerme a seguro en el primer puerto donde llegásemos; añadiendo que sus sospechas se habían aumentado por algunos discursos muy absurdos que había yo hecho desde luego a sus marineros y había continuado con él acerca de mi cajón y de mi cuarto, como también por la descompostura que se notaba en mis ojos y la singularidad de mis ademanes.

Le rogué tuviese la paciencia de escuchar la relación de mi historia, que le hice muy fielmente desde la última salida de Inglaterra hasta el instante en que me había descubierto. Y como la verdad se abre siempre camino en los espíritus razonables, aquel prudente y digno caballero, que estaba dotado de un buen juicio y no dejaba de tener bastante instrucción, quedó satisfecho de mi sinceridad. Mas, con todo, para confirmar lo que le había referido, le supliqué diese orden de que llevasen allí mi estante, y tomando las llaves que conservaba en la faltriquera, le abrí en su presencia y fuí enseñándole todas las curiosidades trabajadas en aquel país de donde había sido sacado de un modo tan extraño. Estaba, entre otras cosas, el peine que había formado de las barbas del rey y otro de la misma especie cuyo lomo era de un desperdicio de la uña del dedo pulgar de Su Majestad. Allí había también un paquete de agujas y otro de alfileres de pie y medio de largos, y un anillo de oro que cierto día me regaló la reina de una manera muy apreciable, sacándole de su dedo pequeño y poniéndomelo sobre los hombros como un collar. Instéle a que tomase este anillo en recompensa de sus favores, pero se negó absolutamente. Al fin, le hice que examinase con curiosidad los calzones que llevaba, que eran de la piel de un ratón.

El capitán quedó muy satisfecho de mi relación, pidiéndome que a nuestro regreso a Inglaterra me dedicase a escribirla y darla al público. Yo le respondí que me parecía teníamos ya demasiados libros de viajes; que mis aventuras pasarían por un perfecto romance y una ficción ridícula; que mi obra no podía contener más que descripciones de plantas, de animales extraordinarios, leyes, costumbres y usos caprichosos; que estas descripciones eran muy comunes y se habían hecho ya fastidiosas, y que no teniendo que decir otra cosa de mis viajes, no merece-

rían la pena de ser leídos. Pero le di gracias por el buen concepto con que honraba mi talento.

Mostróse un poco aturdido de oirme hablar tan alto y me preguntó si el rey y la reina de aquel país eran sordos. Fué preciso decirle que estaba acostumbrado a hablar en este tono más de dos años hacía, y que yo también hallaba novedad en su voz y la de su gente, que me parecía hablarme siempre en secreto junto al oído; pero que sin embargo los entendía bien; que cuando hablaba en aquel país era siempre como el que contesta a otro que le pregunta desde las ventanas de un campanario, excepto en ocasiones que me ponían sobre una mesa o me tenían en la mano. También le dije que había notado otra cosa, y era que luego que entré en su navío y vi a sus marineros en pie alrededor de mí, me habían parecido sumamente pequeños. Que desde que me hallaba allí estaba privado de mirarme a un espejo, porque mi vista, acostumbrada a grandes objetos, me hacía despreciable a mí mismo. A esto me respondió el capitán que mientras estaba cenando había notado él también que miraba todas las cosas con cierta especie de desprecio y le había parecido que me esforzaba por reprimir la risa; que dudó cómo tomar esto, y por último lo había atribuído a trastorno de mi cerebro. Díjele que ni yo sabía cómo había podido contenerme al ver sus platos, que no eran mayores que una moneda de tres sueldos, una pierna de carnero que apenas tenía un bocado, un vaso más pequeño que una cáscara de nuez, y continué así haciendo la descripción de los demás utensilios y viandas que comparecieron. Pues aunque la reina me había surtido de todo lo necesario para mi uso con proporción a mi talla, mi imaginación estaba totalmente ocupada de aquellos objetos que más continuamente veía, y me sucedía lo que a todos los hombres que incesantemente están considerando a los demás,

sin considerarse a sí mismos ni parar la atención en su pequeñez. El capitán, haciendo alusión a un antiguo proverbio inglés, me replicó que, según esto, mis ojos serían más grandes que mi vientre, pues no había advertido que hubiese comido mucho, sin embargo de haber pasado todo el día en ayunas; y prosiguiendo en el estilo burlesco, añadió: que hubiera dado con gusto cien libras esterlinas por el buen rato de ver mi cajón en el pico del águila y desprenderse después en el mar desde una altura tan grande, que ciertamente sería un espectáculo muy extraño y digno de ser transmitido a los siglos venideros.

Este señor Wilestcks, volviendo de Tungrur con su rumbo para Inglaterra, se hallaba extraviado hacia el Nordeste a cuarenta grados de latitud y ciento cuarenta y tres de longitud, pero a los dos días de estar yo en su compañía, se levantó un fuerte viento que nos dirigió al Norte por bastante tiempo, y costean-do la Nueva Holanda, hicimos nuestro rumbo hacia el Oeste-noroeste y después al Sudeste, hasta que hubimos doblado el cabo de Buena Esperanza. Nuestro viaje fué feliz y no quiero fastidiar al lector con su prolija relación. Baste decir que anclamos en uno o dos puertos para proveernos de víveres y hacer agua; yo no salí del navío hasta que llegamos a las Dunas, que si no me engaño, fué el 3 de junio de mil setecientos seis, cerca de nueve meses después de mi libertad. Dije al capitán que le dejaría mis muebles empeñados en prenda del pago de mi pasaje: no lo consintió, protestando que no recibiría ni el valor de un maravedí. Nos despedimos muy afectuosamente dándome palabra de visitarme en Redriff. Y habiéndome prestado un escudo, alquilé un caballo y un guía para mi marcha.

Mientras duró ésta, admirado todavía de la pequeñez de las casas, árboles, ganados y personas, me parecía que estaba en Lilliput, y temiendo aplastar

con mis pies a los viajeros que encontraba, solía darles voces para que se apartasen del camino, de suerte que en ocasiones corri el riesgo de que me moliesen a palos, cansados ya de mi impertinencia.

Llegué a mi casa, y no me costó poco trabajo encontrarla. Salió un criado a abrir la puerta, y pareciéndome un postiguillo, tuve buen cuidado de bajar la cabeza al entrar, por no rompérmela. Viendo a mi mujer que acudía a abrazarme, doblé el cuerpo hasta tocar el volante de su vestido, creyendo que no podría llegar de otro modo a mi boca. Mi hija se puso de rodillas esperando mi bendición, pero no pude verla hasta que se levantó; tal era mi costumbre de estar siempre en pie mirando hacia arriba. Mis criados y dos o tres amigos que se hallaron presentes se me figuraban pigmeos, y yo me creía un gigante. Reconvine a mi mujer porque habían vivido con tan extremada frugalidad, pues los veía a todos pequeñísimos. En una palabra, eran tan extraños todos mis procedimientos, que no hubo persona que no fuese del mismo parecer del capitán cuando me vió en su navío, contestando unánimemente en que había perdido el juicio. Refiero todas estas menudencias para hacer ver el poder del hábito y de la preocupación.

En breve tiempo me acostumbré a mi mujer, familia y amigos. Mi esposo protestaba que no volvería jamás a embarcarme, pero mi mal destino lo dispuso de otra suerte, como podrá ver el lector en la continuación. Entretanto pongo aquí fin a la segunda parte de mis desgraciados viajes.

TERCERA PARTE

VIAJES A LAPUT, A LOS BALNIBARBAS, A LUGGNAGG, A GLUBBDUBDRID Y AL JAPON

I

EL AUTOR EMPRENDE UN TERCER VIAJE.—DA EN MANOS DE PIRATAS : MALIGNIDAD DE UN HOLANDÉS.—LLEGA A LAPUT.

Haría unos diez días, poco más o menos, que estaba en mi casa, cuando vino a visitarme el capitán Guillermo Robinsón, de la provincia de Cornualles, capitán de la *Buena Esperanza*, navío de trescientas toneladas, con quien ya había navegado de cirujano de otro navío mandado por el mismo en un viaje a Levante, y había sido siempre muy bien tratado. Noticioso de mi arribo, venía a darme el parabién, con cuya ocasión me preguntó si me había fijado ya en mi casa para siempre, añadiendo que él meditaba un viaje a las Indias Orientales, que contaba partir dentro de dos meses, y que si quería darle el gusto de acompañarle con el mismo empleo, llevaría otro cirujano y dos practicantes que me ayudasen, y me daría además paga doble; pues teniendo experiencia de que mi conocimiento en la navegación igualaba al suyo cuando menos, confiaba valerse de mi auxilio como si llevara un piloto. En fin, se me mostró tan oficioso y atento, que yo, obligado por su cortesía, me dejé persuadir, bien es verdad que, a pesar de mis pasadas desdichas, creo que jamás había sen-

tido una pasión tan fuerte por viajar. La única dificultad que se presentaba era el consentimiento de mi mujer, que, por último, pude obtener sin demasiado trabajo, porque no quería privar a sus hijos del provecho que podía resultarles.

Nos hicimos a la vela el 5 de agosto de 1706, y llegamos al fuerte de San Jorge el primero de abril de 1707; allí descansamos tres semanas para que se repusiera nuestra tripulación, que la mayor parte iba enferma. Continuamos luego para Tonquín, donde pasamos también algún tiempo, porque nuestro capitán deseaba surtirse de algunas mercaderías que no podían acopiarse en pocos meses. Para subvenir en algún modo a los gastos de esta larga detención, compró un barco cargado de diferentes géneros, con que los tonquineses hacen su ordinario comercio en las islas vecinas, y poniendo en él cuarenta hombres, incluso tres del país, me hizo su patrón con licencia por dos meses mientras él evacuaba sus negocios en Tonquín.

Aun no hacía tres días que navegábamos cuando se levantó una borrasca tan fuerte que en cinco días no cesó de impeler la embarcación hacia el Nordeste, y en seguida al Este. El temporal se calmó algún tanto, pero el viento Oeste seguía soplando con bastante fuerza. Siete días después, habiéndonos dado caza dos piratas, no tardaron en alcanzarnos, pues el barco iba tan cargado que no pudo huir, ni nos fué posible hacer la maniobra necesaria para defendernos.

Los dos piratas vinieron a bordo, y, entrando en nuestro barco a la cabeza de su gente, nos encontraron echados boca abajo a todos, como yo había mandado, en cuyas circunstancias se contentaron con atarnos, y poniéndonos una guardia empezaron a registrar todo el barco.

Advertí entre ellos un holandés que parecía tener alguna autoridad, aunque no se le veía mandar, y co-

nociendo por nuestro porte que éramos ingleses, nos dijo en su lengua que iban a atarnos a todos espalda con espalda para arrojarnos al mar. Yo, que hablaba medianamente el holandés, le declaré entonces quiénes éramos, y le rogué, en consideración al nombre común de cristianos, y de cristianos reformados, de vecinos y aliados que intercediese por nosotros con el capitán; pero mi súplica sólo sirvió para irritarle más y hacer que redoblase sus amenazas; y volviéndose hacia sus compañeros, les habló en lengua japonesa repitiendo frecuentemente el nombre de cristianos.

El comandante del principal navío que llevaban era un capitán japonés que hablaba algo de holandés; se llegó a mí y, después de varias preguntas, que satisficé con mucha humildad, me aseguró que no nos quitarían la vida. Correspondí a su insinuación con una gran cortesía, y dirigiéndome luego a los holandeses, les dije que extrañaba mucho hallar más humanidad en un idólatra que en un cristiano, reconvencción que me pesó bien pronto; pues aquel pícaro malvado, no habiendo podido sacar fruto de sus requerimientos a los dos capitanes a que me arrojasen al mar (que no quisieron concederle por no faltar a su palabra), logró, por último, que me diesen un castigo más cruel que la misma muerte. Este fué, después de haber repartido toda mi gente en sus dos navíos, abandonarme a las olas en una pequeña canoa de dos remos y una vela, con provisión para cuatro días; gracias al capitán japonés, que la duplicó con la suya propia, y no permitió que me registrasen. Al fin, entré en mi canoa mientras aquel bárbaro holandés desde lo alto del puente no cesaba de colmar-me de cuantas injurias y maldiciones podía dictarle su perversidad.

Como una hora antes que descubriésemos los dos piratas, yo había tomado altura y hallé que estaba-

mos a cuarenta y seis grados de latitud meridional y ciento ochenta y tres de longitud, a poco tiempo de habernos separado descubrí con un anteojo diferentes islas al Sudeste, y gustándome el viento hice velas con la idea de abordar a la más próxima de ellas, que no me costó poco trabajo al cabo de tres horas, cuando me hallé en una roca donde sólo encontré muchos huevos de pájaro. Encendí fuego, y arrimando algunas matas y juncos marinos pude cocerlos, que fué toda mi comida aquella tarde, por reservar mis provisiones todo lo posible, y haciendo la cama también con matas pasé toda la noche sobre aquella roca, y no dormí muy mal.

El día siguiente hice velas hacia la isla inmediata, y desde ella a otra hasta tocar en la cuarta, sirviéndome alguna vez de los remos; mas, para no cansar al lector, diré, por último, que al cabo de cinco días toqué en la última de aquellas islas que había descubierto, la cual estaba al Sudeste de la primera.

Su distancia me había engañado, pues tardé hasta cinco horas en llegar a ella. Le di una vuelta casi entera antes de encontrar paraje donde poder abordar, y habiendo tomado tierra en una pequeña bahía que sería de ancha como tres veces mi canoa, me vi en otra roca como la primera, a excepción de algún tal cual sitio reducido donde crecían céspedes y otras hierbas muy olorosas. Eché mano a mi provisión, y después de haberme reparado en parte, guardé lo restante en una de las muchas cuevas que había en la isla, dedicándome en seguida a recoger huevos sobre la roca y arrancar juncos y hierba seca para cocerlos el día siguiente, pues siempre llevaba conmigo eslabón, yesca y un espejo ustorio: y sirviéndome entretanto de cama estos mismos combustibles, pasé la noche en la misma cueva que había destinado para despensa. Pero mi inquietud, que era mayor que el cansancio, me ahuyentaba el sueño,

considerando como imposible el subsistir en un lugar tan miserable donde a cada instante se me representaba mi desdichado fin. Estas reflexiones me tenían tan abatido que aun para levantarme me faltaba el valor, de suerte que el sol iba ya muy adelantado y yo no había salido de mi cueva, donde por lo fuerte de la estación y serenidad del tiempo, me abrasaba tanto que me obligaba a volver la cara.

En esta postura estaba, cuando advertí que se había oscurecido de repente aunque no del mismo modo que al paso de una nube, y volviendo a mirarle hallé interpuesto un cuerpo movable y opaco, muy grande, que parecía fluctuar en el aire. Este cuerpo, suspendido, según mi cálculo, a dos millas de altura, me ocultó el sol por espacio de seis o siete minutos, y a causa de la obscuridad no pude observarle bien : pero luego que se acercó algo más, me pareció de una substancia sólida, cuya base era plana, compacta y resplandeciente por la reverberación del mar. Dejé al instante mi cueva, y poniéndome sobre una altura que estaba como a doscientos pasos de la ribera, vi descender aquella gran mole y acercarse tanto a mí que apenas habría una milla de por medio : entonces pude descubrir con mi telescopio un gran número de personas en movimiento que gobernaban esta isla volante a la altura que querían, aunque siempre oblicuamente.

El natural amor a la vida me inspiró cierta alegría con la esperanza de que esta aventura pudiese sacarme del triste estado en que me hallaba, al mismo tiempo que crecía mi aturdimiento al ver una especie de isla aérea habitada por hombres con talento y poder para subirla, bajarla y dirigirla a su voluntad. Imagíneselo el lector, pues por mí confieso que no estaba de humor de filosofar sobre tan extraño fenómeno, y así me contenté con observar a qué lado se inclinaba, pareciéndome que se había parado un corto

rato. Ya se acercó algo más, y pude distinguir muchos órdenes de galerías con sus correspondientes escaleras de trecho en trecho para comunicarse de unas a otras. Sobre la primera o más baja, vi una porción de hombres pescando pájaros con caña, y otros asomados, cuya ocasión me pareció a propósito para llamar su atención, haciéndoles señas con mi sombrero y pañuelo hasta que estuve más cerca y pude gritar esperanzado en que me oirían. En efecto, advertí que me habían visto por la multitud de pueblo que acudía hacia la parte donde yo estaba, bien que sin hablarme una palabra, y entretanto subieron cinco o seis de ellos apresuradamente a la cumbre de la isla, de lo que inferí irían enviados a alguna persona de autoridad a tomar órdenes de lo que debían hacer.

El concurso de los isleños se aumentó, y en menos de media hora la isla se aproximó tanto que apenas distaría unos cien pasos de la tierra; mas sin embargo de haber esforzado mis súplicas variando de posturas todas humildes y compasivas, tampoco recibí respuesta; sólo noté que habían acudido algunos personajes muy elevados, a juzgar por la riqueza de sus vestidos y el sitio preferente que ocupaban.

Al fin, uno de ellos me habló en un lenguaje claro, cortés y muy dulce, cuyo sonido imitaba al italiano, y esto me determinó a contestar en este idioma, pareciéndome que su acento suave se acomodaría mejor al oído de ellos que ninguna otra lengua; y, en efecto, comprendiendo mis intenciones, me hicieron señal de que bajase de la roca. No me lo hice repetir. Descendió la isla a una distancia proporcionada, y descolgando una sillita pendiente de una cadena desde la galería más inmediata, con el auxilio de una garrucha, me transportaron arriba en un momento.

II

CARÁCTER DE LOS LAPUTIENSES.—IDEA DE SUS SABIOS, DE SU REY Y DE SU CORTE.—RECIBIMIENTO QUE HACEN AL AUTOR.—TEMORES E INQUIETUDES DE LOS HABITANTES.—CARÁCTER DE LAS MUJERES.

A mi llegada vime rodeado de una multitud de pueblo que me miraba con el mismo asombro que yo a ellos, pues era la primera vez que veía yo una casta de mortales tan extraños en su figura, modales y vestido. Movían ellos continuamente la cabeza de un lado a otro, tenían un ojo vuelto hacia dentro, y el otro mirando al cielo: sus vestidos abigarrados de soles, lunas y estrellas, y sembrados de violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, laúdes y otros instrumentos desconocidos en Europa: rodeados de una infinidad de criados, que iban prevenidos de vejigas atadas como zurriagos al extremo de un palo corto, y dentro de ellas una porción de chinas y garbanzos muy menudos. Este era una especie de despertador con que daban de cuando en cuando ya en la boca, ya en las orejas del que tenían a su lado, sin que por entonces pudiese comprender la idea, hasta que después supe que los espíritus de aquellos naturales están siempre pasmados y sumergidos en la meditación de tal modo que ni hablan ni oyen sin el auxilio de estas vejigas bulliciosas con que los pegan en la boca o en las orejas, según la necesidad, para que despierten, y con cuyo destino las personas acomodadas mantienen de continuo un criado que les sirva de monitor, acompañándolos a todas partes.

La ocupación de este oficial cuando dos o tres están juntos, se reduce a dar diestramente con las vejigas en la boca del que debe hablar, e inmediatamente en la oreja derecha de aquel o aquellos a quienes se dirige el discurso. El monitor va siempre al

lado de su amo y cuida de tocarle suavemente con la vejiga en los ojos de rato en rato, porque sin esta precaución su profundo letargo le expondría a caer en un precipicio, a romperse la cabeza contra un poste, a chocarse con otros en las calles o a meterse en cualquier arroyo.

Hiciéronme subir a la cumbre de la isla para presentarme al rey, y entrando en su cuarto vi a Su Majestad en su trono rodeado de personas de la primera distinción, con una gran mesa delante en que había globos, esferas y toda suerte de instrumentos matemáticos. Pero, aunque mi acompañamiento hizo bastante ruido a la puerta, el rey nada advirtió, pues estaba justamente ocupado en resolver un problema, y primero que concluyó su operación esperamos lo menos una hora entera delante de Su Majestad. Entonces dos monitores que le tenían en medio, le tocaron con mucha veneración y suavidad el uno en la boca y el otro en la oreja derecha. El rey despertó como sobresaltado, y reparando en mí y en los que me acompañaban, vino al instante en conocimiento de lo que le habían contado de mi arribo poco antes. Hablóme algunas palabras, y acercándose un monitor a tocarme en la oreja le di a entender que no se cansase en balde, por lo cual tanto Su Majestad como todos los de su corte formaron una alta idea de mi comprensión, prosiguiendo en hacerme varias preguntas y yo en contestarlas sin entendernos el uno al otro. De allí me condujeron a otra sala, donde haciéndome el honor de sentarse a la mesa conmigo cuatro de aquellos personajes, nos sirvieron de comer en seis platos con que cubrieron la mesa dos veces. La primera fué de un cuarto de carnero, cortado en triángulo equilátero, una posta de vaca bajo la figura de un romboide y un *poudding* en la de un cicloide. La segunda, de dos ánades figurando dos violines, salchichas y longanizas que parecían propiamente

unas flautas y oboes, y un hígado de ternera en forma de arpa. Los panes imitaban un cono, un cilindro o un paralelogramo.

De sobremesa entró otro que iba de orden del rey a instruirme en la lengua del país; sacó recado de escribir, y en cuatro horas que estuvimos juntos me hizo anotar en dos columnas una gran porción de términos con la traducción enfrente, y me enseñó algunas frases cortitas explicándome su sentido con demostraciones. Después me puso delante un libro en que estaba pintado el sol, la luna, las estrellas, el zodiaco, los trópicos y círculos polares, y toda suerte de instrumentos de música, expresándome el nombre de cada cosa y los términos propios de este arte; de modo que, concluida la lección, pude componer por mí solo un diccionario muy curioso; y como tenía feliz memoria, en pocos días me hallé medianamente impuesto en la lengua laputiense.

La mañana siguiente fué un sastre a tomarme medida de vestido; mas no puede negarse que en aquel país ejercen este arte de distinta manera que en Europa. Tomó desde luego la altura de mi cuerpo con un cuarto de círculo, y con la regla y el compás, habiendo medido mi grosor y todas las proporciones de mis miembros, formó su cálculo sobre un papel, y al cabo de seis días me llevó un vestido muy mal hecho; es verdad que se disculpó diciéndome que había tenido la desgracia de equivocarse en las suputaciones.

Aquel mismo día mandó Su Majestad arrimar su isla al Lagado, que es la capital de su reino de tierra firme, y después a otras varias ciudades y aldeas, con el fin de oír las súplicas de sus vasallos. Esta ceremonia me proporcionó un rato divertido, pues acudiendo todos a atar sus memoriales a unas cuerdas que habían descolgado expresamente de la isla con un pequeño plomo a su extremo, tiraron de ellas a

un tiempo y parecían otros tantos cometas en el aire.

Confieso que el conocimiento que tenía de las matemáticas me ayudó mucho a comprender su modo de hablar y sus metáforas sacadas, la mayor parte, de las matemáticas y de la música, que también tengo mi poquito de músico. Todas sus ideas (1) están concebidas en líneas y figuras, y hasta su misma galantería de estilo es toda geométrica. Si, por ejemplo, quieren alabar la hermosura de una doncella, dicen que sus blancos dientes son unos hermosos y perfectos *paralelogramos*, que sus cejas son unos *arcos hechiceros* o la más bella *porción de un círculo*, que sus ojos forman un *eclipse* admirable, que su garganta está adornada de dos *globos asimptotos*, y así de lo demás. *El seno, la tangente, la línea recta, la línea curva, el cono, el cilindro, el óvalo, la parábola, el diámetro, el radio, el centro, el punto* son entre ellos términos familiares en el lenguaje de amor.

Sus casas están muy mal construídas, porque allí desprecian la geometría práctica como una cosa vulgar y mecánica. Son matemáticos para la especulación y no para la utilidad pública. No vi jamás pueblo tan necio, simple y mentecato para todo lo que mira a las acciones comunes y gobierno de la vida. Su espíritu es bajo, grosero, inepto y pesado, sin cultura ni educación, de modo que cualquiera los tendrá por fatuos. Además de esto, no saben hablar sino para contradecir, excepto alguna rara vez que piensan arregladamente, y entonces callan. Ignoran lo que es imaginación, invención, retrato, ni tienen voces en su idioma para expresar estos conceptos; y así todas sus obras, aun sus mismas poesías, si es que se

(1) De aquí adelante (dice el autor del tratado de la Gravedad en una carta inserta en el *Mercurio* de enero de 1727) no tendré yo la culpa de que todo el mundo no sea geómetra, ni de que la geometría no se haga una conversación de moda como la moral, la física, la historia y la gaceta.

acuerdan de componer alguna, parecen teoremas de Euclides.

Muchos de ellos, especialmente los que se aplican a la astronomía, dan en la astrología judiciaria, aunque no se atrevan a confesarlo en público; pero lo que más me admiró fué su inclinación a la política y amor a las novedades, carácter que los liga a estar hablando siempre de los negocios de Estado y los induce francamente a dar su voto sobre cuanto pasa en los gabinetes de los príncipes. No he dejado de notar frecuentemente lo mismo en nuestros matemáticos de Europa, sin haber podido llegar a apurar todavía la menor analogía entre las matemáticas y la política, a menos que supongan que así como el círculo más pequeño consta del mismo número de grados que el más grande, así también el que sabe discurrir sobre un círculo trazado en un papel puede hacerlo igualmente sobre la esfera del mundo. ¿Pero no será más bien este defecto natural de todos los hombres, que ordinariamente se complacen en hablar y discurrir sobre todo aquello que menos entienden?

Otra rareza de aquel pueblo es el sobresalto en que continuamente viven, aprehendiendo en su imaginación la alteración de los cuerpos celestes; aprehensión que jamás turbó el sosiego de todo el resto de los mortales. Por ejemplo, temen que la tierra, no pudiendo sufrir las continuas aproximaciones del sol, sea algún día devorada por las llamas de este astro terrible: que esta antorcha de la Naturaleza se vaya amortiguando poco a poco y deje de alumbrar del todo a los hombres: que el esperado cometa que, según su cálculo, debía aparecer dentro de treinta y un años, sacudiendo su cola sobre la tierra, la confunda a rayos hasta reducirla a cenizas. Y recelan también que el sol, a fuerza de repartir sus rayos a todas partes, se consuma al fin y pierda toda su substancia. He aquí los ordinarios temores e inquietudes que les

quitan el sueño y los privan de toda suerte de placeres, por cuya causa luego que se ven por la mañana se preguntan unos a otros qué noticias tienen del sol, cómo se halla, en qué disposición se puso y volvió a salir, etc.

Las mujeres de esta isla son muy vivas, desprecian a sus maridos y gustan mucho de los forasteros, de que hay siempre un gran número que sigue a la corte, y entre los cuales eligen sus galanes las damas de calidad; pero lo más odioso es que abusen impunemente de la distracción de sus maridos en su propia presencia, pues, embelesados continuamente en sus especulaciones geométricas, ni ven ni oyen, a menos que esté allí el monitor con sus vejigas.

Madres e hijas todas viven con suma desazón por verse aisladas en un lugar determinado, aunque el más delicioso del mundo, y ellas colmadas de riquezas y ostentación. No contentas con poder correr libremente la isla entera, se consumen de ansia por visitar el orbe todo, y pasar a la capital, lo cual les está prohibido sin permiso especial del rey, y no es fácil de lograr porque los maridos experimentan mayor dificultad en hacerlas volver. Allí oí contar que una señora principal de la corte, casada con el primer ministro, gallardo joven que la amaba ciegamente, había pasado a Lagado con el pretexto de restaurar su salud, y habiendo desaparecido fueron a buscarla de orden del rey, y al cabo de bastantes meses la encontraron en el más lastimoso estado metida en una pocilga, desnuda enteramente por mantener a un lacayo viejo y horroroso que la apaleaba diariamente. Sacáronla de aquella miseria, a pesar de la resistencia que opuso, para llevarla a su casa, donde la recibió su esposo con mucho agrado y dulzura, sin hacerle la más pequeña reconvención acerca de su conducta; pero a pocos días desapareció otra

vez con todas sus joyas y pedrería para ir a buscar a su digno galán, y no se ha vuelto a saber de ella.

El lector tomará acaso todo esto por una historia europea, y especialmente inglesa. Yo le ruego considere que los caprichos del sexo femenino no se limitan a una sola parte del mundo, ni a un solo clima, sino que en todas partes son los mismos.

III

FENÓMENO EXPLICADO POR LOS FILÓSOFOS Y ASTRÓNOMOS MODERNOS.—LOS LAPUTIENSES SON GRANDES ASTRÓNOMOS.—CÓMO APACIGUA EL REY LAS SEDI-CIONES.

Obtuve licencia del rey para ver las curiosidades de su isla con orden de que me acompañase uno de sus cortesanos, y siendo mi principal objeto saber a qué principio natural o del arte dependía esta variedad de movimientos, voy a dar al lector una relación exacta y filosófica.

La isla volante es perfectamente redonda, su diámetro de siete mil ochocientas treinta y siete medias toesas, esto es, cerca de cuatro mil pasos, y por consiguiente contiene diez mil acres a corta diferencia. Su profundidad es de ciento cincuenta toesas. El suelo o superficie inferior, según parece mirada desde abajo, es como un dilatado diamante pulido y cortado en forma regular, que hace reflejar la luz a cuatrocientos pasos. Encima tiene muchos minerales situados por el orden general de las minas, y además un terreno fértil de diez o doce pies de profundidad.

La inclinación de las partes de la circunferencia hacia el centro de la superficie superior es la causa natural de que todas las lluvias y rocíos que caen sobre la isla vayan en pequeños arroyos al medio, donde se recogen en cuatro famosos estanques, cada uno de casi media milla de circuito, que están a doscien-

tos pasos de distancia del centro de ella ; y como esta agua es atraída continuamente por el sol durante el día, nunca se experimentan inundaciones : a más de que estando en la mano de aquel monarca el levantar su isla sobre la región de las nubes y vapores terrestres, puede evitar que caigan en ella la lluvia y el rocío cuando quiere. Esto es lo que no puede hacer ningún potentado de Europa, que sin depender de nadie depende siempre de la lluvia y del buen tiempo.

En el centro de la isla hay un agujero como de veinticinco toesas de diámetro, por el cual bajan los astrónomos a una espaciosa bóveda que por esta razón es llamada *Flandona Gagnolé* o *Cueva de los Astrónomos*, situada a la profundidad de cincuenta toesas por bajo de la superficie superior del diamante. Están luciendo incesantemente en esta cueva veinte lámparas, que por la reverberación del diamante esparcen una gran luz a todos lados, y todo su adorno consiste en sextantes, cuadrantes, telescopios, astrolabios, y otros instrumentos astronómicos ; pero la mayor curiosidad, y de donde depende la suerte de la isla, es una piedra imán de prodigiosa magnitud, labrada en figura de lanzadera : tiene tres toesas de largo y en su mayor grosura no baja de toesa y media. Este imán está suspendido de un grueso eje de diamante que pasa por el medio de la piedra, sobre la cual juega tan ajustadamente que la mano más delicada puede hacerle dar vueltas. Le rodea un círculo de diamante también redondo y cóncavo, al modo de un cilindro hueco, el cual tiene cuatro pies de profundidad, mucho más de grueso, y seis toesas de diámetro, y está colocado horizontalmente y sostenido por ocho pedestales todos de diamante de tres toesas de altura cada uno. Del lado cóncavo del círculo hay una mortaja de doce pulgadas de profundidad, y en

ella descansan las extremidades del eje, que voltea cuando es menester.

No hay fuerza que alcance a dislocar la piedra, porque el círculo y sus pies con el cuerpo del diamante que forma la base de la isla, es todo una pieza.

En la virtud y uso de este imán consiste que la isla suba o baje, o mude de lugar; pues con respecto a aquella parte de la tierra en que preside el príncipe, está dotada la piedra en uno de sus extremos de un poder atractivo, y en el opuesto de un poder repulsivo, de suerte que mandando volver el imán hacia la tierra por el *polo amigo* la isla baja, y volviéndole por el *polo enemigo* sube la isla: estando oblicua la posición de la piedra, el movimiento de la isla es igual, porque en este imán obran siempre las fuerzas en línea paralela a su dirección, y de este mismo movimiento oblicuo es del que se valen para conducir la isla a diferentes parajes de los dominios de Su Majestad.

El gobierno de la piedra está al cargo de ciertos astrónomos, que a su tiempo le dan el movimiento y dirección que el rey ordena. Estos astrónomos pasan la mayor parte de su vida en contemplar el cielo y observar los astros por medio de telescopios algo mejores que los nuestros. Así es que han hecho bastantes descubrimientos más que nuestros matemáticos de Europa: han conseguido percibir distintamente diez mil estrellas fijas mientras que nosotros, infelices europeos, apenas hemos podido descubrir cinco mil: han logrado la fortuna de distinguir claramente alrededor del planeta Marte dos pequeños satélites, de los cuales el más próximo a nosotros dista del centro del planeta exactamente el triple de su diámetro, y el más elevado está a la distancia de un quintuplo. El primero acaba su revolución en el término de diez horas, y el segundo tarda veintiuna y treinta minutos (cosa admirable y curiosa); de manera que, compa-

rado el tiempo de su revolución con su distancia del centro del planeta, se manifiesta evidentemente que estos satélites siguen la misma ley de gravitación que los demás cuerpos celestes. Y, en fin, ellos han observado además noventa y tres cometas diferentes, calculando su carrera con una exactitud envidiable. ¡Oh! cuánto debieramos desear que nos diesen parte de sus admirables observaciones. ¡Qué ventajas no sacaría la Europa! ¡Qué progresos no haríamos en el importante estudio de los cometas, siendo así que estamos tan atrasados en una materia de tanto interés!

El rey sería el príncipe más absoluto del Universo si pudiese empeñar a sus ministros en una ciega condescendencia; pero, teniendo éstos sus haciendas abajo en el continente y considerando que el manejo de los negocios es pasajero, se guardan bien de perjudicarse a sí mismos olvidando la comodidad de sus compatriotas.

Si alguna ciudad se subleva, o se resiste al pago de los tributos, tiene el rey dos medios de sujetarla. El primero y más moderado, es parar su isla encima de los rebeldes y sus tierras vecinas para privarlos del sol y del rocío, cuya falta les ocasiona enfermedades y una gran mortandad; pero, cuando el delito lo merece, los hunde a pedradas, y no muy flojas, desde lo alto de la isla, sin dejarles otro refugio que el de encerrarse en sus cuevas o bodegones, donde pasan el tiempo en beber fresco mientras los techos de sus casas se van cayendo a pedazos. Si temerariamente prosiguen en su obstinación y levantamiento, entonces recurre el rey al último remedio, que es dejar caer su isla a plomo sobre ellos, y acaba de un golpe con casas y moradores. Sin embargo, rara vez procede a tan terrible extremo, que los ministros tampoco se atreven a aconsejarle, porque un proceder semejante los haría odiosos al pueblo y además les tocaría su parte, teniendo, como se ha dicho, sus ha-

ciendas en el continente, que la isla pertenece enteramente al rey, pues no tiene otras posesiones.

Pero aun hay otra razón más fuerte, que siempre ha detenido a aquellos reyes para determinar el último castigo, no siendo la necesidad absoluta, y es que si la población que pretenden destruir está situada al pie de algunas elevadas rocas (que no faltan en el país, como en Inglaterra, a la inmediación de las principales ciudades edificadas ex profeso en tales sitios) o si abunda de campanarios y chapiteles, la isla real padecería en su descenso, que sería lo más terrible, y el pueblo no lo ignora, habiendo observado que aun cuando Su Majestad está más indignado, siempre hace bajar su isla muy serenamente como para excusar la total destrucción de aquél; mas los filósofos opinan que si sucediera tal fracaso, el imán no podría sostenerla después, y daría en el suelo.

IV

EL AUTOR DEJA LA ISLA DE LAPUT PARA BAJAR AL PAÍS DE LOS BALNIBARBAS.—SU ARRIBO A LA CAPITAL.—DESCRIPCIÓN DE ESTA CIUDAD Y SUS CONTORNOS.—ES RECIBIDO CON AGASAJOS POR UN PERSONAJE PRINCIPAL.

Aunque no pueda decir que me fuese mal en aquella isla, lo cierto es que me veía aburrido y en cierto modo menospreciado, no tratándose allí de otra cosa que de la música y matemáticas, en que, a la verdad, me llevaban grandes ventajas, y no debo quejarme por esto del poco aprecio que de mí hacían.

Por otra parte, luego que acabé de examinar todas sus curiosidades, principiaron a fastidiarme aquellos habitantes aéreos, y deseaba dejarlos. No puede negarse que ellos sobresalen en ciencias que estimo sobremanera, y de que no me falta alguna tintura; pero viven tan arrobados en sus especulaciones que

jamás me vi en más triste compañía, precisado a tratar únicamente con las mujeres (buena conversación para un filósofo marino), los artesanos, los monitores y otras gentes de esta clase, que contribuía no poco a que me mirasen con mayor desprecio, sin poder remediarlo, porque los demás no me hablaban nunca, ¿luego con quién había de tratar?

Residía en la corte un personaje favorito del rey que por sola esta razón era respetado, pues no tenía oído para la música ni sabía echar el compás, sobre no haber podido aprender en su vida los rudimentos más fáciles de las matemáticas, según decían, y en concepto de todos pasaba por un ignorante y demasiado estúpido, aunque no le negaban su integridad y honradez. Este señor era el único que, dándome mil muestras de su bondad, me dispensaba el honor de visitarme a menudo, manifestando siempre sus deseos de informarse de los negocios de Europa, como de los usos, costumbres, leyes y ciencias de las naciones diferentes con quienes había habitado. Me escuchaba con interés, y después hacía bellísimas reflexiones sobre cuanto le había referido. Dos monitores le acompañaban por ceremonia, pues sólo le servían en visitas de esta clase o cuando se presentaba en la corte, y en nuestras conferencias les daba orden de retirarse.

Por su intercesión con el rey, pude lograr la licencia para mi partida, cuyo oficio me declaró que había practicado contra su gusto y me hizo mil ofrecimientos ventajosos, que no admití sin faltar a las muestras de agradecimiento.

El diez y seis de febrero, al despedirme de Su Majestad, me regaló con esplendidez, y mi protector me presentó un diamante con una carta de recomendación para cierto caballero amigo suyo que vivía en Lagado, capital de los Balnibarbas. Hallábase a la ocasión la isla suspendida sobre una montaña, y con

la misma facilidad que me habían subido, me volvieron a poner abajo desde la galería señalada.

El continente que reconoce por señor al rey de la isla volante lleva el nombre de los Balnibarbas, cuya capital, como queda dicho, se llama Lagado. Mi gozo fué indecible cuando me vi libre de la región aérea y en tierra firme. Estaba vestido al uso del país, sabía lo bastante de su idioma para hacerme comprender, y así, contento con mi suerte, eché a andar con el mayor desembarazo hacia la ciudad. No tardé en encontrar la casa del caballero a quien iba recomendado, le presenté mi carta, me recibió muy bien, mandando que me preparasen cómodo alojamiento al instante, y me trataron perfectamente todo el tiempo que me detuve en aquel país.

A la mañana siguiente el señor Munodi (éste era el nombre del caballero balnibarba) me sacó en su coche a ver la ciudad, que será como la mitad de Londres, pero de fábrica muy extraña, y tan poco consistente que la mayor parte se iba arruinando. Sus habitantes, cubiertos de calandrajos, tenían un aspecto tan melancólico como feroz. Salimos por una puerta al campo, y alejándonos cerca de tres millas vi una infinidad de gentes que denotaban ser labradores por los instrumentos de distintos géneros que tenían sus manos; pero no se descubría por lado ninguno la menor apariencia de plantío ni sementera, reflexión que me obligó a suplicar a mi protector me explicase lo que hacían tantos hombres ocupados dentro y fuera de la ciudad sin efecto visible, pues, a la verdad, no había encontrado jamás tierra peor cultivada, casas más incómodas y destrozadas ni pueblo más pobre y miserable.

El señor Munodi había sido muchos años gobernador de Lagado, y por una cábala de los ministros le habían depuesto con general sentimiento de todo el pueblo, no obstante que el rey le estimaba como

sujeto de rectas intenciones, bien que sin espíritu cortesano.

Habiéndome oído criticar libremente al país y a sus habitantes, no me respondió otra cosa sino que necesitaba estar más tiempo entre ellos para poder formar juicio cierto, que el mundo se componía de pueblos diferentes y que en cada uno había también sus diferentes usos, alegando otras muchas razones semejantes. Pero cuando volvimos a casa me preguntó qué me parecía su palacio, qué notaba en él que me desagradase y qué hallaba reprehensible en el traje y modales de su familia. Bien podía preguntarlo sin recelo, pues en su casa todo era decente, regular y magnífico. Respondíle que su grandeza, su prudencia y sus riquezas le habían exentado de todos los defectos que habían reducido a los demás a un estado de locura y mendiguez. Finalmente me dijo que si quería acompañarle a su casa de campo, que distaba veinte millas, tendría allí más tiempo para instruirme de sus cosas: y habiendo insinuado a Su Excelencia que estaba pronto a complacerle en cuanto me mandase, partimos a la mañana siguiente.

Durante nuestra marcha se dedicó a hacerme observar los distintos métodos de los labradores en sembrar sus tierras; mas, con todo, excepto en uno u otro paraje, no presentaba el país la menor esperanza de cosecha, ni aun siquiera indicios de labranza, hasta que, habiendo caminado tres horas más, la escena mudó enteramente. Entramos en una hermosísima campiña cercada, que comprendía viñedo, mieses y prados, con sus casas para los gañanes muy bien hechas y algo distantes: en fin, todo bueno y agradable. El caballero, advirtiéndome mi suspensión, lanzó un hondo suspiro, y me dijo que allí principiaban sus haciendas: que, a pesar de todo, sus paisanos se morfaban de él y le menospreciaban por descuidado en sus negocios.

Ultimamente llegamos a la casa, que era de muy exquisita estructura, no menos que sus fuentes, jardines, paseos, avenidas y bosques, dispuestos con tanta discreción y gusto que yo no me cansaba de ponderar cada cosa en particular, de lo cual Su Excelencia no se dió por entendido hasta después de cenar. Entonces, quedándonos solos, me dijo en un tono bastante triste que aun no sabía si tendría que demoler muy en breve todas sus casas dentro y fuera de la ciudad para levantarlas conforme a la moda, sin excepción de su palacio, que principalmente debía ser de gusto moderno, no obstante que temía incurrir en la nota de avariento, singular, ignorante y caprichoso, y aun acaso malquistarse con las gentes de juicio : que mi admiración cesaría cuando me contase algunas particularidades que ignoraba.

—Unos cuatro años antes—prosiguió diciéndome—ciertas personas habían ido a Laput por gusto, o a negocios propios, y habiendo vuelto cinco meses después con una muy ligera tintura de las matemáticas, pero repletos de espíritus volátiles recogidos en aquella región aérea, habían principiado a desaprobado cuanto pasaba en el país bajo, y habían formado el proyecto de poner las artes y ciencias sobre un nuevo pie ; que a este fin habían obtenido real decreto para la fundación de una Academia de Ingenieros, es decir, de inventores de sistemas ; que el pueblo era tan fantástico, que tenía ya en cada ciudad de las principales un establecimiento de éstos ; que en estas academias o colegios, los profesores habían encontrado nuevos métodos para la agricultura y la arquitectura, y nuevos instrumentos y herramientas para todos los oficios y manufacturas, por cuyo medio un solo hombre podría trabajar por diez, y un palacio entero sería construído en una semana, pero de materias tan sólidas que duraría eternamente sin necesidad de repararlo. Todos los frutos de la tierra se darían en

cualquier estación, y de mejor calidad que antes, con una infinidad de otros proyectos admirables. La lástima es—repuso Su Excelencia—que ninguno de ellos ha sido perfeccionado hasta ahora : los campos se han perdido miserablemente en un instante : casi todas las casas se han arruinado, y el pueblo, enteramente desnudo, perece de frío, de sed y de hambre. Mas, con todo eso, lejos de desmayar, se han animado en extremo a la prosecución de sus sistemas, estimulados ya por la esperanza, ya por la desesperación ; y añadió que por lo tocante a sí, no siendo de un espíritu intrépido, se había contentado con el antiguo método de vivir en las casas edificadas por sus antepasados y hacer lo que ellos hacían sin innovar cosa alguna, pero que un corto número de personas de calidad que habían seguido su ejemplo, eran miradas como gentes de mala intención, enemigas de las artes, ignorantes y malos republicanos, que preferían su comodidad y desidia al bien general del país.

Por último, me insinuó Su Excelencia que no quería hacerme una descripción minuciosa de la academia, por no desgraciar el gusto que ella misma debía darme cuando pasase a verla ; y entretanto sólo me suplicaba que me fijase en un edificio arruinado que se descubría al lado de la montaña como a media legua de su casa, el cual había sido un molino que la corriente de un caudaloso río hacía andar y abastecía su casa y a una infinidad de vasallos suyos, hasta que habiendo venido siete años antes una cuadrilla de ingenieros a proponerle que lo demoliese para construir otro al pie de la montaña, en cuya cumbre, recogida el agua en una alberca (pues era facilísimo conducirla por medio de muchas bombas), el viento y la atmósfera le darían tal fluidez que, precipitándose con mayor fuerza, haría andar el molino con la mitad del caudal del río, había admitido el proyecto instado por sus amigos, y en atención a estar mal con-

ceptuado en la corte por no haber entrado hasta entonces en ninguno de los nuevos sistemas ; pero que, después de dos años de trabajo, la obra no surtió el efecto prometido, y los proyectistas desaparecieron.

Pasados algunos días y deseando ya ver la academia, Su Excelencia que, sin duda, me tuvo por un furioso admirador de novedades, de un espíritu curioso y crédulo, se ofreció gustoso a diputar una persona que me acompañase. No puedo negar que en mi juventud tuve algo de esto, y aun hoy en día me agrada extremadamente todo lo que es nuevo y audaz.

V

EL AUTOR PASA A VER LA ACADEMIA Y HACE SU DESCRIPCIÓN

El edificio de esta academia no es un solo y simple cuerpo de arquitectura, sino dos órdenes de edificios sobre los costados de un gran patio.

El conserje nos recibió con mucha urbanidad, advirtiéndonos desde luego que en aquellos edificios cada aposento encerraba un ingeniero, y tal vez varios juntos ; que había cerca de quinientos en la academia y que podíamos subir y recorrer todas las piezas con libertad.

El primer académico que vi fué un hombre sumamente flaco : tenía su cara y manos cubiertas de mugre, la barba larga, el cabello tendido, una camisa del mismo color que su cutis, y un vestido todo desgarrado. Había gastado ocho años en un proyecto muy curioso, que era, según nos dijo, recoger los rayos del sol para guardarlos en botellas tapadas herméticamente, a fin de poder calentar el aire cuando los veranos fuesen poco activos ; y añadió que en otros ocho años podría proveer los jardines de los poderosos de rayos del sol a un precio razonable. Pero

se quejaba de que sus fondos eran cortos, empeñándose a que le diese alguna cosa para alentarle.

De allí pasé a otro aposento, y al ir a entrar tuve que volver prontamente la cara no pudiendo sufrir el mal olor que despedía. Mi conductor, que lo advirtió, me empujó hacia dentro suplicándome por lo bajo que me guardase bien de ofender a un hombre que se resentiría de la menor demostración, de suerte que no me atreví siquiera a taparme las narices. Este era el ingeniero más antiguo de la academia: la palidez y manchas de su rostro, el entrapado de su barba, la costra de sus manos, y hasta su vestido, todo publicaban su asquerosa ocupación. Apenas me vió, salió corriendo a abrazarme con mucha estrechez; cumplimiento que le hubiera perdonado de muy buena gana, especialmente cuando supe que su aplicación desde que entró en la academia había sido a reducir el excremento humano a la naturaleza de los alimentos de que provenía, por su descomposición y depuración de la tintura que recibe de la hiel y es la causa de su mal olor. Cuidaban de proveerle sus compañeros, enviándole cada semana un gran vaso poco menos que un barril de Bristol.

Vi otro dedicado a calcinar el hielo para extraer, según decía, excelente salitre en beneficio de las fábricas de pólvora; y me enseñó un tratado que deseaba dar a luz sobre la posibilidad de machacar el fuego.

También vi un ingeniosísimo arquitecto que había inventado un método admirable de construir edificios principiando por el techo y acabando por los cimientos: pensamiento que me probó con la mayor facilidad en el ejemplo de los dos insectos la abeja y la araña.

Había un ciego de nacimiento que tenía a su cargo una porción de aprendices ciegos como él, dedicados a componer colores para la pintura. Toda la

ciencia del maestro consistía en el olfato y el tacto, por cuyo medio les enseñaba a distinguirlos. Tuve la desgracia de llegar en tiempo que estaban todos muy atrasados, no menos que el maestro, como se deja discurrir.

Subí a un aposento donde encontré un hombre eminente que había descubierto el secreto de labrar la tierra con puercos, evitando el considerable gasto de mulas, bueyes, arados y gañanes. Estaba reducido su método a enterrar en el espacio de un acre de seis en seis pulgadas un puñado de bellotas, dátiles, castañas o cualquier otra fruta del gusto de estos animalitos, y metiendo seiscientos o más de ellos en dicho terreno, es claro que en poquísimo tiempo la pondrían en estado de poder sembrarse, moviéndola con sus pies y hocicos, y volviendo a dejar en ella lo que la habían sacado. Se había hecho la experiencia, y aunque habían observado que, a más de ser costoso e impertinente el sistema, no se había tomado fruto, con todo eso no dudaban que la invención llegase a ser de grande utilidad y consecuencia.

En el cuarto de enfrente habitaba otro académico de distintas ideas a favor del mismo objeto. Quería hacer andar un arado sin mulas ni bueyes, impelido tan solamente por el viento, con cuyo fin había construído un instrumento de esta especie armado de su mástil y velas: y sostenía que por el mismo medio haría rodar los coches y carretas, de suerte que con el tiempo se podría correr la posta en silla dando velas en tierra igualmente que sobre el mar; que, pues en él se caminaba a todos vientos, no alcanzaba qué dificultad pudiese haber para practicar lo mismo en la tierra.

Llegamos a otro cuarto todo entapizado de telas de araña a excepción del preciso paso para el fabricante, quien al punto que me vió principió a gritar: «Tente, hombre, no rompas mis telas». Entablé con-

versación con él y principió a quejarse de la lastimosa ceguedad en que habíamos vivido en orden a los gusanos de la seda, teniendo a nuestra disposición tantos insectitos domésticos sin hacer el menor aprecio de ellos, cuando por lo menos eran preferibles a aquellos que no sabían más que hilar; pero que la araña hilaba y urdía a un mismo tiempo. Que el uso de las telas de éstas ahorraría también en adelante los gastos del tinte, como podría conocer fácilmente en viendo el acopio que había hecho de moscas de distintos y admirables colores con el fin de cebar a sus arañas, siendo infalible que las telas tomarían sus respectivos colores; y como había moscas de cuantos se podían imaginar, confiaba poder satisfacer en breve los diferentes caprichos de los hombres, siempre que encontrase para ellas otro alimento bastante glutinoso que prestase al hilado más solidez y fuerza.

En seguida entré a visitar a un célebre astrónomo que tenía el proyecto de colocar un cuadrante en la torre principal de las casas de ayuntamiento, ajustando de tal manera las alteraciones diurnas y anuales del sol con el viento, que se conformasen en el giro de la veleta.

Algunos minutos después, sintiéndome desazonado de un leve dolor cólico, me hizo entrar mi conductor en el cuarto de un gran médico que había adquirido mucha fama por el secreto de curar esta enfermedad de un modo ciertamente particularísimo. Había construído un disforme fuelle con el cañón de marfil, que haciendo veces de jeringa de viento, debía atraer todo el aire interior para purgar las entrañas que se hallaban atacadas del dolor, pero por desgracia se puso a hacer la operación en un perro y reventó al instante; esta casualidad desconcertó del todo a nuestro doctor y a mí no me dejó muy inclinado a la experiencia.

Después de haber visitado el Museo de las Artes, pasé al otro cuerpo del edificio que ocupaban los inventores de sistemas con relación a las ciencias, principiando por el aula de lenguaje, donde encontré a tres académicos que discurrían juntos sobre el modo de acrisolar el idioma.

Uno opinaba que para abreviar la expresión se redujesen todas las palabras a simples monosílabos y se desterrasen absolutamente los verbos y participios. Pero otro, que no se quedaba tan corto, pretendía que se aboliesen todos los vocablos de manera que se conversase sin hablar, lo cual sería muy favorable al pecho, pues es claro que con la continuación el pulmón se gasta y la salud padece; y consistía el expediente en llevar sobre sí todas aquellas cosas que hubiese que nombrar. El sistema hubiera tenido aceptación a no haberse opuesto las mujeres, porque había muchos talentos superiores en la academia que se acomodaban a este arbitrio de expresar las cosas por ellas mismas, en que no encontraban otro embarazo que la penalidad de tener que ir cargados de unas grandes alforjas cuando hubiese que tratar de muchos y diversos asuntos, si no había un par de robustos lacayos de buenas fuerzas a quienes echar la carga. Pero defendían que si el sistema fuese bien recibido, todas las naciones de la tierra podrían entenderse fácilmente, y sería tan útil como que no se perdería más el tiempo en aprender las lenguas extranjeras.

De allí pasamos a la Escuela de Matemáticas, cuyo maestro enseñaba de un modo que apenas podrá hacerse creíble a los europeos. Mandaba escribir a sus discípulos la proposición o demostración sobre un pedazo de oblea, y, tragándosela, después debían abstenerse de comer y beber en los tres días siguientes, para que, estando bien digerida, pudiese subir al cerebro la virtud de cierta tinta cefálica con que ha-

bía sido escrita, y llevar a él la materia. Es verdad que el método no había producido todavía el efecto que se deseaba ; pero era, según decían ellos, porque se habían equivocado un si es no es en la *q. s.*, esto es, en la medida de la cosa, o porque los estudiantes malignos e indóciles hacían sólo el ademán de tragar la pílora, no observaban la dieta con rigurosidad, o no se abstendían de otras funciones opuestas enteramente a la retención de la tinta.

VI

PROSIGUE LA DESCRIPCIÓN DE LA ACADEMIA

La escuela de política que pasé a ver después, no me prendó demasiado : sus doctores me parecieron poco juiciosos, y la vista de tales gentes es melancólica. Aquellos hombres extravagantes defendían que los potentados debían elegir sus privados entre los que mostrasen más ciencia, capacidad y virtud, teniendo presente el bien público la recompensa del mérito, el estudio, la habilidad y los servicios. Aun decían más, que los príncipes no debían prestar su confianza sino a los más instruídos y experimentados, con otras semejantes tonterías y quimeras de que pocos se habrán acordado hasta ahora, lo cual me confirmó aquel admirable pensamiento de Cicerón : «No hay absurdo, por grande que sea, sobre el cual no haya adelantado algo algún filósofo.»

Pero no eran así todos los individuos de la academia. Vi un médico de un talento superior que poseía a fondo la ciencia del gobierno, habiendo consagrado sus días a la indagación de los males de un Estado y a buscar remedios con que curar el mal temperamento de los que administran los negocios públicos. Todos convienen, decía, en que el cuerpo natural y el político tienen una perfecta analogía ; luego deben curarse con unos mismos remedios. Sus frecuentes

enfermedades son : plenitud de humores en movimiento que les debilitan la cabeza y el corazón, causándoles a veces convulsiones y contracción de nervios, un hambre canina, indigestiones, vapores, delirios y otras especies de enfermedades. Para curarlas proponía nuestro gran médico que al tiempo de entrar en la asamblea se tomase a todos el pulso para conocer de qué naturaleza era el mal, y en seguida, pero antes de la primera sesión, teniendo prevenidos algunos boticarios con surtido de medicinas astringentes, paliativas, laxantes, cefalalógicas, histéricas, apopléticas, acósticas, etc., se socorriese a cada uno según su dolencia, y se repitiese la receta cada vez que fuese a tomar asiento.

Esta práctica no podía ser muy costosa y a ni ver produciría grande utilidad en los países donde las Cámaras y Parlamentos se mezclan en los negocios de Estado ; porque facilitaría la unanimidad, terminaría las disputas, abriría la boca a los mudos, la cerraría a los declamadores, aplacaría el ímpetu de los senadores jóvenes, inflamaría la frialdad de los ancianos, despertaría a los estúpidos y refrenaría a los traviesos.

Y por cuanto se quejan ordinariamente de flaqueza de memoria los que gozan favor, quería el mismo doctor que el que tuviese algún negocio con ellos, después de haber hecho su relación en breves términos, pudiese usar la confianza de darles un papirote en las narices o un tirón de orejas, sin otra intención que la de que les acordase el asunto ; y repetir la insinuación de cuando en cuando, hasta que la súplica fuese absolutamente concedida o denegada.

Y al fin pretendía también el mismo individuo que cada senador en la asamblea general de la nación, después de haber propuesto su opinión y haber dicho cuanto le ocurriese en su apoyo, fuese obligado a concluir al contrario, porque así serían infalible-

mente muy favorables al bien público las resultas de tales asambleas.

Vi a dos académicos disputar con ardor sobre el medio de levantar las contribuciones sin murmuración del pueblo. Uno defendía que se debían imponer sobre los vicios y locuras de los hombres, por el concepto y estimación que cada uno tuviese formado de su vecino. El otro académico, por el contrario, que se habian de cargar a las buenas cualidades de alma y cuerpo de que cada uno blasonase, más o menos según sus grados; de manera que todo contribuyente fuese juez de sí mismo dando su propia relación. Que la tasa más alta debería caer sobre los favoritos de Venus y agraciados del bello sexo, a proporción del favor que gozasen, arreglándose aun en este artículo a la declaración del interesado. Que también sería preciso apretar la mano fuertemente al valor y al talento por consiguiente; pero que el honor, la probidad, la sabiduría y la modestia serían virtudes exentas de toda contribución, mediante que siendo demasiado raras no rendirían casi nada, no habría quien quisiese confesar que se hallaba en otro, y apenas se encontraría alguno que tuviese el descaro de apropiárselas a sí.

También contribuirían las damas por su hermosura, gracia y atractivo, según el aprecio que hiciesen de estas cualidades; mas la fidelidad, sinceridad, sano juicio y buen natural nada pagarían, porque respecto a la poca estimación que les merecen, todo cuanto pudieran rendir no bastaría para los gastos de recaudación.

Otro académico me enseñó un tratado curioso que había escrito sobre el medio de descubrir las conjuraciones y cábalas por el examen de los alimentos en las personas sospechosas, la hora en que comen, del lado que se acuestan, la mano con que se limpian: y reconociendo sus producciones en aquellos casos

comunes, en que está bien observado que, hallándose el espíritu más recogido y sosegado, se piensa con más seriedad, juzgar por su análisis de las ideas y objetos que ocupan su mente, como el mismo autor lo había palpado algunas veces sólo por hacer experiencias, ya premeditando un asesinato, y ya intentando una sublevación para incendiar la capital, habiendo advertido en el primer caso un color sumamente amarillo y en el segundo muy negro.

Quise añadir alguna cosita al sistema de este político, e interrumpiendo su discurso le dije que convendría mantener continuamente una tropa de espías y delatores protegidos y premiados por las delaciones que hiciesen con una suma de dinero correspondiente a la importancia de ellas, fuesen o no fundadas, por cuyo medio se lograría el temor y respeto de los vasallos; y que estos delatores o acusadores deberían estar autorizados para dar el sentido que les pareciese a los papeles que cayesen en sus manos, es decir, que pudiesen interpretar sus términos al modo de los siguientes :

<i>Una criba.</i>	Una petimetra.
<i>Un perro cojo.</i>	Un desembarco o una invasión.
<i>La peste.</i>	Un ejército en marcha.
<i>Una ratonera.</i>	Un recaudador.
<i>Un abismo.</i>	Un tesorero.
<i>Un sombrero y un cinturón.</i>	Una dueña.
<i>Un tonel vacío.</i>	Un general.
<i>Una caña rota.</i>	Un Tribunal de justicia.

Que también podrían observar el anagrama de todos los hombres citados en un escrito, bien que para esto se necesitasen hombres de la mayor penetración, y del genio más sublime, especialmente cuando se

tratase de adivinar el sentido político y misterioso de las letras iniciales. Así *N* podría significar una maquinación, *B* un regimiento de caballería, *L* una escuadra. A más de todo lo dicho, por la transposición de las letras se lograría descubrir los designios ocultos de un partido malcontento : por ejemplo, se leía en una carta de un amigo : *nuestro hermano Tomás está con las almorranas*, el diestro descifrador encontraría en la conjunción de estas palabras indiferentes una frase que diese a entender que estaba todo pronto para una sedición.

El académico me dió infinitas gracias por haberle comunicado mis observacioncillas y me ofreció hacer una honorífica mención de mí en la obra que iba a dar a luz.

No vi cosa en el país que pudiese obligarme a permanecer en él por más tiempo, y así principié a pensar en mi regreso a Inglaterra.

VII

EL AUTOR DEJA A LAGADO Y LLEGA A MALDONADA.—HACE UN CORTO VIAJE A GLUBBDUBDRID.—DE QUÉ MANERA LE RECIBE EL GOBERNADOR.

El continente de que forma parte este reino se extiende, por el juicio que formé, al Este hacia una comarca desconocida de la América ; al Oeste hacia la California, y por el Norte hacia el Mar Pacífico, que no dista más de mil cincuenta leguas de Lagado. Este país tiene un puerto famoso y mucho comercio con la isla de Luggnagg, situada al Noroeste como a veinte grados de latitud septentrional y ciento cuarenta de longitud, y al Sudeste del Japón, del cual dista unas cien leguas. Hay una estrecha alianza entre su emperador y el rey de Luggnagg, que da motivo a frecuentes proporciones de pasar de una isla a otra, razón por que resolví tomar este camino para volver

a Europa, alquilando dos mulas con un mozo práctico que me dirigiese, y habiéndome despedido de mi ilustre protector, que me había tratado con tanto agasajo, y por último me hizo un magnífico presente, emprendí mi marcha.

No ocurrió en toda ella suceso digno de contarse. Llegué al puerto de Maldonada, ciudad casi tan grande como Portsmouth, donde no encontré navío pronto a salir para Luggnagg. Entre los conocimientos que a pocos días hice en la ciudad, había un caballero de distinción el cual me propuso que, pues tardaría un mes lo menos en partir el primer navío para Luggnagg, haría muy mal en no hacer un viajecito a la isla de Glubbubdríd por divertirme, puesto que no distaba más de cinco leguas al Sudoeste, que él me acompañaría con otro amigo suyo y aprontaría un barquichuelo.

Glubbubdríd, según su etimología, significa la isla de los hechiceros o mágicos. Es casi tres veces tan ancha como la isla de Vigt, y muy fértil. Obedece al jefe de una tribu compuesta toda de hechiceros, que no hacen alianza con otros, y cuyo soberano es siempre el más anciano de ellos. Este príncipe o gobernador tiene un palacio magnífico, con un parque de cerca de tres mil acres de extensión, murado de piedra labrada a la altura de veinte pies. El y toda su familia se sirven de una especie de criados bastante extraordinarios, por el conocimiento que tiene de la nigromancia, que le da la potestad de invocar los espíritus y obligarlos a su servicio durante veinticuatro horas.

Luego que llegamos a la isla, que serían las once del día, uno de los caballeros que me acompañaba salió a buscar al gobernador para darle parte de que un extranjero solicitaba el honor de saludar a Su Alteza. El cumplimiento fué bien recibido. Pasamos en el instante a palacio, y, entrando en un patio por

medio de dos filas de guardias cuya planta y armadura me causaron un miedo extremado, tuvimos que atravesar una porción de aposentos y que romper por una multitud de criados primero que llegamos a la sala del gobernador. Habiendo saludado a Su Alteza con tres sumisas reverencias, nos mandó sentar en unos escabeles al pie de su trono, y como entendía la lengua de los balnibarbas, principió a hacerme varias preguntas acerca de mis viajes ; pero lo que más me pasmó fué la prontitud con que desvaneció su acompañamiento como el humo, a una leve seña que les hizo con el dedo, queriendo darme a conocer en esto la confianza con que me trataba. No me costó poco trabajo el serenarme, hasta que el gobernador me aseguró que no tenía que temer, y viendo a mis dos compañeros tranquilos, como que estaban acostumbrados a aquel estilo, principié a tomar ánimo y referí a Su Alteza las diferentes aventuras de mis viajes, con algún sobresalto todavía porque mi necia imaginación no me dejaba y a cada instante miraba a mis dos costados, sin poder olvidar el sitio donde había visto desaparecer los fantasmas.

Aquel día me honró el señor gobernador sentándome a su mesa, que hizo servir por una nueva tropa de espectros ; duró hasta ponerse el sol, y habiendo suplicado a Su Alteza que tuviese la bondad de permitirme pasar la noche fuera de su palacio, nos retiramos todos tres y fuimos a buscar posada en la capital, que está inmediata. Por la mañana volvimos a cumplimentar a Su Alteza, y al cabo de diez días que permanecemos allí, llegué a familiarizarme tanto con los espíritus, que perdí totalmente el miedo, o por lo menos si conservaba algo, cedía a mi curiosidad, como verá el lector en la pronta ocasión que tuve de satisfacerla, y podrá juzgar si tengo más de curioso que de cobarde.

Me propuso un día el gobernador que le nombra-

se los muertos que quisiese ver, los obligaría a presentarse y responder a cuantas preguntas quisiese hacerles, con tal que me redujese a lo que hubiese pasado en su tiempo, muy cierto de que no me engañarían, pues que a los muertos era ocioso el mentir. Di gracias a Su Alteza, y, por no despreciar sus ofertas, me puse a repasar la memoria de la Historia Romana que había leído en otro tiempo, y al punto me ocurrió la idea de ver a aquella famosa Lucrecia que Tarquino había violado y, que no pudiendo sobrevivir a su afrenta, se había dado la muerte a sí misma. No tardó más en presentármeme una hermosísima mujer vestida a la romana. Yo me tomé la libertad de preguntarle: «¿por qué había vengado en sí el delito de otro?»; pero, bajando sus ojos, sólo me respondió que los historiadores, por excusarla una flaqueza, le habían atribuído una locura, y al instante desapareció.

El gobernador hizo seña a César y Bruto de que se acercasen. La vista de éste me llenó de admiración y respeto; y aquél me confesó que todas sus brillantes acciones se quedaban muy por bajo de las de Bruto, que le había quitado la vida por libertar a Roma de su tiranía.

Deseando ver a Homero, apareció luego, le hablé, y preguntándole qué pensaba de su *Ihada*, me declaró que estaba absorto de las excesivas alabanzas que le tributaban al fin de tres mil años: que su poema era mediano y estaba sembrado de necedades, que si agradó en su tiempo, fué por las gracias de su recitación y la armonía de sus versos; pero que, habiendo muerto su lengua, y no pudiendo ya ninguno distinguir sus bellezas, gusto y finura, no daba que pudiese haber gentes tan vanas y estúpidas que todavía le admirasen. Sófocles y Eurípides, que le acompañaban, me hablaron a corta diferencia del mismo modo, moviéndose especialmente de nuestros sabios modernos.

que, viéndose obligados a confesar los errores de las antiguas tragedias, cuando estuviesen fielmente traducidas, sostienen por lo menos que son primores del griego, y que sería preciso poseerlo para juzgarlas con equidad.

Quise ver a Aristóteles y Descartes. El primero me confesó que no había entendido una palabra de física, igualmente que todos los demás filósofos sus contemporáneos, y aun los que vivieron entre él y Descartes, añadiendo que éste había elegido un buen camino, sin embargo de que hubiese padecido sus ciertas equivocaciones a menudo, especialmente con relación a su sistema extravagante sobre el alma de los brutos. Descartes habló en seguida, y me dijo que había encontrado alguna cosa sobre que había sabido fundar principios bastante buenos; pero que no había hecho progresos, y que todos los que en adelante intentasen correr la misma ruta, se verían siempre detenidos por la flaqueza de su espíritu y precisados a andar a tientas: que era una gran locura pasar su vida en buscar sistemas, y que la verdadera física útil y conveniente al hombre consistía en recoger una buena porción de experiencias y limitarse a ellas: que había tenido una infinidad de insensatos por discípulos, entre los cuales se podía contar a un cierto Espinosa.

Como siempre he profesado veneración a la nobleza, tuve la curiosidad de conocer a muchos muertos ilustres de nuestros tiempos, principalmente los de primera distinción. ¡Oh! que vi cosas admirables en esta variedad de facciones y sentimientos que distingue a algunos como sus blasones y libreas, comprendiendo entonces la razón por que Polidoro Virgilio había dicho refiriéndose a ciertas casas:

Nec vir fortis, nec femina casta.

Conocí claramente por qué transformaron los his-

toridores a unos guerreros flojos y cobardes, en esforzados capitanes ; unos insensatos y necios, en grandes políticos ; unos aduladores, en hombres de bien ; unos infames desbocados, en gentes castas, y unos delatores de profesión, en hombres verídicos y sinceros. Supe de qué modo fueron condenados a muerte o destierro algunos inocentes, por intriga de los favoritos que corrompieron a los jueces, cómo llegaron unos hombres de bajo nacimiento y sin mérito alguno a los más altos empleos, y cómo pudo ser que unas mujerzuelas y sus confidentes manejasen en bastantes ocasiones los negocios más importantes, haciendo el primer papel en los mayores sucesos del orbe. ¡ Oh qué baja idea concebí de la humanidad ! ¡ Qué poca cosa me pareció la sabiduría y probidad de los hombres a vista del origen de las revoluciones, del vergonzoso motivo de las empresas más brillantes, y del móvil, o por mejor decir, de las casualidades y frustrerías a que se debió su logro !

Descubrí la ignorancia y la temeridad de nuestros historiadores, que quieren atribuir a un veneno la muerte de ciertos reyes ; que atrevidamente dan parte al público de las conferencias secretas de un príncipe con su primer ministro, y que, si se les debe creer, ganzuaron, por decirlo así, los gabinetes de los soberanos y las secretarías de los embajadores para sacar anécdotas curiosas.

Allí averigüé las causas ocultas de varios sucesos que han aturcido al mundo ; cómo una Venus gobernó a un Mercurio, un Mercurio al Consejo secreto, y el Consejo secreto a todo un Parlamento.

Un general de ejército me confesó que había ganado una victoria por su cobardía e imprudencia, y un almirante me dijo que, contra su voluntad, había derrotado la escuadra enemiga, cuando más deseaba que pereciese la suya. Finalmente, habiendo querido informarme de otras rarezas semejantes, hallé por

todas partes el perjurio, la violencia, el soborno y la perfidia. Pero lo más digno de atención es que algunos me declararon que habían debido su fortuna a su facilidad de abandonarse a los excesos más horribles, unos vendiendo a sus familias y otros cometiendo traiciones contra su patria y su soberano, tal vez por medio de venenos. Después de estos descubrimientos, vivo más conforme con mi suerte humilde, aunque honro y respeto naturalmente las grandezas, como todo inferior debe hacer respecto a aquellos que la Naturaleza o la fortuna ha colocado en una esfera superior.

Yo me acordaba de haber leído, no obstante, grandes servicios hechos por ciertos vasallos al príncipe y a la patria: quise verlos, pero me dijeron que estaban olvidados sus nombres, que si se conservaba alguno era solamente por hacer mención los historiadores de sus traiciones y picardías. Presentáronse con todo eso, y viéndolos muy melancólicos y mal equipados, me declararon que habían muerto en pobreza y desgracia, y aun algunos de ellos sobre el cadalso.

Entre éstos había un hombre, cuyo caso me pareció extraordinario, que tenía a su lado un joven de diez y ocho años. Me dijo que había sido capitán de navío durante muchos años, que en el combate naval de Accio había echado a pique la primera línea y sumergido tres navíos del primer orden, apresando otro del mismo porte, única causa de la huida de Antonio y de la entera derrota de su armada; que aquel joven que estaba a su lado era su hijo único, el cual había perecido en el combate, y añadió que concluida la guerra pasó a Roma a solicitar el premio en la comandancia de otro navío mayor, cuyo capitán había muerto también en la batalla, pero que, sin hacer caso de su pretensión, dieron el empleo a un niño que todavía no había visto el mar, hijo de un criado manumitido de una de las concubinas del emperador.

Determinó volverse a su departamento, y halló que le habían capitulado por omiso en sus obligaciones, y habían provisto su plaza en un paje favorito del vicealmirante Públícola. Visto esto, tuvo que retirarse a su casa, y se estableció en una pequeña hacienda que poseía lejos de Roma, donde acabó sus días. Deseando averiguar lo cierto de su historia, pedí que compareciese Agripa, almirante de la armada victoriosa en aquel combate, y confirmando la verdad del caso añadió otras circunstancias que la modestia del capitán había omitido.

Como cada uno de estos personajes se presentaba según había sido en el mundo, noté con dolor cuánto ha decaído el género humano en el discurso de un siglo, y qué alteraciones ha producido el desenfreno con todas sus funestas consecuencias desfigurando los rostros, disminuyendo los cuerpos, encogiendo los nervios, dilatando los músculos, apagando los colores y corrompiendo la carne en los ingleses.

Quise ver, por último, algunos de mis antiguos paisanos cuya sencillez, sobriedad, justificación, valor y amor a la patria, todo es tan ponderado. Los vi, mas no pude distinguirlos de los del día, que venden a buen precio sus votos para la elección de diputados del Parlamento, y que sobre este punto pueden competir en destreza y manejo con el más fino.

VIII

REGRESO DEL AUTOR A MALDONADA.—EMBÁRCASE PARA EL REINO DE LUGGNAGG.—A SU ARRIBO ES ARRESTADO Y CONDUCIDO A LA CAPITAL.—CÓMO LE RECIBEN.

Habiendo llegado el día de nuestra partida, me despedí de Su Alteza el señor gobernador de Glubb-dubdríd, y volví con mis dos compañeros a Maldonada, en donde, pasados quince días, me embarqué

al fin en un navío que salió para Luggnagg. Los dos compañeros, y otros amigos con ellos, usaron la galantería de proveerme de lo necesario para este viaje y me acompañaron hasta dejarme a bordo. Sobrevino una fuerte tempestad, que nos obligó a gobernar al Norte para aprovechar un cierto viento a propósito que sopla por aquel paraje en espacio de sesenta leguas. El 21 de abril de 1711 entramos en el río de Clumegnig, que es una ciudad puerto de mar al Sudeste de Luggnagg; echamos el áncora a una legua de la plaza, y haciendo señal de que acudiese un piloto, en menos de media hora llegaron dos a bordo, que nos guiaron por medio de unas rocas y escollos muy peligrosos que hay en aquella rada, y en el paso a una bahía donde se abrigan las embarcaciones, la cual dista de las murallas de la ciudad como el largo de un cable.

Algunos de nuestros marineros, ya por malicia o por imprudencia, dijeron a los pilotos que yo era extranjero, y un viajero famoso; éstos se lo advirtieron al vista de aduana, y empezando a examinarme en lengua balnibarbiense, que allí es bastante conocida, especialmente entre marineros y aduaneros a causa de su comercio, procuré contestarle sucintamente con la verosimilitud y consecuencia posible, respecto ser necesario ocultar mi patria y hacerme holandés, porque pensaba pasar al Japón, donde sabía muy bien que sólo los holandeses eran admitidos. Díjele que había naufragado en la costa de los balnibarbas y encallado en una roca: que había estado en la isla volante de Laput, de la cual tenía ya bastantes noticias, y que meditaba volver a mi país por el Japón. El vista me respondió que no podía menos de detenerme hasta recibir órdenes de la corte, a donde iba a despachar un pliego inmediatamente, cuya respuesta vendría dentro de quince días; y entretanto me pusieron en un alojamiento decente con centinela a

la puerta. Tenía un gran jardín en que pasearme, me trataban muy bien, todo a expensas del rey, y las gentes, llevadas de la curiosidad de ver a un hombre que venía de un país tan remoto que jamás habían oído hablar de él, me visitaban sin cesar.

Contraté con un joven de nuestro navío para intérprete, que aunque nativo de Luggnagg había residido muchos años en Maldonada, y poseía ambas lenguas, por cuyo medio lograba el de poder conversar con los que me hacían la honra de visitarme ; quiero decir, que comprendía sus preguntas y les hacía entender mis respuestas.

La de la corte llegó al cabo de los quince días, como se esperaba, reducida a que me llevasen custodiado por una partida de caballería con toda mi comitiva a Traldragenbh o Trildragdrib, que, a lo que puedo acordarme, lo pronunciaban de uno y otro modo. Yo no tenía otra que aquel pobre mozo que me servía de intérprete y estaba en clase de criado. Delante de nosotros salió un correo que nos sacó media jornada de ventaja, para dar parte al rey de mi próximo arribo y pedir a Su Majestad día y hora en que pudiese disfrutar el honor y placer de *lamer el polvo del suelo de su trono*.

Así se verificó al tercer día, habiéndome hecho que me tendiese en el suelo y llegar hasta el trono del rey arrastrando como una culebra y barriendo con la lengua el pavimento ; bien es verdad que por la cualidad de extranjero habían usado la precaución de limpiarlo, para que el polvo no me ahogase. Esta era una gracia especial que no se concedía ni a los vasallos de primera clase cuando conseguían audiencia ; y si era alguno que tuviese enemigos en la corte ponían el suelo ex profeso sucio, que, como yo mismo vi, cuando llegó al trono el interesado llevaba la boca repleta de inmundicia, de manera que no pudo articular palabra. A tal desgracia no hay consuelo, pues está

prohibido bajo las penas más graves escupir o limpiarse la boca en presencia del príncipe. Otra costumbre que tampoco puedo aprobar es la de que cuando Su Majestad impone castigo de muerte a algún magnate o cortesano en circunstancias que no resulte deshonra, manda rociar el suelo con una especie de polvo moreno de veneno tan activo, y en lo que cabe tan suave, que a las veinticuatro horas indefectiblemente revienta el reo con una paz y silencio increíble. Y para no omitir nada de lo que justamente autoriza la benignidad de aquel príncipe y su celo por la conservación de sus vasallos, es preciso decir que, ejecutada la sentencia, no se olvida de expedir la correspondiente orden de que se limpie cuidadosamente el pavimento, so pena de incurrir en su desagrado si por cualquier casualidad no se obedece. Fuí testigo de este caso en un pajecillo condenado a azotes por haberse descuidado maliciosamente en dar la orden, de que resultó la muerte de un joven caballero de grandes esperanzas; y los hubiera sufrido a no haberle perdonado después Su Majestad en fuerza de la misma benignidad.

Volviendo a mi historia, luego que estuve a cuatro pasos del trono, me puse de rodillas, di siete cabezadas con la frente en el suelo y pronuncié mi arenga en las siguientes palabras, que la víspera me habían hecho aprender de memoria : *cikpling Glofftrobb sgnutserumm blhiop mlashnalt zwin rnodbalkquffh sthophad gurdlubh asht*. Este es un formulario establecido allí por las leyes del reino para todos los que son admitidos a audiencia, el cual puede traducirse así : *logre Vuestra Celeste Majestad sobrevivir al sol*. A la respuesta del rey, que no entendí, contesté con otra expresión que también me habían enseñado, y fué ésta : *flust drin Valrick dwuldom prastrod mirpush*, que quiere decir : *mi lengua está en la boca de mi amigo*, para dar a entender que quería valerme

de mi intérprete. Entonces le mandaron entrar, y con su auxilio pude responder a todas las preguntas que Su Majestad me hizo durante una media hora, explicándome yo en *balnibarbiense* y traduciéndolo mi intérprete en *luggnaggiense*.

El rey quedó muy complacido de mi conversación y mandó a su *blisfmarklub* o camarero mayor me diese cuarto en palacio con mi intérprete, un diario para la mesa y un bolsillo lleno de oro para mis gastos menudos.

Tres meses permanecí en aquella corte por obedecer a Su Majestad, que me colmó de agasajos, haciéndome ofrecimientos muy ventajosos para obligarme a establecerme en sus Estados: pero yo me juzgué más obligado a agradecerlos y pensar en volver a mi país a pasar el resto de mis días al lado de mi amada esposa, que había carecido tanto tiempo de las dulzuras de mi compañía.

IX

DE LOS STRULDBRUGGS O INMORTALES

Los *luggnaggienses* es un pueblo muy civilizado y muy valiente, y aunque tengan algo de aquel orgullo que es común a todas las naciones de Oriente, son, por lo menos, atentos y corteses con los extranjeros, especialmente si son bien recibidos de la corte. Principié a adquirir conocimientos, uniéndome con aquellas gentes del gran mundo y de buen humor, que, por medio de mi intérprete, me instruían y deleitaban con su conversación a un mismo tiempo.

Uno de ellos me preguntó un día si había visto algunos de sus *struldbruggs* o inmortales. Respondíle que no, pero que me dijese cómo habían podido dar tal nombre a los humanos. Entonces me refirió que algunas veces, aunque raras, nacía en una familia un niño con cierta mancha roja y redonda directa-

mente sobre la ceja izquierda, cuya dichosa marca le preservaba de la muerte ; que esta mancha, que en un principio no era mayor que una pequeña moneda de plata (que en Inglaterra llamamos *treepense*) iba creciendo y mudando de color : que a la edad de doce años se ponía verde hasta los veinte que se volvía azul, y a los cuarenta y cinco años se quedaba totalmente negra, y tan grande como un chelín, para siempre. Que eran tan pocos los que nacían con esta señal, que apenas podrían contarse mil ciento inmortales de ambos sexos en todo el reino : que había como unos cincuenta en la capital, y que en los últimos tres años no había nacido más que uno solo de esta especie, que era mujer. Que el nacimiento de un inmortal no estaba precisamente ligado a una familia con preferencia a otra, sino que era un presente de la Naturaleza o de la suerte, y que aun los mismos hijos de los *struldbruggs* nacían también mortales, como los de los otros sin privilegio alguno.

La relación me divirtió en extremo, y como la persona que me la hacía entendía la lengua de los balnibarbas, que yo hablaba expeditamente, le manifesté mi admiración y gusto con los términos más expresivos y aun exagerados. Yo exclamaba como en una especie de raptó y entusiasmo : «¡ Dichosa nación, cuyos hijos todos pueden optar en el vientre de su madre a la inmortalidad ! ¡ Feliz comarca donde el ejemplo de los tiempos antiguos subsiste siempre, donde la virtud de los primeros siglos no ha perecido y donde los primeros hombres viven todavía y vivirán eternamente para dar sabias lecciones a todos sus descendientes ! ¡ Dichosos esos sublimes *struldbruggs* que gozan el privilegio de no morir y, por consiguiente, la idea de la muerte no los intimida, no los aniquila, no los acaba ! »

En seguida les manifesté que extrañaba mucho no haber visto todavía ninguno de aquellos inmorta-

les en la corte, porque si hubiera encontrado alguno, precisamente me hubiera herido la vista la gloriosa marca impresa sobre su frente.—¿Y cómo—añadi— el rey, siendo un príncipe tan juicioso, no los emplea en el Ministerio y deposita en ellos toda su confianza? Pero acaso la rigidez de estos viejos le importunaria y daría en rostro a los de su corte. Como quiera que sea, yo estoy resuelto a hablar a Su Majestad en la primera ocasión que se ofrezca, y ya defiera a mi propuesta o la desprecie, no dejaré de aceptar en todo caso el establecimiento que su bondad me ha ofrecido en sus dominios, para pasar el resto de mi vida en la ilustre compañía de esos hombres inmortales, siempre que ellos se dignen sufrir la mía.

Aquel a quien dirigía el discurso, mirándome entonces con una sonrisa que indicaba la compasión a que le movía mi ignorancia, me respondió que se alegraba mucho de que quisiese quedarme en el país, pero que le permitiese explicar a sus compañeros cuanto acababa de oirme; así lo hizo, y siguieron hablando entre ellos un gran rato en su lengua, que para mí era desconocida, ni menos pude inferir por sus gestos y ojeadas la impresión que mi discurso había hecho en sus ánimos. En fin, el intérprete se volvió a mí, y me dijo cortésmente que sus amigos quedaban complacidos de mis juiciosas reflexiones acerca de la fortuna y ventajas de la inmortalidad; pero que deseaban saber qué sistema de vida emprendería y cuáles serían mis ocupaciones y mis miras si la Naturaleza me hubiese hecho *struldbrugg*.

A propuesta tan interesante contesté que iba sobre la marcha a satisfacerles con gusto; que las suposiciones e ideas me costaban poco, y estaba acostumbrado a imaginarme lo que hubiera hecho siendo rey, general de ejército o ministro de Estado. Que respecto a la inmortalidad, había ya meditado también alguna vez sobre la conducta que observaría si

hubiese de vivir eternamente, y que, pues así lo querían, iba desde luego a desplegar las velas de mi imaginación en el asunto.

Dije, pues, que si hubiera gozado la preeminencia de nacer *struldrugg*, en el instante que hubiera podido conocer mi fortuna y saber la diferencia que hay entre la vida y la muerte, hubiera puesto todo mi empeño en hacerme rico y que a fuerza de intrigante, fácil y condescendiente hubiera podido esperar verme bien acomodado al cabo de doscientos años. Que, en segundo lugar, me hubiera aplicado tan seriamente al estudio desde mis primeros años, que pudiera lisonjearme de llegar a ser algún día el hombre más sabio del Universo; hubiera notado con cuidado todos los grandes sucesos; hubiera observado atentamente todos los príncipes y ministros de Estado que se sucedían unos a otros, y hubiera tenido el gusto de cotejar sus caracteres, haciendo sobre este punto las mejores reflexiones. Hubiera formado una memoria fiel y exacta de todas las revoluciones de la moda y del lenguaje, de las mutaciones ocurridas en las costumbres, en las leyes, en los usos, y aun en los placeres mismos; de suerte que por mi estudio y observaciones hubiera llegado a ser finalmente un almacén de antigüedades, un registro vivo, un tesoro de conocimientos, un diccionario parlante, y el oráculo perpetuo de mis compatriotas y de todos mis contemporáneos.

En este estado no me casaría jamás, añadí; haría una vida de muchacho alegre y libremente, pero con economía, porque, habiendo de vivir siempre, tuviese siempre de qué vivir. Me dedicaría a formar el espíritu de algunos jóvenes, dándoles parte de mis conocimientos y larga experiencia. Mis íntimos amigos, mis compañeros y confidentes serían mis ilustres hermanos los *struldruggs*, entre los cuales escogería una docena de los más antiguos para estrecharme

más íntimamente con ellos ; sin dejar por esto de tratar con algunos mortales de mérito, cuya muerte me acostumbraría a mirar sin pena ni sobresalto, porque su posteridad me consolaría de su falta, y aun podría ser para mí un espectáculo bastante agradable, al modo que un jardinero se deleita en ver los tulipanes y claveles de su jardín nacer, marchitarse y renacer.

Nos comunicaríamos mutuamente entre nosotros mismos cuantas observaciones y reparos hubiésemos hecho sobre la causa y progreso de la corrupción del género humano ; y compondríamos un bello tratado de moral, lleno de lecciones útiles y capaces de detener la degeneración de la naturaleza humana, que se advierte cada día mayor, y que la están echando en cara de dos mil años a esta parte.

¡ Qué espectáculo tan noble y embelesador como el ver por sus propios ojos las decadencias y revoluciones de los imperios ! ¡ La faz de la tierra renovada : las soberbias ciudades transformadas en viles aldeas, o tristemente sepultadas debajo de sus vergonzosas ruinas : las poblaciones obscuras convertidas en cortes de los reyes : los ríos célebres reducidos a pequeños arroyos ; el Océano bañando otras riberas ; nuevas comarcas descubiertas ; un mundo desconocido saliendo, por decirlo así, del caos. La barbarie y la ignorancia apoderadas de las naciones más cultas e ilustradas. La imaginación apagando al juicio, y el juicio helando a la imaginación ; el gusto de los sistemas, de las paradojas, de la pomposidad, del chiste, de las antítesis sofocando a la razón y al buen gusto. La verdad oprimida en un tiempo, triunfante en otro ; los perseguidores perseguidos, y los perseguidos transformados en perseguidores por su turno. Los soberbios abatidos, y los humildes elevados ; esclavos, manumisos y mercenarios ascendidos a una fortuna inmensa, colmados de riquezas exorbitantes por el manejo de los fondos públicos, por las desdi-

chas, por el hambre, por la sed, por la desnudez y por la sangre de los pueblos. ¡ Finalmente, la posteridad de estos salteadores públicos reducida otra vez a la nada, de donde la injusticia y la rapiña los había sacado !

Como en este estado de inmortalidad la idea de la muerte no se representaría jamás en mi espíritu para turbarme o para templar mis deseos, me abandonaría a cuantos placeres sensibles me permitiesen la Naturaleza y la razón. Las ciencias serían no obstante mi primer objeto favorito, y yo me figuro que a fuerza de meditar encontraría, por último, las longitudes, la cuadratura del círculo, el movimiento continuo, la piedra filosofal y el remedio universal, y, en una palabra, que llevaría todas las ciencias y artes a su última perfección.

Luego que acabé mi razonamiento, aquel que únicamente le había entendido se volvió hacia sus compañeros y les hizo el extracto en su lengua propia ; después de lo cual se pusieron a conferenciar unos con otros, aunque sin demostrar en su modo y acciones el menor desprecio de lo que acababan de oír, sólo sí exhortaron al que había resumido mi discurso a que usase la caridad de abrirme los ojos y descubrirme mis errores.

Así lo hizo, confesándome desde luego que no era el primer extranjero que había mirado con admiración y envidia el Estado de los *struldbruggs* ; que había observado entre los balnibarbas y japoneses con corta diferencia las mismas disposiciones ; que el deseo de vivir era natural al hombre, que el que tenía un pie en el sepulcro se esforzaba por mantenerse sobre el otro ; que el viejo más corcovado se representaba siempre un día siguiente, un porvenir, y no miraba la muerte sino como un mal distante y digno de huirse ; pero que en la isla de Luggnagg se pensaba muy distintamente, y que el ejemplo familiar y la vista

continua de los *struldbruggs* había preservado a sus habitantes de este necio amor a la vida.

—El sistema de conducta—prosiguió diciendo— que os proponéis en la suposición de vuestra inmortalidad y que nos habéis pintado en este instante, es ridículo, y totalmente opuesto a la razón. Contáis sin duda con que en ese estado gozaríais de una juventud perpetua, de una lozanía y salud inalterable. ¿Pero se trataba de esto cuando os preguntamos qué haríais si hubierais de vivir eternamente? ¿Hemos supuesto nosotros que no os envejeceríais jamás, y que vuestra pretendida inmortalidad sería una primavera eterna?

A continuación me hizo el retrato de los *struldbruggs*, diciéndome que seguían a los mortales y vivían como ellos hasta la edad de treinta años. Que después iban cayendo poco a poco en una negra melancolía que crecía con la edad hasta que llegaban a los ochenta años, en la que, no sólo vivían sujetos a todas las enfermedades, miserias y debilidades que arrastra la vejez, sino que la dolorosa idea de su miserable caducidad sin fin los atormentaba tan cruelmente que en nada encontraban consuelo. Que a más de ser, como todos los demás viejos, tercos, caprichudos, avaros, enfadosos y charlatanes, no amaban a otros que a sí mismos, renunciaban a las dulzuras de la amistad, no tenían inclinación a su hijos, y en pasando de la tercera generación no reconocían ya su posteridad. Que la envidia y los celos los devoraban incesantemente; que la vista de los placeres de que gozaban los jóvenes mortales, sus entretenimientos, sus amores, sus ejercicios les daban en cierto modo la muerte a cada instante, y hasta la muerte misma de los ancianos que pagaban el tributo a la Naturaleza, excitaba su envidia y los precipitaba en la desesperación, por cuya causa, siempre que veían hacer un funeral, maldecían su suerte y se quejaban

amargamente de la Naturaleza por haberles negado la dulzura de morir, de acabar su carrera escabrosa y entrar en un descanso eterno. Que entonces no quedaban ya en aptitud de cultivar su espíritu y enriquecer su memoria, pues cuando más se acordaban de lo que habían visto y aprendido en su juventud y edad mediana; siendo los menos miserables e infelices aquellos que chocheaban ya, y habiendo perdido totalmente la memoria se habían vuelto al estado de niños, porque siquiera conseguían que se compadeciesen de ellos y les diesen cuantos auxilios pedía su imbecilidad.

El matrimonio de dos *struldbruggs*, añadió, queda disuelto por las leyes del Estado luego que el más joven llega a la edad de ochenta años; pues no sería justo que unos desgraciados humanos condenados por fuerza, y sin culpa suya, a vivir eternamente, fuesen obligados por colmo de su desdicha a vivir con una mujer eterna. Pero lo más lastimoso es que en tocando a esta edad fatal los miran como muertos civilmente, y, poniéndolos en tutela, sus herederos se apoderan de sus bienes, los despojan de todo y les señalan una simple pensión alimentaria (ley bien merecida de la sórdida avaricia de los viejos tan común en todos ellos); bien que para los pobres hay su casa de reclusión, que llaman *el Hospital de los pobres inmortales*, donde el público cuida de su manutención. Desde la misma edad quedan excluidos de todo cargo y empleo, privados de negociar, contratar, vender y comprar, y aun su declaración no es admitida en juicio.

Mas en cumpliendo los noventa años es todavía un poco peor. Todo el cabello y los dientes se les caen, pierden el paladar, de suerte que comen y beben sin gusto alguno, y pierden hasta la memoria, no pudiendo retener ni las cosas más fáciles. Olvidan el

nombre de su amigo, y quedan incapaces de todo entretenimiento, porque si intentan leer una oración de cuatro palabras olvidan las dos primeras mientras pasan a las dos últimas : si quieren hablar, se ven en el mismo caso, a más de que, como la lengua del país está sujeta a frecuentes mutaciones, los *struldbruggs* nacidos en un siglo hallan mucha dificultad para entender el lenguaje de los hombres que nacieron en otro, y son siempre como extranjeros en su patria.

Tal fué el relato que me hicieron de los inmortales de aquel país, relato que me sorprendió extremadamente. Después me enseñaron cinco o seis de ellos ; confieso que no vi jamás cosa tan fea y desagradable, las mujeres sobre todo eran espantosas, más bien me parecían espectros.

Crea seguramente el lector que entonces perdí del todo el deseo de immortalizarme a tal precio, avergonzándome de haberme abandonado a unas imaginaciones tan necias sobre el sistema de una vida eterna en este bajo mundo.

Cuando supo el rey lo que había pasado en la conferencia de que he hablado, rió mucho de mis ideas de inmortalidad y envidia que me habían dado los *struldbruggs*. Luego me preguntó seriamente si no quería llevarme dos o tres de ellos a mi patria para curar a mis paisanos del deseo de vivir y temor de la muerte. Por mi parte, hubiera admitido el presente de muy buena gana ; pero está prohibido a los inmortales salir del reino por una ley fundamental.

X

EL AUTOR PARTE DE LA ISLA DE LUGGNAGG PARA EL JAPÓN, DONDE SE EMBARCA EN UN NAVÍO HOLANDÉS. —LLEGA A AMSTERDAM Y DE ALLÍ PASA A INGLATERRA.

Pienso que cuanto acabo de referir de los *struldbruggs* no habrá fastidiado al lector. No encuentro aquí nada de aquellos pasajes comunes y triviales de todas las relaciones de viajeros, o por lo menos puedo asegurar que no he hallado cosa que se le parezca en las que he leído. Y últimamente si éstas son repeticiones y cosas ya conocidas, le ruego considere que los viajeros, sin copiarse los unos a los otros, pueden muy bien referir una misma cosa si han estado en un mismo país.

Habiendo un fuerte comercio entre el reino de Luggnagg y el imperio del Japón, es de creer que los autores japoneses no se habrán olvidado de hacer mención de aquellos *struldbruggs* en sus obras. El corto tiempo que residí en el Japón, y el no tener siquiera una ligera noción de su lengua, no me permitieron averiguar si esta materia ha sido tratada en sus libros. Algún holandés nos hará saber otro día lo que hubiere en el asunto.

El rey de Luggnagg, viendo que no me vencían sus eficaces instancias a quedarme en sus Estados, tuvo que concederme mi retiro; y haciéndome el honor de darme a la despedida una carta de recomendación escrita de su propia mano para Su Majestad el emperador del Japón, me regaló además cuatrocientas cuarenta y cuatro monedas de oro, cinco mil quinientos cincuenta y cinco perlas pequeñas y ochocientos ochenta y ocho mil ochocientos ochenta y ocho granos de una especie de arroz muy raro. Este modo

de numerar multiplicando por diez es muy acomodado al genio de aquellos naturales.

El 6 de mayo de 1709 fué la ceremonia, y en seguida di el último adiós a los amigos que tenía en su corte, y emprendí mi marcha acompañado de un destacamento de guardias que me destinó Su Majestad hasta el puerto de Glanguenstald, situado al Sudoeste de la isla. Al cabo de seis días encontré la proporción de un navío que me transportase al Japón, y a los cincuenta de navegación desembarcamos en un pequeño puerto llamado Xamoski al Sudeste de aquel Estado.

Presenté inmediatamente a los oficiales de la aduana la carta que el rey de Luggnagg se había dignado confiarme para Su Majestad Japonesa; y viendo el sello, que ostentaba un príncipe sosteniendo a un pobre lisiado y ayudándole a andar, le conocieron al instante.

Los magistrados de la ciudad tan pronto como supieron que era yo el portador del augusto pliego, tratándome de Ministro me dieron coche para pasar a Yedo, capital del Imperio, donde conseguí audiencia de Su Majestad Imperial y el honor de presentarle mi carta, que se abrió en público con grandes ceremonias. El emperador mandó a su intérprete que se la explicase, haciéndome saber inmediatamente por el mismo dijese qué gracia pedía, en la seguridad de que me la concedería al momento por los respetos de su muy amado hermano el rey de Luggnagg.

Este intérprete, cuya ordinaria ocupación era en los negocios de comercio con los holandeses, conoció desde luego en mi aire que era europeo, y por esta razón me dió en holandés la respuesta de Su Majestad, a la que contesté diciendo que era un comerciante de Holanda que había naufragado en unos mares distantes, de donde había venido a Luggnagg causado de andar por mar y tierra con intención de pasar al Im-

perio del Japón por ver si lograba la proporción de volver a Europa, confiado en el comercio que allí hacían mis compatriotas los holandeses; y que así supplicaba a Su Majestad se dignase hacerme conducir con seguridad a Nagasaki, dispensándome al mismo tiempo (pues la recomendación con que me había honrado el rey de Luggnagg a todo alcanzaba) de la ceremonia de *ultrajar al Crucifijo*, que obligaban a practicar a todos mis paisanos, puesto que yo no iba al Japón para traficar, sino de paso para Europa.

No dejó de preocupar a Su Majestad Japonesa esta última gracia que le pedía, reconviniéndome con que era el primero de mi país a quien le había ocurrido un escrúpulo semejante, lo cual le hacía dudar de que yo fuese un verdadero holandés como le había asegurado, que más bien sospechaba fuese cristiano. Sin embargo, atendiendo a la razón que le había alegado y principalmente a los respetos del rey de Luggnagg, tuvo a bien el emperador, compadecido de mi escrúpulo y singularidad, condescender con mi súplica, con tal que procurase el disimulo, respondiéndome que daría orden a los oficiales encargados de la observancia de aquel uso para que me dejaran pasar como por descuido; pero que a nadie interesaba más que a mí el secreto, porque, si mis compatriotas llegaban a entender la dispensa que había obtenido y el escrúpulo que había concebido contra ellos, me matarían a puñaladas en el viaje.

Di las más humildes gracias a Su Majestad por favor tan singular; y estando justamente para marchar a Nagasaki ciertas tropas, el oficial comandante fué encargado de mi conducción, con una instrucción secreta sobre el asunto.

El 9 de junio de 1709, después de un viaje largo y penoso, llegué a Nagasaki, donde encontré una compañía de holandeses que habían salido de Amsterdam para negociar en Amboina, los cuales estaban

próximos a embarcarse de regreso en un famoso navío de cuatrocientas cincuenta toneladas. Yo hablaba muy bien su lengua con motivo de haber estado bastante tiempo en Holanda cuando pasé a estudiar a Leiden, y así pude sostener perfectamente entre ellos el papel de holandés, respondiendo lo que se me antojaba a las frecuentes preguntas que me hacían acerca de mis viajes : dándome amigos y parientes en las Provincias Unidas y fingiéndome nativo de Gelderland.

Siempre conté con pagar al capitán del navío, que era un tal Teodoro Vangrult, lo que me pidiese por mi pasaje ; pero, habiendo éste sabido que era cirujano, se contentó con la mitad del precio bajo la condición de ejercer mi profesión en el viaje.

Antes de embarcarnos, algunos de los que me acompañaban estuvieron demasiado impertinentes en preguntarme si había practicado la ceremonia del *Crucifijo*. Yo siempre respondía en general que había hecho todo lo necesario ; mas, no satisfecho todavía un picaruelo charlatán de ellos, creyó hacer un gran mérito en presentarme al oficial y decirle que no había *ultrajado el Crucifijo*. El oficial, que tenía orden secreta para no obligarme a tal violencia, le contestó con veinte bastonazos en las costillas, y así logró que no volviese a preguntarlo ninguno.

No ocurrió en el viaje cosa digna de contarse. Navegamos con viento favorable, habiendo anclado en el cabo de Buena Esperanza para hacer aguada, y el 16 de abril de 1710 desembarcamos en Amsterdam, donde volví a embarcarme muy pronto para Inglaterra. ¡ Qué alegría experimenté al ver mi patria amada después de una ausencia de cinco años ! Fuíme derecho a Redriff, donde encontré a mi mujer y a mis hijos todos con buena salud.

CUARTA PARTE

VIAJE AL PAIS DE LOS HOUYHNHNMS

I

EL AUTOR VUELVE A EMPRENDER OTRO VIAJE DE CAPITÁN DE NAVÍO. — SU TRIPULACIÓN SE SUBLEVA, LE ENCIERRA, LE APRISIONA Y DESPUÉS LE PONE EN TIERRA SOBRE UNA COSTA DESCONOCIDA.—DESCRIPCIÓN DE LOS YAHOUS.—DOS HOUYHNHNMS SE LE PRESENTAN.

Cinco meses pasé dulcemente con mi mujer y mis hijos, en cuyo tiempo me hubiera creído feliz si me hubiese hallado en estado de conocerlo, pero me estimulaba demasiado este insaciable deseo de viajar, a que no pude resistirme viéndome lisonjeado del honorífico título de capitán de la *Aventura*, nave mercante de trescientas toneladas, que por mi desgracia me ofrecieron. Estaba perfectamente instruido en la Navegación, y cansado ya del subalterno cargo de cirujano; bien que no quise abandonar la profesión por si alguna vez me veía en precisión de ejercerla, como en efecto sucedió, y así me contenté con llevar a mi lado un joven cirujano. Me despedí de mi infeliz mujer, que estaba a la sazón embarazada, y embarcándome en Portsmouth di velas el 2 de agosto de 1710.

Las enfermedades disminuyeron en la ruta mi tripulación, y viéndome obligado a hacer un enrolamiento en las Barbadas e islas de Leeward, donde los comerciantes de quienes dependía me habían man-

dado anclar, me hallé muy presto arrepentido de un reemplazo cuya mayor parte se componía de bandidos que habían sido acecinadores. Estos pervirtieron a los demás, y todos juntos maquinaron apoderarse de mí y del navío. Sorprendiéndome, pues, una mañana en mi camarote, me maniataron, y amenazaron con arrojar-me al mar si hacía la menor resistencia. Fué preciso confesarles que mi suerte estaba en sus manos : que podían hacer de mí lo que quisiesen, y de este modo conseguí que me quitasen las prisiones, bajo palabra de honor, dejándome sólo un pie atado a la armadura de la cama con centinela de vista, a quien dieron orden de matarme si advertía alguna tentativa para escaparme, y pasaron a continuar su proyecto. La idea era ejercer la piratería con el navío ; pero no tuvieron por suficiente su tripulación y resolvieron vender el cargamento dirigiéndose a Madagascar para reclutar gente. Entretanto, yo permanecía preso en mi camarote esperando con zozobra la suerte que me preparaban.

El 9 de mayo de 1711, un tal Jacobo Welch entró a decirme que tenía orden de su capitán para ponerme en tierra : quise detenerle y preguntarle a quién llamaban *su capitán*, mas todo fué inútil. Al fin me permitieron recoger mi ropa, dejándome la espada y algún dinero que tenía en las faltriqueras, que por política no me registraron, y me pusieron en la chalupa. Anduvimos como una legua, y me depositaron sobre la costa. Preguntéles qué país era aquél, y todos a una voz me respondieron :

—No estamos más enterados que vos ; pero guardaos no os sorprenda la marea. Adiós.

Y la chalupa se alejó en el instante.

Dejé las arenas para buscar alguna altura donde sentarme a meditar qué partido tomaría, y después de haberme reposado un poco me interné en el país resuelto a entregarme al primer salvaje que encontra-

se, y ver si podía rescatar mi vida por algunas sortijitas, brazaletes y otras bagatelas de que siempre van provistos los viajeros y yo llevaba una cierta porción en los bolsillos.

Descubrí grandes árboles, vastas praderas y campos en que crecía la avena por todas partes. Caminaba siempre con precaución para no ser sorprendido o herido de algún flechazo ; y llegando a un espacioso camino, donde advertí bastantes pisadas de hombres y caballos, y algunas otras de vacas, vi en un campo inmediato un copioso rebaño de animales, dos de ellos encaramados sobre los árboles. Su figura me pareció extraña, y habiéndose acercado unos cuantos, me escondí detrás de una mata para observarlos mejor.

Una gran cabellera les caía sobre la frente : su pecho, espalda y patas delanteras estaban cubiertas de espeso pelo : tenían barbas como los machos cabríos, pero en el resto del cuerpo no tenían pelo y descubrían una piel muy morena. Tampoco tenían cola. Usaban de diferentes posturas, ya sentándose sobre la hierba, ya echándose, ya poniéndose en dos pies. Saltaban, brincaban y con el auxilio de sus feroces uñas trepaban por los árboles como ardillas. Las hembras se distinguían por sus enormes ubres, que algunas arrastraban : eran algo más pequeñas que los machos, tenían la cabellera más hermosa y apenas algún poco de vello en ciertas partes de su cuerpo. Los había de varios colores, morenos, rojos, negros y castaños. Jamás vi en todos mis viajes animal más feo y desagradable.

Habiéndolos examinado a mi satisfacción, seguí aquel camino ancho con la esperanza de que me condujese a alguna barraca de indios ; pero en medio de él me detuvo uno de dichos animales haciéndome mil gestos, como extrañando mi figura. Fué a ponerme una mano encima, y yo tirando de la espada le pegué de plano para no herirle, temeroso de que acudiese

el dueño : sin embargo, el animal se irritó tanto de verse castigado que, a sus clamores, vinieron más de cuarenta de ellos, haciéndome las muecas más horribles. Tuve que acogerme a un árbol que me guardase las espaldas mientras me defendía con mi espada por delante, y aun así tuvieron la avilantez de subir al mismo árbol y llenarme todo de basura, echando a huir inmediatamente.

Continué mi camino bastante admirado de su precipitada huida sin motivo en la apariencia, hasta que, volviendo la cabeza a la izquierda, vi pasearse con mucha gravedad por un prado un hermoso caballo, que era el que los había ahuyentado. El animal se acercó a mí, paróse, dió algunos pasos hacia atrás y se quedó mirándome con singular atención : después me observó igualmente por todos lados dando algunas vueltas, y al ir a proseguir mi marcha me detuvo, no con violencia, sino de un modo muy comedido. Al cabo de un rato que estuvimos observándonos mutuamente, quise acariciarle pasándole la mano por el cuello, silbando y hablándole como suelen hacer nuestros palafreneros ; pero el soberbio animal, desdiciendo el cumplimento, arrugó la frente, levantó con fiereza una mano y me hizo retirar la mía demasiado familiar. Al mismo tiempo, principió a relinchar con acentos tan variados, que yo llegué a sospechar que hablaba algún lenguaje propio, con sentido acomodado a la variedad de sus relinchos.

Entretanto llegó otro caballo, saludó al primero con mucha cortesía, se hicieron sus cumplimientos recíprocos, y siguieron relinchando de mil modos que parecían formar sonidos articulados. Apartáronse un poco, como para tratar alguna cosa reservada, y de cuando en cuando iban y venían paseándose con mucha gravedad, como dos personas que conferenciasen sobre un negocio interesante ; pero sin perderme de vista por si intentaba escaparme.

Absorto de ver a unas bestias portarse de esta manera, me decía yo a mí mismo : «Pues los brutos en este país tienen tanta razón, es preciso que los hombres sean racionales en sumo grado» ; y esta reflexión me dió tanto aliento, que resolví internarme hasta descubrir alguna aldea o casa donde poder encontrar algún habitante, dejando a los dos caballos que tratasen cuanto quisiesen en buena compañía. Uno de ellos, que era tordillo, advirtió que me iba, y relinchando tras mí de un modo tan expresivo que me hizo conocer su intención, volví a encontrarle procurando disimular mi turbación propia del caso ; pues, como puede discurrir el lector, ¡ qué sabía yo en qué vendría a parar todo esto !

Tomándome en medio, estuvieron observando otro corto rato mi cara y manos, al parecer muy complacidos de la delicadeza de mi cutis, especialmente el tordillo, que me asió la mano derecha para acariciarla y me la apretó tanto entre el casco y la ranilla que no pude menos de quejarme a gritos, lo cual me atrajo nuevos halagos llenos de amistad y ternura. Manifestaron grande admiración de los faldones de mi casaca y del sombrero ; pero lo que les dió más que hacer fueron mis medias y zapatos : les pasaban la mano por encima haciendo mil visajes, al modo de un filósofo que pretende explicar algún fenómeno.

Noté cosas tan racionales y juiciosas en aquellos animales, que los tuve por encantadores que se hubiesen transformado en caballos con algún fin particular, y que habiendo visto a un extranjero en el camino, o bien porque les hubiese chocado mi figura, aire y vestido, habían querido entretenerse un rato a mi costa. Esto fué lo que me animó a tomarme la libertad de hablarles en los siguientes términos :

—Señores caballos, si sois encantadores como me hacéis sospechar, debéis entender todas las lenguas ; así, pues, me honro de deciros en la mía que soy un

pobre inglés que he tenido la desgracia de encallar en estas costas, y os ruego, si sois perfectos caballos, me permitáis montar sobre cualquiera de vosotros para poder buscar alguna aldea o casa donde recogerme, admitiendo en recompensa este cuchillito y este brazalete.

Los dos animales estaban atentos a mi discurso, y cuando acabé principiaron a relinchar alternativamente vuelto el uno hacia el otro. Entonces conocí claramente que sus relinchos eran significativos, y encerraban vocablos de que quizá pudiera componerse muy bien un abecedario tan fácil como el de los chinos.

Repitieron frecuentemente la palabra *yahou*, cuyo sonido distinguí, aunque no pude encontrar la significación por más que lo procuré mientras estaban en su conferencia. Concluída ésta, proferí en alta voz *yahou, yahou*, tratando de imitarlos, cosa que les pasmó extraordinariamente, no obstante que notaban imperfección, porque el tordillo volvió a repetirla dos veces como para enseñarme a pronunciarla bien. Tomé la lección acomodándome en lo posible a su modo, y creo que, aunque distante de la perfección, no dejé de hacer algún progreso. El otro caballo, que era bayo, quiso a mi entender enseñarme otro vocablo mucho más difícil, que, reducido a la ortografía inglesa, puede expresarse así : *houyhnghnm*. No aproveché tanto ni tan rápidamente en esta segunda lección; pero, después de varios ensayos, la aprendí aún mejor, de suerte que, a lo que juzgo, ellos quedaron satisfechos de mi talento.

Volvieron a conversar otro poco (sin duda acerca de esto), y con la misma ceremonia que se habían reunido se despidieron. El bayo me hizo seña de que marchase delante de él, como ejecuté, pareciéndome conveniente obedecer mientras encontraba otra compañía mejor; mas, viendo que caminaba poco, me re-

linchó *hhuum*, *hhuum*. Conocí su intención, y dándole a entender que iba muy cansado, se paró movido de caridad para que descansase.

II

LLEVAN AL AUTOR A CASA DE UN «HOUYHNHNM».—DE QUÉ MANERA LE RECIBEN.—CUÁL ERA EL ALIMENTO DE LOS «HOUYHNHNS».—DIFICULTAD DE ENCONTRARLE PARA SÍ EL AUTOR.

Habiendo caminado cerca de tres millas, llegamos a una casa de madera muy baja, cubierta de paja, a cuya vista principié a sacar de mis faltriqueras los cortos presentes que destinaba para ser bien recibido de sus moradores. El caballo me hizo entrar delante en una gran sala muy limpia, pero sin otro adorno que un pesebre y una gamella. Vi tres caballos enteros con dos yeguas sentados en cuclillas sin comer, y entrando a este tiempo el tordillo dando alegres relinchos, atravesamos juntos otras dos salas al mismo piso. En la última me hizo seña de que aguardase mi introductor, mientras pasaba él a otra inmediata: ceremonia que me sugirió una grande idea de la dignidad de su amo, no pudiendo comprender que una persona de calidad se sirviese de caballos para pajes. Llegué a sospechar que mis pasadas desdichas me habían turbado el juicio, y que estaba loco: miraba atentamente a todas partes, examinaba la antecámara, que a corta diferencia estaba amueblada como la otra pieza, me desgarraba los ojos a escudriñar prolijamente cuanto me cercaba, y siempre veía una misma cosa. Me pellizqué los brazos, me mordí los labios, me di papirotos en la frente por si aquello era sueño, y como siempre hallaba los mismos objetos, decidí ser todo diablura, y una magia refinada.

Volvió a buscarme el tordillo, me hizo señal de entrar con él en otra sala, y me presentó a una her-

mosa yegua que tenía a su lado un potro y una potrancueta muy graciosa : todos sentados con mucha modestia sobre una estera tan fina como aseada. La yegua se levantó, luego que entré, a recibirme ; miró con atención mi cara y manos y, volviéndome desdeñosa la espalda, relinchó repetidamente : *yahou, yahou*. No tardé en comprender el funesto sentido de esta voz, por mi desgracia, pues el caballo introductor, haciendo seña de que le siguiese y gritando *hhum, hhum*, me condujo a un trascorral donde había otro edificio algo separado de la casa, y en él lo primero que hirió mis ojos fueron tres de aquellos perversos animales cuya descripción he hecho más arriba, atados por el cuello, desgarrando entre sus dientes y uñas pedazos de carne de jumento, perro y vaca (según me informé después) y algunas raíces.

El caballo amo mandó a una pequeña hacanea, lacayo suyo, que desatase al más grande de ellos para compararle conmigo, y entonces fué cuando conocí la significación de *yahou*, nombre que daban a aquellos monstruos, por las repetidas veces que los nombró en el acto ; pero, ¡ cuál fué mi sorpresa y horror al ver en una fiera todas las facciones y figura de un hombre ! Sólo sí noté la diferencia de que su cara era larga y plana, la nariz quebrantada y la boca muy grande ; y aun esto es común a todas las naciones salvajes, porque las madres los paren con la cara contra el suelo, y los llevan a la espalda golpeando siempre en ella las narices. Sus manos estaban armadas de unas grandes uñas, y su piel era morena, áspera y cubierta de pelo. Respecto a los pies, había la misma diferencia, que, favorecida de las medias y zapatos, había parecido mucho mayor a los señores caballos, cuando en realidad apenas había alguna, como en todo lo demás del cuerpo, exceptuando el color y el pelo.

Como quiera que fuese, ellos la encontraban bas-

tante grande, porque creían que mi ropa era mi piel natural y una parte de mi substancia propia, bien diferente de la de sus *yahous*. La hacanea lacayo me presentó una raíz que tenía entre su casco y la ranilla, la cual tomé por no hacerla desaire, la llevé a la boca y se la volví : ella, poco satisfecha de mi aprecio, fué corriendo al establo de los *yahous*, y me trajo un pedazo de carne de jumento, pero yo no me atreví siquiera a tomarlo, dándole a entender como pude que me hacía daño al estómago, y entonces se lo echó a un *yahou*, que, sin hacerse rogar, lo devoró con gran delicia. Viendo que el alimento de los *yahous* no me hacía gracia, me ofreció del suyo, que era avena y heno, para mí igualmente inútil : y, por último, aburrida de no saber qué darme, quiso demostrármelo de un modo tan expresivo como natural llevando una mano a la boca, a lo que contesté en vano, porque ni pudo entenderme ni se hallaba en disposición para satisfacer mi apetito.

A la ocasión pasó una vaca, se la señalé con el dedo y le expliqué de un modo bastante claro mi deseo de ordeñarla : esto lo entendió mejor, mandando al instante a una yegua, criada de casa, que me abriese una sala donde encontré gran porción de barreños de leche con mucho aseo, me apliqué a uno de ellos y salí de mi apuro por esta vez.

Como a la hora de mediodía paró a la puerta un coche o carro tirado por cuatro *yahous*, y dentro un caballo viejo, al parecer personaje elevadísimo, que iba a visitar a mis huéspedes y acompañarlos a comer. Recibiónle con mucha cortesanía y respeto, y pasando todos a la sala principal, se colocaron estribados sobre haces de paja alrededor de una gran gamella circular con varias separaciones, semejante a una rueda de lagar de Normandia, en que les sirvieron primeramente paja y heno, y después avena hervida con leche. Cada uno comía en su separación corres-

pondiente con mucha decencia y comodidad : el potro y potranquita, señoritos de la casa, estaban al lado de sus padres, por quienes eran asistidos con particular interés. Yo también fui de mesa, habiéndome mandado el tordillo que me sentase junto a él, y aun sospecho que habló largamente de mí con su amigo, porque me miraba a menudo y repetía la palabra *ya-hou*.

A esto se agregó la novedad de haberme puesto casualmente los guantes, y como notaba la diferencia de mis manos, no sabía de qué modo explicar su confusión y deseo de volver a verlos como antes, hasta que me las desnudé, granjeándome por la docilidad el afecto de toda la tertulia que a porfía se empeñó en perfeccionarme en su idioma, especialmente en los nombres de la avena, leche, fuego, agua y otros de primera necesidad que ya entendía, pero no sabía pronunciarlos, y desde entonces me apliqué a retenerlos en la memoria, valiéndome, como nunca, de esta admirable disposición que la Naturaleza me ha dado para aprender todas las lenguas.

Concluída la comida, el caballo-amo, me llamó aparte y por señas, acompañadas de algunas palabras, me insinuó su pesadumbre de ver que no comía, ni encontraba cosa que me gustase. *Hlunnh*, en su lengua, significa la avena, y aunque al principio no me acomodó, después reflexioné que mezclándola con leche podía proporcionarme un plato regular para mi sustento mientras encontraba la ocasión de escaparme a buscar a los de mi especie. Pronuncié esta palabra dos o tres veces, y al momento dió orden a otra criada, que era una yegua blanca bastante graciosa, de que me trajese una porción de avena en un plato de madera. La hice tostar, como se pudo, la estregué para quitarla la cáscara, la limpié, la molí entre dos piedras, y amasé tortas, que recién cocidas y remojadas en leche, fueron mi alimento.

Al principio confieso que para mí era un manjar bastante insípido, aunque en algunos puntos de Europa sea de un uso común; pero con el tiempo me acostumbré a él, y, como estaba habituado a trabajos, no fué ésta la primera vez que experimenté cuán poco es menester para contentar las necesidades de la Naturaleza, y que el cuerpo se habitúa a todo: debiendo notar aquí también que mientras residí en aquel país no tuve la menor alteración en mi salud. De cuando en cuando salía a cazar pájaros y conejos con lazos que armaba de pelos de *yahou*: otras veces tomaba hierbas y las cocía o hacía ensalada, y para extraordinario batía manteca. Lo que sí echaba de menos en los primeros días era la sal, hasta que me acostumbré a pasarme sin ella, tanto que me costó trabajo volver a ella cuando dejé aquel país, y ahora conozco que su uso es un efecto de nuestra intemperancia introducido solamente para excitarnos a beber; siendo de notar que ningún animal, si no es el hombre, la mezcla en sus comidas.

Baste de alimentos, que si me he extendido demasiado sobre este artículo, ha sido por imitar a la mayor parte de viajeros, los cuales se figuran en sus relaciones que importa mucho al lector saber si han comido bien o mal en sus rutas. Además, que aquí he creído no debía omitirse, porque de otro modo se dudaría cómo había podido subsistir tres años en tal país y entre tales habitantes.

Al anochecer mandó el caballo-amo destinar me cuarto como a seis pasos de la casa, separado del cuartel de los *yahous*. Hice mi cama con unos haces de paja y los vestidos, y pasé la noche bastante bien, durmiendo con gran tranquilidad, aunque en adelante me fué todavía mejor, como se verá cuando trate de mi género de vida en aquel país.

III

EL AUTOR SE APLICA A PERFECCIONARSE EN LA LENGUA, APROVECHANDO LAS LECCIONES DEL «HOUYHNHM» SU AMO.—DIFERENTES «HOUYHNHMS» LE VISITAN POR CURIOSIDAD.—HACE A SU AMO UNA BREVE RELACIÓN DE SUS VIAJES.

Asombrados de ver en un bruto los modos y todas las señales de un racional, no sólo me miraban como prodigio, sino que merecí que mi amo (éste es el nombre que le daré de aquí adelante), sus hijos y demás familia, deseando que me instruyese con perfección en su lengua, se dedicaron a darme lecciones y yo a aprovechar en ellas. El procedimiento consistía en señalarles con el dedo la cosa cuyo nombre quería saber, y le retenía en la memoria para escribirle después, cuando me hallaba solo, en mi diario de viajes. Procuraba adquirir el acento escuchándoles con atención, y en seguida hacía mis ensayos; pero, a no ser por la haca alazana, de poco me hubiera servido.

Confieso que hallé su pronunciación sumamente difícil, porque ellos hablan a un mismo tiempo con la nariz y la garganta: lengua *narici-gutural* muy parecida a la alemana, aunque sin comparación mucho más graciosa y expresiva. Así decía el emperador Carlos V, habiendo hecho la misma observación, que si hubiera de hablar a su caballo le hablaría en alemán.

Era tanta la impaciencia de mi amo por satisfacer su curiosidad con mi conversación, que destinaba todo su tiempo libre a instruirme en los términos, frases y finuras de la lengua. El me tenía por *yahou*, según confesó después, pero mi compostura, docilidad y disposición para aprender le encantaban al extremo, no pudiendo conciliar estas cualidades con las del *yahou*, animal grosero, puerco e indócil; y como

nunca me acostaba hasta que todos estaban recogidos y por la mañana me encontraban siempre vestido, vivía en el concepto de que mi ropa era parte de mi cuerpo, lo cual acrecentaba su confusión. Por último, a vista de los progresos que de día en día iba haciendo en el conocimiento y pronunciación del idioma, se prometía saber muy presto de qué país procedía, cómo y cuándo había adquirido esta especie de razón que me distinguía, y todo el resto de mi historia. Para ayudar en algo a mi memoria, iba formando un abecedario de los vocablos que aprendía, poniendo por bajo su significación en inglés. Al principio me reservaba de su vista, pero, pasado algún tiempo, no tuve reparo en escribir delante de mi amo, ni él pudo comprender lo que hacía, porque los *houyhnhnms* no tienen la menor idea de lo que es escritura.

Al cabo de diez semanas, entendía ya muchas de sus preguntas, y tres meses después me hallé suficientemente instruido para poder contestarle. Viéndome mi amo en estado de poder seguir una conversación, me preguntó, entre otras cosas, de qué país venía y cómo había aprendido a remedar al animal racional no siendo más que un *yahou*; pues, aunque estos *yahous* a quienes os semejáis en la cara y en las manos—añadió,—no dejan de tener alguna vislumbre de conocimiento con astucia y malicia, carecen absolutamente de esa comprensión y docilidad. Le contesté que venía de muy lejos y que había atravesado los mares con otros muchos de mi especie en un gran edificio de madera hasta llegar a aquellas costas, donde me habían abandonado. Pero tuve que acompañar todo esto de mil señas y gestos para hacerme entender. Mi amo me replicó que seguramente me había equivocado, *que había dicho la cosa que no era*, queriendo darme a entender que mentía; pues los *houyshnhnms* no tienen en su lengua palabra que exprese la mentira o falsedad, y le repugnaba que hu-

biese tierra de la otra parte de las aguas, como que un vil rebaño de animales fuese capaz de conducir a su voluntad sobre este elemento un edificio de madera tan grande. Apenas, decía él, un *houyhnhnm* podría hacer otro tanto, y en tal caso no fiaría su dirección a los *yahous*.

Yo sabía que esta voz *houyhnhnm*, que en su lengua significa el caballo, traía su etimología de la *perfección de la Naturaleza*, y así no quise responderle más sino que, desconociendo aún muchas frases, me reservaba para otro día el darle parte de cosas que le pasmarían. Entonces exhortó a la señora yegua su esposa, a los señoritos potro y potranca sus hijos, y a todos sus domésticos a que concurriesen con celo constante a perfeccionarme en el idioma; y aun él mismo destinó dos o tres horas diarias a esta ocupación.

Eran continuas las visitas de caballos y yeguas de primera distinción que, informados de que en casa de mi amo había un *yahou* prodigioso, que hablaba como un *houyhnhnm*, y en cuyas expresiones y modales se percibía algún vislumbre de razón, acudían llenos de curiosidad; y como todos me preguntaban (con proporción a mi talento), y me veía precisado a contestarles según podía, todo esto contribuyó a instruirme y ejercitarme, de suerte que al cabo de cinco meses no me quedó que aprender para explicarme como quería sobre la mayor parte de sus cosas.

Algunos de los concurrentes hallaban dificultad en creer que fuese un verdadero *yahou*, atendida la diferencia de mi piel; pues decían que sólo se advertía semejanza en la que cubría mi cara y manos, aunque sin pelo. Sólo mi amo sabía este secreto que un accidente ocurrido pocos días antes me había obligado a descubrirle, y hasta entonces había podido ocultar por el temor de que me confundiesen con sus *yahous*.

Ya dije al lector que por las noches aguardaba a

que todos estuviesen recogidos para desnudarme, y los vestidos me servían de cobertor. Una mañana envió mi amo a su lacayo alazán a buscarme muy temprano. Yo dormía descuidadamente, la ropa se había caído y mi camisa estaba arrollada. Despertando con el ruido, advertí su turbación, y que se volvía sin evacuar la comisión, verosímilmente a dar parte al amo de lo que había visto. Vestíme al instante para ir a dar los buenos días a *Su Honor* (que es el tratamiento que ellos usan, como nosotros la Excelencia, Señoría o Reverendísima), y apenas entré me preguntó qué era lo que su lacayo había visto en mí aquella mañana, pues le había dicho que yo no era el mismo dormido que despierto, que tenía otra piel distinta.

A pesar de mis temores, fué preciso descubrirle el misterio, que no podía llevar más adelante porque además mis vestidos y zapatos se iban destruyendo, y veía próxima la necesidad de tener que recurrir a la piel de algún *yahou* o de otro animal para reemplazarlos. Respondí a mi amo que en el país de donde procedía todos los de mi especie acostumbraban cubrir su cuerpo con el vellón de ciertos animales preparado con arte, bien fuese por la honestidad y decencia, o bien por defenderse del rigor de las estaciones, y que estaba pronto a hacerle ver claramente esta verdad desnudándome a su presencia, con tal que me permitiese reservar lo que la Naturaleza nos prescribía. A esto no pudo ya disimular su sorpresa, y me replicó : pues qué, ¿la Naturaleza nos ha hecho efectivamente presentes vergonzosos, furtivos y criminales? Por lo que respecta a nosotros, nunca nos hemos avergonzado de sus dádivas, ni tenemos reparo en exponerlas a la luz ; pero no quiero obligaros.

Me desnudé honestamente por satisfacer la curiosidad de *Su Honor*, que dió grandes muestras de admiración al ver la configuración de mi cuerpo. Des-

pués fué examinando con igual atención todos mis vestidos, tomando pieza por pieza entre su casco y la ranilla, y sin dejar de acariciarme y dar vueltas alrededor de mí, hasta que se creyó bien enterado. Entonces, con mucha gravedad, me dijo que estaba claro que era un verdadero *yahou*, que no me diferenciaba de todos los demás de mi especie sino en tener las carnes menos duras y más blancas, la piel más suave, nada de pelo en la mayor parte de mi cuerpo, las garras más cortas con alguna diferencia en su figura, y que afectaba andar en dos pies; que no quería ver más y que me vistiese, lo cual le agradecí infinito porque ya principiaba a enfriarme.

Encarecí a *Su Honor* cuánto me mortificaba dándome seriamente el nombre de un animal tan infame y odioso: que me evitase tal ignominia y tuviese a bien encargarse lo mismo a su familia, criados y amigos; mas todo fué en balde. También le supliqué la reserva del secreto de mis vestidos, por lo menos hasta que me viese precisado a renovarlos, y que mandase a su lacayo alazán que no publicase lo que había visto.

Me prometió el secreto, y con efecto, nada se supo hasta que me vi obligado a buscar de qué vestirme, como diré más adelante. Pero me volvió a encargarme que me perfeccionase en la lengua, porque le pasaba aún más el oírme hablar y razonar que el verme blanco y sin pelo, y tenía un inexplicable deseo de saber de mí aquellas cosas admirables que le había ofrecido. Esta codicia le hizo dedicarse cada día más a mi enseñanza, y para ejercitarme principié a llevarme consigo a las tertulias, cuidando de que me tratasen con decencia y aprecio, con la idea (según me declaró después en confianza) de suavizar mi humor y hacerme más agradable y divertido.

Tras cada lección siempre me preguntaba alguna cosa relativa a mi historia, y como procuraba contes-

tarle con la frase adecuada, él fué adquiriendo unas ideas generales, aunque imperfectas, de lo que había ofrecido explicarle, y yo llegué al punto de poder seguir una conversación seria y larga. Baste decir que la primera que tuvimos de esta clase fué tal cual voy a referir.

Dije a *Su Honor* que venía de un país muy distante, como ya había pretendido darle a entender, con otros cincuenta, sobre corta diferencia, de mis semejantes, y que habíamos atravesado los mares en un navío, esto es, en un edificio construído de tablas. Le describí como pude la forma del navío, y desplegando un pañuelo le hice comprender de qué modo avanzábamos por medio de las velas infladas del viento. Le dije también que con motivo de una pendencia suscitada entre nosotros me abandonaron los compañeros sobre la ribera en que me habían encontrado; que por el pronto me había visto perplejo sin saber qué país ocupaba, hasta que *Su Honor* tuvo la bondad de librarme de los villanos *yahous* que me perseguían.

—¿Quién fué el que construyó ese navío?—me preguntó; —¿y cómo fiaron su dirección los *hounhnms* de vuestro país a unas bestias?

A esto le respondí que me era imposible satisfacer a su réplica ni continuar mi relación, a menos que me empeñase su palabra y me prometiese sobre su honor y su conciencia no ofenderse de cuanto me oyese: que sólo en estos términos podría seguir adelante, y manifestarle con sinceridad aquellas cosas admirables que había ofrecido referirle.

Me aseguró con toda seriedad que no se resentiría de nada, y en esta confianza le declaré que el navío había sido fabricado por criaturas semejantes a mí: que en mi país, y en cuantas partes del mundo había corrido, éramos los únicos animales dominantes y racionales; que cuando llegué allí me había sorpren-

dido extremadamente el ver a los *houyhnhnms* manejarse como criaturas dotadas de razón, del mismo modo que él y todos sus amigos se manifestaban tan aturcidos de encontrar señales de esta razón en mí, llamándome por su antojo *yahou*, sin otra semejanza con aquellos viles animales que la figura exterior, pero con grande diferencia en las cualidades del alma; y añadí que si algún día me permitiese el Cielo volver a mi patria, y publicase en ella la relación de mis viajes, particularmente la residencia entre los *houyhnhnms*, todo el mundo exclamaría que *decía la cosa que no era*, que les contaba una historia fabulosa e impertinente inventada por mí mismo. Y, en fin, que a pesar de todo el respeto que le profesaba, como a su ilustre familia y amigos, me atrevía a decirle con seguridad que jamás creerían en mi país que un *houyhnhnm* era un animal racional, y un *yahou* una bestia.

IV

IDEAS DE LOS «HOUYHNHNMS» ACERCA DE LA VERDAD Y LA MENTIRA.—LOS DISCURSOS DEL AUTOR SON CENSURADOS POR SU AMO.

Mientras pronunciaba estas últimas frases, parecía mi amo desasosegado, inquieto y como fuera de sí: *dudar* y *no creer* lo que se oye, decía, es una operación del espíritu a que no están acostumbrados los *houyhnhnms*, y en una precisión sale, por decirlo así, fuera de su asiento natural. Bien me acuerdo que conferenciando un día sobre las propiedades de la naturaleza humana, cual se experimenta en el resto del mundo, no podía concebir lo que significaban estas voces *mentira* y *engaño*, razonando de este modo: el uso de la palabra nos ha sido concedido para comunicarnos unos a otros nuestros pensamientos, y para instruirnos de lo que ignoramos: *decir la cosa*

que no es no es obrar según la intención de la Naturaleza, es abusar de la palabra, hablar sin hablar; porque si hablar es hacer entender lo que se piensa, cuando hacéis aquello que llamáis *mentir*, me hacéis entender lo que no pensáis, me decís lo que no es, en vez de decirme lo que es; luego no habláis entonces, sino es abrir la boca para despedir unos sonidos vanos, y cuando esperaba salir de mi ignorancia, me la aumentáis. Tal es la idea de los *houyhnhnms* sobre la facultad de mentir que poseemos los humanos en un grado tan perfecto y eminente.

Pero, volviendo a nuestra conversación pendiente, ¡cuál fué la sorpresa de mi amo al oír que los *yahous* eran en mi patria los animales dominantes y maestros! Preguntóme si teníamos *houyhnhnms*, y qué destino u ocupación les dábamos. Le dije que teníamos un gran número de ellos, que en lo que duraba el verano pacían en los prados, y en entrando el invierno estaban recogidos en casa al cuidado de ciertos *yahous* que los peinaban, les limpiaban la piel, les lavaban los pies y les deban de comer y beber.

—Ya os entiendo—me contestó entonces;—es decir, en suma, que aunque vuestros *yahous* blasonan de poseer alguna corta razón, los *houyhnhnms* son siempre los amos como aquí. ¡Ojalá que nuestros *yahous* fuesen siquiera tan dóciles y buenos criados! Pero continuad, que me dais gusto.

Volví a suplicar a *Su Honor* que me dispensase, porque no podía referir el resto sin faltar a las leyes de la prudencia, moderación y buena política.

—Quiero saberlo todo—me repitió;—proseguid y no temáis que reciba pesadumbre.

—Pues así lo queréis—continué,—a mí me toca obedecer. Los *houyhnhnms*, que nosotros llamamos *caballos*, son unos animales muy hermosos y muy nobles, igualmente vigorosos que ligeros en la carrera. Los que están en casas de la primera distinción no

tienen otra ocupación que viajar, correr y tirar de carros triunfales, muy cuidados y estimados mientras son jóvenes y se mantienen sanos; pero en principiando a envejecerse o enfermar de los pies, son desechados y vendidos a *yahous*, que los dedican a trabajos penosos, duros, bajos y vergonzosos hasta que mueren. Entonces los desuellan para aprovechar la piel, y los abandonan a las aves de rapiña, perros, lobos y otros animales que los devoran. Tal es en mi país la suerte de los más bellos y nobles *houyhnhnms*. No son tan felices en su juventud los que caen en manos de labradores, carreteros, caleseros y otras gentes semejantes, que les hacen trabajar mucho más sin estar tan bien mantenidos.

Y en seguida describí a *Su Honor* nuestro modo de caminar a caballo con todo el equipaje de un caballero, explicándole, como pude, la brida, la silla, las espuelas, el látigo, los arneses de los caballos de tiro, ya fuesen destinados a un coche o a un carro; y terminé mi relación con la costumbre de clavarles en el asiento de los pies una plancha de cierta substancia muy dura que llamamos *hierro*, con el fin de conservarles el casco y evitar que se rompiese en los caminos pedregosos.

Indignado ya del modo brutal con que tratábamos a nuestros *houyhnhnms*, me manifestó que estaba absorto de que tuviésemos la avilantez y atrevimiento de montar en ellos: que si el más valiente de sus *yahous* se tomara tanta libertad con el más ínfimo *houyhnhnm* de sus criados, sería inmediatamente arrastrado por el suelo, pisado y despachurrado. A esto le repliqué que ordinariamente los domábamos y adiestrábamos en la edad de tres a cuatro años, y que si alguno resultaba indócil, rebelde y falso, le aplicábamos a tirar de los carros y a labrar las tierras a fuerza de golpes. Que los machos destinados para la silla o tiro de un coche eran por lo regular castrados, a fin

de hacerlos más quietos y obedientes. Que eran sensibles a los halagos como al castigo, y que, sin embargo, carecían de razón al modo de los *yahous* de su país.

Me costó sumo trabajo hacerle comprender todo lo dicho, teniendo que valerme de circunloquios para expresar mis ideas, a causa de la pobreza de su lengua, tan escasa de términos como ellos de pasiones; pues no tiene duda que lo que forma la riqueza y amenidad de un idioma es la multiplicación y subdivisión de las pasiones.

La impresión que mi discurso hizo en su ánimo y la noble ira de que se vió arrebatado, especialmente cuando le declaré la costumbre de castrarlos para hacerlos más dóciles y evitar que procreasen, son superiores a toda exageración. El convenía en que si había un país donde los *yahous* fuesen los únicos animales racionales, era muy justo que dominasen y se sometiesen a sus leyes todos los demás, supuesto que la razón debe mandar a la fuerza; pero añadía que, bien considerada mi configuración, era muy contrahecho para poder ser racional, o siquiera poder servirme de la razón en la mayor parte de cosas de la vida. En seguida me preguntó si todos los *yahous* de mi país eran semejantes a mí. Le respondí que, a corta diferencia, todos teníamos la misma figura, y que yo pasaba por uno de los más perfectos: que los jóvenes y las mujeres tenían la piel más fina y delicada, y que éstas eran por lo común blancas como la leche. Me confesó que era cierto había alguna diferencia de los *yahous* de su trascal a mí, pero que en cuanto a las ventajas sólidas juzgaba que me excedían en muchas: que mis cuatro pies estaban desnudos, pues el poco pelo que tenían no era bastante para preservarme del frío: que los delanteros no eran verdaderos pies, puesto que no me servía de ellos para

andar por su debilidad y delicadeza, y que aquella cosa con que los cubría a veces, no era tampoco tan dura y fuerte como la cubierta de los traseros ; y en suma que no marchaba con seguridad, porque en deslizándose cualquiera de ellos era preciso que diese en el suelo. Por este estilo fué censurando toda mi figura : el *aplastamiento* de mi cara, la *preeminencia* de la nariz, la dirección de mis ojos al frente, de modo que no podía mirar a los costados sin volver la cara, la imposibilidad de comer sin el auxilio de los pies delanteros, y que sin duda para suplir el defecto me había puesto la Naturaleza en ellos tantas coyunturas. Que no concebía para qué pudiesen servirme todos aquellos miembrecitos separados al extremo de los pies traseros, demasiado débiles para resistir las piedras y el monte, por cuya razón tenía que cubrirlos con piel de alguna otra bestia. Que mi cuerpo sin pelo estaba expuesto a la intemperie, y me veía precisado a cubrirle del ajeno diariamente, esto es, a vestirme y desnudarme, que a su entender era lo más fastidioso y cansado que podía imaginarse. Y, por último, que tenía observado un natural horror en todos los animales de su país a los *yahous*, tanto que huían de ellos ; y dado caso que en el nuestro hubiésemos recibido de la Naturaleza esta prerrogativa de la razón, no sabía cómo pudiésemos curar con toda ella una antipatía semejante, ni exigir servicio alguno.

—Pero no quiero llevar más adelante este punto —añadió ;—os perdono cuantas respuestas pudierais darme, y sólo os ruego tengáis la bondad de contarme vuestros sucesos y describirme el país donde habéis nacido.

Si el respeto y la modestia me hubiesen permitido contradecir a mi amo, era esta la ocasión de haber soltado las riendas a la presunción humana sobre la excelencia propia, y hermosura de nuestra configura-

ción. A buena fe que no hubiera dejado de decir con Ovidio :

Os homini sublime dedit...

Pero por no incurrir en sandeces no dije nada absolutamente, quedándome con las ganas de hacerle ver que en estos pies delanteros, de que él hacía tan poco aprecio, consiste toda la fuerza y poder de la naturaleza humana : que estos diez miembrecitos en que terminan bastan para sujetar a todos los animales y poner en ejecución cuanto la imaginación ofrece ; y que, conducidos con un poco de inteligencia, son el terror del mundo entero. Hubiera fabricado fácilmente unas espuelas de hueso y una brida de piel de vaca, y habiendo montado en cualquier *houyhnhnm* le hubiera demostrado lo que es un *yahou* que posee un poco de razón y conoce el uso de sus dedos.

¡ Cómo me había de pasar a tal exceso ! No respondí otra cosa sino que estaba pronto a satisfacer todos los particulares que interesaban su curiosidad, aunque dudaba mucho poder conseguirlo en unas materias de que *Su Honor* no podía tener la menor idea, por no haber en aquel país semejanza siquiera ; que sin embargo procuraría cumplir por mi parte, valiéndome de parábolas y metáforas, suplicándole primero me disculpase si acaso no me servía de los términos propios.

Dije, pues, que había nacido de padres honrados en una isla que se llamaba Inglaterra, tan distante como que el más robusto *houyhnhnm* apenas podría hacer este viaje en toda la carrera anual del sol : que había ejercido en mis principios la cirugía, esto es, el arte de curar las heridas : que mi país estaba gobernado por una *yahou* que llamábamos la reina. Que yo le había abandonado por mirar a adquirir riquezas, para proporcionar a mi regreso mayores comodidades a mi familia ; habiendo logrado en el úl-

timo de mis viajes el título de capitán de buque, llevando a mis órdenes cerca de cincuenta *yahous*, cuya mayor parte había perecido en el camino, y me había sido forzoso reemplazar con otros de diversas naciones : que nuestra nave había estado dos veces en peligro de naufragar, la primera por una violenta tempestad, y la segunda por haber chocado contra una roca.

Aquí me interrumpió para preguntarme cómo había podido enganchar extranjeros de distintos climas, viendo los riesgos y pérdida que había sufrido. Le respondí que todos eran gentes infelices, sin casa ni hogar, que habían dejado su patria o por el mal estado de sus negocios o por delitos que habían cometido : unos consumidos en procesos y despojados por la ley : otros por el juego y sus desenfrenos, y casi todos traidores, asesinos, ladrones, falsarios, sobornadores y desertores escapados de prisión, que no se atrevían a volver a su patria por temor de ser ahorcados o, cuando menos, de verse cubiertos de miseria en un calabozo.

Mientras le hacía esta relación, volvió a interrumpirme varias veces con sus objeciones, teniendo que valerme de circunloquios y otros arbitrios para darle una idea de los crímenes que habían obligado a aquellos hombres a dejar su domicilio, y con todo eso no podía concebir qué fin los arrastraba a cometerlos. Fué preciso darle a conocer en algún modo lo que era nuestro insaciable deseo de engrandecernos y adquirir riquezas ; de los funestos efectos del lujo, de la intemperancia, de la malicia y de la envidia. Pero no pude conseguir nada por más ejemplos e hipótesis de que usaba : cada vez más negado a comprender que estos crímenes existan realmente, estaba con los ojos bajos sin poder explicar su sorpresa o indignación, como una persona que siente su imaginación herida de una cosa que no ha visto ni oído jamás.

No hay en la lengua de los *houyhnhnms* modo de expresar estas ideas de *Poder, Gobierno, Guerra, Ley, Castigo*, ni otras semejantes, sino valiéndose de dilatadas perífrasis; y así me vi apurado para hacer a mi amo la pintura de la Europa, y particularmente de Inglaterra, mi patria.

V

EL AUTOR EXPONE A SU AMO LOS MOTIVOS QUE TAL VEZ SUELEN ENCENDER LA GUERRA ENTRE LAS NACIONES DE EUROPA; Y EN SEGUIDA LE EXPLICA CÓMO SE LA HACEN LOS PARTICULARES UNOS A OTROS.—PINTURA DE LOS PROCURADORES Y JUECES DE INGLATERRA.

El lector observará que lo que voy a exponer es el extracto de varias conversaciones que tuve con mi amo el *houyhnhnm*, en los dos años que residí en aquel país. *Su Honor* me proponía cuestiones diferentes, y a proporción de los conocimientos que iba adquiriendo en el uso de su idioma, me exigía la satisfacción más o menos prolija. Yo le manifesté cómo pude el estado de toda la Europa: discurrí sobre las ciencias, artes, manufacturas y comercio, de suerte que de una serie de preguntas y respuestas sacamos asunto para una conversación interminable. Me limitaré aquí a lo substancial de aquellas que miran determinadamente a mi patria, y dándolas el mejor orden no me ligaré tanto a los tiempos y circunstancias, como a la exactitud de la verdad. Sólo me desanima la dificultad de expresar con su propia gracia y energía los bellos discursos de mi amo y sus sólidos razonamientos. Ruego al lector disimule mi insuficiencia e incapacidad, disculpándome en parte por la deficiencia de la lengua en que tengo que explicarme ahora.

A instancias de mi amo, le referí un día la última revolución acaecida en Inglaterra por la invasión de un príncipe ambicioso, que en seguida hizo la guerra

a uno de los monarcas más poderosos de Europa, dotado de todas las virtudes regias y cuya gloria resonaba por el universo. Díjele que la reina sucesora había continuado esta guerra, en que las potencias todas de la cristiandad habían tomado interés, y que en esta misma guerra funesta habría ya acaso perecido un millón de *yahous*: que habían sido tomadas por asedio más de cien ciudades y sumergidos o incendiados más de trescientos buques.

Quiso saber cuáles eran las causas y motivos más ordinarios de nuestras refriegas, y de aquello que llamaba la *guerra*, y respondíle que eran innumerables, pero que le manifestaría algunos.

—Tal vez—le dije—suele ser la ambición de un príncipe que no se sacia de poseer tierra y gobernar pueblos, y tal vez la política de los ministros que quieren dar ocupación a los vasallos malcontentos. La división de los ánimos en la adopción de opiniones también puede causarla: el uno cree que silbar es una acción buena, el otro que es un delito: uno dice que es preciso vestir de blanco, otro que de negro, de colorado o amarillo. Este quiere que llevemos un sombrero muy chico y apuntado; aquél sostiene que debe ser muy grande y tendido, etc.

Inventé ex profeso estos ejemplos quiméricos por no declararle las verdaderas causas de nuestras desavenencias con respecto a la opinión, previendo la pena y rubor que me hubiera costado hacérselas entender; sólo sí añadí que nuestras guerras nunca eran tan largas y sangrientas como cuando provenían de estas opiniones diferentes que unos cerebros exaltados sabían hacer prevalecer por una y otra parte, hasta llegar a tomar las armas.

—Ciertamente, cuanto acabáis de contarme—me replicó *Su Honor*—me hace formar una alta idea de vuestra razón. Como quiera que sea, tenéis la fortuna de que, en medio de ser tan malos, no podéis ha-

ceros mucho daño ; pues por más que hayáis querido exagerarme los efectos terribles de esas guerras crueles en que perecen tantos, yo creo que me *habéis dicho la cosa que no es*. La Naturaleza os ha dado una boca chata sobre una cara chata también ; yo no alcanzo cómo podéis morderos sino amigablemente. Vuestras garras, tanto de los pies delanteros como los de atrás, son tan sumamente débiles y cortas que, sin disputa, un solo *yahou* de los nuestros desgarraría a una docena como vos.

Yo no pude menos de menear la cabeza y sonreirme de la ignorancia de mi amo. Como sabía un poco del arte de la guerra, le hice una amplia descripción de nuestros cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvora, sables y bayonetas : le pinté el sitio de una plaza, las trincheras, los ataques, las salidas, minas y contraminas, los asaltos, las guardaciones pasadas a cuchillo. Le expliqué nuestras batallas navales ; le representé los gruesos navíos echados a pique con todas sus tripulaciones : otros cribados a cañonazos, destrozados, incendiados en medio de las aguas : el humo, el fuego, las tinieblas, los relámpagos, los clamores de los heridos, los gritos de los combatientes, los miembros saltando en el aire, el mar ensangrentado y cubierto de cadáveres. Luego le pinté nuestras batallas por tierra, en que se derramaba mucha sangre, y en un solo día perecían cuarenta mil combatientes de una y otra parte ; y para exaltar un poco el valor y bravura de mis amados compatriotas, le dije que había visto en un sitio hacer volar por los aires con la mayor facilidad un ciento de enemigos, y en un combate naval un número todavía mayor ; de suerte que los miembros de tantos *yahous* dispersos por todas partes parecían una lluvia espesa, formando a nuestra vista un espectáculo muy agradable.

Iba a proseguir y hacer alguna otra bella descripción, cuando *Su Honor* me mandó que callase.

—El natural del *yahou*—me dijo—es tan perverso que ya no encuentro dificultad en creer que cuanto acabáis de contarme sea posible, desde que supusisteis en él una fuerza y una industria igual a su perversidad y malicia. Por mucha idea que antes tuviese de la maldad de este animal, no se acercaba siquiera a la que ahora me habéis dado. Vuestra narración turba mi espíritu y me arrastra a una situación en que jamás me he visto. Recelo que mis sentidos, intimidados de las horribles imágenes que le habéis trazado, lleguen poco a poco a acostumbrarse a ellas. Aborrezco a los *yahous* de este país; mas ya les perdono todas sus cualidades odiosas, pues que la Naturaleza los ha hecho tales que carecen de razón para corregirse y gobernarse. ¡Que una criatura que se lisonjea de poseer esta razón como propia, sea capaz de cometer acciones tan detestables y de entregarse a excesos tan horribles! No puedo comprender cómo sea, al mismo tiempo que me convence de que el estado de los brutos es aún preferible a una razón corrompida y depravada. Pero, ¿vuestra razón es, en efecto, una verdadera razón? No será más bien un talento que la Naturaleza os ha dado para perfeccionar vuestros vicios? Demasiado me habéis dicho en orden a eso que llamáis *la guerra*: pasemos a otro tema que interesa mi curiosidad. Creo haberos oído que en esa tropa de *yahous* que os acompañaba en el buque había miserables a quienes los procesos habían arruinado y despojado de todo, y que era la ley la que los había puesto en tan triste estado. ¿Cómo puede ser que la ley produzca semejantes efectos? Además, ¿a qué esa ley? ¿Vuestro natural y vuestra razón no os bastan, no os prescriben con bastante claridad lo que debéis hacer y lo que no debéis hacer?

Respondí a *Su Honor* que no estaba suficiente-

mente versado en la ciencia de la ley: que apenas tenía algún corto conocimiento de la jurisprudencia por mis relaciones y trato con los abogados en el tiempo que les consultaba sobre mis negocios, pero que le enteraría de cuanto alcanzaba en la materia.

—El número—le dije— de los que se aplican a la jurisprudencia entre nosotros, o que hacen profesión de interpretar la ley, es tan crecido que excede al de las orugas, aunque no todos iguales en clase, nombre y distinciones. Como su multitud desmedida hace el oficio poco lucrativo, para sacar siquiera con qué mantenerse, tienen que recurrir a la industria y al manejo, por medio del maravilloso arte de probar en un discurso embrollado que lo negro es blanco y lo blanco es negro.

—¿Son éstos—me preguntó prontamente *Su Honor*—los que arruinan y despojan a aquellos otros por su habilidad?

—Así parece — le respondí, — y ahora os pondré un ejemplo para que podáis comprender mejor lo que os he referido. Supongamos que mi vecino tiene deseos de una vaca mía; al punto va a buscar a un procurador, esto es, un docto intérprete de la práctica de la ley que por la esperanza del premio haga ver que la vaca no me pertenece. Yo me veo obligado a buscar otro *yahou* de la misma profesión que defienda mi derecho, pues la ley no me permite hacerlo por mí mismo. La justicia es mía y mi derecho innegable; pero me hallo entre dos embarazos insuperables. Uno es que este *yahou* mi defensor está acostumbrado toda su vida a defender lo falso, y al verse encargado de defender la verdad pura y clara se halla como fuera de su elemento, sin saber por dónde ha de principiar: el segundo es que, a pesar de la sencillez del negocio que he puesto a su cuidado, debe precisamente embrollarlo para conformarse al estilo de sus compañeros, y alargarlo todo lo posible, porque de otro modo

le acusarían de que echaba a perder el oficio y daba mal ejemplo. En este apuro sólo me quedan dos recursos : el primero es ir a buscar al procurador contrario y tratar de sobornarle, dándole el duplo de lo que le ofreció su cliente : el segundo, que acaso os sorprenderá, pero que no es menos seguro, consiste en reencargar a mi defensor que haga ver a los jueces con la menos confusión, que efectivamente la vaca podría muy bien ser de mi vecino y no mía. Entonces los jueces, poco acostumbrados a las cosas claras y sencillas, prestarán más atención a su discurso y sutiles argumentos, hallarán gusto en escucharle, y fluctuando entre el *pro* y el *contra*, estarán mejor dispuestos para fallar en mi favor que si se redujese a probarles mi derecho en cuatro palabras.

Es una máxima entre los jueces que todo aquello que ha sido antes juzgado ha sido bien juzgado. Estas sentencias se conservan cuidadosamente en una Secretaría y son las que forman lo que llamamos Jurisprudencia ; de suerte que estando calificadas de autoridades, no hay cosa que no se pruebe y justifique con citarlas. Sin embargo, de algún tiempo a esta parte no dan tanta fuerza a la autoridad de cosa juzgada : citan juicios en *pro* y en *contra*, y se aplican a hacer ver que los casos no pueden ser jamás enteramente semejantes. He oído decir a un juez muy hábil que *las sentencias son para aquellos que las obtienen*. Por lo que hace a los demás, la atención de los jueces tal vez se inclina más hacia las circunstancias que al fondo del negocio ; por ejemplo, en el caso de mi vaca querrían saber si era roja o negra, si tenía los cuernos muy grandes, en qué campos acostumbraba pacer, cuánta leche daba cada día, etc. Bien reflexionado todo esto, van a consultar a las antiguas sentencias : a ciertos tiempos sale el proceso al bufete, y el que al fin de diez años está sentenciado no es poco feliz. También es digno de

notarse que los letrados tienen idioma aparte, una jerga que les es propia, un modo de producirse que los demás no entienden; ya veis que en tal laberinto el buen derecho puede confundirse fácilmente: que el mejor pleito no ofrece seguridad, y que si un extranjero distante trescientas leguas de mi país quisiese venir a disputarme una herencia que estuviese en mi familia trescientos años ha, acaso en treinta más no vería terminada la disputa ni se desenredaría del negocio.

—¡Qué lástima—exclamó *Su Honor*—que unas gentes de tanto genio y talento no se dediquen a otra cosa y hagan mejor uso de él! ¿No sería preferible que se ocupasen en dar lecciones sabias y virtuosas a los demás, partiendo sus luces con el público? Pues, a lo que entiendo, esas doctas gentes poseen, sin duda, todas las ciencias.

—Nada de eso—le repliqué,—ellos no saben más que su oficio ni se les puede hablar de otra materia, aborrecen las bellas letras y todas las otras ciencias. En el trato ordinario parecen estúpidos, pesados y groseros, hablo en general, sin que por esto dejen de encontrarse algunos espirituosos, agradables y galantes.

VI

DEL LUJO, LA INTEMPERANCIA Y ENFERMEDADES QUE REINAN EN EUROPA. — CARÁCTER DE LAS CORTES EUROPEAS.

No fué posible hacer comprender a mi amo por qué esta raza de practicantes era tan perjudicial y temible.

—¿Qué miras los conducen—me decía—a hacer tanto daño a los mismos que los mantienen? ¿Qué premio es ése que espera el procurador encargado de la defensa?

Respondíle que era dinero, y me costó algún trabajo hacerle entender la significación de este nombre. Le expliqué nuestras diferentes especies de monedas, los metales de que se fabrican y su utilidad, dándole a entender que el que llegaba a juntar mucho era feliz, pues podía procurarse buenos vestidos, buenas casas, grandes tierras, mucho regalo y las mejores mujeres, y que por esta razón no nos saciábamos nunca de dineros, y cuanto más teníamos más deseábamos, aprovechándonos hasta del sudor del pobre, que para sustentar su miserable vida trabajaba desde el amanecer hasta la noche sin un instante de descanso; todo en beneficio del ocioso rico.

—¡Cómo!—replicó *Su Honor*—¿no tienen parte en esa tierra todos los animales? ¿Hay algunos que carecen de derecho a los frutos que produce para su sustento? No sé por qué ha de haber *yahous* privilegiados que recojan por entero esos frutos con exclusión de sus semejantes; y cuando eso fuese por un derecho particular, ¿no debieran ser atendidos los que han contribuido con su trabajo a fertilizar la tierra?

—Nada menos que eso—le respondí;—justamente los que mantienen a los demás por medio del cultivo de las tierras son los que perecen de hambre.

—¿Y qué queréis significar—me preguntó—con la frase *mucho regalo* que aplicasteis a los que juntan dineros en vuestro país?

Tuve que pintarle la mesa de un poderoso, los exquisitos manjares que la cubrían y los diferentes modos de aderezarlos, sin reservar nada de cuanto me vino a la memoria: instruyéndole también de que para sazonarlos mejor y proveernos de buenos licores equipábamos navíos y emprendíamos largos y peligrosos viajes, de modo que para mantener convenientemente a cuatro mujeres distinguidas, era pre-

ciso despachar muchos navíos a las cuatro partes del mundo.

—Sobrado miserable será vuestro país—me dijo—cuando no puede mantener a sus habitantes: ni agua tenéis que beber si no atravesáis los mares.

Entonces le repliqué que la Inglaterra producía más frutos que todos sus habitantes podían consumir: que hacíamos bebidas muy buenas con el jugo de ciertas frutas o con el extracto de algunas granas, y que, en una palabra, nada faltaba a nuestras necesidades naturales; pero que para fomentar nuestro lujo y nuestra intemperancia enviábamos a los países extranjeros las producciones del nuestro, y traíamos en cambio cosas que nos destruían la salud y alimentaban nuestros vicios, siendo este amor al lujo, al regalo y al placer, el principio de todos los procedimientos de nuestros *yahous*; y como para conseguirlos eran necesarias las riquezas, de aquí provenían los ladrones, los perjuros, los aduladores, los sobornadores, los falsarios, los embusteros, los jugadores, los fantasmones, los malos autores, los envenenadores, los impúdicos, los charlatanes, los espíritus fuertes. Y después tuve que explicarle todos estos términos en particular.

—El trabajo que nos tomamos—añadí—de ir a buscar vinos en los países extranjeros, no es porque nos falten aguas ni otros buenos licores para beber, sino porque el vino nos pone de humor festivo hasta hacernos salir en cierto modo fuera de nosotros mismos, ahuyenta de nuestro espíritu toda idea seria, nos llena la cabeza de mil imaginaciones ridículas, restablece el valor, destierra el miedo y nos exime por algún tiempo de la tiranía de la razón. Surtiendo a los ricos de cuanto han menester es como nuestra plebe se mantiene. Por ejemplo, yo cuando estoy en mi patria, si he de ir vestido completamente según nuestro estilo, llevo sobre mí el trabajo de cien oficiales,

un millón de manos se han ocupado en fabricar y alhajar mi casa, y tal vez no ha bastado el duplo para vestir a mi mujer.

Iba a pintarle a ciertos *yahous* que pasan su vida al lado de los que se hallan amenazados de perderla, esto es, nuestros médicos, habiéndole dicho antes que la mayor parte de mis compañeros habían muerto de enfermedad en el viaje; pero apenas tenía alguna idea muy escasa de lo que es enfermedad, firmemente persuadido a que nosotros moríamos como todos los demás animales, o por flaqueza o por pesadez sobre el instante mismo de ir a expirar, excepto el caso de una herida. Para prevenirle con alguna instrucción de nuestra naturaleza y origen de las enfermedades, le declaré que comíamos sin tener hambre, bebíamos sin sed y pasábamos las noches enteras en beber licores ardientes, que no encontrando sustentc en el estómago, le estragaban, nos abrasaban las entrañas, y se difundía por todo nuestro cuerpo una flaqueza y angustia mortal. Que algunas de nuestras mujeres tenían cierto veneno que partían con sus amigos, y que este mal funesto, como otros varios, nacían a veces con nosotros mismos, heredados con la sangre. En fin, que sería nunca acabar el intentar pintarle todas las enfermedades a que estábamos sujetos, pues había cuando menos quinientas o seiscientas respectivas a cada miembro, y una infinidad de ellas correspondientes a cada parte, fuese interna o externa.

—Para curar estas enfermedades—proseguí—tenemos *yahous* que consagran su vida únicamente al estudio del cuerpo humano, tratan de extirparlas por medio de medicamentos eficaces, y luchan con la Naturaleza por alargar nuestros días.

Como era del gremio, expliqué con gusto a *Su Honor* el método de nuestros médicos, con todos los misterios de la medicina.

—Es preciso suponer—le dije—que cuantas enfermedades padecemos provienen de repleción, de lo que concluyen cuerdamente nuestros médicos que es necesaria la evacuación, bien sea por arriba o por abajo. Al intento se escogen ciertas hierbas, minerales, gomas, aceites, conchas, sales, excrementos, cortezas de árboles, serpientes, escuerzos, ranas, arañas, peces : de todo esto se compone una bebida cuyo olor y gusto abominable horrorizan, levantan el corazón y trastornan todos los sentidos : se llama emético y sirve para la evacuación superior. Luego mandan sacar de sus almacenes otras drogas que nos hacen tomar según su capricho, ya como purga que arranca las entrañas, o ya como clíster que lava y relaja los intestinos, y raciocinan de este modo : «La Naturaleza, muy ingeniosa, nos ha dado el orificio superior y visible para ingerir, el inferior y secreto para evacuar, es así que la enfermedad invierte el orden natural del cuerpo, luego es necesario que el remedio obre por el mismo estilo para combatir a la Naturaleza, invirtiendo el uso de los orificios, esto es, tragar por el inferior y evacuar por el superior. Padecemos otras enfermedades que nada tienen de real sino la idea. A los que adolecen de ellas llamamos enfermos imaginarios, y para curarlos hay remedios imaginarios también ; pero es el caso que nuestros médicos los aplican frecuentemente a los males reales. Las violentas enfermedades de imaginación atacan en general a las mujeres, para las cuales conocemos específicos que surten un efecto maravilloso.

En la contiución de nuestras conferencias llegué a merecer a mi amo una expresión, a la verdad, demasiado lisonjera. Como solía hablarle de las personas de calidad de Inglaterra, me dijo que vivía persuadido de que yo era de la primera nobleza porque notaba en mí otra finura y mejor presencia que en

ninguno de sus *yahous*, aunque no les igualase en fuerza y agilidad : que esto provenía sin duda de mi diferente modo de vida, y que además gozaba el don de la palabra con algunos principios de razón que descubriría, y podrían perfeccionarse con el tiempo y su trato.

A propósito me hizo la reflexión de que entre ellos no eran tan bien formados los *houyhnhnms* blancos y alazanes oscuros como los bayos, los tordillos y los negros, ni aquéllos sacaban el mismo talento y disposiciones que éstos, por cuya razón permanecían siempre en el estado de servidumbre que les correspondía, sin poder aspirar jamás al de amos, porque se miraría en el país como una cosa enorme y monstruosa.

—Es preciso—añadió—mantenerse en aquella clase que la Naturaleza destinó ; lo contrario sería ofenderla o rebelarse contra ella. Pero vos creo que habéis nacido el mismo que sois, pues hubisteis del Cielo vuestra nobleza, esto es, vuestro talento y buena índole.

Di a *Su Honor* las más rendidas gracias por el alto concepto con que me favorecía, y al mismo tiempo le aseguré con ingenuidad que mi nacimiento era muy humilde, sin otro lustre que el de unos padres honrados, celosos de mi educación.

—Nuestra nobleza—le dije—no es lo que habéis imaginado : desde niños, acostumbrados a la ociosidad y al lujo, luego que la edad lo consiente, se abandonan a la disolución, contraen enfermedades odiosas, consumen toda su hacienda, y cuando se ven ya arruinados suelen casarse con una mujer plebeya, contrahecha y enferma, con tal que sea rica ; ya veis qué puede producir una unión semejante si no es hijos imperfectos, raquíuticos, escrofulosos y deformes, que si la prudente madre no lo previene, sigue a veces hasta la tercera generación. De aquí es que en nues-

tro país un cuerpo seco, flaco, descarnado, débil, enfermo, se ha hecho una insignia de nobleza, tanto que no influye el mejor concepto el ver un joven de un espíritu algo culto, justo y recto, sin nada de caprichoso, afeminado, brutal, fantástico, libre y necio.

VII

PARALELO DE LOS «YAHOUS» Y LOS HOMBRES

El lector se habrá escandalizado acaso de la fiel pintura de la especie humana que emprendí desde luego, hablando con un animal orgulloso que había concebido ya una opinión bastante mala de todos los *yahous*; mas confieso que el carácter de los *houyhnhnms* y excelentes cualidades de aquellos virtuosos cuadrúpedos habían causado tanta impresión en mi ánimo, que no podían entrar en el cotejo de unos y otros sin despreciar a mis semejantes, y este desprecio fué el que me obligó a tratarlos como indignos de todo respeto o simulación. Por otra parte, mi amo, que con su perspicacia natural advertía cada día en mí nuevos defectos que yo jamás había conocido, o cuando más había mirado como leves imperfecciones, me había inspirado en juiciosas censuras tal espíritu de crítica y aversión a nuestra sociedad, que en vista de su amor a la verdad no pude menos de detestar la mentira evitando todo disfraz en mis relatos.

Todavía daré otra prueba de mi sinceridad, y es que al año de estar en compañía de los *houyhnhnms* era tanta la estimación, respeto y veneración que les profesaba, que estuve resuelto a quedarme entre ellos y concluir mis días en aquella dichosa comarca adonde el Cielo me había llevado para enseñarme a cultivar la virtud. ¡Ojalá mi resolución hubiera sido más firme! pero la suerte que siempre me ha perseguido no quiso que gozase de su felicidad. Como quiera que sea, ahora que estoy en Inglaterra, me alegro

de haberles callado las tres cuartas partes de nuestros vicios y extravagancias ; pues algo había de hacer por mis compatriotas, y cuando no tenía este arbitrio usaba de restricciones mentales y procuraba decir lo que no era sin mentir. Sobre todo, ¿quién es el que no guarda algo de parcialidad hablando de su patria amada?

Hasta aquí lo substancial de las conversaciones sueltas con mi amo en todo el tiempo que tuve la honra de estar en su servicio, aunque por no parecer molesto os he omitido varios artículos. Al cabo me mandó llamar una mañana muy temprano y haciéndome tomar asiento bastante cerca de él (honor que hasta entonces no había obtenido), me habló de esta manera :

—He repasado en mi espíritu todo cuanto me habéis dicho, tanto vuestro como de vuestra patria : veo claramente que todos tenéis una vislumbre de razón, que no alcanzo de dónde pueda haberos venido ; pero también veo que no hacéis más uso de ella que para acrecentar vuestros defectos naturales y adquirir otros que la Naturaleza no os ha dado. Lo cierto es que en la figura os asimiláis enteramente a los *yahous* de este país : que no os distinguiría si tuviérais su fuerza, su agilidad y las garras más largas, y que en cuanto a las costumbres son las mismas. Ellos se aborrecen de muerte unos a otros, sin duda porque les horroriza su fealdad no pudiendo considerarla ninguno en sí mismo. Vosotros, con ese pequeño grano de razón que gozáis, habéis prevenido el inconveniente y procuráis cubrirla para no haceros odiosos, bien sea por prudencia o por amor propio ; mas, a pesar de vuestra precaución, no os aborrecéis menos, pues veo que os dividen otros motivos de desavenencia que reinan también en nuestros *yahous*. En efecto, si echamos a cinco una porción de carne que sobraría para cincuenta, estos cinco animales glo-

tones y voraces en vez de comer pacíficamente su abundante ración, se abalanzan unos a otros, se muerden, se desgarran y cada uno quiere comerlo todo; de suerte que tenemos que darles de comer aparte y atar a los que han acabado porque no vayan a arrojar sobre los demás. Si en las inmediaciones muere alguna vaca desgraciadamente o de vejez, en el instante que saben la agradable nueva acuden atropelladamente a cual más pronto llega para apresarla, riñen, se arañan, se despedazan hasta declararse la victoria, y si no se matan es porque no tienen la razón que los *yahous* de Europa para inventar esas máquinas destructoras ni esas armas ofensivas. Se encuentran en algunos parajes de esta comarca ciertas piedrecillas brillantes de diferentes colores, que nuestros *yahous* aman al exceso. ¡Qué esfuerzos no hacen para sacarlas de la tierra donde regularmente suelen estar encajadas! Las llevan a sus establos, hacen un montón y las guardan con el mayor cuidado como si fuera un tesoro, procurando que no lo vean sus camaradas; sin que hayamos podido indagar de qué proviene esta violenta inclinación, ni para qué puedan serles útiles. Pero ahora advierto ser efecto de esa misma avaricia vuestra que me habéis pintado, porque una vez habiéndole quitado a uno su amado tesoro, cuando fué a buscarlo y se halló sin el objeto de su pasión, prorumpió en espantosos aullidos, se puso furioso, se desmayó, quedó macilento, no comía, no dormía ni podía trabajar hasta que di orden a uno de mis criados de que lo volviese al sitio de donde lo había sacado. Entonces recobró su espíritu y buen humor el *yahou*, y no se olvidó de esconder su depósito en otro lugar.

Sucede frecuentemente que estando algún *yahou* ocupado en sacar una piedrecilla de éstas llega otro a disputársela, y mientras riñen se la lleva un tercero y decide el pleito. En vuestro país, por lo que

os he oído, no son tan breves y baratos los procesos. Aquí ambos litigantes (si es que puede dárseles este nombre) quedan como se estaban; pero allá parece que ordinariamente pierden lo que pretenden tener y lo que tenían.

Domina a veces en nuestros *yahous* una fantasía cuya causa no hemos podido descubrir. Gordos, bien mantenidos y tratados por sus amos, vertiendo salud y lozanía, caen repentinamente en una angustia, disgusto y melancolía que los pone mohinos y estúpidos. Huyen de sus camaradas, no quieren comer, y se retiran a un rincón de su establo como abismados en sus tristes pensamientos. No hemos encontrado otro medio de curarlos, cuando están así, que el de despertarlos con un tratamiento algo duro, y emplearlos en trabajos penosos que ponen en movimiento sus espíritus volviéndoles su vivacidad natural. Al oír esta pintura a mi amo, me acordé de mi país, donde se ven a menudo los mismos casos: hombres colmados de bienes y honores, sanos y robustos, rodeados de delicias, exentos de toda inquietud, contraer de un instante a otro la tristeza más cruel, aniquilarse, hacer gravosos a sí mismos, consumirse en reflexiones quiméricas, aflagirse, aletargarse y no volver a hacer el menor uso de su ánimo siempre poseído de vapores hipocondríacos. Vivo persuadido de que el remedio único es el que aplican a los *yahous*: vida laboriosa y dura es un excelente régimen contra la tristeza y melancolía. Yo lo he experimentado y no puedo dejar de aconsejárselo al lector, cuando se halle en semejante estado, exhortándole al mismo tiempo a que, para quitar el peligro, procure no estar nunca ocioso; y si por desgracia no tuviese ocupación en la sociedad, debe saber que hay gran diferencia de no hacer nada a no tener nada que hacer.

—Nuestros *yahous*—prosiguió mi amo—muestran suma afición a cierta raíz muy jugosa, que buscan con

ansia para chuparla y de que jamás se ven hartos. Luego se le ve tan pronto arañarse como acariciarse, aullar, hacer gestos, bailar, revolcarse por el suelo, echarse a rodar hasta que se quedan dormidos en cualquier lodazal.

Las *yahous* aparentan rubor y excusas al galanteo de los machos: no sufren caricias a presencia de otros, la más pequeña libertad en público las ofende, las irrita y las exaspera. Sólo cuando ven fuera de camino algún *yahou* joven bien formado, suelen estos castos seres esconderse detrás de un árbol o de una mata sin precaverse de que el *yahou* la vea, y si las persigue echan a huir mirando siempre hacia atrás, de modo que regularmente llegan ambos a un tiempo al bosque o quebrada más inmediata. Esto basta para que no olvide el sitio de allí adelante, ni él se descuide en concurrir, a menos que a uno u otro le detenga otra aventura igual en el camino, pues la casualidad es común. Ellas, por otro lado, se complacen en verles lidiar, morderse y desgarrarse por sus amores después que han sido la causa de la pendencia; y aunque también son el premio del vencedor, tal vez es para arañarle un poco más o para ser arañadas si se cambia la suerte. He aquí el fin de todos sus amores, pero quieren extremadamente a sus hijos, tanto ellas como los machos, que de buena fe se creen sus padres y les hacen tiernas caricias.

Bien temí que iba *Su Honor* a extenderse más sobre las costumbres de los *yahous*, sin perdonar ninguna de las que por desgracia nos comprenden: sonrojándome anticipadamente, en honor de mi especie, de los infames vicios que reinan entre sus *yahous*, y que acaso hubieran sido una horrenda imagen del imperio de nuestra disolución: disolución superior a nuestro deleite, en que la Naturaleza misma se busca y no se encuentra, haciéndonos reprehensibles hasta de los brutos.

VIII

FILOSOFÍA Y COSTUMBRES DE LOS «HOYHNHMS»

La relación de mi amo me puso en deseo de examinar personalmente las inclinaciones y modales de los *yahous*, con cuya idea solía pedirle licencia para ir a verlos, que nunca me negó porque sabía mi aversión a aquellos animales, y así no temía que el trato y comercio con ellos pudiese contagiarme; sólo sí por evitar algún suceso funesto, mandó que me acompañase siempre un corpulento caballo alazán-tostado, criado suyo muy leal y de un natural muy bueno.

Desde el primer día advertí que mi figura no les causaba demasiada novedad; si alguna desemejanza hallaban era por el vestido, hasta que me vieron el pecho y los brazos desnudos. ¡Qué carcajadas de risa daban y cuánta burla hicieron! Ya entonces se atrevieron a acercarse a mí y, poniéndose en jarras, andaban en dos pies, levantando la cabeza y remedándose en todo lo posible, no con muy buena intención, como se ve en los monos salvajes respecto a los domésticos que miran armados de vestido, medias y sombrero.

Pero solamente un fracaso tuve con ellos, y fué que, viéndome bañar con motivo del excesivo calor una joven *yahousa*, se arrojó al agua y me abrazó con toda su fuerza. Yo creí que iba a despedazarme entre sus uñas y principié a gritar: acudió el brioso alazán, y la *yahousa*, temerosa de sus amenazas, huyó, siendo lo más particular que a pesar del furor que la animaba y la rabia que centelleaba en sus ojos, no me hizo el menor arañazo siquiera. Con todo, no me evitó la vergüenza de oír contar en casa la ridícula aventura, y cómo la celebraba mi amo con la familia. No sé si será del caso advertir que esta *yahousa*

tenía el pelo negro y la piel mucho menos morena que las demás.

Habiendo dicho que pasé tres años enteros en aquel país, el lector esperará precisamente que, como buen viajero, le haga una amplia descripción de sus habitantes, esto es, de los *houyhnhnms*, explicándole por menor sus usos y costumbres, sus máximas y sus modales. Voy a hacerlo sobre la marcha en muy pocas palabras.

Como los *houyhnhnms*, que son los dueños y únicos animales dominantes en aquella comarca, nacen todos con disposición a la virtud sin la más leve idea de lo que es maldad en comparación de una criatura racional, su principal máxima es la de cultivar y perfeccionar su razón, llevándola por guía en todas las acciones de la vida. Entre ellos la razón no produce problemas como entre nosotros, ni forma argumentos igualmente verosímiles en pro que en contra. No saben reducir las cosas a cuestión, ni defender opiniones absurdas y máximas indecentes y perniciosas con el auxilio del *probabilismo*. Todo cuanto dicen lleva la convicción al espíritu, porque no se propasan a lo obscuro o dudoso, ni a cosa que esté disfrazada o desfigurada por las pasiones e intereses. Así me costó tanto trabajo hacer entender a mi amo esta palabra *opinión*, ni cómo era posible que disputásemos tan continuamente sin conformarnos casi nunca.

—La razón—decía él,—¿no es inmutable? ¿La verdad no es siempre una? ¿Deberemos afirmar como cierto lo que es dudoso? ¿Hemos de negar positivamente lo que no vemos con claridad que no puede ser? ¿Por qué fomentáis cuestiones que la evidencia no puede decidir, o en que (tómese el partido que se quiera) os hallaréis siempre sujetos a la duda y a la incertidumbre? ¿De qué sirven todas esas conjeturas filosóficas, todos esos vanos razonamientos sobre materias incomprensibles, todas esas investiga-

ciones estériles y esas disputas eternas? El que tiene buenos ojos no tropieza : con una razón pura y perspicaz no se debe altercar, y pues vosotros lo hacéis, es preciso que vuestra razón esté cubierta de tinieblas o que aborrezcáis la verdad.

La filosofía de aquel caballo era por cierto admirable. Sócrates no pudo razonar con más juicio. Si nosotros siguiéramos estas máximas, hubiera seguramente en Europa menos errores que los que hay ; ¿pero qué sería entonces de nuestras bibliotecas? ¿Qué de la reputación de nuestros sabios y del negocio de los libreros? La república de las Letras no sería otra que la de la razón, y no habría en las Universidades más escuelas que la del sano juicio.

Amanse los *houyhnhnms* fraternalmente entre sí : se ayudan, se alivian y se sostienen recíprocamente. No conciben celos ni envidia de la fortuna de su vecino. No conspira el uno contra la vida y libertad del otro : ellos se creerían infelices si cualquiera de su especie lo fuera, y dicen a ejemplo de un antiguo : *Nihil caballini a me lieuum puto*. No hablan mal los unos de los otros : la sátira no encuentra entre ellos ni principio ni objeto : los superiores no abruman a los inferiores con el peso de su esfera y autoridad : su conducta sabia, prudente y moderada no da jamás ocasión a la murmuración : la dependencia es un vínculo, no un yugo ; y el poder, siempre sumiso a las leyes y a la equidad, es respetado sin violencia.

Sus matrimonios son algo más iguales que los nuestros. El macho elige esposa del mismo color que él : un tordillo casará siempre con una tordilla, y así de los demás. No se ve mudanza, trastorno ni degradación en las familias : los hijos son como los padres. Sus blasones y títulos de nobleza consisten en su figura, en su marca, en su fuerza, en su color : cualidades que se perpetúan en su posteridad, de suerte que no

se ve un caballo magnífico y suntuoso engendrar jamás un rocín, ni de una yegüezuela nacer un hermoso caballo, como sucede frecuentemente en Europa.

Allí no se conoce el adulterio : la consorte es siempre fiel al marido, como el marido a su consorte.

El divorcio y la separación, aunque permitidos, no ofrecen ejemplar. Los maridos son unos eternos galanteadores de sus esposas, y éstas siempre sus damas. Ellos no son imperiosos : ellas no se ostentan altaneras ni se niegan a lo que el derecho ha conformado con su constitución.

La castidad recíproca es el fruto de su razón ; no del temor, de los respetos ni del capricho. Son castos y fieles, pues por la dulzura de la vida y buen orden prometieron serlo, que es en lo que fundan esta virtud, al paso que miran como un vicio condenado por la Naturaleza la negligencia de propagación legítima en la propia especie y detestan cuanto puede impedir-la o retardarla en algún modo.

Crian a sus hijos con un cuidado inmenso : mientras la madre atiende al cuerpo y la salud, el padre vela sobre el alma y la razón. Procuran reprimir en ellos cuanto es posible el ímpetu y fuegos de la juventud : los casan sin pérdida de tiempo según lo dicta la razón y los estímulos de la Naturaleza, y entretanto sólo les permiten una concubina que está en la clase de criada y que en el instante que se casan es despedida.

La educación de las *houyhnhnms* es casi la misma que la de los machos. Sobre este punto me acuerdo que censuraba mi amo de ridículo e imprudente nuestro método, diciendo que la mitad de nuestra especie no tenía otro talento que el de multiplicarla.

El mérito de los machos consiste principalmente en sus fuerzas y agilidad : el de sus compañeras en la docilidad y dulzura. Si una de éstas saca por casualidad cualidades de macho, la buscan un marido

que tenga cualidades contrarias y queda todo compensado, como sucede a veces entre nosotros, que la mujer es el marido y el marido la mujer; de suerte que ni aun en este caso degenera la sucesión: pues heredan y perpetúan dichosamente las propiedades de los que les dieron el ser.

IX

PARLAMENTO DE LOS «HOUYHNHNS».—CUESTIÓN IMPORTANTE TRATADA EN ESTA ASAMBLEA DE TODA LA NACIÓN.—PORMENORES DE ALGUNOS USOS DEL PAÍS.

Durante mi estancia en aquel país, y como tres meses antes de mi partida, hubo una asamblea general de toda la nación, o Parlamento en que se trató un negocio que había estado ya mil veces sobre el bufete: una cuestión que solamente ella pudo dividir jamás los ánimos de los *houyhnhns*. Mi amo asistió como diputado de su cantón, y me refirió en casa cuanto había pasado sobre el asunto.

Tratábase de decidir si convendría exterminar absolutamente la raza de los *yahous*. Uno de los miembros sostenía la afirmativa, apoyando su voto sobre diversas pruebas muy fuertes y muy sólidas. Alegaba que el *yahou* era el animal más deforme, perjudicial y perverso que había producido la Naturaleza, no menos maligno que indócil, siempre maquinando cómo ofender a los demás. Trajo al intento una antigua tradición esparcida por el país, según la cual no siempre había habido *yahous* en él, sino que en tal siglo habían aparecido dos en la cima de una montaña, ya que hubiesen salido del limo craso y glutinoso fermentado por los rayos del sol o ya que la espuma del mar los hubiese engendrado, y que estos dos *yahous* habían procreado tanto que el país se hallaba todo infestado. Que para prevenir los daños de semejante multiplicación, los *houyhnhns* de otros tiempos ha-

bían dispuesto una caza general en que habían tomado una infinidad de ellos, y después de haber destruído a todos los viejos habían reservado los más jóvenes con el fin de domesticarlos en cuanto permitiese su malignidad y destinarlos al tiro y carga. Que lo muy cierto de la tradición era no ser los *yahous ylnhuiamshy*, esto es, *ebortgenos*. Y últimamente que, habiendo incurrido los habitantes del país en el imprudente capricho de servirse de *yahous*, habían abandonado sin motivo el uso de los jumentos, animales bellísimos, tan dóciles, pacíficos y humildes, incansables y de poca costa; pues aunque tenían el defecto de la voz algo desagradable, no lo era tanto como la de la mayor parte de los *yahous*.

Otros muchos oradores peroraron con igual elocuencia, pero con alguna variedad en cuanto al asunto, hasta que, al fin, poniéndose en pie mi amo, propuso un prudente arbitrio, de cuya idea me era deudor. Entró confirmando con su voto la tradición vulgar, y apoyó todo lo que sabiamente había dicho sobre este punto de historia el *Honorabilísimo* miembro que acababa de hablar, a que añadió: que en su concepto aquellos dos *yahous* de quienes se trataba habían venido de países ultramarinos, y que, abandonados de sus camaradas sobre la costa, se habían acogido a los bosques y montañas, donde con el tiempo su naturaleza había variado hasta declinar en salvajes y feroces, sin semejanza alguna de todos los demás de su especie que habitaban en climas remotos. En corroboración de ello, recordó que tenía en su casa, tiempo había, un *yahou* muy particular de quien precisamente habrían oído hablar todos los individuos de la Asamblea, y algunos le habían visto. Seguidamente refirió cómo me había encontrado, y que mi cuerpo estaba cubierto de una composición artificial de pelos de bestias. Dijo también que poseía mi poco de idioma propio, aunque ya había apren-

dido perfectamente el de ellos, por cuyo medio había logrado saber cómo había sido conducido allí; y que habiéndome visto despojar de aquella cubierta y desnudo, había observado que era un verdadero *yahou*, con la sola diferencia de tener la piel blanca, poco pelo y las garras muy cortas.

—Este *yahou* extranjero—prosiguió—ha querido persuadirme de que en su país y otros muchos que ha corrido, los *yahous* son los únicos animales racionales, dominantes y maestros, y de que los *houyhnhnms* viven en esclavitud y miseria. El tiene, sin disputa, todas las cualidades exteriores de nuestros *yahous*; pero es preciso confesar que manifiesta otro comedimiento y aun indica alguna tintura de razón, no porque discorra como un *houyhnhnm*, sino que posee sus ciertos conocimientos y luces muy superiores a los de nuestros *yahous*. En medio de todo esto, señores, os va a sorprender una cosa, a que os ruego apliquéis toda vuestra atención. ¿Lo creeréis? Pues él mismo me ha asegurado que en su país hacen eunucos a los *houyhnhnms* desde su más tierna juventud: que así los domestican y amansan, y que la operación es fácil y nada peligrosa. ¿Será esta la primera vez, señores, que las bestias nos han dado alguna lección o que hayamos seguido su útil ejemplo? ¿La hormiga no nos enseña a ser industriosos y prevenidos? ¿A quién debemos los primeros elementos de la arquitectura sino a la golondrina? Concluyo, pues, que se pudiera muy bien introducir en esta comarca con respecto a los jóvenes *yahous* el uso de la *castración*: de este modo conseguiríamos la ventaja de hacerlos dóciles, humildes y pacíficos, a más de ir destruyendo poco a poco la perversa raza. Opino juntamente que se debe estimular a todos los *houyhnhnms* a la importante cría de los jumentitos, animales sin duda preferibles a los *yahous* por todos conceptos, y especialmente porque a la edad de cinco años princi-

pian ya a servirnos, cuando el *yahou* no es capaz de nada hasta los doce.

Esto fué todo lo que mi amo me contó de los asuntos tratados en la asamblea, reservándome otro que era el que más me interesaba, como particular a mi persona. ¡ Ah! la principal época de mi vida desdichada, cuyos tristes efectos percibí bien pronto. Pero, antes de entrar en este tema, es menester decir algo del carácter y usos de los *houyhnhnms*.

Los *houyhnhnms* no tienen librerías, ni saben leer ni escribir, y por consiguiente toda su ciencia es la tradición. Como es un pueblo pacífico, modesto, unido, virtuoso, muy racional y sin ningún comercio con el extranjero, los grandes sucesos son allí muy raros y todos los puntos de su historia dignos de noticia pueden conservarse fácilmente en la memoria sin abrumarla.

Ellos no conocen enfermedades ni médicos. Por lo que a mí toca, no me atreveré a decidir si la falta de éstos proviene de la de aquéllas o si la de aquéllas proviene de la de éstos. Ni es decir que no padezcan algunas veces sus ligeras indisposiciones: pero saben curárselas con facilidad mediante el conocimiento que tienen de las plantas y hierbas medicinales, por el continuo estudio de la botánica en sus paseos y frecuentemente en sus comidas.

Su poesía es muy bella y sobre todo muy armoniosa. No consiste en juguetes familiares y bajos, ni en un lenguaje afectado, ni en una jerga extravagante, ni en chistes epigramáticos, sutilezas obscuras, antítesis pueriles, las *agudezas* de los españoles, los *concetti* de los italianos, ni en las figuras violentas de los orientales. La gracia y precisión de los símiles, la riqueza y exactitud de las descripciones, la relación y viveza de las imágenes son la esencia y carácter de su poesía. En los admirables trozos de sus mejores poemas que mi amo solía recitarme tal cual

vez, yo notaba claramente ya el estilo de Homero, ya el de Virgilio, ya el de Milton.

Cuando muere un *houyhnhnm* ni se aflige ni se alegra nadie. Sus parientes más próximos, sus más íntimos amigos todos miran su muerte con los ojos secos y tranquilos. El moribundo tampoco demuestra sentimiento de dejar el mundo: parece despedirse de una tertulia en que ha estado largo tiempo para volver a ella el día siguiente. Así sucedió que, habiendo citado mi amo a un amigo para que concurrese a casa con toda su familia a fin de tratar un negocio importante, llegó la hora señalada y nadie parecía. Estábamos cuidadosos de la tardanza cuando vimos entrar a su esposa con dos hijos, la cual nos pidió con la mayor tranquilidad que disimuláramos la falta, pues acababa de morir su marido de un accidente imprevisto, y aun no se sirvió de la voz *morir*, que es malsonante entre ellos, sino de *shnuwnh*, que literalmente quiere decir *ir a buscar a su abuela*. Estuvo muy placentera en la visita, y tres meses después murió ella con la misma serenidad en la más deliciosa agonía.

Los *houyhnhnms* viven comúnmente setenta o setenta y cinco años, y algunos hasta los ochenta. No se asustan aunque por lo regular prevén su muerte bastante tiempo antes. Reciben gustosos a sus amigos que van a anunciarles un feliz tránsito, y en los diez días últimos el futuro muerto, que rara vez se equivoca en su cálculo, sale de ceremonia en litera conducida por sus *yahous* a despedirse de los que le han visitado, como si fuese a dejar un país para pasar en otro el resto de su vida.

Debo advertir aquí que los *houyhnhnms*, careciendo su lengua de términos con que explicar lo malo, se sirven de metáforas tomadas de la deformidad y malas propiedades de los *yahous*. Así cuando quieren expresar la imprudencia de un criado, el defecto

de un hijo, una herida que recibieron, un mal temporal u otra cosa semejante, nombran el sujeto y añaden simplemente el epíteto *yahou*, de este modo : para explicar los ejemplos que acabo de poner, dirían ellos *hghm yahou*, *whnaholm yahou*, *ynlhndwihlma yahou* ; que una casa está mal construída : *ynlmnh-rohlnn yahou*.

El que desee saber más de los usos y costumbres de los *houyhnhnms* habrá de esperar, si gusta, a que concluya un grueso tomo *in quarto* que estoy componiendo sobre la materia. Entre tanto ruego al público se contente con este epítome, permitiéndome que acabe de contarle el resto de mis aventuras.

X

FELICIDAD DEL AUTOR EN EL PAÍS DE LOS «HOU-YHNHNMS». — DELICIAS QUE ENCUENTRA EN SU CONVERSACIÓN.—MODO DE VIDA QUE EMPRENDE ENTRE ELLOS.—ES DESTERRADO DE LA COMARCA POR DECRETO DEL PARLAMENTO.

He amado siempre el orden y la economía, por lo que en cualquiera situación que me haya visto nunca he dejado de arreglarme un establecimiento industrial para vivir con método. Mi amo me había señalado habitación como a seis pasos de distancia de su casa en una especie de barraca a estilo del país, y poco más o menos que las de los *yahous*, sin aliño ni comodidad ; pero yo me eché a buscar arcilla, levanté cuatro paredes con su techo, y de juncos fabriqué una estera para cubrirle. Recogí cáñamo, que allí crece naturalmente por todas partes, y habiéndole beneficiado tejí una especie de bolsa, la llené de plumas de pájaros, y me proveía de cama mullida y cómoda. Hice una mesa y una silla con ayuda del alazán, sin más instrumentos que mi cuchillo. Cuando me vi sin vestido, me procuré uno nuevo de pieles

de conejo forrado con las de otros animales llamados *nuhnch*, que son muy hermosos, poco menos grandes y de un pelo tan fino que también me servía para hacer medias bastante buenas. Remonté mis zapatos con tablitas bien afianzadas al cordobán, y luego que éste acabó de romperse lo reemplacé con piel de *yahou*. En cuanto a mi alimento, tengo dicho lo que hacía, y además sacaba miel de los troncos de los árboles, que comía con el pan de avena. En suma, nadie experimentó jamás como yo que la Naturaleza se contenta con muy poco y que la necesidad es la madre de la invención.

Gozaba una salud perfecta y una tranquilidad de ánimo inalterable. No me veía expuesto a la inconstancia o traición de los amigos ni a los lazos invisibles de los enemigos ocultos. No me tentaba el vergonzoso deseo de ir a hacer la corte a un personaje o a su dama, por conseguir el honor de su protección y privanza. No conocía la necesidad de caucionarme contra el fraude y la opresión. Allí no había soplones, ni se ganaba albricias alevosas, ni menos había policía crédula, loca y mal intencionada. Mi honor no corría el riesgo de verse ajado por acusaciones indignas, ni mi tranquilidad perturbada por conjuraciones perversas. No había médicos ignorantes que me envenenasen, abogados imprudentes que causasen mi ruina, ni autores adocenados que me fastidiasen. No me miraba rodeado de bufones, murmuradores, censuradores, calumniadores, petardistas, rateros, truhanes, jugadores, impertinentes novelistas, *espíritus fuertes*, hipocondríacos, balbucientes, disputadores, gentes de partido, seductores, charlatanes. Allí nada de comerciantes usureros, nada de bribones afectados, espíritus superficiales, pisaverdes, petimetres aturdidos, espadachines ni borrachos: nada de disolutas, ni bachilleras. No herían mis oídos discursos licenciosos e impíos. La presencia de un pícaro enri-

quecido y ensalzado nunca ofendía mis ojos, ni la de un hombre de bien abandonado a su virtud, como a su mal destino.

Lograba el honor de conversar frecuentemente con los señores *houyhnhnms* que concurrían a la casa, permitiéndome mi amo esta confianza porque me aprovechase de sus instrucciones : de cuando en cuando me hacían sus preguntillas, y no se desdeñaban de oír mis respuestas. Otras veces me llevaba mi amo a sus visitas ; pero nunca hablaba, a menos que me preguntasen : de suerte que yo representaba propiamente el papel de oidor, aunque con una satisfacción inmensa porque todo cuanto oía era útil y agradable, siempre expresado en muy pocas palabras y con gracia. Allí brillaba la más exacta compostura sin etiqueta ; cada uno decía y escuchaba lo que podía acomodarle, sin interrumpirse unos a otros, ni molestarse con relaciones largas y fastidiosas. Tampoco disputaban jamás ni altercaban.

Llevaban por máxima que en una tertulia es bueno que reine el silencio de cuando en cuando, y yo creo que tenían razón. En este intervalo, o en esta especie de tregua, el espíritu se llena de nuevas ideas, y la conversación vuelve después más viva y enérgica. Las suyas rodaban ordinariamente sobre las ventajas y delicias de la amistad, los deberes de la justicia, la bondad, el buen orden, las operaciones admirables de la Naturaleza, las antiguas tradiciones, las condiciones y límites de la virtud, las reglas invariables de la razón : algunas veces sobre las decisiones de la asamblea inmediata, y frecuentemente sobre el mérito de sus poetas y cualidades de la buena poesía.

Puedo lisonjearme sin vanidad de que también yo fomentaba alguna vez las conferencias, esto es, que les daba ocasión a razonamientos muy bellos, cuando mi amo solía hablarles de mis aventuras y

noticias de mi país ; aunque sus reflexiones no eran las más honrosas al linaje humano, por cuya razón debo callarlas. Sólo diré que mi amo indicaba conocer mejor que yo la naturaleza de los *yahous* que habitan en otras partes del mundo : él descubría el manantial de todos nuestros extravíos : profundizaba en la materia de nuestros vicios y locuras, y adivinaba una porción de cosas que yo no le había revelado. Esto no debe parecer increíble, pues conocía a fondo sus *yahous*, suponía a lo que podía llegar un cierto gradito de razón en ellos, tiraba su cálculo y nada discrepaba.

No puedo negar que las cortas luces y alguna filosofía que hoy tengo, lo adquirí de las sabias lecciones de aquel buen amo y de las conversaciones con sus juiciosos amigos, conversaciones preferibles a las doctas sesiones de las academias de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Profesaba a todos aquellos ilustres personajes una inclinación llena de respeto y de temor, sintiéndome penetrado de reconocimiento a la bondad que habían usado conmigo de no confundirme con sus *yahous* y aun acaso de creerme menos imperfecto que los de mi país.

Cuando repasaba la memoria de mi familia, amigos y compatriotas, y del linaje humano, en general, se me representaban como una cuadrilla de *yahous* cuanto a su carácter y exterior, sin más diferencia que alguna civilización con el don de la palabra y un asomo de razón. Siempre que consideraba mi figura en el agua pura de un arroyo, volvía presuroso la cabeza, no pudiendo sufrir la vista de un animal que me parecía tan feo como un *yahou*. Mis ojos, acostumbrados a la noble presencia de los *houyhnhnms*, no encontraban hermosura animal sino en ellos. A fuerza de mirarlos, había tomado un poco de su aire y gesto, de su planta y modo de andar, y aun ahora que estoy en Inglaterra me dicen a veces mis ami-

gos que trote como un caballo : que cuando hablo y me río parece que relincho. Todos los días me gastan bromas acerca de esto, aunque nunca me enojo.

En aquel estado feliz, cuando mejor gustaba las dulzuras de un completo reposo, que me creía tranquilo por todo el resto de mi vida, y en la disposición más agradable y digna de envidia, un día me mandó llamar mi amo más temprano de lo ordinario. Luego que me presenté advertí en él una seriedad que no acostumbraba, y un desasosiego que le embarazaba para hablarme. Pasado un rato en melancólico silencio, prorrumpió en este discurso :

—No sé, hijo mío, cómo tomaréis lo que voy a deciros. Sabed que en la última junta de la asamblea, con ocasión del asunto de los *yahous* que salió del despacho, un diputado dijo que era indecente y vergonzoso que tuviese en mi casa a un *yahou*, tratándole como si fuese un *houyhnhnm* : que me había visto conversar con él tan lleno de satisfacción como si estuviera con uno de mis semejantes, y que éste era un proceder contrario a la razón y a la Naturaleza, sin ejemplo en nuestra comarca. En su consecuencia, me ha exhortado la asamblea a una de dos cosas : o que os ponga con los demás *yahous* que van a castrar el primer día, o que os destierre al país de donde vinisteis. La mayor parte de individuos que conocéis, y que os han visto en mi casa o en la suya, han resistido la alternativa con estos *yahous*, como injusta y escandalosa, respecto de que gozáis algún principio de razón ; a más de que sería de temer que partiéndola con ellos se hiciesen quizá peores, o que se sublevasen, y tomándoos por caudillo se retirasen a los montes y algún día nos sorprendiesen para desgarrarnos y destruirnos. El acuerdo ha sido tomado por mayoría de votos, de suerte que me veo *exhortado* a despediros inmediatamente, con tanta ejecución como que no puedo dilatarlo de este día. Os aconsejo,

pues, que os echéis a nado o construyáis un barquichuelo a imitación del que aquí os trajo, según me habéis declarado, y os volváis por el camino que vinisteis: contad con todos los criados de esta casa y los de mis vecinos, que os ayudarán a trabajar. Si en mí solo hubiese consistido, os conservaría eternamente a mi servicio, porque tenéis inclinaciones bastante buenas, os habéis corregido de mil vicios y malos hábitos, y habéis hecho cuanto está de vuestra parte para conformaros, en lo que vuestra desdichada naturaleza permite, con la de los *houyhnhnms*.

Notaré aquí al paso que los decretos de la asamblea general de la nación *houyhnhnmiana* se extienden todos con la frase *hnhloayn*, que significa *exhortar*; no pudiendo ellos alcanzar a que se pueda compelir y apremiar a una criatura racional, como si fuese capaz de desobedecer a la razón propia.

Un discurso tal fué para mí un rayo cuya impresión no pude resistir. Poseído a un mismo tiempo de la congoja y la desesperación, caí desmayado a los pies de mi amo, que al pronto me tuvo por muerto, hasta que recobrando algún aliento pude decirle en voz apagada y llena de dolor que sin propasarme a censurar la *exhortación* de la asamblea, ni la pretensión de sus amigos sobre despedirme de su casa, consideraba no obstante mi débil juicio que pudieran haber decretado otra pena menos rigurosa; que el echarme a nado era arriesgado, pues a lo sumo podría hacer una legua cuando la tierra más cercana distaría acaso ciento: que para fabricar un barquichuelo no veía en el país lo necesario; pero que, en medio de tantas dificultades, prestaba mi obediencia, y me aventuraba a perecer. Añadí que la vista de la muerte no era lo que más me intimidaba, mirándola como el menor de mis males, sino que cuando por algún raro accidente pudiese atravesar los mares y volver a mi país, me hallaría con la desdicha de verme entre *ya-*

hous, obligado a pasar con ellos el resto de mis días y expuesto a recaer en mis antiguos defectos; que bien sabía que las razones que habían determinado a los señores *houyhnhnms* eran demasiado sólidas para atreverme a objetarles las de un miserable *yahou* como yo: y así aceptaba la apreciable oferta de sus criados con cuya ayuda iba a emprender la construcción del barco, suplicándole me concediese un cierto término proporcionado a la dificultad de una obra que había de responder de mi vida desdichada: y que si volviese algún día a Inglaterra, trataría de hacerme útil a mis compatriotas, poniéndoles delante el diseño de las virtudes de los ilustres *houyhnhnms* para espejo de todo el género humano.

Su Honor me contestó en pocas palabras que me concedía dos meses; y habiéndole también insinuado que me bastaba la ayuda del alazán mi camarada (pues me es permitido darle este título ahora) por constarme el buen afecto que le debía, le mandó al mismo tiempo que observase mis instrucciones.

Lo primero que hice fué salir hacia la parte de la costa donde había abordado, y corriendo la vista desde una altura por aquellas vastos espacios de las aguas me pareció descubrir al Nordeste una pequeña isla, que el telescopio me hizo conocer más claramente, y calculé que podría distar unas cinco leguas. Al buen alazán, como no había visto más tierra que donde había nacido, se le figuraba una nube; pero yo, que acostumbrado toda mi vida a este elemento, tenía mejor ojo para distinguir sobre él los objetos, no dudé y resolví dirigirme a ella.

Volvimos a casa, consulté el proyecto con mi alazán y en seguida pasamos a un bosque poco distante, donde yo con mi cuchillo y él con un guijarro cortante muy diestramente engastado en su mango, tumbamos la madera necesaria. Para no cansar al lector con el diario de nuestra maniobra, bastará de-

cir que en seis semanas construimos una especie de canoa al modo de las de los indios, aunque mucho más ancha, cubierta de pieles de *yahou* cosidas con cáñamo. Reservé las de los jóvenes para hacer una vela, porque las de los viejos hubieran sido demasiado duras y gruesas, me surtí también de cuatro remos, e hice mi provisión de carne cocida de conejos y pájaros, con dos vasijas, la una de leche y la otra de agua.

Probé la canoa en un gran estanque donde corregí todos sus defectos, tapando con sebo de *yahou* las aberturas hasta ponerla en estado de poderme transportar con mi reducido equipaje, y después la hice llevar por los *yahous* a la ribera sobre una carreta, al cuidado del alazán y otro criado.

Ya que estuvo todo dispuesto y llegó el día de mi partida, me despedí de mi amo, de su esposa y demás de la casa, bañados en lágrimas los ojos y el corazón transido de dolor. *Su Honor*, o por curiosidad o por cortesanía, quiso verme a bordo; y habiendo salido con muchos de sus amigos y vecinos, tuvo que esperar más de hora y media por causa de la marea, hasta que observé que el viento era favorable para conducirme a la isla: entonces fui a ponerme a los pies de mi amo para recibir sus últimas órdenes y me hizo el honor de levantar su mano derecha hasta la altura de mi boca. No refiero esta circunstancia por vanidad, sino por imitar a todos los viajeros, que tienen buen cuidado de no omitir aquellos honores extraordinarios que han recibido. Hice una gran cortesía a todo el concurso, y echándome a la canoa dejé la ribera.

XI

EL AUTOR ES HERIDO DE UNA FLECHA DISPARADA POR UN SALVAJE.—ARRIBA A NUEVA HOLANDA.—DA EN MANOS DE PORTUGUESES QUE LE CONDUCE A LISBOA, DE DONDE PASA A INGLATERRA.

Emprendí este desgraciado viaje el 15 de febrero de 1714, a las nueve de la mañana. No me serví por el pronto sino de los remos, aunque el viento era favorable; pero reflexionando que me cansaría y podía mudarse, me aventuré a usar de la vela: así navegué cerca de hora y media favorecido por la marea. Mi amo, con todo el acompañamiento, permanecieron en la playa hasta que me perdieron de vista, y oí muchas veces gritar a mi querido amigo el alazán: *hnuy illa nyha majah yahou*, esto es: *mira bien por ti, gallardo yahou*.

Yo no deseaba otra cosa que descubrir alguna pequeña isla donde sólo encontrase lo preciso para mi conservación, figurándome en un establecimiento semejante una suerte mil veces más feliz que la de un primer ministro: tal era el extremado horror que había concebido de volver a Europa y verme obligado a vivir en sociedad con los *yahous*. En esta dichosa soledad que buscaba, me proponía pasar dulcemente el resto de mi vida envuelto en mi filosofía, gozando de mis pensamientos sin otro objeto que el soberano bien ni más delicia que el testimonio de mi conciencia, exento del contagio de aquellos vicios enormes que los *houyhnhnms* me habían enseñado a conocer en mi detestable especie.

El lector recordará que se sublevó la tripulación de mi navío, que me aprisionó en mi camarote, que estuve así algunas semanas sin saber qué rumbo llevaba la embarcación, y que últimamente me pusieron en tierra sin declararme en dónde me hallaba.

Yo creí, no obstante, que por entonces estábamos a diez grados al sud del cabo de Buena Esperanza, como a unos cuarenta y cinco de latitud meridional, infiriéndolo de algunas conversaciones que había podido percibir en el navío, sobre el designio de ir a Madagascar. Ello no pasaba de una conjetura, mas no por eso dejé de tomar el partido de surcar al Este, esperando dar fondo al Sudoeste de la costa de Nueva Holanda y de allí dirigirme al Oeste a cualquiera de las isletas de la inmediación.

A las seis de la tarde, habiendo tenido el viento directamente al Oeste, calculé que habría hecho como unas diez y ocho leguas. Entonces descubrí otra nueva isla muy pequeña que distaría lo más legua y media, y abordé a ella en corto tiempo; pero no era propiamente sino una roca, con una reducida bahía que las tempestades habían formado. Amarré la canoa en este sitio y trepando por un lado de la roca descubrí hacia el Este una tierra que se extendía del Sud al Norte. Pasé la noche en mi barco y de madrugada eché a remar con esfuerzo hasta llegar a un paraje de Nueva Holanda que está al Sudoeste, y tardaría siete horas. Esto me confirmó mi antigua opinión de que los mapas y cartas generales ponen este país lo menos tres grados más al Este de lo que realmente está, cuyo pensamiento creo haber comunicado algunos años ha a mi ilustre amigo el señor Herman Moll explicándole mis razones; bien que haya preferido seguir a la mayoría de los autores.

No percibí vestigio de habitantes en el sitio donde había desembarcado, ni me atreví a internarme mucho, porque me hallaba sin armas. Tampoco quise hacer fuego para cocer algunos mariscos que había recogido sobre la ribera, por temor de ser descubierto por los habitantes de la comarca. Tres días estuve oculto manteniéndome con ostras y almejas por con-

servar mis provisiones, y por fortuna encontré un arroyuelo de excelente agua.

El cuarto día, habiéndome determinado a penetrar un poco más, descubrí veinte o treinta naturales del país entre hombres, mujeres y niños, todos desnudos, calentándose en una grande hoguera sobre una altura que apenas distaría de mí quinientos pasos. Advertidos por uno de ellos que me vió, destacaron inmediatamente cinco hombres: conocí su intención por su marcha, y huí precipitadamente a mi canoa echando a remar con toda la fuerza; pero, como la ventaja era poca, los salvajes me siguieron a lo largo de la costa y me dispararon una flecha que me alcanzó en la rodilla izquierda, haciéndome una herida de bastante extensión, cuya señal todavía permanece, y aun temí que estuviese envenenada. Así logré escapar, y luego que me vi a distancia suficiente, procuré limpiar bien la herida y vendarme la rodilla como pude.

Yo me hallaba perplejo no atreviéndome a volver hacia aquella parte donde había sido atacado, y como tenía que caminar al Norte con viento Nordeste no cesaba de remar. Tendiendo la vista por todos lados, por si podía descubrir algún objeto, divisé al Nord-nordeste una vela que por instantes crecía a mis ojos: dudé algún tiempo si avanzaría a encontrarla o no, pero el horror que había concebido contra toda raza de *yahous* decidió, determinando virar de bordo y navegar al Sud para volver a la bahía de donde había salido aquella mañana, antes dispuesto a todo riesgo que a vivir entre ellos. Arrimé mi canoa cuanto pude a la ribera, y yo me escondí a pocos pasos de ella detrás de una pequeña roca que estaba junto al arroyuelo de que he hablado.

El navío llegó como a media legua de la bahía y envió su chalupa con toneles a hacer aguada en aquel sitio, que por el arroyo es muy conocido y fre-

cuentado de los viajeros. Al tomar tierra los marineros vieron mi canoa, y pasando a registrarla infirieron luego que su dueño no podía estar muy lejos. Cuatro de ellos bien armados se echaron a reconocer el terreno, hasta que me encontraron acostado boca abajo detrás de la roca. Por el pronto les sorprendió mi figura, vestido de pieles de conejo, zapatos de madera y medias acolchadas, conociendo al instante que no era del país, pues todos sus habitantes iban desnudos. Mandóme uno que me levantara, y me preguntó en lengua portuguesa quién era. Respondíle tras una gran cortesía en la propia, que entendía perfectamente, que era un pobre *yahou* expulsado del país de los *houyhnhnms*, y que sólo les suplicaba me dejasen seguir mi rumbo. Quedaron más admirados al oírme hablar en su lengua, y por el color del rostro me creyeron europeo, mas no entendían lo que quería decir *yahou* y *houyhnhnms*, ni pudieron reprimir la risa al oír mi acento semejante al relincho de un caballo.

Su presencia me infundía a un mismo tiempo odio y temor ; pero, cuando me iba disponiendo a volverles la espalda para tomar mi canoa, me echaron mano y me hicieron declararles de qué país era, de dónde venía, y otras mil curiosidades de esta especie. Respondíles que había nacido en Inglaterra, de donde había salido estando en paz su reino con el mío, pues haría ya unos cinco años ; y así confiaba que no me tratarían como enemigo, respecto que tampoco les deseaba mal, ni era más que un miserable *yahou* dedicado a buscar una isla desierta donde pasar el resto de mi vida desdichada.

No estaba yo menos absorto de oírles hablar a ellos, teniéndolo por un prodigio tan singular como si oyera hablar ahora en Inglaterra un perro o una vaca. Su contestación, llena de humanidad y cortesía, fué que no me afligiese, que no dudaban que

su capitán me recibiría a bordo y me llevaría gratis a Lisboa, de donde podría pasar a Inglaterra: que en el instante iban dos a darle parte de la novedad para tomar sus órdenes, y entre tanto no me atarían si les daba palabra de no escaparme. No les respondí otra cosa sino que hicieran de mí lo que quisiesen.

Todos deseaban con ansia saber mi historia, y notando la estéril satisfacción que daba a sus reconven- ciones, sospecharon que mis infortunios me habían turbado el juicio. Al fin, volvió la chalupa después de dos horas con la orden de llevarme a bordo inmediatamente; y por más que les pedí arrodillado a sus pies que me dejaran seguir mi camino y no me priva- sen de mi libertad, lo que logré fué que me atasen para ponerme en la chalupa hasta llevarme al cama- rote de su comandante.

Este se llamaba Pedro de Méndez, hombre tan generoso y político que, rogándome le dijese quién era, me preguntó si quería comer o beber alguna cosa, asegurándome que sería tratado como él mis- mo, añadiendo otros mil ofrecimientos de tanta amis- tad que yo estaba aturdido de encontrar una bondad semejante en un *yahou*; pero mi humor triste, mo- hino y fastidioso sólo me permitió responderle que tenía provisión en mi canoa. Sin embargo, mandó que me sirviesen un pollo con un vino excelente, y después me señaló cuarto y cama, todo muy bueno. Una vez en el camarote, me tiré sobre la cama en la misma disposición que estaba, con la idea de es- caparme a nado mientras la tripulación estuviese co- miendo por no verme entre *yahous*, y hubiera tenido efecto media hora después si no me hubiese detenido un marinero y dado aviso al comandante, que mandó me encerrasen en mi camarote.

Luego que dejó la mesa entró a visitarme, cuida- doso de saber qué causa me había arrojado a un de- signio tan desesperado, volviéndome a asegurar que

sólo deseaba complacerme, y continuó hablándome del modo más cariñoso, tanto que ya principié a mirarle como un animal con algo de razón. Le conté en pocas palabras los sucesos de mi viaje, la sublevación del navío de que era capitán, la determinación de abandonarme en una ribera desconocida, y que había pasado tres años con los *houyhnhnms*, caballos habladores, razonantes y racionales. El capitán lo tuvo todo por sueño y embuste : esto me irritó demasiado, y me obligó a decirle que había olvidado la costumbre de mentir desde que había dejado a los *yahous* de Europa : que entre los *houyhnhnms* era desconocida, aun de los niños y criados, y finalmente que creyera lo que quisiese, en la seguridad de que estaba pronto a satisfacer sus objeciones y muy confiado de poder convencerle.

Era hombre muy prudente, y habiendo probado mi juicio con preguntas diferentes, reconoció que cuanto le decía iba arreglado, y consiguiente uno a otro : en cuya vista comenzó a formar un concepto más honroso de mi sinceridad, tanto que me confesó haber encontrado en otro tiempo un marinero holandés, el cual le refirió que con el motivo de hacer aguada había tomado tierra acompañado de otros cinco en cierta isla o continente del sud de Nueva Holanda, desde donde habían divisado un caballo arreando un rebaño de animales totalmente semejantes a los que le había pintado bajo el nombre de *yahous*, y otras muchas particularidades que no tenía presente por el poco aprecio que había hecho de la relación suponiéndola falsa.

Tras esto me pidió que, pues hacía vanidad de amar la verdad, le diese palabra de honor de seguir en su compañía todo el viaje, sin volver a pensar siquiera en conspirar contra mi propia vida, pues de otro modo me llevaría preso hasta Lisboa. Ofrecí cumplirlo, aunque protestando siempre que primero

sufriría el tratamiento más cruel que sujetarme a vivir otra vez con los *yahous* de mi país.

No ocurrió cosa digna de mención en el resto del viaje. Yo, por corresponder sensible a los favores del capitán, y obligado del reconocimiento, solía hablarle cuando me lo rogaba con instancia, procurando disimular mi aversión al género humano: bien que si se me escapaba algún arrebatado de ira, él sabía convertirlo en bufonada o lo dejaba pasar como inadvertidamente. Pero la mayor parte del día me estaba solo, aislado en mi cuarto sin hablar una palabra con ninguno de la tripulación. No era otro el estado de mi cerebro repleto de ideas sublimes y filosóficas del trato con los *houyhnhnms*, sumergido en una insuperable melancolía que me dominaba, parecía uno de estos espíritus taciturnos o feroces solitarios, censores contemplativos que sin haber comerciado jamás con los *houyhnhnms*, blasonan de conocer a fondo el carácter de los hombres y profesan un soberano menosprecio a la humanidad.

También me instó repetidamente mi capitán a que dejase aquellas pieles de conejo y me surtiría de vestido completo, por lo que le di muchas gracias, y no admití por el horror de poner sobre mi cuerpo una cosa que hubiese sido del uso de un *yahou*. Sólo consentí que me prestase dos camisas, porque éstas, lavándolas bien, no podían contagiarme tan fácilmente, y haciéndolo por mi mano me mudaba cada dos días.

Llegamos a Lisboa el 5 de noviembre de 1715. Allí me hizo tomar por fuerza vestidos suyos, temiendo que los muchachos nos silbaran en las calles: me llevó a su casa, y no permitió que habitase otra mientras estuve en aquella ciudad; pero capitulé que me había de alojar luego al punto en el último piso, en paraje oculto donde no tuviese trato con nadie absolutamente, y le pedí por favor que no revelase a ninguno lo que le había contado de mi residencia

en el país de los *houyhnhnms*, porque si llegaban a saber mi historia no me vería libre de visitas impertinentes, y, lo que era peor, que acaso tendría que hacer conmigo la Inquisición.

Como don Pedro no estaba casado, apenas tenía en su casa tres criados, de los cuales uno, que me servía la comida en mi cuarto, me mostraba tanto agasajo y un juicio tan extraordinario para un *yahou*, que no me desagradaba su compañía, y por este medio pudo vencerme a que sacase alguna que otra vez la cabeza por una claraboya que tenía el cuarto, para tomar aire. Me hizo bajar la cama al piso inmediato, en pieza con ventana a la calle: consiguió que me asomase a ella, aunque al principio volvía prontamente la cabeza porque me chocaba la vista del pueblo, hasta que me fui acostumbrando. Ocho días después me llevó al piso de por bajo, y, en fin, triunfó tan completamente de mi hipocondría, que logró verme sentado en la puerta de la calle mirando a los que pasaban, y aun le acompañé también algunas veces a pasear por la ciudad.

Sabía don Pedro el estado de mi casa y familia por la relación que le había hecho, y pareciéndole que en honor y conciencia estaba obligado a volver a ella, me lo insinuó un día, añadiendo que había en el puerto un navío pronto a hacerse a la vela para Inglaterra, y que me surtiría de cuanto necesitase para el viaje. Me opuse a semejante proyecto, pues habíame formado resolución de buscar una isla desierta donde acabar mis días; pero a esto me replicó que la isla desierta que me proponía era una quimera, que en todas partes encontraría hombres, y que en ninguna como en mi propia casa, pues era el amo de ella, podría vivir tan solitario como quisiese.

Tuve que ceder porque no había otro recurso, bien que ya no estaba tan salvaje. Dejé a Lisboa el 24 de

noviembre para embarcarme en un navío mercantil, acompañándome don Pedro hasta el mismo puerto, después de haberme prestado por última prueba de su generosidad valor de veinte libras esterlinas. No salí de mi camarote en todo el viaje, ni hablé una palabra con el capitán ni con ninguno de los pasajeros, con pretexto de que me hallaba indispuerto. El 5 de diciembre de 1715 anclamos en las Dunas como a las nueve de la mañana, y a las tres de la tarde llegué a Rotherhith con buena salud, yéndome derecho a mi casa.

Cuando me vió mi mujer y demás familia, que me creían muerto, quedaron absortos: no puedo yo explicar su alegría. Abracélos a todos fríamente, y como la idea de los *yahous* no se había borrado todavía en mi espíritu, no quise acostarme con mi mujer en muchos meses.

El primer dinero que tomé lo empleé en dos famosos potros, les hice una ostentosa cuadra y les puse un palafrenero de primera clase, al cual entregué todo mi favor y confianza. El olor de la cuadra me eucantaba, y pasaba en ella cuatro horas cada día conversando con mis amados caballos, que me representaban la memoria de los virtuosos *houyhnhnms*.

Ahora que escribo esto ha cinco años que vivo retirado en mi casa. En el primero no podía sufrir la presencia de mi mujer e hijos, ni reducirme a comer con ellos. Después mudaron mis ideas, y hoy me hallo un hombre regular, aunque siempre un poco misántropo.

XII

INVECTIVA DEL AUTOR CONTRA LOS VIAJEROS QUE NO GUARDAN VERACIDAD EN SUS RELACIONES.—JUSTIFICA LA SUYA.—SU MODO DE PENSAR ACERCA DE SI SE INTENTASE LA CONQUISTA DE LOS PAÍSES QUE HÁ DESCUBIERTO.

Os he dado, lector mío, la historia completa de mis viajes por espacio de diez y seis años y siete meses : historia en que no he anhelado tanto por parecer elegante y ameno como verídico y sincero. Acaso habréis tomado por fábulas y cuentos mis relaciones, no encontrando en ellas la mejor verosimilitud ; mas tampoco yo me he cansado en buscar ardidés seducientes de que sobrecargarlas para hacerlas creíbles. Si no les dieseis fe, atribuídlo a vuestra incredulidad y no a mi genio, que siendo incapaz de ficción y mi imaginación muy fría, os ha acreditado una simplicidad que debe desterrar vuestras dudas.

A todos los viajeros que hemos corrido países que apenas habrá pisado otro, nos es muy fácil hacer descripciones maravillosas de cuadrúpedos, serpientes, pájaros, peces extraordinarios y raros ; ¿pero a qué todo esto ? ¿El principal objeto del que publica sus relaciones no debe ser el mejorar su patria, instruir a sus paisanos y ponerles delante el ejemplo del extranjero, o por lo bueno o por lo malo, para excitarlos al ejercicio de la virtud y a la detestación del vicio ? Pues he aquí lo que me he propuesto en esta obra, y creo que deberán agradecermelo.

Yo celebraría en el alma que hubiese una ley por la cual todo viajero, antes de publicar sus viajes, fuese obligado a hacer juramento en manos del Lord Gran-Canciller de que cuanto iba a dar a la prensa era la verdad pura, o por lo menos lo tenía por tal : así no se engañaría al mundo como sucede todos

los días. Doy anticipadamente mi voto por esta ley, y consiento que mi libro no sea impreso hasta que se establezca.

Repasé en mi juventud un sinnúmero de semejantes relaciones con gusto inmenso; mas luego que he dado casi la vuelta al mundo, que he visto las cosas por mis propios ojos y las he experimentado, he perdido la afición a esta especie de lectura, tanto que prefiero los romances a ellas. Deseo que mi lector piense del mismo modo.

Mis amigos han encontrado en las que escribo un cierto aire de verdaderas que agradaría al público, y me han hecho condescender con que se impriman. Confieso que siempre he vivido cercado de desdichas, pero nunca he tenido la de inclinación a la mentira.

*Nec si miserum fortuna Sinonem
Finit vanum etiam mendacemque improba finget* (1).

Bien sé que no es gran cosa el publicar viajes, que no exige ni ciencia ni genio, pues basta una buena memoria o haber formado un exacto diario. Sé igualmente que los autores de relaciones son como los de diccionarios, y que al cabo de cierto tiempo se ven eclipsados y como aniquilados por una turba de escritores posteriores, que repiten lo que aquéllos han dicho y añaden cosas nuevas. Puede sucederme esto mismo: viajeros irán a los países donde yo he estado que, encareciendo la descripción, hagan decaer mi libro a tal punto que acaso no quede ni aun memoria de que he escrito. Miraría esto con la mayor pesadumbre si escribiera por la gloria; mas, como escribo por la utilidad del público, me da poco cuidado y estoy dispuesto a todo.

Yo quisiera que mi obra fuese censurada. A la verdad, ¿qué pueden decir a un viajero sobre la descrip-

(1) Virg. Encida, lib. 2.

ción de un país en que nuestro comercio no está interesado de ninguna manera, ni tiene la menor conexión con nuestras manufacturas? He escrito sin pasión, sin espíritu de partido, sin intención de herir a nadie. Mis miras han sido muy nobles, esto es, hacia la instrucción del género humano, no movido del interés ni de la vanidad; de suerte que los observadores, los escudriñadores, los críticos, los aduladores, enredadores, pusilánimes; políticos, genios para nada, los espíritus más indóciles e injustos no sabrán qué decirme, ni encontrarán materia para ejercer su odioso talento.

Es cierto que se me ha dado a entender que como buen vasallo y buen inglés, debí inmediatamente que vine presentar una memoria instructiva de mis descubrimientos al secretario de Estado, supuesto que toda la tierra que un vasallo descubre pertenece de derecho a la Corona. Pero no es ésta la conquista de Hernán Cortés en la América. Por lo que hace al país de Lilliput, es claro que no merece la pena, ni podría resarcir los gastos de la expedición. Quanto a los *brob-dignagenses*, quisiera me dijiesen si sería prudente el atacarlos: ¡buena cuenta tendría desembarcar un ejército inglés en aquellas costas! ¡Pues qué contento iría a una comarca donde viese siempre sobre mí una *isla aérea*, que si está pronta a dejarse caer sobre los rebeldes cuando se le antoja, mejor lo estaría para hacer una tortilla de enemigos extraños que intentarían apoderarse de aquel reino! El país de los *hou-yhnhnms* promete, sin duda, una conquista bastante fácil, respecto a ser un pueblo que no sabe lo que es el arte de la guerra, ni qué es arma blanca o de fuego: mas, con todo, si yo fuese ministro de Estado, no tendría la temeridad de emprenderla. Su relevante prudencia y unanimidad perfecta son unas armas terribles; además, figurémonos cien mil *hou-yhnhnms* furiosos arrojarse sobre un ejército europeo,

¿qué carnicería no harían con sus dientes? ¿Cuántos vientres y cabezas destriparían con sus enormes cascos? Ciertamente que no hay *houyhnhnm* a que no se pueda aplicar lo que Horacio dijo del emperador Augusto :

Recalcitrat undique tutus.

Lejos de pensar en su conquista, quisiera más bien empeñarlos a que nos enviasen algunos de su nación para civilizar la nuestra, esto es, para hacerla más racional y virtuosa.

Otra razón que me detiene para opinar por la conquista de este país, mirando a aumentar los dominios de Su Majestad Británica con mis afortunados descubrimientos, es que, a decir verdad, el modo con que se suele tomar posesión de un nuevo país descubierto me causa algunos leves escrúpulos ; aunque también confieso que la nación inglesa está libre de semejantes cargos. Siempre ha hecho brillar su justicia y discreción en la fundación de sus colonias, pudiendo servir de modelo sobre este punto a toda la Europa. Bien notorio es nuestro celo en dar a conocer la religión cristiana en los países recién descubiertos y felizmente invadidos, como que para poner en práctica las leyes del Cristianismo cuidamos de enviar misioneros muy piadosos y edificantes : hombres de buena vida y costumbres : mujeres y niñas irrepreensibles y de virtud acreditada : valientes oficiales, jueces íntegros y principalmente gobernadores cuya probidad esté experimentada, que funden su felicidad en la de los habitantes del país, que no ejecuten la menor tiranía, ni se dejen llevar de la codicia, ambición y concupiscencia, sino solamente aspiren a la gloria e interés del rey su señor.

¿Y cuál sería el que pudiese resultar de los países cuya descripción he hecho? ¿Qué ventajas compen-

sarían la pena de encadenar y matar a sus naturales, no habiendo allí minas de oro o plata, azúcar ni tabaco? Luego no merecen ser el objeto de nuestro ardor marcial y celo religioso, ni aun el honor de ser conquistados por nosotros.

Si no obstante la Corte pensase de otra manera, declaro que estoy pronto a deponer, siendo interrogado judicialmente, que ningún europeo ha puesto los pies antes que yo en aquellas mismas comarcas, sobre lo cual me refiero al dicho de sus naturales, que es el que debe hacer fe. Bien veo que me reconvendrán con la tradición *houyhnhnmiana* de aquellos dos *yahous* que aparccieron en la montaña, tronco de toda la raza de *yahous* del país; pero, ¿qué sabemos si serían ingleses? Ciertas facciones, inclinaciones y modales de sus descendientes lo persuaden. Finalmente, yo dejo a los doctores en materia de colonias que disputen este punto y examinen si funda o no un derecho claro e incontrastable a favor de la Gran Bretaña.

Satisfecha así la única objeción que pudieran oponerme tocante a mis viajes, me despido del benigno lector que se ha tomado la molestia de viajar conmigo en este libro, y me vuelvo a mi pequeño jardín de Redriff a emboscarme en mis filosóficas especulaciones.

ADICIÓN
A LOS
VIAJES DE GULLIVER



INTRODUCCION

Nuestra razón es bien frecuentemente un ministro lisonjero de nuestras locuras. En todas edades hacemos el papel de locos. En la infancia, cuatro juguetes y un chupador nos llevan todo el tiempo. Desde la edad tierna hasta los veinte años, cada uno es un siglo de impaciencia por llegar a este punto. Ya que nos vemos hombres, hasta la edad de cuarenta años miramos como perdidos todos los instantes que no se dedican a un torrente de locuras, que impropriamente llamamos placeres. De cuarenta a sesenta vamos concibiendo desprecio de las flaquezas de la juventud, y principiamos a pensar en el arrepentimiento, porque no podemos cometer los mismos desórdenes y extravagancias. Finalmente, si nuestros días pasan de este término, volvemos por nuestros pasos contados a una segunda infancia, según este verso de Catón :

Nam quicumque senex sensus puerilis in illo est.

Y he dicho bastante sobre este lugar común de moral.

Yo me aturdo de que los censuradores quieran encontrar por fuerza intenciones ocultas en mis relaciones precedentes, no habiéndome propuesto otra cosa al escribirlas que refrescar mi memoria, y considerar, aun con placer, los innumerables peligros de que me ha sacado la Providencia.

Es de temer que mi suerte sea en algo semejante a la del famoso Cristóbal Colón. Cuanto publicó de un nuevo mundo, todo se tomó a bufonada, hasta

que probó lo que cada cual miraba como una vana quimera; y entretanto Américo Vespucio le usurpó el honor de sus descubrimientos, dando su nombre a países que Colón había encontrado primero que nadie. Otro más dichoso que yo seguirá acaso mis huellas, y dando nuevos nombres a las regiones que he descubierto, me despojará del honor que he merecido, y el nombre de Gulliver quedará sepultado.

No ha faltado ya quien quiera disputármelo; mas protesto que es el mismo que mis ascendientes han llevado por espacio de muchos siglos. Puedo también probar que varios de mis abuelos obtuvieron empleos honoríficos, y aun un pariente mío del principado de Gales me ha ofrecido formar mi genealogía. El que me sospechen de un político es lo que me saca de mis casillas. Lejos de mezclarme en tal ocupación, nunca leo de nuestras novedades sino las advertencias. Jamás he conversado con los novelistas que concurren junto a Saint James, aunque tengo parientes entre ellos, ni menos me habrán visto parado en ninguna barbería.

Voy a dar ahora una prueba de mi integridad, y es: que habiendo podido sonar mi voz en la última elección de diputados, que mis conciudadanos hicieron en el Parlamento, cedí mi voto por nada a un noble que me ofreció un bolsillo lleno de oro, con el pretexto de comprarme un pelo de la barba del buen rey de Brobdingnag, que me sirve de bastón, sin duda por corresponder agradecido sin nota de corrupción; pero también me lo ha pedido repetidamente mi hija para ponerlo por ballena en su tontillo, y no he querido dárselo.

Resta decir que había escrito en francés los viajes que siguen, con el ánimo de publicarlos en París; pero la pérdida que he sufrido de una parte de mis bienes en el Misisipí me ha ocasionado tal disgusto de aquella nación, que he resuelto traducir la obra en

mi lengua materna a ratos perdidos. Hubiera confiado la copia a mi amigo el señor Simpson, editor de los tomos precedentes, si hubiese logrado verle ; mas sospecho que huye de mí creyéndome resentido porque omitió varios artículos de importancia, que a la verdad le perdono con gusto (bien que el volumen hubiera aumentado excesivamente), si imprimiendo mi derrota había de excluir un sinnúmero de términos marinos entendidos sólo de los del arte, gentes a quienes profeso una veneración extremada. Y también es cierto que si lo hubiese sabido a tiempo, hubiera alborotado tanto por conservar estos lugares como un autor nuevo a quien los actores hábiles y expertos hacen ver al primer paso del ensayo que es necesario cercenar tal y tal discurso de su tragedia ; pues, al fin, es preciso confesar que todo padre es amante de sus hijos. Mas esto ya pasó, y ahora se trata de un nuevo viaje.

En las últimas páginas del anterior se lee que permití a mi mujer sentarse a la mesa conmigo ; pero me cansé muy presto de su compañía, arrepintiéndome de mi condescendencia : tal era mi aversión a ella, cada día mayor.

No era así con mis dos caballos. Mi afición crecía por instantes, y no encontraba gusto igual al de mirarlos. El alazán, que era el mayor, descubrió desde luego mucho instinto, y en ambos se advertía a primera vista un grande horror a la despreciable raza de los *yahous*. Bien creo pensarán algunos que me tomé en esto una tarea demasiado ardua, pero me era tan grata, como conforme a la diversión que en ella me propuse. Mas ¡ oh Cielos ! cuál era mi dolor al ver seis de estos hermosos animales tirar de un ridículo *yahou* dentro de una carroza dorada. Creo que un espectáculo tal me hubiera sacado de mí mismo si de la otra parte no se me hubieran presentado otros dos robustos *yahous* cargados con otro animal

de su propia especie en una silla de manos ; razón por que siempre me he servido de este género de carruaje, para vengar a los generosos *houyhnhnms* del ignominioso trato que les dan.

Todos eran motivos de acrecentar su justo aprecio. Un día me encontró un insolente de la familia de mi mujer, y cortándome el paso me reprendió altamente sobre la conducta que observaba con su hermana, como queriendo nombrarla *aquella que había llamado antes mi mujer*. Por más que miré a evadirme, todo fué en balde, porque me asió por el brazo y me hizo que le escuchase. Esta acción odiosa me incomodó tanto que temí una congoja ; pues desde el regreso de mi último viaje no había hablado con *yahou* alguno sin que mediase la distancia del largo de mi bastón. Mas por un efecto de mi feliz estrella un vigoroso *houyhnhnm*, que habiendo roto sus indignas prisiones se había echado a la calle, pronunciando *hnhnms*, *hnhnms*, que en su lengua significa libertad, acudió luego a la defensa : tiró briosamente en el suelo al bribón que me detenía, y mientras hacía inútiles esfuerzos para levantarse, yo, lleno de gozo por tan inesperado socorro y muy agradecido al beneficio, me retiré a casa.

Así que entré fui a contar la aventura a mis caballos. Sorprendióme la novedad de encontrar a *Trtpmismic* llorando, y en medio de la confusión que debía causarme un espectáculo como éste, procuré indagar el motivo de su llanto, que no me descubrió hasta pasado un rato. Ya me dijo sollozando y dejando correr sus lágrimas por sus amables mejillas, que un pícaro palafrenero había puesto un cabestro a mi alazán y montado en él para llevarle al agua, en vez de servírsela allí en un caldero que había yo destinado a este fin.

La enormidad del delito me sacó de juicio, especialmente al ver el efecto que había causado en

Lmnsrimpmo, el cual estaba inconsolable. Preguntándoles por qué lo habían tolerado, me respondieron que por no saber cómo se hubiera tomado su resistencia. Inmediatamente llamé al delincuente, le ajusté la cuenta y le mandé salir de mi casa al momento. Respondió que no lo haría hasta encontrar acomodo; yo me irrité, él me replicó, y tirándose a mí me agarró por el cuello y dió conmigo en tierra. Pero creo que aun hubiera pasado más adelante la fiesta si no le echa a rodar mi caballo *Lmnsrimpmo* de una coz con que le saludó, rompiéndole dos costillas. Entonces, sin aguardar a más, tomó la puerta el gran bribón muy pálido, blasfemando de mí y de mi libertador.

La elección de un nuevo palafrenero me daba tanto cuidado que pensé ejercer sus funciones por mí mismo, si mis dos caballos lo hubieran consentido; mas tuve que recibir otro criado de mi satisfacción, y para evitar todo desorden le hice firmar un contrato. Se portó tan bien por algún tiempo que yo me consideraba el hombre más feliz, viendo que no los estimaba menos que a mí, aunque carecía de este fino conocimiento de su instinto. Y, por último, era el único *yahou* de quien me dejaba servir; pues, como miserables criaturas que somos, no podemos ejecutar ciertas cosas sin la ayuda de otro, y aun pasan años y más años tras nuestro nacimiento sin poder servir de nada, cuando los excelentes *houyhnhnms* apenas salen al mundo tienen todo el uso de sus facultades sin necesitar de nadie: demostración bastante fuerte de sus ventajas.

Mi familia *yahou* me disgustaba cada día más. No veía acción en ella que no me arrancase lágrimas, recordándome aquellas conversaciones deliciosas y sublimes de los generosos *houyhnhnms*.

Había manifestado repetidas veces a mis caballos que sufriría otra vez con gusto las fatigas de la nave-

gación por la lisonjera esperanza de volver a aquella comarca en que habitaban sus semejantes, pero que sin su compañía renunciaba a la empresa, tanto por las pruebas que me habían dado de su cariño, como por los trabajos que les amenazaban en mi ausencia ; y venturosamente hallé en ellos las mismas disposiciones, pues aunque en mi casa no les faltase nada, el deseo de libertad era un motivo muy poderoso.

Fortaleció mi resolución un negocio doméstico que me descubrió *Lmnsrimpmo*, y fué, que entre mi mujer y el palafrenero había inteligencia criminal, siendo la caballeriza el lugar de sus concurrencias. Por el pronto me alteró la novedad alguna cosa, hasta que después reflexioné que era pensar como un *yahou* y determiné despreciar la ofensa, de suerte que sólo sirvió para acelerar mi pensamiento, pasando desde luego a casa de varios comerciantes para decirles que tenía dispuesto hacer un viaje a la China o a otro paraje de las Indias Orientales. Pero me mortificó infinito el ver la frialdad con que lo tomaban todos, porque había corrido la voz de que estaba loco, y por más que hizo mi amigo el señor Simpson, a quien acudí como único *yahou* con quien mantenía relaciones, no pudo disuadirlos de la sospecha.

Este mal suceso me ocasionó una enfermedad que seguramente me hubiera quitado la vida si no hubiese podido excusar el médico. Verdad es que mandé a mi criado me dispusiese cierta bebida en un cuerno que él había comprado para los caballos ; pero al llevármela a la cama, mientras abría la boca se lo dejó caer, y salió diciendo a voces : *ahora sí que no me queda duda de la locura de mi amo*, y en seguida fué a contar el lance a toda la vecindad *yahou*.

Así que recobré mis fuerzas, la primera visita fué a mis caballos, que celebraron tanto el verme como yo el oírles el buen trato que les había dado el palafrenero. Nos lamentamos juntos de la desgracia de

nuestro proyecto, procuré animarlos, y les dije, por último, que resolvía pasar a Ostende y solicitar el servicio del Emperador, como en efecto principié a disponerlo desde el día siguiente, con cuyo motivo volví a casa bastante tarde.

Al atravesar el jardín oí la voz de mi mujer y de otros dos o tres en conversación reservada. Aunque su conducta no me inquietase demasiado, me acordé todavía de que era *yahou*, y tuve la curiosidad de escucharla.

—No sé que haya quien quiera guardar locos en su casa—decía alguno de ellos.

—Dejadlo a mi cuidado—respondió otra voz;—cuanto antes mejor, pues no sabemos si en alguno de sus accesos podrá haceros algún daño.

—Tenéis razón—dijo mi digna esposa;—y cuando no podamos terminar mañana este negocio, por lo menos véndanse mis caballos, que sobrado me pesa no haberlo hecho mucho tiempo ha en vista de los insoportables gastos de su manutención, y no permitir que los monte nadie.

¡Qué expresiones podrán explicar el horror que me causó un discurso tal! El cabello se me erizó, como si hubiera visto un espectro, mis miembros temblaban y mi exterior todo publicaba el trastorno de mi situación. Marché a la caballeriza luego que pude hacerlo, y me acosté en el suelo en medio de mis caballos sin facultades para articular una sola palabra: tal era la opresión que mi corazón sentía. Ambos demostraban tomar parte en mi aflicción mezclando sus lágrimas con las mías; y en esta muda escena nos interrumpió la entrada del palafrenero, el cual nos dijo suspirando que moriría de pena al contemplar su separación de *Fack* y *Dick*, que era como él los llamaba, habiendo sabido que iban a ser vendidos el día siguiente:

—Sí—le contesté yo,—sé que está dispuesto, mas

primero daré mi vida que mi consentimiento : yo trataré de ponerlos a cubierto desde esta noche.

—¡ Ojalá estuvieran ya !—añadió el buen palafrenero.

—No tardará—le respondí :—llevadlos a tal posada, que ya os sigo para daros las órdenes convenientes.

Y mientras se disponía a obedecerme, les conté lo que pasaba, que no tardaron poco en entender, por carecer la lengua *houyhnhnmiana* de términos para expresar la compra o venta. El temor de caer en esclavitud había hecho una fuerte impresión en sus ánimos ; pero los consolé diciéndoles que no lo temieran mientras yo viviese. En esto llegó el palafrenero, le puse delante de una silla de manos con ellos, y nos dirigimos a una posada, donde elegí una cuadra en que estuviesen solos con el palafrenero, encargándole no se apartase de su lado hasta la mañana siguiente. Volví a casa sin detenerme, y empleé toda la noche en disponer lo necesario para el viaje. Por la mañana, admirada mi mujer de ver tantos baúles y cajones, me preguntó apresuradamente adónde iba con este equipaje.

Respondíle que había determinado pasar por un mes o dos al condado de Northampton : que me hiciese el gusto de no preguntar más ; y como había emprendido diferentes veces este viaje el verano anterior, no tuvo dificultad en creerme, y yo pude trasladar tranquilamente mi equipaje a la posada, para que no me detuviesen si me espían, y me veían ir del lado del mar ; pero todo salió como lo deseaba. El siguiente día me embarqué con mis dos caballos, después de haber despedido al palafrenero con pretexto de una comisión. Confieso que sentí dejarle, visto el celo con que había desempeñado su obligación ; mas yo sabía que no había de querer seguirnos, razón por que no le declaré mi pensamiento.

PRIMERA PARTE

SEGUNDO VIAJE A BROBDINGNAG

I

EL AUTOR SE EMBARCA PARA OSTENDE, DONDE LE HACEN CAPITÁN DEL «DRAGÓN DE ORO».—SIGUE SU RUMBO, LLEGA A TENERIFE Y CONTINÚA HASTA SAN SALVADOR : ALLÍ SE ESCAPAN OCHO DE SU TRIPULACIÓN EN LA CHALUPA.—EL GOBERNADOR REHUSA MANDAR HACER SU PESQUISA.—PARTE DE ESTA CIUDAD Y ARRIBA A LAS COSTAS DE BROBDINGNAG.

El 1.º de diciembre de 1720 salimos de Limehusa a bordo de *Los Dos Hermanos*, mandado por el capitán Smithes, y llegamos a Ostende el día de Navidad sin haber experimentado el menor riesgo.

Allí encontré varios oficiales de marina conocidos míos que me ofrecieron su ayuda, y por último me entendí con los señores Grant y Willis, comerciantes ingleses, católicos.

El 1.º de abril de 1721 entré a bordo del *Dragón de Oro* en calidad de comandante, e hicimos velas para el Japón y la China. Mis dos compañeros eran perfectamente cuidados y parecían contentos del viaje, excepto los tres primeros días, que se marearon mucho.

El 23 pasamos a la vista del Pico de Tenerife con un viento de Sudsudoeste, cerca de catorce leguas de la tierra, según mis observaciones. El día siguiente, entrada la tarde, echamos el áncora en el puerto de

Orotava y saludamos la ciudad con siete cañonazos, a que nos correspondieron con otros cinco. Es ocioso describir una plaza que es tan conocida de todo el mundo.

Al cabo de ocho días, en los cuales tomó refrescos la tripulación, nos hicimos a la vela para la costa del Brasil en compañía de dos naves inglesas y otra embarcación holandesa. Percibimos por la noche una luz que parecía venir de algún buque, y al rayar el alba descubrimos un corsario argelino dando caza a la embarcación holandesa, hasta que la apresó. Quisimos acudir al socorro, mas no pudimos a causa de la gran calma, de suerte que el corsario remolcó su presa y se salvó a fuerza de remos.

Parte de mi gente se mostró descontenta de las órdenes que había dado para este socorro, diciéndome en tono de resentimiento que ellos no se mezclaban en los negocios de los holandeses : que los de esta nación no hubieran puesto una vela más para socorrernos si nos hubiesen visto en igual situación, y a esto añadieron todos que no estábamos para combates teniendo que hacer un viaje tan largo. Tenían razón, pues yo no hubiera obrado de esta manera a no ser por dar a mi gente una buena opinión de mi valor ; y así les respondí que me había llevado la humanidad, pero que en adelante no se determinaría nada sino en Consejo de guerra. Anoté al mismo tiempo los nombres de los que habían de componerle, entregué la lista a la tripulación, y me la volvió con su aprobación pidiéndome perdón de lo que había pasado.

Quedé contento de haberles dado gusto, porque me acordaba a menudo de lo que había sucedido en uno de mis viajes precedentes, y hasta San Salvador no hubo desgracia. Allí desertaron ocho marineros en la chalupa, y pareciéndome conveniente pedir licencia al gobernador para buscarlos, se me excusó di-

ciendo que era costumbre entre los españoles proteger a cualquiera que se acogiese a ellos.

Entonces me eché a buscar modos de que tuviesen efecto mis ideas, estando bien cierto de que mi gente no me dejaría jamás desembarcar en la isla de los *houyhnhns*, si tenía la fortuna de encontrarla.

Por otra parte, estaba desazonado de no poder conversar, como antes, con mis dos amigos a causa de mis ocupaciones, que no me dejaban tiempo. Y para decirlo de una vez, yo sabía bien que el país de los *houyhnhns* estaba entre los cuarenta y tres y cuarenta y seis grados de latitud meridional en el mar de las Indias, y la ruta de la China no era ésta.

Sin embargo, quise sondear a algunos de los oficiales diciéndoles, como por pasatiempo, que había estado en una ocasión en cierta isla a tal latitud, donde había minas de oro que no se conocían iguales, pero sin descubrirles cuáles eran sus habitantes; sólo sí les declaré que eran unos indios pacíficos, amantes del comercio, y tras esto forjé una relación (a pesar de mi aversión a la mentira) tan bordada de apariencias de verosimilitud, que ellos le dieron crédito, ofreciendo desde luego dar parte a la tripulación, como en efecto hicieron aquel mismo día, y la especie fué bien recibida de todos. Nos dirigimos hacia aquella latitud sin encontrar nada de particular, hasta que pasamos a Madagascar, señalado en algunos de nuestros mapas con el nombre de *San Lorenzo*.

A la vista de esta isla descubrimos diferentes pedazos de un navío destrozado, al parecer inglés por los indicios del león que había tenido en su proa. Dos leguas más allá advertimos que una chalupa nos hacía señas de acudir a su socorro, y apresurándonos a abordarla encontramos a su gente en tan lastimoso estado como que en seis días no habían comido nada, resueltos ya a que se sacrificase uno por los demás; con cuyo fin habían echado suertes una hora antes,

y cuando nos avistaron iba a expirar el término que para disponerse a la muerte había pedido el infeliz destinado a servir de sustento a sus desfilcidos compañeros. El navío se llamaba *La Fiel Ana*, mandado por el capitán Smedley, que viniendo de la China por cuenta de un negociante particular había encallado en una isla desierta, a treinta leguas de Madagascar, y el capitán se había ahogado con unos treinta de su tripulación. Esto fué todo lo que pudimos saber de aquellos infelices después de dos o tres días, en que se recuperaron algo.

El 2 de junio, entre las nueve y diez de la noche, se levantó una borrasca que algunos marineros expertos nos pronosticaron sería larga y violenta, porque habían visto el fuego de San Telmo en diferentes parajes del navío. Venía de Noroeste y duró veintidós días seguidos sin ceder nada, obligándonos a amainar velas y servirnos solamente de la de mesana de cuando en cuando. El 23 cedió un poco, y el 24 pusimos en uso las de los perroquetes.

El 25, estando el tiempo muy sereno, reparamos nuestro estribor, que había padecido en la borrasca por el frotamiento continuo del áncora; bien que yo creo que el daño venía ya de mucho antes.

Este día nos inclinamos hacia el Oeste, en la suposición de que habíamos avanzado demasiado al Norte.

El 28 un galopín gritó desde lo alto del palo mayor: «¡tierra! ¡tierra!» Como no lo esperábamos, nos sorprendió extraordinariamente; mas con todo avanzamos hacia la costa con un viento Sudsudoeste. Yo consentí entonces que estábamos en la isla de los *houyhnhnms*, cuya gustosa nueva no quise retardar a mis dos camaradas, que me lo agradecieron, pues las fatigas de la navegación habían alterado bastante su salud, y no les sobraba nada de toda su filosofía para no haber perdido la paciencia.

Cuanto más me acercaba a la costa más me confirmaba en mi opinión, aunque no la declaré a ninguno de la tripulación, ni tampoco había en ella quien pudiese decir el paraje en que nos hallábamos.

Echamos el áncora en una famosa bahía donde teníamos cincuenta pies de agua, y acabé de creer que estábamos en el país que tanto había deseado. La tripulación no se atrevía a salir a tierra. Puse en la chalupa de *La Fiel Ana* (habiendo perdido la nuestra, como ya dije) a los dos amigos, con mucho trabajo, y entrando en ella con ocho marineros advertí a mi gente que no me esperase hasta el día siguiente.

Dos leguas corrimos sobre la ribera sin ver *houyhnhms* ni *yahous*, ni cosa ninguna. Principié a desconfiar, con no poco sentimiento; mas no desistí del desembarco en el primer sitio a propósito que encontrase, y se verificó a media legua más, procurando exhortar en voz baja a los compañeros a que tuviesen paciencia hasta que examinásemos bien el país.

II

MUERTE DESGRACIADA DE «LMNSRIMPNO» Y «TRTPM-PSMIC».—EL AUTOR, MARINEROS Y CHALUPA SON LLEVADOS A LORBTULGRUD.—EL REY Y LA REINA LE MANIFIESTAN SU ESTIMACIÓN.—LOGRAN ESCAPARSE.—TEMPESTAD VIOLENTA.—UN NAVÍO HOLANDÉS SUMERGIDO.—SU TRIPULACIÓN SE SALVA A BORDO DEL «DRAGÓN DE ORO», Y VA A DAR A UNA COSTA DESCONOCIDA.

Así que saltamos en tierra principiamos a registrarlo todo, pero, no encontrando vestigio alguno de hombre, fiera ni otra cosa, resolvimos unánimemente volvernos a la chalupa y al navío, con la idea de cruzar alrededor de la isla hasta reconocer un desembarcadero mejor; por nuestra desgracia, hallamos la mar baja y la chalupa en seco, sin otro arbitrio que

hacer de la necesidad virtud y esperar que la marea subiese. Entretanto los marineros se entretuvieron en hacer con los remos y velas una especie de parasol, porque el calor era bastante, y yo me fuí con los dos amigos a dar un pasco. No nos habíamos alejado mucho cuando descubrimos un volumen de una altura extraordinaria, que bien pronto conocí era un brobdingnagense. El pavor se apoderó de mis dos compañeros, y venciendo a la razón echaron a correr. Mas ¡hubiera querido que el Cielo cegase antes que ver la muerte de dos amigos tan perfectos! Cuando más se esforzaban en huir, cayeron sobre ellos dos halcones del país, los afianzaron en sus garras y se remontaron con la presa. Yo caí acongojado a la vista de tal catástrofe, y al volver en mí me hallé en la mano de un brobdingnagense. Este era un pobre pescador que me había visto en la corte de Lorbtulgrud, y estaba gozosísimo de haberme encontrado después de una ausencia tan larga.

Viendo mi desconsuelo por la pérdida que acababa de sufrir, el buen hombre me animaba con tanto juicio y dulzura que no me cansaba de admirarle. Fué preciso decirle dónde había dejado mi gente. Se dirigió apresuradamente al mar, y aunque al descubrirle se arrojaron todos de tropel a la chalupa, de poco les sirvió, pues echándola una mano la puso debajo del brazo y la sacó a tierra. Procuré alentarlos en cuanto mi estado lo permitía, hasta que poco a poco fueron recobrando su espíritu.

El brobdingnagense, muy alborozado, nos llevó a su casa, nos dió de cenar grandemente con una pierna de alondra, y después nos hizo una cama muy buena en la cuna de sus hijos. Todos durmieron con mucho sosiego, excepto yo, que no podía conciliar el sueño con mi pesadumbre, y no le estuvo mal a alguno de la otra banda, pues al romper el día vi una mosca sobre el borde de la cuna que se preparaba a

dar un golpe fatal, y tirándola con fuerza un zapato logré tumbarla y evitar el desastre. Pero no tuvo tanta fortuna un tal Jorge Plumer, que, no estando tan despejado como yo, fué a descolgarse de la cama para tomar el dedal de nuestra huésped, que a prevención nos habían puesto debajo, y cayó en el suelo. Seguramente habría cuatro varas de altura, de suerte que quedó como muerto, sin poder socorrerle unos ni otros, no obstante que todos despertaron para ser testigos de su suerte, hasta que se levantó nuestro huésped y nos ayudó. Hízole al instante una sangría con que volvió al cabo de una hora, bien que molido y quebrantado. Entonces nos dijo nuestro huésped muy afligido que él evitaría estos riesgos llevándonos aquel mismo día a la corte, mediante que sólo distaba catorce *strums*, que son ciento cincuenta millas de Inglaterra.

En efecto, tomó un zapato viejo, lo llenó de pelusa de cardo, que allí tiene casi la misma vista y suavidad que nuestro algodón, y dentro metió al pobre Plumer, el cual se quejaba de cuando en cuando del mal olor de la alcoba, mas no tenía remedio.

Luego que confortamos el estómago con lo que había sobrado de la cena, nos tomó nuestro huésped debajo del brazo dentro de la chalupa, y a Plumer en la mano, y emprendió su marcha. Durante ella le pregunté por Glumdalclitch, y si sabía de qué modo me había desaparecido. Me respondió que estaba en prisión desde aquel tiempo, no obstante que todos sabían que sentía más mi pérdida que la de su libertad, y añadió que los reyes habían estado inconsolables: la corte había llevado luto ocho días, y especialmente la reina hablaba todavía de mí con una ternura singular: «hasta haber oído decir—agregó—que había concebido tal horror contra el mono que os subió al tejado de palacio, que ha mandado no se lo vuelvan a poner delante con pretexto alguno».

Así pasábamos el camino, y yo veía con gusto que no había olvidado la lengua de Brobdingnag al mismo tiempo que la memoria de los dos desdichados amigos iba desapareciendo: prueba convincente de que todavía no era más que un miserable *yahou*. Como a la mitad del camino me hizo seña Plumer de que quería hablarme, y aun después me ha dicho que me llamó; pero ¿cómo había de alcanzarme su débil voz? Nuestro huésped llevaba la chalupa al hombro, para tenerme junto a su oído y poder seguir la conversación: Plumer iba en la otra mano; de suerte que parecía propiamente un pollero con su comercio a cuestas y la muestra en la mano.

Díjeme que deseaba hablar al enfermo que iba en el zapato, y creyendo que el negocio sería de todos puso una rodilla en tierra, bajó la chalupa y arrimó una mano a la otra. Entonces me manifestó Plumer que el calor de la mano le ahogaba, que iba sin respiración y me pidió un polvo. Rogué al brobdingnagense le pasase a nuestra chalupa, en que convino al instante, preguntándome qué droga era aquélla que le había dado. Tuve que explicárselo, y aun conocí que quería un polvito; pero no se atrevía a declararse por no dejarme desproveído. Como nos había tratado tan bien, me pareció correspondiente darle gusto: le vacié la caja sobre una uña, por no poder entrar sus enormes dedos en ella, y aplicando las narices, según me había visto hacer, la dejó limpia de un golpe, lo cual le hizo estornudar con tanta fuerza, no obstante que para él equivalía esto lo mismo que un grano para nosotros, que pensamos quedar sordos. No paró aquí la fiesta, sino que de la tormenta que se levantó en sus narices corrían dos raudales por sus ventanas que nos anegaban, y un tal David Mackensie, escocés, cayendo en el suelo, se rompió la cabeza con un guijarro. Nuestro huésped fué el primero que lo advirtió: mostró su sentimiento, como

todos los demás, y nos suplicó que no lo dijéramos en la corte, a lo que accedimos gustosos, no obstante que la prevención era bastante ociosa, porque si no es yo, ninguno entendía la lengua del país; pero él, muy satisfecho de nuestra palabra, le levantó y le metió en el alfiletero de su mujer, que por casualidad llevaba en el bolsillo.

Continuamos nuestra marcha sin cesar nuestras desgracias. La tormenta de los estornudos volvió y con ella un huracán que sonó como un cañonazo, de suerte que aunque no nos causó daño a pesar de su impetuosidad, la polvareda que subía hasta el hombro, donde íbamos dentro de nuestro barco, nos infestó tanto que creímos perecer. Por fortuna, un marinero holandés, que la aguantaba mejor, se acordó de tocar con un remo en las narices a nuestro huésped para hacerle señal de que nos pusiese en el suelo, pues yo especialmente no podía ya hablar; y advirtiéndome en el instante nuestro desorden, aunque ignoraba la causa, ni tuve por conveniente declarársela, pretextando que el sol nos abrasaba, quitó la presilla a su gorro y con el dobléz nos armó una especie de parasol muy bueno, que no estuvo demás, porque en efecto principiaba a calentar, y entretanto la polvareda se aplacó. Después le pedí que esperase en alguna aldea inmediata a la capital a que la tarde cediese, para no entrar de día; y aprobando mi idea, respondiéndome que no le faltaría medio para librar-nos de la vista del populacho.

En la posada donde paramos a comer hubo otra nueva desgracia. Un marinero holandés fué a bajar de la chalupa a una mesa, donde la habían puesto, y cayó en un plato de vinagre. No estaba tan lleno que le descubriese del cuello para arriba, mas no pudo hacer pie por lo terso del plato, y le valió el ser un gran nadador para poder salir a la orilla a fuerza de

brazos, descolgándose después a la mesa con mucho trabajo.

Nada hubiera sucedido si nuestro huésped no hubiese tenido que salir del cuarto a pedir la comida, dejándonos encerrados por temor de que nos viesan; pues era tan precavido que, sin embargo de ser parienta de su mujer el ama de la posada, nos escondió debajo de una faldilla de su jubón al entrar en ella, mirando a que no llegase la noticia a la corte antes que nosotros.

La misma precaución observaba siempre que encontrábamos a alguno en el camino; y desde la media tarde que principiamos a dar vista a la ciudad, no nos volvió a sacar hasta que llegamos a las puertas de palacio.

El portero quiso detener a nuestro conductor, quien, llamándole aparte, levantó la faldilla y le enseñó lo que llevaba. Este portero era el mismo que había en mi tiempo, pues los brobdingnagenses no suelen deshacerse de un criado a menos que se halle convencido de alguna picardía, que rara vez sucede; y como me conoció, no obstante la diferencia de vestido, pasó inmediatamente a dar la agradable nueva al rey y su esposa, que estaban a la mesa, y mandaron que me llevasen a su presencia sin detención.

Desde luego conocí en el semblante de Sus Majestades el gusto que les causaba mi regreso, tanto mayor por llevar conmigo otras siete criaturas de mi propia especie. El rey nos fué tomando uno por uno, y colocándonos en fila en un plato sobre la mesa, para observarnos mejor. La reina, que era corta de vista, no apartaba su anteojo de la cara, y la mayor parte de gentileshombres y damas hacían lo mismo, pues los cortesanos de Brobdingnag, son unos fieles imitadores de la real familia.

Díjome el rey, con una sonrisa muy graciosa, que la corte había estado sumamente afligida por mi au-

sencia tan larga : que esperaba con impaciencia oír la relación de mis aventuras. Entonces conté cuanto me había pasado, según se ha visto, sin disfraz alguno ; sólo añadí, para granjearme más aprecio, que aun estando en mi casa no podía apartar de mí la memoria de las delicias que había gozado en la corte de Su Majestad, y por desgracia había perdido. Que no pude lograr quietud hasta encontrar navío pronto, y aquellos compatriotas que me acompañasen a Brobdingnag ; pero que ya no tenía qué desear, pues mi fortuna había triunfado de la tardanza.

Así que oyó el rey que nuestro navío nos esperaba en la costa, quiso enviar por él a doce hombres de su guardia, como lo hubiera hecho a no haberle suplicado yo dejase pasar un día o dos para poder ir con ellos, y, tomando la medida, disponer una especie de carro en que viniese sin quiebra.

Seguimos hablando sobre materias diversas hasta que tuve la ocasión de pedir la libertad de Glumdalclitch, que me fué concedida en el instante. ¡ Cuál sería el gozo de aquella infeliz prisionera cuando no pudo contenerla todo el respeto que consagraba a la corte para arrojarse a mí, sacarme del plato donde estaba y ponerme en su pecho. Saltaba de contento con tanta fuerza que me hallé mojado, como si hubiera caído en el mar. Juzgue cualquiera cómo me vería, mas era preciso perdonar el mal rato por la ternura que lo motivaba.

A la hora de recogerse nos llevó a todos a su ama y nos colocó en buen orden sobre la almohada, tapándonos después con su pañuelo doblado, el cual nos sofocaba tanto que tuve que decirle que lo desdoblase si no quería encontrarnos ahogados ; y como estaba inmediato a su oído pude seguir una larga conversación con ella, en que me contó cuanto había pasado en la corte durante mi ausencia y la pesadumbre que le había causado mi desgracia.

Por la mañana, luego que nos levantamos, nos metió en la caja de los polvos y nos llevó al tocador de la reina, según lo había mandado en la noche anterior. Para divertir a Su Majestad, me ocurrió mandar a Jacobo Frampton, de la provincia de Chester, que bailase las rondas de su país. Le agradó infinito, y preguntándome si sería yo para hacer otro tanto, respondí que lo que acababa de ver no era más que una danza de *shalloms*, esto es, de paisanos en brobdingnagense; pero que iba a ver otra que acaso le gustaría más, y sin detenerme bailé un minué sobre el palo de la cotilla de Su Majestad, que estaba en el tocador. La reina me dió las gracias, aunque no dejé de conocer que se inclinaba más a la de Frampton, com me confesó ingenuamente. Pero ¡qué carcajadas de risa daba cuando dije que en Europa muchas personas ganaban bienes y haciendas cuantiosas enseñando a sus habitantes el arte de andar!

En esto entró el rey, lo que nunca hacía hasta estar vestida la reina, y me dijo tenía nombrados los que habían de ir con nosotros a traer el navío, entre ellos el carpintero de palacio. Debo advertir aquí que mientras estuvimos en la cama habíamos celebrado un consejo mis compañeros y yo, en que deliberamos escaparnos si teníamos la ocasión. Mal podía haberla yendo brobdingnagenses con nosotros. Por esto respondí a Su Majestad que, si gustaba, iríamos solos con el pescador que nos había encontrado, porque nuestra gente (me valí de este pretexto) se atemorizaría de ver tantos colosos, y acaso no vendría de muy buena voluntad, en vez de que confiándome a mí el negocio sabría lograr el fin sin el menor embarazo, y que los ingleses eran tan celosos de su libertad, que derramarían hasta la última gota de sangre por conservarla. El rey sonrió al oír estas palabras y me dijo que lo dejaba todo a mi prudencia.

—Tampoco quiero yo—añadió—exponer mis vasallos a vuestras armas y al furor de un pueblo tan formidable como el vuestro.

Ni a Glumdalclitch permití que nos acompañase, aunque lo pretendió con bastante ansia ; sólo aquel buen hombre que nos había conducido fué el que recibió la orden de volver a cargar con nosotros, como antes, y ponernos a la orilla del agua, donde nos despedimos encargándole nos esperase la mañana siguiente en el mismo sitio y hora. No le perdimos de vista en cerca de media legua, hasta que una punta de tierra nos le ocultó, y con el beneficio de una marea favorable llegamos a nuestro bordo en menos de una hora.

Bien creará cualquiera que no tardé más en des-ancorar y partir, de suerte que antes de anochecer ya no descubríamos tierra alguna, ni temíamos el alcance de los brobdingnagenses. Entonces, libres del temor de volver a caer en sus manos, el cual nos había tenido como mudos, principiámos a respirar y a contar nuestras aventuras. Los que no habían tenido parte en ellas sospecharon al pronto que habíamos comido de algunas raíces venenosas que nos hubiesen turbado el juicio. Nos costó trabajo disuadirlos, esto es, a los prudentes e instruídos, que la canalla ignorante se aferró en que nos habían dado hechizos.

Navegamos al Sudsudeste, para arribar a cualquier paraje de la China en menos de veinte días. Mi anhelo por el país de los *houyhnhnms* no era como antes de perder a los dos amigos, aunque no podía acordarme de ellos sin verter lágrimas, lo cual duró todavía algún tiempo. Los oficiales y tripulación no iban ya tan disgustados conmigo, porque hacía una semana que me dignaba comer con mi teniente. He aquí cómo fuí volviendo poco a poco a las flaquezas de la humanidad : triste ejemplo de la fragilidad de

los hombres, que se aumenta al paso que se envejecen.

Veintiún días llevamos de este rumbo sin descubrir tierra, ni poder observar a qué latitud nos hallábamos a causa de la niebla, que no dejaba de darnos algún cuidado. La mañana siguiente avistamos una embarcación. Abordamos por la tarde y reconocimos ser un buque holandés que había salido de Batavia para la Nueva Holanda, y que habiendo principiado a hacer agua desde aquella misma mañana, desesperanzados ya de poder salvarlo a pesar de las bombas, habían embarcado lo mejor de sus efectos y provisiones en las chalupas para escapar, si les daba lugar su apuro, mediante nuestro socorro. En efecto, les ayudamos en cuanto pudimos, de suerte que antes de anoecer quedó evacuado el buque de todo lo más precioso, y abandonándole a las olas se sumergió al momento.

Un número tan considerable de huéspedes nos tenía con demasiada estrechez, lo cual dió motivo a cierto susurro entre algunos bárbaros sobre si se había hecho bien o mal; y lo peor fué que se levantó una fuerte tempestad del lado del Norte que nos obligó a virar al Sud, y comenzando también a hacer agua nuestro navío estuvimos toda la noche con una sola vela de mesana, esperando a cada instante ir a fondo.

Por la mañana sobrevino una niebla densa que apenas nos permitía descubrir como dos veces el largo del buque, y en seguida notamos una calma que parecía le dejaba ir con la corriente; pero a las ocho reconocimos que ya no se movía. Esta desgracia renovó los temores de la noche precedente, no contando ya ninguno con la vida. Por mi parte, confieso que me arrepentí más de una vez de haber recibido a bordo los holandeses; pues algunas mujeres, que llevaban consigo, daban tales alaridos que no podíamos enten-

ernos. En tan triste situación nos vimos hasta que el sol fué disipando la niebla. Entonces reconocimos que estábamos sobre un banco de arena a media lengua de la costa, aunque no pudo decir ninguno si era isla o continente lo que mirábamos, ni nos interesaba saberlo, supuesto que de todos modos mejoraba nuestra suerte con respecto a pocas horas antes, en que habíamos creído perecer, y esta reflexión nos daba ánimo. A principio de la tarde, logrando un temporal sereno, ni aun caliente, determinamos sacar a tierra nuestras mercaderías y registrar el nuevo descubrimiento con la precaución de enviar delante doce hombres escogidos y bien armados y de todos modos sin internarnos mucho.

III

GULLIVER ENVÍA DOCE HOMBRES A TIERRA.—LOS INGENIEROS SIGUEN.—ARMAN TIENDAS Y LAS GUARNECEN DE TRINCHERA.—SU NAVÍO DESHECHO, CONSTRUYEN UNA PINAZA EN QUE SE EMBARCAN OCHO DE TRIPULACIÓN PARA BATAVIA.—EL AUTOR ES NOMBRADO GENERAL EN JEFE DE INGLESES Y HOLANDESES.—OFICIALES ELECTOS PARA SERVIR A SUS ÓRDENES, Y OTRAS VARIAS COSAS.

Habiendo desembarcado nuestra gente, se dirigió a una altura que dominaba el país, con aquella precaución que siempre inspira el miedo; mas no descubriendo casas ni habitantes, tuvo por peligroso internarse con tan pocas fuerzas y volvió a bordo. A la mañana siguiente enviamos doble destacamento con orden de devolvernos la chalupa para desocupar el navío, que no podía ya mantener tripulación ni cargamento. Todo fué ejecutado con tanta prontitud que antes del mediodía quedaron nuestras mercaderías y provisiones debajo de una gran tienda construída a este fin y para defendernos de las injurias del tiem-

po. Para la tripulación se habían hecho otras más pequeñas.

Luego que arreglamos lo más principal, reuní mi Consejo para deliberar sobre lo concerniente a nuestra conservación, cuyo resultado fué que una parte de nuestra gente se emplease en levantar una trinchera en redondo, por si nos viésemos acometidos de hombres o fieras, y que el resto se dividiese unos a descubrir la tierra y otros a cortar maderas y demás cosas necesarias. Entretanto yo había encargado a doce marineros que habían quedado a bordo que registrasen con cuidado el navío y fuesen a darme cuenta de su estado. No hicieron falta el día siguiente por la tarde, informándome que su popa estaba destruída, y que aun cuando pudiéramos sacarle del banco de arena, no estaba en disposición de volver a servir. Sobre este supuesto, otro Consejo de guerra decidió que se desbaratase para construir una pinaza, en que ir a buscar bastimentos a Batavia, que parecía deber ser el primer puerto perteneciente a los europeos.

La resolución fué ejecutada inmediatamente, no descuidándome en aplicar gente para su conclusión mientras nuestras partidas salían diariamente a la descubierta del campo, y nos llevaban diferentes clases de mariscos de un gusto muy grato, además de otros infinitos que tomábamos en el mar de distinta especie. Así nos manteníamos de la pesca, reservando las provisiones de Europa, pero nos faltaba el agua, y aunque abrimos un pozo en la trinchera, sólo encontramos agua salobre. Con todo no nos desanimamos. Nuestros exploradores continuaban sus salidas, avanzando cada día un poco más, pero sin ver otros habitantes que culebras semejantes a las de Europa, ratas formidables como conejos, y ciertos pájaros parecidos a nuestras palomas torcaces. Por fortuna, a algunos les ocurrió aderezarlos y hallaron

ser de un gusto excelente, no menos las ratas que los pájaros, los cuales no se diferenciaban de nuestros pollos sino en la blancura : invención que nos excusó también el consumo de los otros víveres.

Habíamos formado nuestras baterías de cañones que abandonamos luego, visto que el único enemigo que teníamos que temer era el hambre. En quince días concluyeron nuestros trabajadores un buque suficiente para ocho hombres con provisión para ocho semanas, que era todo lo que permitían nuestras facultades. Sólo quedaba que vencer la elección de los que habían de embarcarse, pues ninguno quería aventurarse a una navegación tan arriesgada. Para quitar disputas, hice echar suertes, y que firmasen un escrito que había formado a este fin.

Tocó a dos ingleses y seis holandeses, de los cuales uno era el piloto. Los infelices se sometieron a su destino con resignación, y se echaron al mar el día 20, después de nuestro naufragio, quedando todos conformes en que si retirásemos el campo dejaríamos señales que pudiesen indicar nuestra residencia. Seguimos con la vista y el corazón a aquellos desdichados hasta que desaparecieron, y también rogamos al Cielo por su prosperidad.

Desembarazados de esto, mi primer cuidado fué convocar el Consejo de guerra para establecer alguna forma de gobierno en nuestra pequeña república. Todos los votos se dirigieron a hacerme general, y a continuación formé los artículos siguientes :

«Que todos, a excepción de las mujeres, prestarían juramento de obedecer mis resoluciones de acuerdo con el Consejo, bajo aquellas penas que nos pareciere imponerles. Que me reservaba el privilegio de elegir privativamente mis oficiales, los cuales, en caso de mala conducta, podrían ser juzgados por dicho Consejo. Que yo tendría dos votos en él.»

Fueron aceptados y firmados de unánime con-

sentimiento, y desde aquel mismo día hice para mí una tienda de alguna más ostentación que las otras, en medio de nuestra pequeña población.

Al día siguiente junté el Consejo para nombrar mis oficiales. Di al señor Van-Nuit, holandés, la intendencia de las provisiones, y a Swart, ingeniero de Batavia, la de artillería. Blondel Morrice, excelente marino, fué electo almirante de la escuadra, que consistía en una chalupa, un batel y una pinaza todavía en el arsenal : esto era todo lo que habíamos podido componer de las piezas del navío. Mi primer contra-maestre, llamado Broun, fué ascendido al empleo de mayor-general. Hice capitán de mi primera compañía a Morton, segundo contra-maestre, nativo de Bath. De Hayes, francés, obtuvo la segunda : era un hombre activo e inteligente en el arte de la guerra. Puse a Van-Sclelder, natural de la Brille, a la cabeza de la tercera ; y a Bose, normando, en la cuarta. Dejéles a todos la elección de sus oficiales subalternos, y se terminó la cosa sin disputa ni resentimiento.

Hicimos en seguida la revista de nuestra gente y contamos trescientos siete hombres, setenta y cuatro mujeres y tres muchachos, todos con buena salud ; pues aunque algunos habían desembarcado indispuestos, se habían restablecido en poco tiempo : prueba nada equívoca del saludable aire que respirábamos.

Los dividí en cuatro clases. El señor Morrice escogió veintiséis de los mejores marineros con los tres galopines para tripular la escuadra. Swart tomó treinta para el servicio de la artillería. De otros doscientos formé cuatro compañías de cincuenta hombres cada una, y el resto quedó a las órdenes del señor Van-Nuit. Nombramos forrajeadores, y de dos trompetas que había di el uno a Van-Nuit y reservé el otro para mí.

Arreglado así todo, hice ver aquella misma tarde

a mis oficiales que lo que más nos urgía era el hacer la descubierta antes que se nos acabasen las provisiones : que, bien mirado, nuestro campo estaba en mala situación : que muy presto nos hallaríamos sin víveres, y que además no teníamos agua buena.

Aprobaron todos mi pensamiento, y se revistieron de valor para cualquier empresa.

Pasé orden por escrito al almirante Morrice para que tuviese los dos buques prontos y equipados sus marineros. Uno de ellos debía costear el oeste de nuestro campo, mientras que el capitán Morton con veinte soldados irían en su escolta, por lo que pudiese suceder. El otro barco, mandado por el almirante, había de salir con igual fin hacia el Sud ; y para sostenerle correría yo la costa con una partida de cuarenta hombres. El capitán De Hayes saldría a reconocer el terreno con treinta hombres de su compañía ; y el resto se quedaría guardando el campo. Esta fué mi orden.

A la mañana siguiente salimos prevenidos de pólvora y balas, y armados de sables y bayonetas, con provisiones para tres días ; habiendo mandado a Morton que por las tardes se acercase a la chalupa, si le fuese posible, según me había propuesto ejecutar por mi parte. El mar estaba en calma, tanto que no se sentía siquiera un leve soplo, y esto hacía nuestra marcha muy incómoda. Anduvimos diez millas sin ver otra cosa que un país semejante al de nuestro campo, donde sólo crecían espinos ; ni menos encontramos arroyo, ni fuente alguna. Nos juntamos con la chalupa al mediodía para tomar refrescos, siguiendo después nuestra marcha. Pero no bien habíamos caminado cinco millas cuando entramos en un terreno desigual, todo de pequeñas colinas, aunque no ásperas ni muy pendientes ; y a dos millas más, nuestra vanguardia hizo alto para darnos la agradable nueva de que había encontrado un arroyuelo de un

agua deliciosa, rodeada de arbolillos que le defendían del sol y daban al sitio una frescura agradabilísima, donde fuimos a descansar un poco, haciendo señal a la chalupa de que se acercase.

Luego que tomamos algún alimento, mandé al almirante que siguiese el arroyo, como igualmente hicimos nosotros a paso corto, con la idea de parar entrada la noche en cualquier sitio cómodo que encontrásemos, y en su defecto en la chalupa, que no fué menester, porque antes de una milla llegamos a un bosque hermosísimo, donde acampamos. Morrice había hecho provisión de peces de un gusto exquisito, totalmente diferentes de los de nuestros ríos, a más de un sin fin de ostras grandes y otros mariscos. Cenamos perfectamente y pasamos la noche con descanso, después de haber tomado la precaución de apostar centinelas y rodear el fuego de maleza para no ser descubiertos.

Por la mañana envié cinco hombres a reconocer las inmediaciones. Volvieron al cabo de una hora, diciéndonos que el terreno era semejante al en que habíamos desembarcado, lo cual nos determinó a hacer que avanzase la chalupa por el río mientras no la perdiésemos de vista. Pero cuanto más caminábamos, más quebrado iba siendo el terreno. Por último, descubrimos como a distancia de cinco millas, según nos pareció, una floresta cuyos árboles eran de una altura extremada, y estaba situada sobre un promontorio que se adelantaba en el mar. Después de haber comido algo, resolvimos ir allá, si no encontrábamos obstáculo, y en efecto llegamos en dos horas, pues no hubo breñas ni otro estorbo que embarazase el paso. Atravesamos el bosque con la primera fila doble, que a prevención había puesto por si teníamos algún encuentro de hombres o fieras, y sembrando ramas de árboles por el camino para no perderle a la vuelta, hasta la otra parte de dicho bosque,

donde descubrimos otra vez el mar y más arboleda de la misma altura, distantes unas seis millas; de suerte que no nos quedó duda de que el mar formaba allí una vasta bahía entre dos cabos o promontorios.

Su vista nos dió un gusto inmenso. No hubo hombre que no hubiese tenido a dicha encallar en aquel sitio. Despaché al instante tres mensajeros a Morrice, que había quedado del otro lado del bosque, para decirle que doblase el cabo con la brevedad posible, y entre tanto destaqué tres partidas: una que costeara el mar, otra en busca de agua fresca, y la tercera para que observase lo interior de la comarca. Todos lograron un suceso igual. Los primeros volvieron cargados de ostras y mariscos como los de la noche antecedente. Los segundos anduvieron dos millas inútilmente; mas, al fin, su fatiga fué recompensada con un agua excelente, y en un sitio de cuya hermosura venían enamorados. Los últimos nos trajeron algunas bestias que habían matado junto al arroyo a la linde del bosque.

Tanta fortuna animó nuestro valor, llenándonos de esperanzas lisonjeras. Partimos inmediatamente al nuevo arroyo descubierto por nuestros cazadores, y confieso que jamás vi lugar que tanto me haya agradado. Así, pues, determiné pasar allí la noche y trasladar nuestro campo sin buscar otro sitio mejor. Se encendió fuego para aderezar la cena, y un poco antes de que estuviese dispuesta llegó la demás gente, y cenamos todos con tanta satisfacción como si estuviéramos en nuestra patria.

Al romper el día, dejé algunos a Morrice, y con el resto de mi partida volví al antiguo campo, donde llegamos antes de ponerse el sol. No es fácil explicar el gusto con que me recibieron, porque justamente Morton y De Hayes habían entrado dos horas antes con unas nuevas muy tristes que habían llenado a todos de pesadumbre. El primero, tras de no pisar

en dos días sino sobre peñas y arena, había padecido mucho por falta de agua dulce, pues la chalupa no podía llegar a tierra, de manera que hubieran perecido de sed si no hubiesen tenido la fortuna de encontrar el segundo día un gran río, cuya agua, aunque salobre al pie del mar, era dulce a dos millas por encima. Además llevaron un fuerte susto con dos cocodrilos que salieron del río, y que sin duda los hubieran devorado a no haber conseguido ahuyentarlos a fuego de fusil. Esto fué lo que les obligó a volverse, especialmente viendo terreno tan árido por todos lados y que les faltaban provisiones.

De Hayes no había hecho más progresos que Morton. Un agua parada y algunos pájaros de río, sin poder matar uno, fué lo que encontró al fin de cuatro o cinco millas, con una cordillera de montañas que, extendiéndose del Este al Oeste, se perdían de vista; y no se atrevió a pasar más adelante por temor también de que le faltasen los víveres.

Con estas noticias, ninguno vaciló en la resolución de mudarnos al sitio que yo había descubierto; y, decretado en el Consejo, desde la mañana siguiente se principió a disponerlo todo con ligereza para marchar a *Verdantvale*, que era el nombre que había puesto a aquel lugar. La pinaza aun no estaba acabada, pero en los dos barcos transportamos el cargamento, y los primeros que se embarcaron fueron los trabajadores con sus herramientas. Morrice fué con ellos, De Hayes escoltó a otros y yo me quedé para salir con los últimos, después de haber puesto nuestros cañones y municiones en la nueva pinaza.

Durante mi ausencia, mi gente había dado mi nombre al nuevo establecimiento, y ya tenían barracas a lo largo del río. Cada uno parecía contento con su suerte, y sin duda hubiéramos podido vivir con tanta satisfacción como en nuestra propia patria, a

no ser por esta propensión natural de todos los hombres que un poeta expresó en los siguientes versos :

*Nescio qua natale solum dulcedine cunctos
Ducit, et inmemores non sinit esse sui.*

Teníamos caza y pesca aunque hubiera sido para triplicado número de personas. Echamos de menos la sal por algún tiempo que nos faltó, pero después nuestro almirante, entre otras cosas, llevó sal para un siglo que hubiéramos vivido allí, la que formaba el mar batiendo en los cóncavos de las rocas, donde el sol la petrificaba muy breve. Únicamente dos cosas eran las que nos inquietaban todavía, a saber, el que se acabase la pólvora, de que gastábamos cada día gran porción, y el ver que se iban destruyendo nuestros vestidos, barcos y cordajes. En cuanto a lo primero, tenía dadas mis órdenes para que no la malgastasen, sin embargo de que teníamos bastante provisión ; pero respecto a lo último no hallaba otro remedio ni esperanza que la Providencia, como acostumbre que estaba a sus beneficios.

Entretanto continuábamos salando nuestra caza, tortugas y pesca, para aumentar los víveres ; y teniendo todavía varios barriles de habas y guisantes, determinamos hacer una sementera por ver cómo probaba. Cortamos una porción de ramas de árboles, las quemamos sobre el sitio señalado, para engrasar la tierra, y en seguida sembramos nuestras legumbres, dejándolo después a la voluntad del que únicamente podía dar la prosperidad.

En aquel tiempo sucedió un caso que merece ser contado. Un día que nuestros cazadores se habían internado en el monte más de lo ordinario, mataron tantas bestias que se vieron en la precisión de dejar dos en el bosque colgadas de las ramas de un árbol, creyendo encontrarlas allí después ; pero habían echado la cuenta sin la huésped. Al día siguiente, vol-

viendo a buscarlas, observaron que un gran tigre trepaba por el árbol para cobrar su parte en la presa. Sorprendidos y asustados, como se deja adivinar, no sabían si pasar adelante o retroceder. En fin, se escondieron entre el monte para acechar al ladrón, y dos de ellos, animado el uno con el otro, le hicieron fuego y le echaron a rodar. Al pronto dió un aullido terrible, pero estaba herido en dos sitios distintos, y no pudiendo levantarse expiró muy en breve. Entonces se acercaron, le despojaron de su hermosa piel y la llevaron por trofeo al campo con las dos bestias que habían cazado.

Aunque la aventura nos hizo gracia, yo no las tenía todas conmigo, ni mi recelo carecía de fundamento, porque en un lugar donde se había encontrado un tigre, era verosímil que no fuese solo, sin contar con otras fieras de distintas especies; siendo de temer que algún día se arrojasen sobre nosotros aquellos animales carniceros. Comunicué mi pensamiento al Consejo, y desde la misma hora se resolvió fortificarnos prontamente. En efecto, al día siguiente se principió una estacada capaz de desafiar a los hombres y a las fieras, la cual fué acabada en diez días, y al mismo tiempo prohibí a nuestros cazadores el internarse tanto en el monte. No tuve que decir mucho sobre la exacta observancia de esta orden, pues estaba a la vista cuánto les interesaba.

Como en caso de que la pinaza que habíamos enviado a Batavia hubiese escapado, debía llegar ya muy presto, esta consideración me dió motivo a mandar cortar en el bosque un palo muy alto y derecho, que se colocó en la punta del cabo con una gran vela blanca, para que pudiéndose distinguir de muy lejos, sirviese de señal por el día, y de noche se encendían vivas hogueras, a fin de que supiese nuestro paradero la pinaza. Pero Dios había dispuesto otra cosa, y aun llegué a creer que hubiese perecido su gente; pues

estuvo lloviendo seis semanas continuas con un viento fortísimo : todo indicio de la borrasca que se había levantado en el mar, no obstante que la bahía no lo anunciaba.

Tampoco la sintió nuestra sementera, antes prometía ciento por uno, quedándonos este consuelo en medio de las fatigas que nos había costado, y no sobraba nada, habiéndose ahuyentado la caza de tal manera que nuestros cazadores no traían ya la cuarta parte que al principio. Esta novedad me obligó a mandar que en adelante no se comiesen carnes sino tres días en la semana, reduciéndonos en los cuatro restantes a los pescados, de que teníamos abundancia. Pero poco después la escasez llegó al apuro, tanto que creímos carecer de ellas enteramente, hasta que determiné enviar una chalupa a reconocer la costa, por si en algún paraje podía encontrarse caza. Volvió al cabo de tres días cargada de bestias monteses, entre las cuales había una especie semejante a nuestros puercos, con la ventaja de ser aún de mejor gusto. El feliz suceso resucitó a nuestra gente, cuyo espíritu había decaído por temor del hambre, y fué su regocijo tan excesivo cuanto lo había sido el desconsuelo.

Morrice nos dijo que en esta última salida había descubierto una isla como de cinco leguas de circuito, a donde se pasaban a nado las bestias monteses de nuestro continente ; que cuando había desembarcado en ella la primera vez había encontrado rebaños de muchos miles con copioso número de hijuelos y que infería se iban allí cuando estaban en celo. En fin, lleno de esperanzas con el buen éxito de la empresa, me pidió que le permitiese hacer otro viaje al Sudeste, porque tenía seguridad de que había un río hacia aquel punto. Concedíselo y partió con doce hombres y víveres para ocho días, dejándonos con el mayor cuidado de susuerte, que encomendamos al Cie-

lo. Trañamos de dedicar estos días al arreglo de nuestra colonia, y establecimos varias leyes para bien de la nueva república.

Pasados cuatro días, que era el término dado al almirante, principiamos a desconfiar de su fortuna, no habiendo uno que no sospechase algún desastre; mas con todo no nos atrevíamos a enviar otra chalupa a buscarle, porque no le sucediese otro tanto y quedásemos entonces totalmente perdidos, pues era casi el único auxilio de que dependía nuestra subsistencia, faltándonos la nave de Morrice, sin la cual no podíamos comunicarnos con otro establecimiento que habían formado varios de nuestros cazadores de la parte allá de la bahía. Estas circunstancias nos inquietaban extremadamente. Volvimos a los antiguos apuros. No se veían más que semblantes taciturnos paseándose alrededor del campo con melancólico silencio y pintada sobre su frente la congoja interior.

Ya quiso el Cielo que al duodécimo día, tomando un antejo para observar el mar, avistase tres chalupas que venían hacia nosotros, entre las cuales distinguí la de nuestro almirante. A nueva tan agradable nuestra gente prorrumpió en aclamaciones que nos aturdían; sólo lo que no pudimos conocer fué qué chalupas eran aquellas que le acompañaban. Pero bien pronto sucedió el terror a la alegría, cuando observando todavía el mar, descubrimos hasta diez buques que se acercaban a la costa. Por el pronto, cada uno se creyó muerto o esclavo. Mandé tomar las armas y apuntar el cañón, por si hacían cara a nosotros; y estando en esto la flota echó anclas a la intermediación de la costa, dejando a Morrice que se adelantase solo. Desde el instante que llegó a distancia de poder ser oído, nos anunció que no teníamos que temer, que le enviásemos la chalupa para salir a tierra; y así lo hicimos sin detenernos. Entró en ella

con otro de su gente y un arrogante hombre asido de la mano. En cuanto vi a este extranjero, me acerqué a la orilla del mar a recibirle, donde Morrice me hizo saber en breves palabras que aquel hombre venía dirigido a mí por el gobernador de cierta ciudad distante veinte leguas por encima de la bahía, que los había recibido con mucha humanidad. Concluída su relación, hicimos al enviado una profunda reverencia, que nos volvió de la misma manera, y en seguida, levantando los ojos al cielo, exclamó en buen francés :

—Plegue al Poder Eterno, que gobierna el mundo, bendeciros. Plegue al Sol, ministro principal de este Ser, y nuestro glorioso Monarca, derramar sobre vosotros sus benéficas influencias.

Entonces le dijo Morrice que yo era el general. Inmediatamente me presentó su mano, que iba a besar, pero se opuso con urbanidad, y dándome un abrazo me besó en la frente. Pidióme le llevase a nuestro campo, como ejecuté, y habiendo observado nuestras fortificaciones, manifestó su aprobación, y después me dijo :

—Señor, vuestro almirante me ha informado de vuestras aventuras y trabajos, por esto me he arriesgado a ponerme en vuestras manos, persuadido de que no me causaréis la menor violencia. Veo en vuestro exterior que no me ha engañado, ante descansaré en una de vuestras tiendas con perfecta seguridad, si tenéis a bien permitírmelo. Entretanto el señor Morrice os dará cuenta de los sucesos de su viaje.

Le conduje al instante a mi tienda, y volví a buscar a Morrice, cuya relación deseaba oír con impaciencia.

IV

MORRICE REFIERE LAS PARTICULARIDADES DE SU VIAJE

De este modo fué como se explicó :

—Mis valientes compañeros, y vos nuestro ilustre general, luego que partí con vuestro permiso y el del Consejo, di velas el primer día hacia el Sudeste y encontré un río que viene a desembocar en la bahía, donde anclamos al declinar la tarde. Por la mañana de madrugada, determiné levantarla, y habiendo andado tres leguas, o poco menos, nos hallamos insensiblemente en un lago de agua parada que parecía se extendía a medida que avanzábamos, de suerte que muy en breve perdimos de vista la tierra. No teníamos entonces sino un céfiro tan débil que apenas rizaba la superficie del agua. En fin, descubrimos en este lago unas pequeñas islas pobladas de árboles, cuya frondosidad nos encantó. Anclamos al caer la tarde entre dos de ellas, como a media legua de tierra, con ánimo de abordar a una u otra por la mañana así que amaneciese.

»Gran parte de la noche se pasó en hablar de nuestros descubrimientos y aventuras, malas o buenas, de suerte que nos acostamos bastante tarde, y tan descuidados como el que no tiene enemigos que temer. Juzgue ahora cualquiera nuestra sorpresa al encontrarnos muy de mañana cercados de doce navíos, sin esperanza alguna de poder escapar. A pesar de todo, en una situación en que la esclavitud era el menor de los males que esperábamos, estábamos resueltos a batirnos hasta el último aliento, preparándonos para una vigorosa defensa, cuando una de las chalupas se acercó a nosotros, y a la precisa distancia se nos presentó un hombre que nos saludó con una profunda inclinación, diciéndonos en español que no recelásemos nada, que no habían venido a hacernos

daño. Sobre esta insinuación, mandé a uno de los míos, que nos había servido de intérprete, le preguntase por qué, pues, nos habían cercado de aquella manera. Respondió que su única intención era socorrernos en lo que necesitásemos; pero que le dijésemos por qué accidente nos hallábamos en el lago con un buque tan pequeño; y habiendo oído nuestras tragedias nos consoló, expresando que la fortuna era inconstante: que las armas más valientes y poderosas tenían que someterse a sus caprichos.

»Se dejaba ver en sus modales tanta sinceridad y rectitud, que le escuchábamos con gusto singular. Luego que supo por nuestro trujamán que yo era el jefe, y que éramos ingleses, principió a hablarme en inglés, lo cual me hizo sospechar un poco, y me preguntó que si éramos los únicos que se habían salvado. Respondíle que sí, pareciéndome prudente ocultarle la verdad hasta ver cómo nos trataban. «Ea, pues, seguidme—me dijo,—y no desconfiéis de una nación en la que hallaréis cuanto puede satisfacer a un hombre moderado.» Le pregunté cuál era el nombre de estos pueblos hospitalarios, y me respondió que el nombre del reino, en su lengua, era *Sporunda*, y el de la nación *sporvi* o *sporundanos*; que eran tributarios del opulento Imperio de los *sevarambos*, cuya capital se llamaba *Sevarinda*, pero que la ciudad a donde pensaban llevarnos, llamada *Sporunda*, no distaba más de cinco leguas.

»A estas palabras, nuestros semblantes mudaron de color.

«—Señores—nos dijo,—os he exhortado a que no receléis nada: lo mismo os repito. Contad con que no os haremos ningún daño, a menos que vosotros os lo adquiráis, bien sea por vuestra desconfianza, o por vuestra temeridad. No tratáis con una nación bárbara, como acaso habréis imaginado. Además, no nos faltan fuerzas para obligaros, si hacéis la menor re-

sistencia; y debo advertiros que entendemos la guerra como ninguna nación de Europa, lo cual veréis a grande costa, si nos obligáis a ello. Vuelvo a repetir, señores, que os sometáis, en la inteligencia de que no se os violentará de ningún modo. Si no queréis seguirnos, a vuestra deliberación lo dejo, buscad fortuna en otra parte. Yo me retiro para daros tiempo de determinar, y ruego al Cielo os ilumine.»

»Al acabar de decir esto, echó a andar hacia la chalupa, donde se retiró a un lado a hablar con uno de los suyos, hasta que advirtió que la decisión estaba hecha, y a la verdad tenía poco que tratar; entonces volvió a nosotros preguntándonos qué partido habíamos elegido, a que le respondí que el de guiarnos por sus sanos consejos, y seguirles a donde quisiesen llevarnos. «Somos unos infelices extranjeros—añadí, más para excitar la compasión que para infundir el miedo.» «Señores—contestó,—vuestra resolución me agrada, seréis llevados a un país de prodigios.»

»En el instante hizo señal de que se arrimasen las chalupas, lo que ejecutaron con buen orden, y tomándonos en medio, nos proveyeron de carnes frescas de un gusto delicioso, y un vino excelente que se criaba en *Sporunda*. Como no era de esperar un encuentro semejante, nuestra satisfacción era mucho mayor. Aquel enviado que vino a mi tienda dijo llamarse Cashida, y su compañero Bonascar; ambos tenían un semblante muy agradable y estaban vestidos al modo de los nobles de Venecia. Rogué al primero me declarase cómo podía hablar las lenguas de Europa tan perfectamente. «Tiempo habrá de decíroslo—me respondió;—ahora sólo se trata de ver cómo llegamos a *Sporunda* antes de anochecer». Y en seguida habló a su gente en sporundano, de cuyas resultas vinieron inmediatamente a la proa de nuestra chalupa, y habiendo atado un cable echaron a remar, mientras que el resto de su flota quedó al ancla. Así

nos remolcaron sobre el lago hasta poco antes de las dos de la tarde, que advertimos se iba estrechando cada vez más entre dos costas de un país deliciosísimo. Al cabo de otra legua nos hallamos en un río que guarnecían por ambas márgenes dos murallas hasta Sporunda, ciudad situada poco más o menos como Coblenza, sobre la confluencia de dos ríos.

»Nos detuvimos en el puerto, donde había un concurso extraordinario de sporundanos, por noticia que había dado un barquichuelo. Cashida fué el primero que puso pie en tierra, y estuvo hablando algún tiempo con unas personas venerables, vestidas de negro, tras lo cual hizo señal a Bonascar de que desembarcásemos. Así lo ejecutamos, principiando a saludar desde luego a aquellos señores, cuyo jefe me abrazó, me besó en la frente y me dió el parabién de mi arribo a Sporunda.

»Nos condujeron por debajo de una arcada magnífica, y atravesamos después una espaciosa calle para llegar a un soberbio edificio al través de una plaza de arbustos y árboles que habíamos visto ya de lejos. Subimos algunas gradas de mármol, y en fin entramos en una sala cuya brillantez nos pasmó. Había diferentes mesas cubiertas de tapiz muy superior al de Persia, y alrededor muchos personajes vestidos como mi buen amigo Cashida, los cuales nos hicieron varias preguntas por medio de un intérprete, y yo respondí en nombre de todos. De allí pasamos a otra pieza hermosa, donde nos pusieron una cena exquisita aderezada al estilo de Europa. Sermodas, que es el que está descansando en la tienda de mi general, me preguntó si no nos agradaban aquellas viandas. Díjele que hacía tanto tiempo que no veíamos una mesa tan delicada, que sería menester carecer absolutamente de apetito para no aceptarla. El se sonrió de mi expresión, y haciéndome sentar a la cabecera, tomó después asiento con otros dos venera-

bles personajes por bajo del mío, mientras que Cashida y Bonascar se colocaban con mi comitiva en otra mesa separada. Acabada la cena los llevaron a unas camas muy decentes, para cada dos una, y a mí me acompañaron Sermodas y los otros hasta la mía, retirándose después de darme las buenas noches. Pero antes que me durmiese llegó Cashida a decirme que iría por la mañana a prepararme para la audiencia de Albicormas, gobernador de Sporunda, puesto que había dado orden de que nos llevasen a su palacio.

»Serían las seis de la mañana cuando me despertó una campanilla. Pasé cerca de otra hora reflexionando sobre el capricho de nuestra suerte; y estando en esto, entraron Cashida y Bonascar a darme los buenos días y preguntarme si necesitaba alguna cosa. Quise vestirme para recibirlos con más decencia, y no lo permitieron, pretextando que debía ponerme otros vestidos. En efecto, un momento después se presentaron en mi cuarto algunos sirvientes con vestidos de linò y lana, según su estilo, y otros con una vasija de agua caliente para que me bañase. Preparado todo, me dejaron solo con un criado, el cual me dijo cómo me había de lavar y me ayudó a hacerlo: me dió una camisa, calzoncillos y medias de algodón, zapatos, sombrero negro nuevo, y una bata de varios colores con un ceñidor negro también. Finalmente, me vistió o me disfrazó en un perfecto sporundano, marchándose después con mis vestidos antiguos; de suerte que cuando volvió Cashida a instruirme de lo que debía hacer en presencia de Albicormas y su Consejo, nos detuvimos muy poco, y echamos a andar hacia un patio donde me esperaban los míos, vestidos como yo, a excepción de no ser la ropa tan fina, y en lugar de sombreros gorros.

»A corto rato vino Sermodas a cumplimentarnos, y salimos para palacio llevándome de la mano por las calles seguidos de la comitiva de dos en dos, Cashida

a su cabeza y Bonascar detrás. En este orden atravesamos muchas calles hasta llegar al palacio, cuya fábrica admiramos, no tanto por la calidad del mármol blanco y negro como por su pulimento extraordinario que nos hizo tenerle por nuevo, siendo así que tenía muchos años. La puerta estaba adornada de varias estatuas de bronce de un trabajo maravilloso, y a cada lado había una larga fila de mosqueteros con casacas azules que les caían hasta el tobillo. Adentro nos vimos en medio de otra igual formación de guardias, vestidos de encarnado y armados de lanzas. Allí nos mandaron hacer alto, y al cabo de un cuarto de hora oímos la armonía de diferentes instrumentos militares que nos daban la señal de continuar nuestra marcha. Pasamos todavía otra puerta para llegar a un patio espacioso de mármol negro, decorado también de estatuas en sus nichos, que eran otros tantos primores del arte, y en él estaban como unos cien hombres con batas negras, todos de más edad que los que habíamos visto antes. Esperamos un instante, y llegaron dos de semblante grave vestidos como los otros, pero con la diferencia de que pendía de la espalda una banda de tela de oro semejante a nuestro cendal de Europa, y mandaron a Sermodas que nos introdujese a la audiencia del gobernador. Obedeció inmediatamente haciéndonos subir por una escalera de mármol con los pasamanos dorados, que iba a dar a una gran sala adornada de pinturas excelentes; seguían otras dos o tres cuya magnificencia y gusto no es fácil explicar. En la última, y su testera, estaba un trono en que presidía un venerable personaje a otros que estaban a sus lados, todos en un silencio tan profundo que dudamos si eran estatuas. Ya se deja comprender que aquél era el gobernador. Tenía una bata de púrpura, y sus consejeros, o los que tuvimos por tales, estaban vestidos como los dos que dieron la orden a Sermodas. Al entrar, hicimos una re-

verencia inclinando un poco el cuerpo : la segunda al medio de la sala algo más sumisa, y la tercera hasta el suelo al llegar a los balaustres dorados del trono, que era la ceremonia que nos habían prescripto. El Consejo nos volvió la cortesía con alguna sumisión, pero Albicormas nos pagó haciendo una pequeña demostración con la cabeza.

»Entonces se acercó Sermodas a la balaustrada y me condujo de la mano para decir al gobernador quiénes éramos en sporundano : lengua que me pareció bastante semejante al griego corrompido que hablan hoy en la Morea. Cashida entró sucesivamente y refirió cómo nos había encontrado, interpretándome al mismo tiempo Bonascar su discurso reducido a esto : que habiendo salido para las islas situadas en el lago a celebrar una fiesta aniversaria, nos habían avistado al caer la tarde, y no habían querido manifestarse hasta la media noche por no ser vistos. En efecto, aquellos pueblos se precaven cuanto es posible de que los europeos los descubran, porque nuestras costumbres no turben su tranquilidad y alteren aquella virtud pura que se profesa en Sporunda.

»Concluído el informe de Cashida, se levantó Albicormas de su silla, y nos aseguró en su lengua que nos procurarían con la mejor voluntad cuantos placeres inocentes dependiesen de su mano, dando orden a Sermodas de que nos acompañase y protegiese mientras permaneciésemos en Sporunda ; y tras este cumplimiento despachó un mensajero a Sevarinda a pedir al rey, o virrey del sol (como dicen ellos), sus órdenes respecto a nosotros. Albicormas es un hombre de buena cara, pero algo corcovado, defecto que noté con bastante admiración muy común entre las personas distinguidas de ambos sexos, que fuera de esto son bien parecidas y dispuestas. Pregunté a mi amigo Cashida si aquella deformidad era particular a cierta raza o provenía de algún accidente. Respon-

dióme que todos los que veía con este defecto eran de Sevarinda, y habían venido a Sporunda en fuerza de las leyes, que condenaban a destierro a cualquiera que tuviese la menor deformidad, fuese de alma o de cuerpo; pero que a Sporunda, que significa *Imperfecta*, sólo enviaban estos últimos, y para los primeros, que habían violado los principios de la virtud, había otro destino.

»Mientras Cashida me tenía esta conversación, Albicormas nos despidió, y volvimos a nuestro alojamiento con el mismo orden que habíamos salido. Estuvimos encerrados toda la tarde a causa del calor, hasta un poco antes de entrar la noche, que nuestro conductor nos sacó a enseñarnos la ciudad. Ciertamente vimos cosas que en Europa no se encuentra su semejanza; soberbios edificios, antigüedades, curiosidades de las ciencias y las artes que nos dieron un gusto inmenso. A este recreo sucedió una comida espléndida, y una hora después nos llevaron a otra sala, donde hallamos no sé cuántas mujeres hermosísimas y airosamente vestidas, el cabello suelto sobre sus gargantas. Nuestra sorpresa era tanta cual se deja discurrir, hasta que Sermodas llamó la atención de todos por el razonamiento siguiente:

»—Advierto vuestra admiración por vuestras ojeadas. Vuestra imaginación se halla confusa a vista de tantas mujeres vestidas de una manera extraordinaria para vosotros. Pero cada nación tiene sus usos; unos perjudiciales por su naturaleza, y otros que no parecen serlo sino por la preocupación con que se miran.

»No era menester mucha elocuencia para animar a nuestra gente, ni faltó quien aplaudiese la costumbre de aquellos pueblos. Todos dimos las gracias a Sermodas, y se retiró. Tras esto entraron dos hombres, al parecer médico y cirujano del gobierno, que nos saludaron en francés, y haciéndonos varias pre-

guntas relativas a nuestra salud, se despidieron con muchos cumplimientos, satisfechos de que no llevábamos la peste. Mis compañeros se retiraron a sus respectivos cuartos, que eran unas celdillas al modo de las de las monjas, y yo al mío, donde pasé muy bien la noche. Por la mañana volvió a sonar la campanita consabida, y quedándome solo, un rato después entró Cashida a decirme que era hora de levantarse, mientras que Bonascar hacía la misma diligencia con los demás. Al instante que me vestí, pasé a la sala en que me esperaban los compañeros para desayunarnos, después de lo cual salimos a ver las fábricas públicas, donde se empleaban hombres y mujeres con utilidad.

»Seguíamos este método de vida esperando el mensajero enviado a Sevarinda, cuyo regreso se verificó a pocos días con la orden de que nos condujesen a la capital de los sevarambos.

»Hasta aquí yo había estado como pasmado, sin facultad para reflexionar sobre mí mismo, ni sobre nuestros negocios. Ya principié a arrepentirme de haber ocultado la verdad por tanto tiempo, sin declarar nada de nuestra historia; sólo una cosa me consolaba y era el conocer la prudencia de los sporundanos, quienes no podían ignorar la fragilidad de la naturaleza humana. Esto me determinó a buscar a Sermodas y hacerle una relación sincera de nuestros sucesos, suplicándole que perdonase la reserva que había guardado. Pocos hombres se parecen a los sporundanos, le dije; por lo común, todo se encuentra en nosotros, mala fe, injusticia, inhumanidad. Toda vuestra bondad no bastaba para curar mis sospechas, porque ordinariamente la bondad entre nosotros no es más que una pérfida apariiencia para seducir a aquellos a quienes la sencillez de sus costumbres ha inspirado la credulidad. Mas, al fin, me reconozco

arrepentido de haberos confundido con los demás habitantes de la tierra.

»Mi revelación pareció agradarle, y habiendo informado luego al gobernador, disculpó mi silencio, en gracia a la causa que lo motivó. Enviaron otro diputado a la corte, y entretanto que volvía, nos mandaron que no saliésemos de Sporunda, inventando cada día nuevos placcres inocentes con que obsequiar-nos a porfía.

»En suma—concluyó Morrice,—a no ser por el cuidado que me dabais, el tiempo se me hubiera hecho corto. El diputado ha venido hará tres días, trae la orden de que nos presentemos todos al rey de los sevarambos, prometiendo tratarnos con toda la bondad y magnificencia propias de su dignidad. Decidid ahora qué hemos de hacer; si resolvéis obedecerle, como os lo aconsejo, ahí tenéis la flota que os ha de escoltar.

V

EL AUTOR PASA CON LOS SUYOS A SPORUNDA.—DESCRIPCIÓN DEL «OSPARENIBON» Y OTRAS PARTICULARIDADES INTERESANTES.

La relación del señor Morrice nos dió un verdadero gusto, creyéndonos felices en nuestras desgracias, por haber encontrado una nación tan hospitalaria en un lugar que no pensábamos fuese habitado sino por fieras. Nuestra gente, informada de todo por los que habían acompañado al almirante, esperaban nuestra respuesta con impaciencia, que fué entregarnos gustosísimos en manos del generoso Sermodas y sus compatriotas.

El único reparo que me inquietaba era que si venía el socorro de Batavia y no veían las señales que habíamos prometido ponerles, se imaginarían desde luego que habíamos perecido miserablemente, y esto

no sólo los desanimaría, sino que perderíamos la esperanza de volver jamás a nuestra patria. Pero Morrice disipó mis temores, diciéndome que los sevarambos tenían navíos que corrían todas las cuatro partes del mundo, de suerte que podríamos volver a nuestras casas cuando nos hallásemos disgustados entre ellos. «Y no penséis que os engaño—añadió ;—es un hecho que he sabido durante mi residencia en Sporunda. Preguntando un día a Cashida cómo había aprendido varias lenguas de Europa, me respondió que enviaban cada año muchos de ellos a nuestras cortes, no tanto para negociar como para aprender las lenguas y examinar los usos y costumbres de diferentes naciones. Que los establecimientos que les parecían sabios y justos eran autorizados por su gobierno, y en cuanto a los demás se contentaban con anotarlos en los archivos públicos, de donde se sacaban y leían a ciertos tiempos, para hacer conocer al pueblo cuánta era su fortuna de vivir bajo la protección de las mejores leyes que había en el mundo, y no estar sujetos a tantas injustas y crueles como se observan en otras partes.»

En esta seguridad, no volví a cavilar sobre nuestra libertad, que creíamos arriesgar demasiado a la confianza, y nos dispusimos a levantar el campo con la misma alegría que si fuera para volver a nuestra patria. Fui a cumplimentar a Sermodas, quien salió a recibirme con semblante risueño, y me preguntó en francés qué me parecía la descripción de Sporunda, que mi almirante me habría hecho. Yo le respondí que nos había encantado de tal modo, que sólo deseábamos con ansia ver aquella dichosa comarca, contando con su favor.

—No lo dudéis—replicó Sermodas ;—no he venido a otra cosa. Aunque a fuerza de industria hayáis hecho de vuestro campo una plaza que de nada tiene menos que de despreciable, encontraréis no obstante

nuestras poblaciones bastante bien surtidas de todo lo necesario para la vida, y creo que no os arrepentiréis por lo que dejáis.

Después de una frugal comida, pusimos nuestra gente y cargamento en los navíos de Sermodas, mientras el almirante pasaba a buscar a los que se habían establecido del otro lado de la bahía. Finalmente, en tres días llegamos a Sporunda. El recibimiento fué como el que hicieron a Morrice, excepto que a De Hayes y a mí nos dispensaron algunos honores más. Cuando fui a visitar a Albicormas se levantó de su silla, y me abrazó tiernamente, dándome el parabién de mi arribo, y acabados los cumplimientos, por medio de un intérprete hablamos de los negocios de Europa, que Albicormas trajo a la conversación. Pero sin embargo del informe de Morrice, yo quedé absorto de las luces que encontré en aquel señor: entendía el latín y el griego, y tenía una exacta idea de nuestros intereses. Hablamos alternativamente en distintos idiomas de Europa, y en todos se producía con tanta propiedad que cualquiera hubiera creído que había estado toda su vida entre europeos, y aun nosotros mismos no le hubiéramos tenido por extranjero. En fin, me explicó varias costumbres de la nación, sobre las cuales le pedí me ilustrase.

Así que llegó nuestra gente les dieron a todos vestidos como los de los compañeros de Morrice; y cinco días después de nuestro arribo me dijo Sermodas que si teníamos algo de curiosos, se preparaba un espectáculo que sin duda nos interesaría: que se iba a celebrar el *Osparenibon*, o las ceremonias del matrimonio, que era la gran fiesta de los sporundanos, la cual se celebraba cuatro veces en cada año.

Para asistir a ella, mis oficiales, la comitiva y yo nos pusimos los vestidos nuevos que nos habían regalado, y echamos a andar con Cashida y Bonascar, nuestros conductores, hacia el palacio del goberna-

dor, desde donde continuamos nuestro camino hasta un templo magnífico en que debía solemnizarse la ceremonia. Lo primero que admiramos fué una larga fila de jóvenes de ambos sexos, tan gallardos ellos como ellas hermosas. Aquéllos llevaban coronas de laurel, y éstas guirnaldas de flores que perfumaban toda la inmediación. Lo restante del templo estaba cubierto con un gran velo de seda; y mientras se presentaba otro objeto de consideración, nos divertimos en observar las particularidades del lugar. Al fin, rompió una orquesta de armoniosos instrumentos, al mismo tiempo que cerrándose todas las ventanas, fué reemplazada la luz por un sinnúmero de cirios de cera. Corrióse la cortina, y apareció un altar de exquisita arquitectura adornado de filetes dorados, y delante de él un globo de cristal que le iluminaba, pendiente de la bóveda. En el fondo del altar había una estãtua de mujer, alimentando por diferentes pechos a igual número de tiernos infantes. Entretanto la música se iba aproximando; entró en el templo, y Albicormas en seguida con sus senadores vestidos suntuosamente. Los sacerdotes salieron a recibirle con el incensario en la mano, cantando tonos sonoros hasta el medio del templo, donde le hicieron tres sumisas reverencias, le condujeron al altar, allí se arrodillaron otras tres veces y se volvieron a sus sillas.

Albicormas me hizo sentar al pie de su trono, y a los míos a uno y otro lado en el mismo orden que habían guardado conmigo, después de lo cual principió la ceremonia. Los ministros sagrados llamaron a los futuros esposos, que se dividieron al llegar al altar, los mancebos a la derecha y las vírgenes a la izquierda. Entonces el Gran Sacerdote subió a un pequeño trono, desde donde hizo una corta oración, y acabada se presentaron varios sacerdotes con un incensario, cuyo fuego había sido encendido a los rayos

del sol, según supe después. Albicormas se aproximó a este vaso sagrado con demostraciones de un profundo respeto, se arrodilló, hizo oración, y siguió un himno cantado por los sacerdotes con la música.

Concluído que fué, el Gran Sacerdote preguntó a la primera de las vírgenes *si quería ser casada*; ella bajó la cabeza, se sonrojó un poco y respondió: *si*; continuó haciendo la misma pregunta a sus compañeras, mientras otro interrogaba a los hombres, y, finalizada esta parte de la ceremonia, el Sobcranc Pontífice asió de la mano a la primera de la fila, la llevó a la de los hombres y la mandó que eligiese marido entre ellos.

La doncella obedeció, y, parándose delante del electo, le preguntó de un modo hechicero *si quería ser su señor y su esposo fiel*, a lo que respondió él sin detenerse que sí, *con tal que le prometiese ser su fiel y tierna esposa*, a que ella contestó: *hasta la muerte*. El recién casado la tomó las manos al mismo tiempo, la besó en la frente y bajaron juntos a lo último del templo. Esta es la ceremonia del matrimonio en aquellos pueblos. Los demás siguieron por su orden, hasta que, congregados todos a la puerta del templo, salieron de dos en dos, precedidos de la orquesta.

Confieso que no me pareció mal esta institución, porque así no hay recelo de un matrimonio forzado, pues el hombre puede no admitirla, como sucede algunas veces; pero la que es repudiada a la tercera tiene la facultad de acogerse a la casa de un senador, donde nunca dejan de ser bien recibidas y tratadas con decencia.

Lo restante del día se pasó en fiestas y regocijos sin el más pequeño desorden ni exceso de persona alguna, fuese la que fuese. Al día siguiente nos llevaron otra vez al templo para ver otra ceremonia, que era una continuación de la precedente. Los mancebos se presentaron en triunfo siguiendo a la orquesta,

como el día anterior, con ramos en las manos y las guirnaldas de sus esposas puestas; todo según las costumbres de los pueblos orientales. Llegaron al altar y consagraron sus guirnaldas y trofeos al Ser Supremo, al Sol, al rey y a la patria, después de lo cual se retiraron con las mismas ceremonias. Esta duró tres días.

Llegó la hora de dejar a Sporunda y pasé, acompañado de mis oficiales, a dar las gracias a Albicormas por los singulares favores que nos había dispensado.

—Vas a ver una ciudad tan superior a ésta—me contestó,—como los resplandecientes rayos del sol a la débil y opaca luz de la luna. Así, pues, os encargo, por vuestro propio interés, que observéis en todo sus instrucciones.

Nos abrazó tiernamente, y nos despidió con expresiones del mayor cariño.

Al día siguiente nos embarcamos en unas lanchas pintadas y entramos en el río meridional, cuyas riberas nos presentaban la vista más deliciosa. Pasamos la noche en Sporuma, pequeña ciudad situada en el territorio de Sporunda. El gobernador, que ya sabía debíamos llegar allí, tenía dispuesto cuanto podíamos necesitar para nuestra comodidad; salió en persona a recibirnos, manifestándonos tal bondad, que sin duda nos hubiera admirado, a no acabar de experimentar la humanidad de los sporundanos. Pero no vimos allí cosa notable sino el castigo de catorce delincuentes; cinco convencidos de adulterio; uno de homicidio; dos mujeres que debían ser castigadas a voluntad de sus maridos por haber violado la fe conyugal; otras tres acusadas de haberse anticipado a los derechos del matrimonio, y los tres restantes eran los cómplices de éstas, los cuales estaban condenados a tres años de prisión y casarse después con

ellas. Todos fueron conducidos a las puertas del Consejo, donde los desnudaron hasta la cintura.

Una de las mujeres, cuyo delito consistía en injuria hecha a su marido, era tan hermosa que jamás vi otra semejante; tenía como unos veintidós años: su blancura, sus facciones, su configuración, sus cabellos, todo era a cual más gracioso y perfecto, de suerte que no sé cómo tuve paciencia para ver al ejecutor de la sentencia hacer su deber, y creo que no había persona en el concurso que no se sintiese conmovida, pues no se veían más que semblantes confusos y enternecidos. Al ir a levantar el brazo el fiero ejecutor para descargarle sobre aquel prodigio, su marido no pudo resistir más; atropellando por medio del concurso, gritó con agitación: «¡detente, detente!» El verdugo se detuvo a escucharle, y el infeliz le dijo:

—Yo soy el esposo desdichado de esa mujer, pido que me deis tiempo para hablarle antes de pasar adelante.

Se acercó a ella enjugando sus lágrimas, y con una voz ahogada entre sus suspiros, le habló de esta manera:

—Ulisba, mi amada Ulisba, bien sabéis el cariño que os he profesado desde el primer instante de nuestro matrimonio hasta el día de vuestro crimen. Hasta este punto fatal, me había lisonjeado de que me amabais igualmente, y esta idea acrecentaba mi amor. Quiero hasta aquí examinar vuestra intención. Sí, sé los artificios de que usó el enemigo de vuestro honor y mi reposo para seduciros, y creo que a no haberos dado tantas pruebas aparentes, pero falsas, de comercio criminal con su mujer, vuestra inocencia duraría. Ha tres horas que me lo han dicho; ¡ojalá hubiese sido antes! Hubiera muerto primero que conducirlos a este lugar en que os veo. Pero si aun conserváis aquellos tiernos sentimientos que yo mismo

he fôcado, decidlo. Y para que la justicia quede satisfecha recibiré gustoso los golpes que os destinaba, teniéndome por feliz de sufrirlos por una mujer a quien amo más que a mí mismo.

La hermosa delincuente no dió otra respuesta al pronto que sus lágrimas. Pasado un rato, interrumpió su triste silencio de este modo :

—Mi querido Bramista—le dijo,—aparta tus ojos de mí. ¡Qué he de encender ya en ti sino la cólera, ni qué puedo excitar sino tu indignación! Sea cual fuere el motivo que me arrastrase al crimen, ya delinquí, esto basta, aunque por otra parte mi corazón no consintiese. Pero vive seguro de que ha largo tiempo que me atormenta un arrepentimiento tan doloroso como sincero, y que quisiera morir en este instante para convencerte.

La tierna escena fué terminada por el esposo. Desnudóse, y con semblante placentero recibió los golpes destinados a su mujer, mientras ella parecía por su decaimiento un reo condenado a muerte, al ver lo que el generoso Bramista padecía por indemnizarla. Debo advertir que la costumbre de Sporunda permite a cualquiera sufrir el castigo que había de ejecutarse en otro.

Volvimos del espectáculo con toda la tristeza que era regular inspirarnos. Por la mañana entramos en nuestras lanchas pintadas, que fué preciso atoar a fuerza de caballos por el ímpetu de la corriente. Percibíamos a gran distancia unas altas montañas, que por su situación creyó De Hayes ser las mismas que había descubierto cuando partió de nuestro primer campamento para explorar el país. Al día siguiente dejamos el río, y continuamos nuestra ruta por tierra hacia el Sud : los oficiales en coche y la tripulación en otros carruajes casi iguales, menos en el adorno. Paramos a comer a muy corta distancia, porque el camino iba siempre subiendo y fatigaba mu-

cho a los caballos. Por la tarde nos hallamos al pie de las montañas : fuimos a dormir a Sporogunda, que nos pareció ciudad magnífica, y donde nos trató perfectamente Astorbas, hombre muy inteligente en el griego y latín. Allí nos detuvimos tres días : vimos la ciudad, en todo muy semejante a las demás plazas de los sporundanos, pues entre ellos un modelo sirve para todas ; pero ésta se distingue por sus vastos canales para regar las llanuras vecinas : obra prodigiosa que en Europa hubiera costado cincuenta millones, y aquellos habitantes no han expendido un chelín en ella, porque cada uno ha contribuído con su trabajo gratuitamente. No es decir por esto que no tengan minas de oro y plata muy ventajosas a las mejores que conocemos, sino que ellos sólo se sirven de estos metales para el adorno de los templos y las casas, y su comercio consiste todo en cambios.

SEGUNDA PARTE

VIAJE A LOS SEVARAMBOS

I

EL AUTOR PARTE DE SPORUNDA CON SUS COMPAÑEROS, Y LLEGAN A LAS MONTAÑAS.—DESCRIPCIÓN DE SU RUTA.—ENCUESTRAN BESTIAS FEROCES, Y GULLIVER SE VE EN UN INMENSO RIESGO.

Habiendo llegado al pie de las montañas que sirven de frontera a los sevarambos, descansamos tres días en Cola que en sevarambo significa *vista deliciosa*. Tres ríos, llamados Banon, Carú y Silkar, riegan el territorio, cuya fertilidad, a una vara de la cumbre de las montañas, excede a cuanto puede imaginarse. El labrador recoge cuatro cosechas en cada año, porque nunca falta a la tierra ni humedad ni calor, y esto sucede en todo el reino. No hay país tan hermoso, ni aire tan puro en el resto del universo. En una palabra, no se distinguen allí tanto las estaciones por el rigor del calor o el frío, como por la cercanía o alejamiento del sol.

Claro está que no nos hallaríamos muy descontentos en un paraje semejante, pero el principal motivo de nuestra detención en Cola era que Sermodas tenía allí bastantes amigos, especialmente una señora, que era la que le hacía alargar el plazo. Sin embargo, sus satisfacciones no le desviaban de nuestra atención: nos proporcionaba toda la diversión posible, y encargó que nos enseñasen sus magníficas ca-

sas de campo y los deliciosos jardines del contorno, cuya situación y grandeza no son comparables con nada de lo que he visto de esta especie en Europa ; mas lo que divirtió extraordinariamente a nuestra gente fué la caza del avestruz, que se hace de la manera siguiente :

Tienen unos perrillos bastante parecidos a nuestros podencos. Los llevan apareados hasta el sitio en que están guarecidos los avestruces, donde los sueltan a la señal de una especie de bocina, y apenas descubren la presa se dispersan por uno y otro lado, hasta que los cercan : corren todos sin cesar, porque el avestruz tiene las alas muy cortas para poder volar, y cuando los ven cansados los embisten, el pájaro se defiende con el pico y las uñas, trastorna a su enemigo, vuelve éste sobre aquél, y confundidos los unos con los otros, como si estuviesen todos locos, ofrecen el más divertido espectáculo. Al fin, el pobre avestruz, rendido, viendo que no puede salvarse a la carrera porque el perro le detiene, se esfuerza a querer volar ; con esto acaba de perder su vigor y cae como muerto. Los perros se echan sobre él, pero el cazador acude al instante, y se lo quita de entre las manos para ponerlo en un cajón, donde recobra sus fuerzas y lo vuelve a echar al campo.

La inocencia de esta diversión me hizo verla con un gusto inalterable, pues ni los avestruces ni los perros recibieron mucho daño ; pero en mi país natal no puedo menos de confesar que si alguna vez he salido a caza, aun no bien ha anunciado la bocina la muerte del ciervo, cuando un dolor secreto se ha apoderado de mi corazón, compadecido de la suerte de aquel noble animal. Me he puesto a reflexionar varias veces sobre la barbarie que nos inclina a un espectáculo que debe acabar con una muerte, y yo estaré siempre por aquellas diversiones que no principian por sublevar el ánimo.

Pero volviendo a Cola, no era de extrañar que Sermodas se detuviese en ella y nos detuviese tanto tiempo a todos, siendo la última ciudad de los sporundanos, donde todos los viajeros hacen descanso para recibir los favores sencillos e inocentes del trato de las damas, que no les es permitido luego que entran en territorio de los sevarambos, por no conformarse esta condescendencia ni con la austeridad de aquellos pueblos ni con la naturaleza del clima.

Finalmente, al cabo de tres días, ordenó lo necesario para que pasásemos las montañas, donde deseábamos con impaciencia vernos. Los animales que habían de tirar de nuestros carruajes eran bastante semejantes a los unicornios que están sosteniendo las armas de Inglaterra. Son vivos, firmes de pies, y la industria de los habitantes hace de ellos cuanto nosotros podemos exigir de los mejores caballos, sin más que tirar de cierta manera de un cordón de seda para que aceleren el paso o ya para dirigirlos adonde se quiere. Así todo dispuesto, comimos y nos despedimos de nuestros favorecedores no con poco sentimiento.

No nos habíamos apartado mucho de la ciudad, cuando descubrimos en los valles incultos que dominábamos una multitud de fieras que combatían por arrebatarse la presa las unas a las otras. No tuvimos en esto otro placer que el de vernos seguros de su alcance, aunque sus terribles aullidos no dejaban de turbarnos alguna vez. Con todo, hicimos alto en un paraje distante casi media legua, para observar uno de estos combates, y presenciarnos el de dos osos que desgarraban entre sus uñas un gamo que habían cazado. Llegó un león, y mientras uno de los osos luchaba con él, el otro guardaba la presa bien afianzada, hasta que, viendo a su compañero en grave aprieto, tuvo que acudir en su socorro. Atacó al león con tal fuerza que le hizo huir, persiguiéndole obs-

tinadamente ; pero, volviéndose el león en la carrera, hizo huir al oso. Llega al campo de batalla, donde había quedado el otro enemigo con una pata rota muy maltrecho, para comerse el gamo a su vista, y el oso fugitivo no le da lugar. Carga sobre él con nuevas fuerzas y un furor desmedido, y levantándose el cojo arrastrando, o como pudo, no tuvo otro arbitrio el león que el de escapar con un pedazo del gamo en la boca, dejándoles celebrar su ración con descanso.

Llegamos antes de anoecer a unas montañas que llaman Sporakas, montañas de una altura inmensa, a que apenas es comparable el Fico de Tenerife, y cuya cumbre está siempre cubierta de nieve a pesar del ardor del clima. Caminábamos por ellas, cuando me pareció oír un ruido como de trompas y bocinas, que me obligó a preguntar a Sermodas, no sin algún sobresalto, si había riesgos de enemigos. La pregunta le hizo sonreír y a los sporvianos, pero me respondió prontamente :

—No, no tenéis que temer. Jamás turbó conquistador ni usurpador alguno el sosiego de este reino desde el diluvio acá, del cual, para decirlo de paso, ningún pueblo de los que viven en Europa tiene mejores memorias que nosotros. Es verdad que han hecho algunas tentativas en nuestras fronteras, pero siempre con mal éxito. Nosotros no estamos sujetos a las pasiones desordenadas de otros hombres, y si alguno diera indicios de este espíritu de ambición tiránica que hace vuestros héroes, no tardaría más en salir desterrado para siempre del reino.

Seguidamente me declaró que aquel ruido que había percibido era de una catarata inmediata.

Al acabar este discurso nos hallamos en una roca en que la Naturaleza había formado diferentes aposentos, y entre ellos uno cuyo extraordinario resplandor me deslumbró. Cualquiera diría que era la morada del sol durante la noche. Sermodas me hizo ob-

servar aquella maravilla, mientras disponían la cena. La roca parecía un diamante, labrada toda en un sin fin de facetas que recibían la luz y la variaban, devolviéndola las unas a las otras. En una palabra, con un poco de más fe en los romances que la que tengo, yo me hubiera creído en los palacios encantados que se encuentran en ellos a cada paso. Pero Sermotas me manifestó que aquello no era otra cosa que el hielo endurecido y cristalizado, que los rayos del sol no habían podido derretir.

Pusímonos a cenar con una tranquilidad que no pensábamos pudiese ser alterada, como lo fué casi en el mismo instante. Apenas nos habíamos sentado a la mesa vino un leopardo perseguido por un gamo montés, que tenía su antro en una de aquellas concavidades, y como el ruido de nuestra gente los había espantado, y la entrada de la roca estaba cerrada con nuestros bagajes, no acertaban a salir. Llenos de temor, echamos mano a las armas, aguardando que las dos fieras nos acometiesen; pero Sermotas no quiso vernos mucho tiempo en tanta inquietud.

--Cobrad aliento—nos dijo,—y estad quietos; veréis una cosa que os pasmará.

Entretanto las dos crueles fieras principiaron a gruñir, y se agarraron. Tan pronto estaba encima la una como la otra, y seguramente la lid hubiera terminado con la muerte de alguna de ellas si Sermotas no hubiera hecho señal a dos de nuestros ingleses para que les tirasen. El leopardo cayó muerto, y el gamo huyó a su antiguo antro, donde le dejamos bien encerrado hasta el día siguiente; mas el pobre animal no sobrevivió largo tiempo a su enemigo, pues así que amaneció, no bien le habíamos echado fuera del agujero, instigándole con fuego, cuando fué a dar adonde estaban otras bestias feroces, que le mataron y devoraron a nuestra presencia.

Esta relación da a conocer suficientemente cuán-

tos peligros nos rodeaban. Sin embargo, hicimos lo que acaso ningún europeo hubiera hecho, es decir, que cenamos con buen apetito, y dormimos como si no hubiera nada que temer.

A la mañana siguiente, bien entrado el día, volvimos a examinar las rarezas de la roca, en la que encontramos nuevos objetos de admiración, que la sorpresa o la obscuridad habían reservado de nuestra vista. Pero no los descubriré porque no parezcan increíbles, y el público receloso llegue a desconfiar del resto de esta historia. Paso a otro asunto en que no respondo tampoco de la credulidad de los críticos, y que sin embargo no puedo omitir.

Cuando los sporundanos se ven con algunas de aquellas manchas de que he hablado más arriba, van a bañarse en una fuente de agua amarilla que quita en el instante manchas, postillas y hasta los deseos viciosos, de suerte que quedan desde luego aptos para poder conversar con los virtuosos habitantes del otro lado de las montañas. Fuimos, pues, a purificarnos en este baño maravilloso, y yo puedo asegurar que me sentí al punto otro hombre, como igualmente confesaron todos mis compañeros. En suma, éste era el antídoto de las funestas aguas del Salmacis, que afeminaban a los hombres, y así todos nuestros pensamientos fueron puros, nobles y generosos desde que nos lavamos en sus aguas saludables.

Era bastante tarde cuando salimos del baño, y para recuperar el tiempo perdido no nos descuidábamos en avivar a nuestros unicornios, pero habiendo avistado un *jaccal*, animal a que tienen tanta antipatía como los galgos a las liebres, por más que hicimos para sujetarlos y traerlos a camino, nada pudo contenerlos, hasta que siguiendo al animal le tomaron y devoraron. Volvimos al camino, y al declinar la tarde descubrimos la deliciosa ciudad de los sevarambos, cuyas torres y chapiteles parecían tocar el

cielo. No puedo yo explicar, ni aun a medias, la grata impresión que nos causó su vista.

Sermotas tomó de aquí ocasión para aleccionarnos sobre la conducta que debíamos observar con los sevarambos.

—Guardaos mucho—nos dijo—de extenderos en discursos superfluos delante de ellos, porque llegarán a aborreceros, juzgándoos indignos de pisar su suelo. Tened gran cuidado de no manifestar singularidad alguna en vuestros modales. No permitáis juramento entre vosotros. No dejéis de reformaros en lo que os adviertan, si acaso lo hicieren, y arreglad vuestras acciones por las suyas; os granjearéis por esta conducta su estimación y cariño. Usad con moderación de los favores que la Naturaleza prodiga en esta dichosa nación. Su generosidad los impelerá sin duda a haceros cuantiosos regalos. No rehuséis ninguno, porque mirarían vuestras excusas como una señal injuriosa de desprecio. No me ocurre por ahora más consejos que daros; las ocasiones me harán conocer si tenéis necesidad de otros algunos, y entonces estaré siempre pronto a concedéroslo.

Todos le dimos gracias por sus advertencias, y ofrecimos regirnos por ellas, pues, como se deja discurrir, no podíamos menos de hacerlo así: y pasado esto llegamos a lo más bajo de las montañas, donde corre un río con cuya anchura no es comparable la del Támesis, el cual circunda el reino de los sevarambos.

Como era ya puesto el sol, tuvimos que esperar al día siguiente para pasarle, porque no tiene puente, con el fin de que no sea tan fácil la entrada en el reino, temiendo que los extranjeros les lleven sus enfermedades y vicios, de que tienen los sevarambos una aprensión extraordinaria. Así, pues, tomamos el partido de descansar en unos bosques de jazmines y rosas, plantados ex profeso para comodidad de los

sporundanos cuando sus negocios los llaman a Sevarambia, y encuentran la barca del otro lado del río. Justamente hacía una noche de aquellas que no se ven sino en los libros de los poetas, y en el país de los sevarambos. Un cielo sereno y un aire apacible, ningún viento, una luna en su lleno, las estrellas brillantes, un silencio solamente interrumpido por el armonioso canto de diversos pájaros, de los cuales algunos son particulares a aquel clima. Todo convidaba a pasearse, y Sermodas, siempre complaciente, no se excusó a acompañarnos.

Yo no me cansaba de admirar tantas delicias, pero Sermodas a todo me respondía que ya vería otras cosas.

En este instante interrumpieron nuestra conversación los aullidos de no sé cuántos animales feroces que muy presto vieron adonde estábamos. Los primeros que se nos echaron encima con un furor extraordinario fueron una porción de chacales, dos leones viejos y algunos leoncillos, a cuyos aullidos acudieron otras infinitas fieras. Como no habíamos prevenido el riesgo, estábamos sin armas, y tuvimos que recurrir a la huida. No miramos más que a recobrar nuestro alojamiento, desmintiendo el proverbio de que el miedo da alas, pues por lo que a mí toca puedo confesar que me quitó las fuerzas para correr.

Un leopardo agarró a Morrice por los faldones del vestido, y haciéndolos mil pedazos se los engulló, dándole entretanto lugar de escapar. A mí me tomó otro por detrás con tanta fuerza que consentí perder la vida porque el resto de nuestra gente no estaba ya en situación de poder socorrerme; pero, aunque desahuciado de todo auxilio, no me desanimé. Creciendo mis fuerzas a proporción del peligro, sujeté al leopardo por una oreja, y metiéndole un dedo en un ojo dió un terrible aullido y abandonó la presa. A breve rato volvió abriendo sus sangrientas garras y su boca in-

fernal. Entonces ¡qué valor da el miedo! le envainé la mano hasta la garganta, le arranqué con esfuerzo la lengua, y se la eché a toda aquella tropa de animales feroces que nos rodeaban, con la que se entretuvieron, dándome tiempo de escapar, si no es un solo oso que me persiguió, aunque no me dió mucho cuidado. Mi desgracia fué que, al mirar atrás, tropecé en una piedra que me hizo caer, y pasando por encima de mí el oso, yo me creí perdido, y me encomendé fervorosamente al Cielo, aguardando el fatal momento de mi muerte. Por un efecto de la Divina Providencia, nuestra gente, que había oído los aullidos tan fuertes de aquellas fieras, había tomado las armas para defendernos y cayó sobre el oso antes que él pudiese volver sobre mí. Animado con su presencia, me levanté, tomé la espada de uno de mis compañeros, que llevaba un fusil y le atravesé el corazón al animal. Esto fué como un presagio de nuestra victoria: todos los demás se arrojaron a nuestros enemigos, matando algunos de ellos, entre los cuales notamos una susa con seis cuernos semejantes a los de un toro y en fuerzas no le cedía.

Sin embargo, el triunfo nos costó caro, pues diferentes sporundanos quedaron heridos en este encuentro, aunque ninguno de muerte, de manera que pudimos sentarnos alegremente a la mesa después de haber dado gracias al Cielo cada uno a su modo. Para colmo de nuestra dicha, dormimos muy bien, y con las hojas de cierto árbol que crece en las inmediaciones logramos un pronto alivio y una curación milagrosa, sin la cual no hubiéramos podido entrar en el reino de los verarambos, donde no es admitido jamás ningún herido ni enfermo. Pero a la mañana siguiente ya nos hallamos hábiles para pasar el río sin incomodidad ni recelo de ser mal recibidos.

II

EL AUTOR Y SUS COMPAÑEROS PASAN EL RÍO Y ENTRAN EN EL REINO DE LOS SEVARAMBOS.—DESCRIPCIÓN DE SU VIAJE HASTA LA CAPITAL Y ACOGIDA QUE LES DAN.

El buque, que estaba pronto a recibirnos, era bastante parecido a aquellas barcas de Inglaterra que tiran los caballos, a excepción de que era más hermoso y sin comparación más grande. El comandante, que se llamaba Kibbas, fué a visitar a Sermodas, con quien tuvo una conferencia privada; y en seguida se llegó a mí, me besó en la frente, me abrazó y me dió el parabién de vernos entre los sevarambos, quienes estaban penetrados de nuestro infortunio.

Entretanto, nuestra gente se ocupaba en desollar las fieras que habíamos matado el día anterior para ofrecer las pieles al rey de los sevarambos, que prefieren estos presentes al oro y a la pedrería, cuya abundancia lo haría despreciable a aquellos pueblos, si su hermosura y su pureza no mantuviese alguna parte de su precio; y cuando todo estuvo dispuesto, nos mandó Kibbas nos bañásemos en una fuente que estaba detrás de nuestro alojamiento, y que hasta entonces no habíamos visto. Sus aguas tenían la virtud maravillosa de quitar las postillas y cualquiera otra deformidad del pellejo. Después nos vestimos, cumplimos con otras algunas ceremonias que faltaban a nuestra purificación, y entramos en la barca, que nos pasó a la otra parte del río.

La costa estaba guarnecida por un sin fin de hombres y mujeres de una hermosura increíble, o por lo menos debo confesar que cualquier imaginación que hubiese formado por la pintura que me habían hecho de ellos, se quedaba mucho por bajo de lo que vi en aquel instante. Luego nos dieron a cada uno

una bata verde, semejante a un vestido turco, con botones de una especie de jaspe y ojales de oro, plata y seda, según la dignidad de las personas.

Apenas habíamos dado algunos pasos sobre la costa, rodeados de una turba de aquellos hombres hermosísimos que nos anunciaban toda prosperidad, vimos llegar un señor cuyo aire majestuoso infundía respeto, acompañado de seis hijos y cuatro hijas tan sumamente hermosos que su vista borraba cuanto acabábamos de admirar. Era el gobernador de la ciudad, su nombre Zidi-Marabet. Nos saludó con agrado, y nos dijo en buen francés que el rey le había ordenado que nos tratase como a buenos amigos. Habló aparte algunas palabras a Sermodas, y después nos condujo a su palacio, construído de mármol blanco y negro, de tal arquitectura que en su comparación aun el de Sporunda no era nada.

La ciudad está situada sobre las márgenes del río y compuesta de seis grandes calles en simetría, que todas guían al puerto. La mayor parte de las casas me pareció ser de mármol, y cubiertas de una cierta materia que casi no se diferencia del oro bruñido, principalmente cuando los rayos del sol brillan sobre ella. Pero no hay ninguna que pueda competir, ni por la hermosura ni por el grandor, con la de Zidi-Marabet. Se llega a ella por una deliciosa calle de árboles que despiden un olor muy agradable. Alrededor del palacio y sus jardines se extienden dos canales profundos, adonde han sabido llevar las aguas del río, y están llenos de peces exquisitos. El interior del palacio cooresponde con el buen gusto de su exterior. Los muebles, las tapicerías, todo es oro y seda, y aun excede mucho a la materia la delicadeza del trabajo.

En este bello sitio fué donde pasamos los siete días que la respuesta del rey, relativa a nosotros, tardó en llegar ; sin que olvidasen nada de cuanto podía

hacérselo más precioso mientras la esperábamos. La caza, la pesca, los halcones, el paseo, la música, la conversación y, en una palabra, toda suerte de placeres inocentes se sucedían los unos a los otros. En fin, la orden llegó, y nos volvimos a poner en camino con nuestro guía.

Caminamos por un país delicioso, donde el arte parecía haberse esmerado en adornar los presentes de la Naturaleza y hermosear sus obras. Vimos al paso osos, leopardos, leones, tigres; pero habían perdido en aquellos lugares su ferocidad natural, y no había riesgo en acercarse a ellos. Las praderas no producían sino hierbas y flores olorosas, y los arroyos deslizaban sobre fina arena su agua pura y clara, que por sus rodeos infinitos parecía buscaba donde estancarse para siempre. En todas partes encontrábamos alimentos exquisitos y vinos que lisonjeaban el gusto sin alterar la salud. Las poblaciones por donde pasábamos nos pasmaban por su magnificencia, sin saber qué admirar más, si la hermosura de sus habitantes o su humanidad. Cada vez que consideraba mi fortuna quisiera que aquel río que habíamos atravesado hubiese sido el del olvido, para no haberme vuelto a acordar de lo que había visto en nuestro mundo. Solamente recelaba que nuestros defectos fuesen causa de que nos desterrasen muy pronto de un paraje donde hubiera querido acabar mis días, y si algo me inquietaba era la clemencia del rey de los sevarambos.

Llegamos a una ciudad cuyos habitantes nos acompañaron con música, hasta que salimos de su territorio. Los actores del concierto aun estaban todos en la flor de su edad, lo cual había notado en todas las poblaciones que dejábamos atrás, con no menos sorpresa que placer. Habiéndolo advertido Sermotas, me dijo acerca de esto que la filosofía, las matemáticas, la astronomía y la música eran otras tantas ciencias a que se aplicaban los sevarambos desde su

infancia. Que la medicina era la única que se hallaba descuidada entre ellos, porque no tenían necesidad ni de drogas ni de simples, gracias a la pureza de sus costumbres que no daba entrada a las enfermedades. Que la muerte no era allí otra cosa que el efecto de una larga vejez y no del desarreglo ni de los remedios. Su hermosura, prosiguió, proviene también en parte de la misma causa.

Una dulce serenidad aparece sobre los rostros de ambos sexos. Los hombres tienen un aire varonil, un mirar respetable, el cuerpo vigoroso, una estatura sobresaliente, y hasta un no sé qué de noble en su modo de andar. Las mujeres a correspondencia, me confesaréis que no imaginasteis jamás ni su semejanza antes de verlas. Unas gracias halagüeñas sin tener nada de debilidad, un aire de honestidad que no inspira sino la inocencia, de que hacen profesión; un exterior noble, unos modales interesantes. He aquí el retrato de todas. Tal es el efecto de la tranquilidad perpetua con que gozan de aquellos virtuosos placeres que gustan: de la inocencia de su corazón y de la sublimidad de sus luces.

Mientras nos hablaba de esta suerte, advertimos unas águilas y buitres que tuvimos por aves de rapiña, lo cual le dió ocasión a continuar en estos términos:

—Los animales que veís no caen sino sobre los insectos, pues, para decíroslo en una palabra, aquí no hay bestias, ni en la tierra, ni en el agua, ni en el aire, que hagan daño a las otras, ni a los hombres.

Así es que si no hubiéramos referido a los sevarambos lo de las fieras carniceras, ignorarían que las hay, y suelen responder a los que les hablan de hombres acometidos o despedazados por leones, que es preciso que el Ser Supremo estuviese bien irritado contra ellos para exponerlos de tal modo al furor de criaturas tan terribles.

Entretanto, íbamos acercándonos poco a poco a Sevarinda, y a cada paso se presentaba un nuevo motivo de admiración. El oro brilla por todos lados en los muebles y edificios de los sevarambos, como la pedrería y las perlas, que no son mucho menos comunes, y que algunas veces envían fuera por complacer a los sporundanos, quienes les han enseñado que para viajar con aplauso por nuestro mundo es preciso llevar de estas credenciales, sin las cuales nuestros codiciosos señorones les harían una acogida fría y poco grata. No con otras miras han venido a Europa y al Asia estas perlas y diamantes, cuya hermosura con razón es tan exagerada; pero no la hay para creer que han salido de las minas de nuestro mundo.

Lo que yo puedo asegurar es que nuestros comerciantes nos traerían muchas más riquezas, sin comparación, que las que los españoles han podido encontrar en la América, si les fuese permitido o posible el pasar a negociar con los sevarambos.

Otra cosa que también me encantaba era la humanidad de los sevarambos, humanidad sin ejemplo en nuestras historias, aunque subamos hasta los primeros siglos del mundo. Tiene uno un mueble que le agrada a otro, en el instante hacen un cambio en que quedan ambos contentos; y cuando no tiene con qué pagarlo, no hay que temer denegación: el placer que su vecino siente en tenerle agradecido sirve de equivalente, y no se exige más. Esta ternura de los sevarambos para con el prójimo es la causa de que se ignore entre ellos lo que es pobreza, y de aquí proviene también su hospitalidad, como nosotros mismos experimentamos desde el primer día. En efecto, diez de los principales de una ciudad salieron a recibirnos, disputándose el placer de regalarnos a porfía, tanto que Sermodas, por no dejar a ninguno descontento, dividió nuestra gente en diez partes iguales, y no hu-

bo uno que no fuese tratado por su huésped con tal bondad y magnificencia que no sabíamos alabarla.

He aquí cómo se pasaron los diez y seis días que tardamos en llegar a Sevarinda, capital de los sevarambos y residencia de los reyes, los cuales todos toman el nombre de Sevarias o Sevaraminas, fundador de su linaje.

III

DESCRIPCIÓN DE LAS PROVINCIAS DE LOS AMBICIOSOS, DE LOS TRAPACISTAS Y DE LOS NECIOS.—EL AUTOR CON LOS SUYOS SE PRESENTA AL REY DE LOS SEVARAMBOS : CÓMO LOS RECIBE : LEYES, RELIGIÓN, USOS Y COSTUMBRES DE AQUELLOS PUEBLOS.

Desde que llegamos al palacio que nos habían señalado, principiaron a concurrir amables ciudadanos de Sevarinda con presentes de flores y frutas. Uno de ellos nos hizo una arenga que Sermodas nos explicó :

«Ilustres extranjeros, seáis bien venidos a nuestra ciudad. Desterrad la memoria de vuestras desdichas pasadas. Seréis indemnizados de vuestras pérdidas. Nosotros nos alegramos de tener una ocasión de imitar al Soberano Criador del universo acreditando nuestra bondad a unos pueblos tan amables.»

Nos hizo en seguida una profunda reverencia y se retiró adonde estaban sus compañeros, dando todo principio a un concierto embelesador de voces e instrumentos. A la música siguió un festín en que nos sirvieron, entre otros, un vino que excedía, si cabe, a los que habíamos bebido antes. Tiene la prodigiosa virtud de reanimar los ojos apagados de los ancianos y de remozar sus acciones. Así es que no se distinguen sino en la blancura del cabello y la barba, que las leyes les prohíben cortarse ; pero, a no ser por esto, cualquiera creería que aquellos habitantes

gozaban de una juventud eterna : fruto de la simplicidad de sus costumbres y de la bondad del aire.

No se limitaron a esto sus pruebas de civilidad para con nosotros. Aquella misma tarde nos cumplimentó el rey por medio de Sermodas, y le mandó que al día siguiente nos llevase a su audiencia, diciéndole con mucho interés que la hora tardaría a medida de sus deseos. Esta moderación me dió ocasión de suplicar a Sermodas me describiese a aquel príncipe y sus Estados, lo cual desempeñó de la manera siguiente :

—Ya sabéis que nuestro sabio y poderoso rey desciende por línea recta de nuestro legislador ; falta añadir que ha sucedido a siete mil quinientos nueve reyes, sus abuelos : su reino se compone de sesenta y cinco provincias cercadas por el río que habemos atravesado, y gobernadas por cuatro virreyes, que se eligen de tres en tres años entre aquellos magistrados que por su sabiduría y virtud se distinguen de los demás.

»Pero hay todavía de la otra parte del río otros principados que dependen de los sevarambos. Tal es el de Sporunda, el único que se gobierna por sus leyes propias, en que se encuentra algún vestigio de su inocencia ; pero los habitantes de los demás están privados para siempre del derecho de pasar el río.

»Cerca de allí está la provincia de los Trapacistas, gobernada por Marabo, o *Astucia infernal*. Sus habitantes jamás viven en paz. Artificios, conjuraciones, mentiras, engaños, injusticias, no piensan en otra cosa. Su única ocupación es arruinarse los unos a los otros. Tan sólo una vez se reunieron y fué para apoderarse de la provincia de los Avaros, que habían hecho muchas mutaciones ventajosas. La empresa se logró, y conservan la conquista, de manera que sus primeros habitantes viven hoy en un país escabroso y estéril.

»Con los marabinos confinan los Ambiciosos, nación turbulenta y traviesa, y que frecuentemente ha intentado turbar la tranquilidad de los sevarambos. Pero sus perversas intenciones han sido inútiles, y ahora Sevaraminas tiene siempre tropas en sus fronteras para tenerlos sujetos. Pudiera todavía describirlos hasta otros trece principados que, a imitación de éstos, no están habitados sino por desterrados, y que también se sublevaron una vez contra el rey; baste deciros que, habiendo costado mucho trabajo el contenerlos, fué preciso construir fuertes y ciudadelas en sus fronteras, de suerte que hoy viven allí encerrados como en una prisión inaccesible.

»Otra provincia que no debo olvidar es la de los Necios, o la isla de Cracos, como nosotros la llamamos. Está situada al Sud de Seravandina. En ella gozan con abundancia y quietud de todo lo necesario para la vida: en una palabra, la fortuna cuida de los Necios mientras deja a los Trapacistas que trabajen para su subsistencia.

»Si tuvierais la curiosidad de visitar estas provincias, no dudo que nuestro sabio rey os lo permitiría, y os concedería una guardia suficiente para precaver los insultos; pues, a pesar de la tranquilidad de que gozamos en nuestro dichoso clima, sin embargo las islas adyacentes están sujetas a los mismos desórdenes a que vivís expuestos en vuestro mundo septentrional, por la malicia de los espíritus aéreos que se introducen en el corazón de los hombres. Aun los sevarambos mismos no están del todo exentos. Tienen un cierto árbol aromático cuyo delicioso olor ahuyenta muchos de ellos de los aires, y con todo se ven obligados mil veces a recurrir a sus sabios que aprisionen estos espíritus malhechores a uno de dichos árboles, y los azoten con correas que sacan de su corteza. Así, ved si queréis arriesgaros a entrar en unos

lugares donde estos demonios tienen más poder que entre nosotros.»

Sermodas se interrumpió y yo aproveché su silencio para manifestarle con cuánto gusto le había escuchado, y continuó su discurso en estos términos :

—El rey tiene una renta fija y un gasto arreglado, de manera que nunca se le ofrece motivo de aumentarla ; pero, en recompensa, si lo hiciera, el menor de sus vasallos pondría gustoso en sus manos cuanto tuviese para satisfacerla. El príncipe reinante tiene cerca de cuarenta años, y no representa la mitad ; hace veintidós que está sobre el trono sin habernos dado todavía el más leve motivo de queja ; al contrario, no hay ninguno entre nosotros que no funde la prosperidad de la patria en la dilatada vida de este soberano, rogando por ella al Cielo. Pero mañana lo veréis por vuestros propios ojos ; ahora creo es ya tiempo de que nos retiremos a descansar.

Nos condujeron en seguida a nuestros aposentos, donde no se veía otra cosa que tela de oro y bordado, después de unas camas de plumón fino y blando algo mejor que el nuestro. Allí pasamos una noche descansada, hasta que a las seis de la mañana nos despertó la orquesta desde otro cuarto inmediato con un concierto divino. Por mí puedo asegurar que me creía dormido todavía, pareciéndome que sólo en sueños podía sentir el hombre tanto placer. Concluído el concierto, entró Sermodas en mi cuarto, acompañado de otro que me llevaba unos vestidos soberbios de parte del rey, con un recado muy atento de que no me detuviese, porque quería el príncipe darme audiencia antes de comer.

Obedecí sus respetables órdenes con la prontitud que debía, y salimos un poco antes de dar las ocho, seguidos de los magnates del pueblo, que quisieron hacernos este honor. No describiré nuestra marcha ; baste decir que calles y ventanas estaban llenas de es-

pectadores, llevados por la curiosidad de ver un extranjero, lo cual es muy raro en aquella capital. No dábamos paso que no fuese para nuestra mayor admiración y encanto. La magnificencia de los edificios, la hermosura de los habitantes, la riqueza de sus vestidos, todo excedía a cuanto podíamos haber imaginado. Cualquiera hubiera dicho que las ciencias y artes habían tenido su origen en los sevarambos, avergonzándome de ver que aquel pueblo nos llevase tantas ventajas en esto como en su inocencia y hermosura.

Pero el extremo de nuestro asombro fué al llegar al palacio del rey. El está edificado sobre una eminencia, y cercado de un río que se pasa por su puente levadizo de plata maciza, suspendido de cadenas de oro. En seguida se encuentran tres murallas, cuyo primor es superior a mis expresiones. Los materiales de la última están unidos con cierta argamasa mezclada con granos de oro y plata, de manera que no hay ojos que puedan sufrir su resplandor cuando el sol da en ellos. Separan las tres murallas otros tantos espaciosos patios con calles de árboles, en que han elevado toda suerte de estatuas de pueblos y animales, trabajadas por los mejores escultores; y en medio del último patio está el palacio.

Su figura es redonda, cuatro galerías se extienden alrededor de él con igual número de puertas que se corresponden las unas con las otras.

Allí encontramos al rey sentado en un trono guardado de infinidad de piedras preciosas, que formaban un sol, cuya brillantez nos deslumbró. Se sube a él por seis gradas y en cada una se presentan dos leones de pórfito: sus ojos son dos gruesos zafiros, que parecen rodar en sus cabezas cuando los miran. Luego que llegamos a cuatro pies de aquel suntuoso asiento, doce señores, que iban delante, se repartieron en dos filas y en medio de ellos nos arrodillamos, según nos habían instruído, y bajamos la cabeza has-

ta el suelo. Hicieron señal de que nos levantásemos, y entonces, tras una reverencia muy sumisa, dirigí al rey la arenga siguiente, en francés, que Su Majestad entendía y hablaba perfectamente :

—Poderoso e ilustre soberano, veis a los pies de vuestro trono una tropa de hombres desdichados que hemos naufragado en las fronteras de vuestro Imperio, y que venimos, deseosos de cumplir vuestras órdenes, a dar gracias a Vuestra Majestad por los muchos y señalados beneficios de que sus vasallos nos han colmado. Esto viene de Vuestra Majestad, pues es quien les inspira con el ejemplo esta generosidad y quien les suministra los medios de satisfacerla por la sabiduría de su gobierno. ¡ Plegue al Cielo remunerar su humanidad, concediendo a Vuestra Majestad una larga vida y un reinado tranquilo ! Por nuestra parte, no cesaremos de ponderar a nuestros pueblos del Norte vuestra clemencia, vuestra sabiduría y todas vuestras demás virtudes, si volviéremos algún día a nuestro país natal, aunque nos expongamos a parecer embusteros para con aquellos que no han visto, como nosotros, los prodigios de vuestro reino y de vuestro Imperio.

Sevaraminas, que me había escuchado con afabilidad, hizo una ligera inclinación con la cabeza y me respondió en francés de la manera siguiente :

—Ámo demasiado la justicia, gracias al Cielo, para faltáros jamás. No os he hecho venir sino para que me instruyáis de los usos y costumbres de una parte del mundo famosa por las ciencias y por sus descubrimientos, y para aseguraros que haré en vuestro favor cuanto pueda. Estad, pues, muy ciertos de que se os indemnizará de vuestras pérdidas y que algún día miraréis como una fortuna lo que os ha parecido desde luego el resto de vuestra desgracia. Os permitiré viajar en todos mis Estados por donde quisiereis, a fin de que podáis conocer esta parte del

mundo que el Cielo ha separado de lo demás de la tierra. De aquí adelante no tendré yo la culpa si renunciareis la gloria de haber establecido el comercio entre habitantes de los países septentrionales y sevarambos. Por lo menos yo os ofrezco que, con acuerdo de mi Consejo, elegiré alguna isla de mi dominio en el Mar Pacífico para establecerle; pues las leyes de mi reino no permiten a los extranjeros vivir con nosotros.

Se informó en seguida del estado de la Europa, del gobierno de Inglaterra, de nuestras leyes, de nuestra religión y de nuestra política, que le expliqué lo mejor que pude. Concluída la conversación, me dió una caja de pedrerías y un collar de oro y ámbar gris, rogándome le llevara puesto mientras estuviese en sus Estados, como una insignia de su protección y gracia. Cada uno de mis oficiales recibió un presente por el mismo estilo, y por último dió orden a Zidi-Parabas, maestro de ceremonias, para que nos señalase nuestros respectivos cuartos en palacio.

Me despedí de Su Majestad y me retiré al mío, donde Zidi-Marabat, canciller del reino y primer ministro, fué a conferenciar conmigo de orden de Sevaraminas. Le hice una relación de nuestra marina y de los secretos de nuestro comercio, sin descuidarme en la descripción de nuestras mercaderías, producciones de Europa y de la Gran Bretaña en particular. Se mostró satisfecho de mis informes, y me aseguró que recibirían bien a los europeos con tal que no envasen a comerciar sino hombres honrados, justos y sinceros, y que se contentasen con llegar hasta Sporunda no más, excepto en un caso de embajada o de otras circunstancias extraordinarias.

Después de esta conferencia, me hizo salir a pasear. Por entonces sólo vimos las curiosidades del palacio, cuya descripción no me atreveré a emprender. A más de que mi relación parecería increíble y fa-

bulosa, faltándome términos para expresar la magnificencia de cuanto vi; y aun la imaginación de los que leerán mi libro no se la representaría sino de una manera débil e imperfecta.

Al regreso encontramos al rey, que venía de cazar, pero muy distintamente de como se practica en Europa. Para las liebres, conejos y bestias del monte, tienen zorras domesticadas, de una ligereza tal, que la de nuestros perros no tiene comparación con ella, y para las reses usan de leopardos domésticos también en lugar de alanos.

No está en esto sólo su diferente modo de cazar al nuestro. Cuando el rey quiere tomar esta diversión y el montero mayor tiene ya prevenida una suficiente recova de leopardos, sueltan un oso o un león, o cualquiera otra fiera que ha escogido, en un espacioso parque que está a una legua del palacio. Desde el instante que los leopardos descubren la oreja, la cosa es hecha, nada puede detener su ímpetu: uno le acomete por un lado, otro por otro, hasta que le cercan, y aunque mira a salvarse con la huída, viene a ser la víctima de su furor. Pero esta diversión no es más que para el soberano y la grandeza, que están montados en mulas con aderezos de pedrería y oro.

El príncipe entró en su palacio seguido de una turba de señores y oficiales de su casa, los cuales nos cumplimentaron en latín, en francés, en español o italiano, según la lengua que entendía aquel con quien encontraban. Nos introdujeron en una sala de trescientos pies de largo, donde nos esperaba una comida espléndida. En el fondo de la sala estaban los reyes, los tres príncipes sus hijos, y seis de las princesas reales, sentados a la mesa debajo de un rico dosel; Zidi-Parabas, Sermodas y diferentes personajes se colocaron conmigo en otra. La conversación cayó muy pronto sobre los placeres de Europa. Dije que

los teníamos de diversas especies, pero que no llegaban a los de los sevarambos, porque carecían de su sencillez y de su inocencia. De allí pasamos a las materias físicas, según costumbre común entre ellos y los griegos; las tratamos en latín, y en un asunto me hablaron en tales términos que quedé convencido de que nos llevaban en esto tantas ventajas como en su virtud. Tras la comida, Zidi-Parabas nos presentó al rey, sentado en su trono con Larida su esposa a la mano derecha, y los príncipes sus hijos a la izquierda. La conversación fué toda en español, porque la reina hablaba esta lengua y la amaba mucho. Esta princesa nos despidió cargados de magníficos presentes.

El resto de la tarde la empleamos en ver las particularidades de la ciudad, sus edificios, sus templos y sus salas públicas. El tribunal de justicia estaba enlosado con piedras transparentes de una hermosura singular, y a los dos lados se extendían las celdas o prisiones de los abogados, que bien pueden llamarse así, pues no permiten a sus jurisconsultos salir por la ciudad porque no inspiren a los habitantes su espíritu de discordia. Así que nos descubrieron estos caballeros hicieron alrededor de nosotros un círculo, que con la misma prontitud se deshizo luego que les dijimos que sólo la curiosidad era la que nos llevaba allí.

Vimos subir el juez a su silla al son de trompetas, y en seguida entró un grupo de sevarambos, que conducían a un hombre y una mujer convictos de haber degenerado de la virtud de sus antepasados por un comercio criminal. Ambos tenían sobre su frente y la nariz gruesas excrescencias carnosas que probaban el delito, como efecto de él, según Sermodas nos había informado. Tras ellos comparecieron no sé cuántos abogados, alguaciles y acusadores, que ejercieron sus oficios respecto a los delincuentes. Este

era el colmo de la impudicia, pues las señales que desfiguraban a aquella pareja desdichada eran unos testigos irrecusables de su delito, fuera de la confusión que aparecía en sus rostros, y que al mismo tiempo que acababa de convencerlos, excitaba la compasión. Sin embargo, no faltó abogado que por la esperanza del premio quiso atribuir aquellas deformidades a una causa distinta; mas el juez estaba dotado de demasiadas luces y equidad para absolver a los reos a los cuales condenó a destierro en la provincia gobernada por Brustana.

Debo confesar que vi con pena y sorpresa un infierno tal en un país que había creído un paraíso de delicias. Quise salir al instante, pero me detuvo otro reo que entró luego. Los abogados alegaron en latín, mediante un regalo que Sermotas les hizo, porque tuviera yo el gusto de entenderlos. Jamás pudo hablarse con rodeos más finos y artificiosos. Yo me figuraba estar en la sala de Westnunster al escucharlos. El defendido era acusado de ladrón, delito bastante raro entre los sevarambos, y si su turbación no le hubiera vendido, el rostro no presentaba la menor prueba; con todo, no pudo escapar de la penetración del juez, y fué desterrado a la provincia de Marabo.

No pude menos entonces de manifestar a Sermotas cuánto me admiraba que en un gobierno como el de los sevarambos se permitiese vivir a unas gentes tan peligrosas, cuando en Europa, a pesar de nuestra corrupción, apenas podíamos sufrirlos.

—¡Cómo no las hemos de permitir!—me respondió.—Sabed que éstos son unos males necesarios, y que esta virtud que os parece natural en los sevarambos, acaso no alcanzaría a preservarlos del delito si el temor y la vergüenza no se uniesen alguna vez a ella. Esta es la razón por que el público concurre a la manutención de estas gentes, para que persigan a los culpables, y que los hombres de bien teman

caer en sus manos. Concluyo con deciros que si se encontrase por casualidad un hombre íntegro entre ellos, le echarían de la sociedad con prohibición absoluta de volver a ejercer su oficio ; pero no es así con los jueces ; siempre son hombres a quienes el rey no honra con este empleo sino en fuerza de una integridad acreditada, y de aquí viene que los abogados aborrecen al que hoy tenemos, porque los observa de cerca y cuida de su conducta.

Acabada la audiencia y restituídos los abogados a sus alojamientos, dejamos aquel detestable lugar para ir a ver el principal de los templos, cuyo soberbio exterior había excitado mi curiosidad. Estaba construído en forma de anfiteatro y adornado de una cúpula en que el oro y la plata brillaban por todos lados. Zidi-Parabas hizo al pronto algún escrúpulo de llevarnos a él por recelo de que adorásemos las imágenes, pero Sermodas venció la dificultad por el buen informe que le hizo de nuestra religión ; de suerte que Parabas nos presentó a un sacerdote, rogándole que nos instruyese de lo que mira a la de ellos.

Este desempeñó su encargo con mucha urbanidad en los siguientes términos :

—Nuestro culto no tiene por objeto sino al Dios Todopoderoso, criador del cielo y la tierra. Dos veces a la semana nos juntamos todos en el templo sin que persona ninguna sea dispensada de esta santa obligación, a menos que se halle enferma, caso bien raro entre los sevarambos. Allí cantamos las alabanzas del Ser Supremo, le damos gracias por los bienes de que su mano liberal nos colma, y, en fin, se termina este ejercicio de piedad con oraciones fervorosas por la prosperidad del rey y de la patria.

»Lo que mantiene la virtud entre nosotros es el cuidado que ponemos en hacer florecer las escuelas públicas, en que los niños reciben los principios de la moral y la religión, y donde aprenden no tanto a

conocer sus deberes como a amarlos. Cada sevarambo hace un donativo proporcionado a sus facultades para el sostenimiento de estas útiles casas, y el sobrante, que siempre es considerable, se destina a fines piadosos o a las necesidades de los sacerdotes.

»Tenemos libros compuestos por nuestro gran legislador, que nos guían hasta en las más pequeñas acciones de la vida, y a los cuales debemos casi enteramente la virtud de que hacemos profesión.

»Tal es la armonía que reina entre nosotros, que casi nunca experimentamos el menor de los males que tan frecuentemente produce la discordia en Europa y en las demás partes del mundo.

»En cuanto a aquellos de nuestra raza que, por haberse extraviado del camino de la virtud, viven en un triste destierro, una resignación respetuosa y un arrepentimiento sincero los volverán a los derechos de su inocencia. Sólo sí será menester que pasen por fuegos purificadores, que están en la región media del aire y de que aun nosotros mismos no estamos exentos. Pero en vez de que estas llamas son para los hombres inocentes como un baño refrigerante y delicioso, serán para aquellos de quienes estoy hablando un paso doloroso, y hasta que su malicia sea consumida en ellas no podrán llegar al Cielo.»

Mientras nos refería estas cosas el sacerdote Ziribabdas, le llevaron el cuerpo de un sevarambo, suplicándole le tributase los honores fúnebres. Con este motivo nos dejó para ir a abrir la casa de los muertos que descansaban en cofres fabricados de marfil y oro; y yo me alegré de tener la ocasión de ver el entierro de un sevarambo.

Iban detrás cerca de mil personas sin contar los amigos y parientes del difunto, que estaban a la puerta del templo. Uno de estos últimos se puso delante del cuerpo, y dirigió este discurso a Ziribabdas:

—Santo padre, te traemos los restos de nuestro

buen pariente Suffurali, hombre que caminó siempre por las sendas de la virtud y del honor y que jamás dejó de asistir a los ejercicios de religión en este venerable y sagrado templo. Te suplicamos, pues, que pueda descansar con estos ilustres muertos, que fueron lo que somos y que son lo que esperamos ser otro día.

Luego que acabó de hablar, Ziribabdas le hizo varias preguntas acerca de las costumbres y conducta del difunto, de que quedó satisfecho por sus respuestas; y en su virtud pusieron el cuerpo sobre una mesa de pórfido, colocada en medio del templo.

En seguida entramos con el cuerpo en el sepulcro o bóveda, de una extensión que se pierde de vista, donde ardían constantemente diez mil lámparas de oro. Desde allí nos condujeron al panteón de los reyes, y en él nos detuvimos muchas horas, considerando con admiración los cuerpos y epitafios de aquellos grandes príncipes. Como se habían ensalzado tanto sobre sus vasallos por su virtud como por su dignidad, la nación no había omitido nada para dar en cierta manera a sus cadáveres cuanto se había debido a sus grandes prendas, sembrando de pedrería con profusión los vestidos talares que los cubrían.

Al salir de aquel suntuoso edificio, nos enseñaron el teatro de las rarezas, excesivo a cuanto se puede decir e imaginar. Entre otras admiré talismanes que no hay maravilla que no ofrezcan, sabiéndose servir de estas piedras milagrosas como se debe; y habiéndome referido Ziribabdas muchos casos particulares, quise ver algunas experiencias por mis propios ojos.

Aquel venerable sacerdote me llevó a casa de un sabio, que encontramos engolfado en su gabinete en medio de diversos instrumentos matemáticos y un círculo de libros. Mas, con todo, se levantó al instante con una política extraordinaria: me saludó en griego con semblante risueño: me tomó de la mano y

nos dejó en un balcón de mármol que miraba al campo, rogándonos que le esperásemos. Volvió sobre la marcha con un globo de cristal, según me pareció, lleno de muchas concavidades, probablemente hechas con alguna mira.

—Señor, he adivinado—me dijo—lo que queréis de mí : mirad, pues, si gustáis uno de estos huecos, que tal vez encontraréis con que satisfacer vuestra curiosidad.

En efecto, parecióme descubrir en él una infinidad de hermosos pájaros de diversas especies, pero inmóviles y como muertos ; cuando, estando considerando con placer la hermosura y variedad de sus plumas, el filósofo les restituyó la vida ingeniosamente y su armonioso gorjeo me penetró en los oídos. Entretanto otros pájaros que estaban posados en los árboles inmediatos, vinieron por orden suya al balcón y les mandó que bailasen a su modo, cosa que hicieron luego con una docilidad y destreza que pasaban igualmente.

Tomó en seguida un figura humana de cera y pronunció estas palabras : *Bromalok ki kostrabak abrolakur, Brouabus Brinskiha Brobaro bircabuk*. Al instante aparecieron en el prado una turba de hombres y mujeres que, quitándose sus vestidos, principiaron a bailar delante de nosotros, sin que nada pudiese detenerlos, mientras que la estatua estaba en el aire. Yo no sabía qué admirar más, si la gallardía de sus cuerpos y la ligereza de sus movimientos, o la modestia de sus rostros. Nada de impureza ni lascivia en sus acciones ; y así ni aun ellos mismos se acordaban de que estaban desnudos, hasta que, retirando el filósofo la estatua, echaron a correr con presteza, sumamente avergonzados de que unos extranjeros los hubiesen visto, no obstante que en nada se hubiesen excedido.

A este tiempo nos despedimos del sabio y del sacerdote, y volvimos a palacio pasmados de tantos prodigios como habíamos visto, sin saber casi si dormíamos o velábamos; de modo que nuestra gente no se cansaba de hablar de aquellas maravillas. Por último, nos dieron de cenar magníficamente, sirviéndonos unos vinos muy delicados que produce el país.

Pero, no contento todavía el príncipe con los infinitos recreos que nos había proporcionado, luego que cenamos nos avisaron de su orden que había no sé qué cosa en el aire, que merecía bien la pena de que saliésemos a verla.

Al presentarnos en la galería de palacio, descubrimos un cielo iluminado, en cuyas nubes combatían dragones, serpientes y grifos, unos contra otros. El pavor nos sorprendió al pronto, no habiendo uno de los nuestros que no lo tuviese por un presagio funesto; pero Sermodas nos desengañó, diciéndonos que todo era efecto de un talismán inventado para divertir a Sevaraminas, quien había querido darnos parte en el buen rato.

Concluído este espectáculo, nos fuimos a acostar; mas yo no podía conciliar el sueño, repleto de imágenes raras de lo que había visto por el día, y que me representaban los perniciosos efectos que hubiera producido el arte talismánico en un pueblo corrompido como el nuestro. ¡Qué fortuna, decía entre mí, que el Cielo no lo haya confiado sino a los virtuosos sevarambos! Acaso le hubiéramos hecho el instrumento de mil crímenes, y forzado la Naturaleza a ejecutar designios que la hubieran deshonrado; y con estos pensamientos me quedé dormido.

IV

EL AUTOR CON LOS SUYOS ACOMPAÑA AL REY DE LOS SEVARAMBOS A UN VIAJE. — DESCRIPCIÓN DE LAS COSAS MARAVILLOSAS QUE VIERON.—CASTIGO DE UN MINISTRO DE ESTADO CORROMPIDO.—REGRESO DEL AUTOR A SEVARAMBIA.

A la mañana siguiente, muy temprano, vino Sermodas a decirnos que el rey quería que le acompañáramos en un viaje. Montamos luego en las cabalgaduras que nos habían prevenido, muy parecidas a los camellos, a excepción de que tienen las orejas extremadamente largas y que, en lugar de brida, usan de una especie de corchete de oro o plata con que los unen. La viveza y altura de aquellos animales nos dió miedo; sin embargo, no nos costó mucho acostunbrarnos a ellos; y, a la verdad, no hay animal en el mundo más seguro de pies, en medio de andar hasta cien millas y más en un día.

Lo primero que hicimos fué presentarnos á Sevaraminas, quien nos preguntó cómo nos iba en su Imperio y si necesitábamos algo. Le dimos las gracias por los beneficios de que nos colmaba, y le respondimos que nada podía hacer falta a unos hombres que Su Majestad se había dignado proteger, aun cuando no se hallasen entre un pueblo humano y virtuoso como el de los sevarambos.

—Yo lo celebro—nos dijo,—pero ¿estaréis en condiciones de sufrir la fatiga de un viaje en mi compañía?

—El honor sólo de acompañar a Vuestra Majestad bastaría a sostenernos—le respondimos,—además que nuestra salud jamás ha sido tan buena como ahora, gracias al aire puro de los sevarambos, a sus alimentos saludables y a los placeres inocentes de que gozamos sin cesar.

Esto supuesto, nos mandó volver a montar en nuestros camellos, y en menos de una hora llegamos a Magnandi, ciudad situada dos leguas al Sud de la capital. Allí nos esperaban diferentes filósofos, habiendo inventado cada uno por su parte nuevas maravillas con que divertir a Sevaraminas, según la orden que les había enviado a prevención. Uno de ellos tomó una mosca a nuestra presencia, la cual se fué hinchando poco a poco, hasta que se puso como un camello de los que llevábamos. El sabio montó sobre esta criatura de su arte (si puedo explicarme así), lo hizo dar mil vueltas y caracolear; la mandó tomar paso, y, en una palabra, por su ciencia consiguió de ella cuanto el mejor jinete hubiera podido exigir de un verdadero camello.

A este prodigio siguió muy en breve otro. El segundo filósofo convirtió una pulga en un camello semejante al que llevaba el rey, que era el único blanco que había entre todos. Por el pronto, a pesar de la alta idea que tenía de la virtud de los sevarambos, no pude menos de mirar a aquellos dos hombres como mágicos versados en la negra ciencia de mandar a los demonios. Sermodas adivinó luego mi pensamiento por mi suspensión, y me dijo :

—Señor, advierto que no conocéis bien a nuestros sabios. La ciencia, el talento y la virtud son aquí cualidades inseparables, y que se producen la una a la otra; sabed, pues, que estos filósofos no se distinguen menos del común de las gentes por su probidad que por su arte. Aun se puede decir que es una prueba el verles ejecutar prodigios, pues los demás sabios les quitarían bien pronto el poder si faltasen en lo más mínimo a los deberes de un hombre honrado, persuadidos de que la ciencia en los malos es como una espada en las manos de un loco.

En estos intermedios, apareció otro filósofo que levantó en el aire una estatua de mujer que llevaba,

y pronunció algunas palabras en voz alta. Al instante principiaron a despojarse de sus vestidos cuantas mozas allí había, hasta quedar como las manos, y figuraron delante de nosotros diversos bailes, que no se llevaron toda atención de muchos de nuestra gente. Por lo que a mí hace, aunque el espectáculo no me era nuevo, no había podido todavía acostumbrar mi imaginación, y condenaba al filósofo que había obligado a aquellas mujeres a dejar con los vestidos su pudor, tomándome la libertad de decírselo a Sermodas.

—Ya había yo extrañado—me respondió—que no me hubieseis manifestado ese escrúpulo desde la primera vez ; sé bien que sería general en vuestro mundo a cuantos profesan sentimientos de pundonor, mas no es lo mismo entre los sevarambos que entre los demás hombres.

Mientras esto decía, el filósofo cubrió su estatua con un velo, y al momento las bellas bailarinas volvieron a tomar sus ropas y se retiraron a sus casas, satisfechas de haber contribuído a divertir a su príncipe, que aquellos pueblos en cierto modo miran como una deidad.

El cuarto sabio tuvo una ocurrencia bastante graciosa. Tomó un gato en la vecindad y le ató al principio de la cola dos campanitas con un talismán, que en nada de tiempo le puso tan hinchado como una yegua flamenca. Después le comprimió suavemente el vientre y el aire salió, no como había entrado, sino con un ruido armonioso y esparciendo un olor que perfumó todo el del contorno.

Los regocijos que nos proporcionaron en los demás tránsitos, fueron sobre corta diferencia de la misma especie. No habrá pueblos que tanto se alegren con la vista de su soberano ; ni entramos en plaza alguna donde los habitantes no acudiesen en tropel, mucho antes de llegar, cargados de magníficos pre-

sentés para la comitiva. Los más inferiores de mi gente recibieron en barras de oro valor tal vez de mil libras esterlinas; los oficiales fueron tratados a su proporción, y aun yo mismo, que no me dejó tentar fácilmente de las riquezas del mundo, tuve que aceptar las pedrerías sin número y sin precio que me presentaron, por no desazonar a los sevarambos si las rehusaba.

A la entrada de una ciudad vi dos estatuas de oro decoradas de guirnaldas de flores, que parecía adorar el pueblo; cosa que me sorprendió en extremo por lo que aquella nación aborrece la idolatría.

Cuando llegamos al palacio que tenían preparado al rey y su corte, pregunté a Sermodas qué debería pensar de aquello.

—Son dos estatuas—me respondió—que representan a dos amantes desdichados, llamados Zirico y Malimna, habitantes que fueron de esta ciudad. Sus padres se habían opuesto siempre a su unión, y las penas decretadas contra un amor criminal los detenían para no contraer un matrimonio secreto. Estos obstáculos no desalentaron su constancia; juráronse una fidelidad eterna, y vivieron juntos de esta manera hasta la edad de treinta años, esperando cansar con su firmeza la crueldad de su suerte y el capricho de sus padres.

»Entretanto, su pasión se fortificaba a medida que pasaba el tiempo, y cada día les descubría nuevas gracias en las personas de uno y otro. Al fin, determinaron dejar su patria para pasar a casarse en otros climas, si podían escapar de la vigilancia de los que guardan las fronteras. Trataban de buscar los medios fluctuando entre la esperanza y el temor, cuando uno de estos espíritus aéreos, que incesantemente se ocupan en engañar a los hombres, vino en figura de sevarambo a ofrecer a Zirico que él le transportaría

con Malimna a una ciudad donde estaría en su mano el poder vivir desconocidos y tranquilos.

»Zirico y Malimna le mostraron su agradecimiento, quedando convenidos en que irían a buscarle a la embocadura del río Rocara, donde los esperaba un navío. Por desgracia, no se encontró bajel que los llevase a bordo, lo cual les alarmó cuanto es imaginable, fuera de que por lado ninguno descubrían el navío que se les había ofrecido. El demonio les dijo que no había en aquel paraje suficiente agua para un navío : que si se fiaban de él los llevaría sobre sus hombros, primero al uno y después al otro. Se querían demasiado para oponer dificultades. El demonio tomó a Malimna primeramente y muy presto se dejó ver en medio del río, donde sumergió su presa poniéndola el pie sobre la garganta hasta que acabó de expirar. No hay palabras para explicar la desesperación de Zirico cuando oyó los clamores de su amada y vió la bárbara satisfacción con que se lisonjeaba el espíritu maligno de haberse así burlado de su credulidad. Aunque no sabía nadar, se arrojó al agua para salvar a su amada Malimna, si posible era ; pero había muerto ya, y en este estado la sacó a la ribera. Los amigos de uno y otro, que habían sospechado su designio y llegaron al mismo tiempo, por más que hacían, en vano miraban de consolarle. Les refiere la historia de sus deplorables amores, se pasa el pecho con un cuchillo y cae muerto sobre el cuerpo de su dama.

»Para conservar la memoria de tan tiernos y desdichados amantes, los ciudadanos de Butino erigieron las dos estatuas que habéis visto y las coronan de flores el día aniversario de su muerte. Esto era lo que estaban haciendo cuando aquí llegamos, y lo que habéis tenido por señal de un culto idólatra. Pero ya es hora de comer—añadió,—y el rey está en la mesa.»

Habiendo entrado en la sala, vimos una rata blan-

ca muy grande que se había aposentado sobre la mesa enfrente de Sevaraminas y le miraba cara a cara con una desvergüenza increíble.

Todos nos admiramos a medida que Su Majestad manifestaba su sorpresa del atrevimiento del animal, y mandó echarla fuera. Pero la rata, que hablaba por virtud de un talismán, respondió que no se movería de su puesto mientras que no hubiese satisfecho su apetito a costa del que había de ser su señor. Entonces conocimos claramente que era obra de algún filósofo. El rey hizo varias preguntas a aquel maravilloso animal, que respondió a todas en términos acordes y breves, los cuales pude comprender muy bien porque eran de los más usados, y ya sabía yo un poco de sevarambo. La rata familiar principió a probar de todos los platos, hasta que se fijó en el de Sevaraminas. Por último, el príncipe tuvo por conveniente decir :

—Honrada rata, ruégote que te vayas.

—Vuestra compañía me complace demasiado para que me apesure a obedeceros—respondió ella ;—además, que el reino tiene sobrado con qué mantenernos a los dos.

En seguida cayó la conversación sobre diferentes objetos y la rata se divirtió a costa de algunos de los espectadores, censurando sus defectos con más juicio que destreza. Pero, fuera de esto, aquellos diálogos no me dieron el mayor gusto, porque no hallé en ellos estos rodeos finos, inherentes y envueltos de artificio, que en Europa saben dar a una chanza por un estilo picante para que agrade. En efecto, Zidi-Parabas me confesó que los sevarambos no tenían dos términos en su lengua que pudiesen significar una misma cosa, y que las palabras equívocas eran desconocidas entre ellos, de suerte que la verdad salía siempre de su boca con la misma simplicidad que había sido concebida en su ánimo ; añadiendo que por esta

razón no había cosa de que no se hablase entre ellos sin rodeos, hasta pronunciar una mujer de una virtud severa palabras cuyo sonido sonrojaría a cualquier europeo; y al cabo—concluyó,—¿por qué hemos de formar nosotros semejantes escrúpulos? ¿Es cometer un crimen nombrarle, o nombrar ciertos instrumentos?

Bien pudiera haberle respondido que esta libertad estaba bien a unos pueblos inocentes como los sevarambos, y no a la corrupción de nuestras costumbres, si no hubiera tenido que marchar a dar órdenes a la comitiva real. Nosotros salimos también un rato después, y llegamos temprano a Tistani, que es la segunda ciudad del reino por sus riquezas, por la hermosura de su situación y sus edificios. El príncipe Moriski, que era el gobernador, vino con su séquito magnífico y numeroso a presentar las llaves a Su Majestad, que se las volvió con mucho agrado.

Al día siguiente nos embarcamos en chalupas ricamente adornadas para pasar a la isla de Kristaze, o de las *Zorras*, distante dos leguas, donde tiene el rey un palacio soberbio. Allí estuvimos quince días, que se nos hicieron cuatro por la destreza con que Su Majestad sabía variar nuestros placeres y ordenar otros nuevos a cada instante.

De este delicioso tránsito pasó Sevaraminas a Timpiano, donde me hizo el honor de decirme que tenía negocios secretos, de que aun el mismo Consejo no sabía nada. No tardamos más que un día en el camino; y en todo él Morrice y yo gozamos el privilegio de llevar en medio a Su Majestad, quien nos hizo varias preguntas sobre la naturaleza de nuestro comercio y régimen de gobierno. Todavía me acuerdo con gusto del que Su Majestad manifestó causarle la sabiduría de nuestras leyes; repitiéndome muchas veces que había ignorado que las hubiese tan perfectas en Europa.

—Señor, es muy cierto—le respondí;—no habría en el mundo gobierno preferible al nuestro si nunca nos separásemos de sus máximas fundamentales; pero un ministro corrompido, un partido encarnizado contra el otro, bastán para trastornarlo todo, cuando faltase la travesura necesaria para acomodar las leyes mismas a sus delitos.

—¡Partidos! ¿qué entendéis por este término?—me replicó el rey.

Tuve que explicárselo como mejor pude, a lo cual repuso si no había algún medio para extinguirlos. Respondí que no lo conocía, pues nunca faltarían a la cabeza de los negocios gentes ansiosas de su elevación, mereciéndosela o no, y éste era un manantial de facciones interminables.

De esta manera fuimos en conversación hasta que llegamos a Timpiano, no teniendo por conveniente desengañar al rey de las falsas ideas de que estaba preocupado en orden a nosotros. El gobernador salió a recibirnos con una grande comitiva. Se llamaba Suriamnas, y descendía de una rama de la familia real, que en parte había sido la causa de darle el mejor gobierno del reino.

Pero había degenerado de su ascendencia, lo cual se miraba entre los sevarambos como se miraría un fenómeno extraordinario en Europa: motivo por el cual le recibió el rey con frialdad y displicencia.

Apenas entramos en aquella soberana ciudad, las calles retumbaban con los ecos de *marabi, marabi*, que en sevarambo equivale a: justicia, justicia. Los habitantes, indignados de la violenta opresión en que el gobernador los tenía, se habían quejado secretamente al rey, y ésta era la principal causa de su viaje, que había ocultado bajo el pretexto de enseñarnos su reino. Los imprevistos clamores sacaron al rostro la conmoción de Suriamnas. Procuró disimularla como pudo, y tuvo valor para dirigirse al rey, que en

un tono firme le preguntó qué significaban aquellas exclamaciones del pueblo. Mas antes que Suriamnas lograrse disipar su turbación para responder, un habitante distinguido de la ciudad, por cuyo medio se había dado la queja, se presentó seguido de una turba de ciudadanos y se echó a los pies de Sevaraminas pidiendo audiencia. Su Majestad le mandó levantarse y exponer su comisión sin recelo, lo cual ejecutó el sevarambo en estos términos, que jamás han podido borrarse de mi memoria :

—Ilustre y glorioso monarca : nosotros, vuestros leales vasallos, hemos sufrido males largos y crueles por la inhumanidad, la avaricia y desenfreno del príncipe Suriamnas, que indignamente ha puesto sobre el cadalso a nuestros padres y parientes, confiscado nuestros bienes sin la menor forma de juicio, arrebatado nuestras esposas, violado nuestras hijas y cometido otros crímenes infames, que acaso no podríamos nombrar sin incurrir en ellos. Varios de vuestros leales súbditos le han hecho prudentes reconvencciones, sin otro fruto que tratamientos vergonzosos y bárbaros, en vez de la justa satisfacción que creían poder prometerse. A no haberse dignado Vuestra Majestad venir a esta ciudad, y que no contásemos con vuestra equidad, nos hubiéramos visto precisados a buscar en otros climas una patria menos odiosa que la nuestra.

Antes que acabara su discurso, el gobernador, sintiéndose indispuerto, había caído en tierra acongojado y como muerto. El rey mandó que sus criados le levantasen, y que se suspendiese el juicio hasta el día siguiente. Entretanto, por no hospedarse en un palacio que los delitos del gobernador habían manchado, fué a pasar la noche en una casa de campo real, situada a dos leguas de la ciudad, donde los habitantes le siguieron en tropel con mil aclamaciones y vivas.

Por la tarde, luego que llegamos, me preguntó el rey aparte qué penas dictaban en Europa las leyes contra los reos de un delito semejante. Di razón de nuestros procedimientos, y pareció quedar satisfecho. Entonces añadí que si la justicia entre nosotros era ciega, en recompensa estaba dotada de un tacto muy fino : que padecía frecuentemente sus indisposiciones, y para curarla no había mejor remedio que un cierto cordial, cuya virtud maligna la hacía a veces hablar hasta contra su propia idea. Sevaraminas no comprendió la alegoría, siendo una figura desconocida de los sevarambos, gracias a la inocente simplicidad de sus costumbres. Me expliqué, pues, en términos sencillos, y añadí que sin embargo teníamos ministros de justicia que aborrecían estos detestables medios, lo cual oyó con más gusto.

Al siguiente día volvió temprano a Timpiano, y subió a un tribunal que había levantado con este fin en medio de la plaza principal. Al instante se vió rodeado de un sinnúmero de ciudadanos que acudían a acusar al gobernador, probando contra él crímenes cuya atrocidad hubiera irritado a los jueces más indolentes. Fué conducido a la presencia del príncipe. Estaba pálido, abatido, aniquilado ; y en sus ojos se veían los remordimientos de su conciencia con el temor del suplicio. No pudiendo alegar nada en su defensa, yo esperaba desde luego una sentencia digna de la justicia de los sevarambos, cuando Sermotas me dijo que la prueba no era suficiente.

Sin duda me preguntarán los que lean estos viajes qué especie de gentes son los sevarambos, a quienes no bastan unas delaciones demostradas por el silencio mismo del acusado para su condenación. Confieso que yo mismo hice esta reconvención a Sermotas ; pero vi bien pronto en qué consistía que no le enviasen corriendo al suplicio. Un abogado se adelantó para alegar en favor de Suriamnás. Expone que

los acusadores han perdido la razón y que sin duda es un demonio aéreo el que les hace hablar : llama la atención de todos para que reconozcan que no tiene ninguna de las marcas visibles necesarias a la convicción del delincuente ; y a continuación se extiende en exageraciones pomposas acerca del nacimiento y servicios del gobernador. El discurso estaba lleno de artificio y elocuencia, tanto que los que ignoraban la conducta de aquel príncipe principiaban a creer que podía muy bien ser inocente. Pero al mismo tiempo se llega un filósofo al oído del rey, que manda se desnude a Suriamnas inmediatamente y se busquen en su cuerpo los indicios de su crimen. No hallándose ninguno, fué preciso recurrir a la segunda prueba, reducida a poner al reo en un baño lleno de agua. ¡ Qué no se vió en este instante ! No había poro en su cuerpo que no estuviese cubierto de alguna mancha, tumor o úlcera, que un filósofo había hecho invisibles por medio de un talismán de virtud extraordinaria.

Entonces no quedó ya duda de la convicción de Suriamnas. Mas los sabios que acompañaban al rey, indignados de que hubiese entre ellos quien prostituyese y envileciese su ciencia, valiéndose de ella para ocultar los crímenes a la justicia, se unieron de común acuerdo para buscar al malvado y le obligan con su magia a comparecer en su presencia. El rey les permite que le juzguen ellos mismos y le impongan la pena que les parezca acomodada. No tardó en pagar su delito. Apenas le habían interrogado cuando le vimos subir en el aire con una rapidez extraordinaria, lanzando aullidos horribles, y con la misma volvió a caer, haciéndose mil pedazos. No pareció bien al rey tanta inhumanidad ; pero los filósofos le hicieron presente que a no ser con un ejemplo semejante no se conseguiría el escarmiento de un delito como aquél.

El abogado su defensor fué castigado con menos

rigor. Salió desterrado por Su Majestad a la isla de los Trapacistas, como indigno de vivir en una nación de la virtud de los sevarambos después de haber dedicado su ministerio a la defensa del crimen.

Restaba sólo ver la condenación de Suriamnas, que se esperaba con impaciencia. El rey le abandonó a la venganza del pueblo ofendido. Fué azotado cruelmente por las calles de la ciudad y después sumergido en una cuba de miel, de donde le llevaron al campo para exponerle, atado en una alta columna, al hambre de los insectos, que en dos días le devoraron. Pero el furor de los ciudadanos se extendió hasta sus huesos, reduciéndolos a cenizas y arrojándolas al mar, para que no quedase en el país ni vestigio de aquel hombre perverso. De esta manera concluyó la escena.

En los siguientes días Sevaraminas consagró sus desvelos a la reforma de los abusos introducidos por el gobernador, y nombró a Surcolis, su hijo, para sucederle. Este joven no pudo contener las lágrimas cuando se vió en un tribunal donde su padre se había sentado pocos días antes. No porque hubiese tenido parte en sus delitos ni detestádoslos menos que los demás : al contrario, había sido el único que había tenido la resolución de reprenderlos, y jamás se vió hijo menos parecido a su padre. Pero la Naturaleza quiso echar el resto en aquel triste instante.

El rey le habló en estos términos :

—Surcolis, tú has visto con tus propios ojos de qué manera un príncipe justamente irritado hace castigar a un vasallo que le sirve mal, y sin duda este ejemplo terrible no se apartará nunca de tu memoria. El crimen de tu padre hubiera justificado la extinción de tu familia, mas yo no permitiré en mis días que el inocente padezca por el culpado. Cuento sobre los principios de la virtud, arraigados en tu alma, con que estarás tan pronto a ejecutar el bien co-

mo tu padre lo estuvo para cometer el mal. Goza, pues, de las dignidades que estaban en tu familia, y acuérdate de que hay premio para el bueno como suplicio para el malo.

Al día siguiente partimos de Timpanio para volver a Sevarambia, aunque por camino distinto, en cuya ruta los habitantes de las ciudades se esmeraron en demostrar su celo al rey y su magnificencia a los extranjeros que le acompañaban.

V

AMORES DE MORRICE Y DE SERMODAS, E HISTORIA DE UNA DAMA HOLANDESA

Habiendo regresado a Sevarambia, el señor Morrice trabó relaciones con una viuda joven de la ciudad, pasando de buen amigo a amante correspondido. Como los primeros días de una pasión son deliciosos, ellos no pensaban en otra cosa que en verse, amarse y declarárselo mutuamente, olvidando tanto el uno como el otro todo lo demás, hasta que la reflexión volvió en ambos y trajo consigo el disgusto; entonces pararon la atención en que las severas leyes de los sevarambos ponían un obstáculo invencible a su unión. Morrice me confió sus penas y me pidió consejo, confesándome que lo que más le hacía desconfiar de su virtud era el haber relajado el amor la de su dama a término de no poder ya negarle nada.

Roguéle que resistiese una debilidad que no podía acarrearle otra cosa que perjuicios y adquirirnos el odio de los virtuosos sevarambos.

—¿Y qué sabemos adónde podrán llegar sus resentimientos?—le añadí.—Lo menos que os amenaza es ir desterrado a la isla de los Adúlteros sin esperanza de salir jamás.

Morrice me respondió que combatiría constantemente contra una pasión tan peligrosa, por ver si

conseguía apagarla, pero que si no podía unirse con su dama por los vínculos del matrimonio terminarían sus desdichas con su muerte.

Al acabar de decir esto, la tristeza le poseyó, las lágrimas cayeron de sus ojos y a mí me conmovió. Díjele que podía confiar en mi amistad, que no perdonaría fatiga por servirle, y que para principiar iba a hablar a los amigos que teníamos en la corte, que sin duda el rey condescendería a mi súplica si podía hacerlo sin violar las leyes de los sevarambos ; y para animarle añadí que por lo menos le permitiría Su Majestad llevar aquella dama a Inglaterra, cuya gracia confiaba alcanzar de Sevaraminas.

—¡ Ojalá !—me respondió.—Yo sé que ella aceptaría el partido con gusto : mil veces me ha jurado que me seguiría contentísima al fin del mundo, prefiriendo siempre los trabajos en mi compañía a la prosperidad en mi ausencia. Mas no me atrevo a lisonjearme de que el Cielo me favorecerá hasta tal punto.

No puedo negar que el negocio me interesaba extremadamente, pues preveía que de un día a otro nos expulsarían del reino ; mejor diré del único clima donde hubiera querido acabar mis días : y así resolví hacer todo esfuerzo por dar satisfacción a Morrice, antes que se la tomase él mismo por un crimen que hubiera sublevado a los sevarambos contra él y contra todos nosotros. Fui a buscar a Sermodas para exponerle este asunto y rogarle que nos ayudase con sus luces y su concepto ; pero no me respondió cosa que pudiese consolarme mucho, sólo sí ofreció que hablaría conmigo a Zidi-Marabat y apoyaría mis razones cuanto le fuese dable. Pasamos a casa de este ministro, y quedó en proponer la cosa al rey delante de su Consejo, sin diferirlo de aquella tarde.

En esta suposición, volví a nuestro alojamiento lleno de inquietud, que tuve que ocultar hasta al mis-

mo Morrice, porque siendo demasiado vivo no creyese la solicitud desesperada y tal vez se diese la muerte a sí propio. Entretanto vino a buscarme Sermodas y me propuso si quería salir de paseo, pues el tiempo estaba bueno y notaba en mí cierta agitación que era preciso disipar. Cedió a los ruegos de aquel político sporundano, quien me condujo a las márgenes del río inmediato a palacio, donde nos paramos algún tiempo sin hablar una palabra. Al fin, Sermodas interrumpió el silencio.

—General (pues así tenían costumbre de llamarme los sevarambos)—me dijo,—veo que sospecháis una denegación de nuestro soberano, y esto es sin duda lo que os inquieta. Ignoro lo que saldrá, no existiendo precedente de caso que se le asimile; y, como lo sabéis bien, es difícil de lograr una cosa que nunca ha sido pedida por ninguno; pero cuando el rey esté inexorable, hay un medio para hacer dichoso a vuestro amigo, tan infalible como que el mismo Sevaraminas dará la mano. Este consiste en llevar a la hermosa sevaramba a Sporunda, donde cuidaré yo de su fortuna y la de su esposo, con tal que vos y él me concedáis un favor de que depende mi sosiego. ¿Me lo negaréis, pues?

—No, mi amigo Sermodas—le respondí con presteza.—Lo que depende de nosotros es un derecho de que podéis disponer a vuestro antojo. Tratad de mandarnos y nos obligaréis.

A estas palabras me miró con aire embarazado, y el rubor cubrió repentinamente su rostro. Por último, me dijo:

—No sé qué concepto vais a formar de mí al escuchar lo que pasa en mi corazón; pero el destino me estrecha a revelaros lo que reservaría a cualquiera otro. Sabed, señor, que estoy enamorado de una extranjera de las que vinieron en vuestra compañía, y que yo no podré vivir contento mientras no me ame

como yo la amo. En vano he buscado en la filosofía recursos contra las impresiones del amor ; él ha triunfado de la razón.

Una declaración semejante no podía menos de sorprenderme, visto que no había entre nuestras mujeres ninguna cuya hermosura igualase a la de las sevarambas o sporundanas. Pero ¡ qué hay que alegar contra el amor, ni qué fealdad no hace un hechizo cuando se empeña en ello ! Pregunté a Sermodas cuál era la dichosa mortal que le había encantado.

—La dama de Morrice—me respondió ;—no siendo ella no me hubiera atrevido a daros parte de mis sentimientos. Pues ama a otra, ¿ qué le importa que yo le suceda en la que deja ? No creo se opongá a una cosa que fundará mi fortuna sin turbar la suya. Por lo que hace a lo demás, os protesto que jamás le he descubierto mi corazón, y que hubiera querido antes morir que hablar de esto si la mudanza de Morrice no autorizara mi conducta. Habladle vos en mi favor, asegurando que mis miras hacia su compañera son todas honrosas y que abandonaré a un olvido eterno lo que ha pasado entre él y ella.

Era una de aquellas damas que venían en nuestra compañía, a cuya hermosura me incliné en un principio ; pero después no me volví a acordar de ella en ninguna manera. Entonces se me representó de nuevo, y principié a temer respecto a Sermodas o que no le pudiese amar o que no quisiese vivir en Sporunda, y aun también que Morrice no quisiese acaso dar a su esposa sevaramba una compañera europea. Compadecí a Sermodas en mí mismo al verle enamorado, y de una europea ; un hombre cuya terneza hubieran merecido mejor mil sporundanas, disputándosela tal vez. Otra circunstancia que me interesaba no menos en su favor, fuera de sus bellas prendas y las infinitas obligaciones que todos le debíamos, era la inocencia y pureza de su pasión. Cualquiera empresa hubiera

ejecutado con gusto para curarle o para satisfacerle. Finalmente le prometí sondear a Morrice en la primera ocasión, dejándole al mismo tiempo para ir a buscar a nuestro almirante, al cual encontré en su cuarto, solo y abismado en una taciturna contemplación.

—¿Qué es esto, amigo?—le dije.—Siempre triste y pensativo. ¿Qué se ha hecho aquella jovialidad que os era natural y que ni un naufragio pudo arrancaros? Vamos, buen ánimo, recobraos, confiad más en la fortuna y sabed sobreponeros a ella si no os fuere favorable.

—No—me respondió ;—o casarme o morir.

—Bueno, bueno—le repliqué ;— ya mudaréis de sentimientos. He conocido hombres no menos enamorados y que han sobrevivido al rigor de su destino, por más que hubiesen hecho esos mismos discursos. ¿Y vos mismo, de buena fe, hubierais muerto de dolor si la bella holandesa, vuestra dama, hubiera despreciado vuestras promesas?

—¿Qué decís?—me interrumpió.—¡Qué equivocado vivís! Jamás ha pasado entre nosotros nada que no fuese inocente y de que pudierais muy bien atestiguar. No niego que es hermosa y joven : que me haya parecido bien : que la amo, en una palabra, y que no hubiera dejado de admitirla con gusto por mi esposa. Su virtud sola, que no cede a la de las sevarambas, hubiera bastado para ganar mi corazón. Por otra parte, no puedo ocultar que soy de un temperamento y de una edad en que no es fácil mirar impunemente tantas gracias, ni que he vivido contento con el presente generoso que me hicisteis. Mas tampoco es menos cierto que no hay entre nosotros sino una buena amistad. Sus ruegos y la compasión que sus desdichas me inspiraron, han conseguido de mí este esfuerzo.

Si no hubiera conocido bien al señor Morrice ni

sabido adónde llegaba su honradez, hubiera mirado su relación como fabulosa y romancesca. Tenían para mí demasiada fuerza sus palabras, y además me ofreció que haría venir a la interesada y que me contase toda su historia.

—Bien sé que mi fisonomía me desmiente—continuó ;—no dirá quien me vea que he podido así triunfar de mí ; por esto convendría que un testigo depusiese en mi favor.

Un instante después me llevó su pretendida dama, a la cual recibí con toda la urbanidad debida a su sexo y a su hermosura. Pasados los primeros cumplimientos, se sentó en un canapé que le había indicado. Tardó largo rato en reprimir o limpiar las lágrimas que a pesar suyo corrían de su ojos, y por último, interrumpiendo su triste silencio, me habló así :

—Mi general, el señor Morrice ha hecho tanto por mí, que no debo rehusarle nada de cuanto una mujer honrada puede conceder. Esta es la razón por que he cedido a las instancias con que me ha rogado os refiera mi deplorable historia ; de otra manera, no me expondría a importunaros con una relación que sé no tiene nada de curiosa.

»Nací en Amsterdam de padres ricos y distinguidos. Habiendo sido depuesto el gobernador de Batavia a causa de sus excesos, fué nombrado mi padre sucesor suyo. No ignoráis que si hay un empleo de provecho y lucimiento a que un particular holandés pueda ascender, es el que he dicho. El esplendor, la magnificencia, el poder, las riquezas, todo se encuentra en él. En una palabra, un gobernador no es allí tanto un jefe de una sociedad de negociantes como un príncipe soberano. Mi padre apresuró su partida a Batavia, llevándome consigo, porque mi madre murió cuando me dió a luz. Educóme como podía hacerlo en unas circunstancias semejantes, y puedo decir

sin vanidad que me adelantaba a las esperanzas de mis maestros y a los deseos de mi padre.

»Tenía cerca de once años cuando mi padre contrajo segundas nupcias con la viuda del gobernador de Amboina, cuyas riquezas sonaban más que sus buenas cualidades, habiendo venido a Batavia por lucir su lujo en un paraje digno de ella. Los primeros días de este matrimonio se pasaron con satisfacción de todos. Trataba a mi madrastra como si fuera mi propia madre, y ella me correspondía como si fuera su propia hija. He aquí lo que me granjeé a costa de sumisión y condescendencia ; pero esta tranquilidad no duró largo tiempo.

»Mi madrastra tenía un hijo, al cual amaba tanto cuanto menos lo merecía, y le había enviado a estudiar a Leiden, en Holanda. Este joven vino a Batavia como un viajero que con sus defectos trae los de los países que ha visto, y que aun no sabe ser vicioso con finura y aire natural. Todo era afectaciones ridículas, modales groseros, amor propio insufrible y un desenfreno que causaba horror. Imaginad ahora qué no sentiría cuando este indigno pariente puso los ojos en mí, declarándome una pasión que no convenía con nuestra afinidad. Respondíle de la manera que debía, mas su amor propio le hizo creer que yo no podría mirar su ternura sino como un favor insigne, y que si no un día otro decaería mi altivez, cuando llegase a perder aquel simple ceremonial de que se arma siempre el pudor de las jóvenes. En fin, fué preciso, para desengañarle, rechazar sus galanteos con desprecio y cargarle de desaires.

»Por este medio me libré de su importunidad, y creía haberse librado él también de su demencia ; pero un día que me hallaba sola en mi cuarto y mi padre había salido al Consejo, entró a verme acompañado de su madre, cuyo aire embarazado denotaba

tener que comunicarme algún negocio importante. Desde luego me anunció el corazón lo de que se trataba. Después de haber pasado un rato en cosas indiferentes, me declaró que venía por dar gusto a su hijo : que su cariño hacia mí crecía a cada instante, tanto que no podría vivir si no le amaba : que tuviese compasión de un joven enamorado hasta lo sumo y de una madre desconsolada por el estado en que veía a su hijo. Intenté satisfacerle con el obstáculo insuperable que ponía al medio nuestro parentesco para lo que deseaba. «No, no—me replicó apresuradamente,—no es lo que os figuráis : en todas partes del mundo se hacen matrimonios en iguales circunstancias al que os propongo. Vuestro orgullo es el único obstáculo que se opone a sus deseos.» Mi madrastra era de un carácter fuerte y colérico ; yo reflexioné que el temor de exasperarme con amenazas o injurias, era sólo el que se las había hecho excusar. Así, bien que siempre firme en no casarme jamás con su hijo, a quien desde un principio había tenido una aversión invencible, le respondí que estaría siempre pronta a obedecer a mi padre. «Me agrada vuestra respuesta —me dijo ;—aunque nada le he declarado hasta ahora, yo me encargo de obtener su consentimiento, y entretanto aquí os dejo a mi hijo, joven amable y rico, que os hará feliz.»

»Acabado de decir esto, me abrazó y me dejó entregada a los ridículos galanteos de su muy querido hijo, el cual me tuvo una conversación tan afectada, que me dió a sospechar se amaba a sí mismo cuando menos tanto como a mí. Sin embargo, le contesté con más urbanidad que hasta entonces y que no merecía. Sólo sí le supliqué tuviese la bondad de suspender la declaración de sus amores hasta que mi padre me mandase aprobarla.

»Al punto que me vi libre de su presencia me en-

cerré en mi cuarto, abandonándome a mil cavilaciones. Tan presto imaginaba que mi padre no querría cooperar a un matrimonio tan contrario a la Naturaleza ; tan presto creía que mi madrastra podría vencerle, y me sacrificaría a la pasión con que la miraba. En seguida me acordaba de lo que había oído infinitas veces acerca de los casamientos forzados, y me representaba mil horrores más de los que me habían pintado. No hallaba otro consuelo que el no tener delante al que turbaba mi sosiego.

»Pasó algún tiempo en esta tregua, y un día que quise salir al campo por reflexionar más libremente sobre la desdicha de mi condición, no llevando conmigo sino algunas esclavas, como sabéis que es costumbre allí, estaba tan sumamente sumergida en mis tristes pensamientos que no vi un cocodrilo que salió del agua y que me hubiera devorado si los gritos de mis criadas no me hubiesen avisado. Intenté huir, pero el miedo me quitó las fuerzas, caí acongojada, y cuando volví en mí me hallé en una barraca de pescadores, sobre una cama rodeada de las esclavas, entre las cuales estaba un hombre a quien no conocía. Pregunté lo primero cómo me había librado de la ferocidad de aquel animal voraz, y una de las negras me respondió que el joven que estaba a mi lado era el que me había salvado : que habiéndome visto caer, salió de un matorral, donde buscaba una pieza que había matado, y me tomó en sus brazos, corriendo siempre en zigzag hasta el paraje donde me hallaba. No tengo que advertiros por qué afectaba esta figura, pues os juzgo instruido de que el cocodrilo no tiene juego en el espinazo, por cuya razón no puede volverse sino lentamente y con trabajo ; de suerte que sería fácil librarse de él si el miedo permitiese la serenidad necesaria para huir en dicha forma.

»Di gracias a mi libertador con todo el reconoci-

miento que exigía el servicio que acababa de hacerme. ¡ Pero cómo había de detenerme allí sin darle también mi corazón en recompensa de la vida que le debía ! Díjome que era hijo del fiscal de Batavia y que me amaba largo tiempo hacía, aunque nunca hubiese tenido la osadía de declarármelo. La sinceridad de esta declaración aparecía en sus ojos, y el amor daba a sus discursos una fuerza a que cedí sin violencia. Quiero confesarlo : no contenta sólo con amarle y consentir que me amase, le declaré también que su cariño me era agradable, y aun le cité para el día siguiente en casa de una señora amiga de ambos.

» Me retiré a casa, y al punto mi primer amante fué a darme el parabién del peligro de que me había librado, poniéndose a maldecir la fortuna por haberle evitado la ocasión de demostrarme su pasión arriesgando su vida en favor mío. Prorrumpió en sandeces que daban lástima. Jamás me pareció tan despreciable, y el mismo aborrecimiento que le tenía aumentaba mi cariño hacia su rival, como este cariño mi aborrecimiento hacia él. Al día siguiente, sin ser conocida, me hallé a la hora señalada en casa de mi amiga, y prometí un amor eterno a mi amante. No fuí menos feliz durante algunos meses. Veía diariamente al que amaba : no se me presentaba ya el objeto de mi odio : me lisonjeaba de que mi insensibilidad habría entibiado su constancia o que acaso mi padre habría resistido la poderosa persuasión de su esposa ; finalmente, sólo pensaba en que mi amante no tardaría más en pedirme que en obtener el sí, pues su padre no era menos rico que el mío.

» De esta manera me consolaba de los malos ratos que mi hermanastro me había hecho pasar ; cuando un día mi amante fué a buscarme en casa de nuestra amiga común con un aire de tristeza en sus ojos que me sobresaltó más de lo que yo puedo explicar.

Estuvo algún tiempo sin acertar a articular una palabra, y al cabo me declaró con un torrente de lágrimas, interrumpido por mil suspiros, que su padre le había prometido a una hija de un burgomaestre : que acababa de darle esta nueva, y al mismo tiempo le había mandado se dispusiese a partir dentro de un mes para casarse en Holanda. Este discurso fué para mí un rayo, sin poder ocultar la turbación ni aun pensar en hacerlo, pero mi amante la convirtió en alegría aprovechando la ocasión. «Ahora es cuando no puedo dudar de vuestra ternura—me dijo ;—vuestras promesas no han tenido tanta fuerza persuasiva como vuestro dolor : asentid desde luego, y sabremos estorbar que el destino que nos persigue tenga en adelante sobre nosotros el mismo imperio. No hay que hacer sino unirnos por un matrimonio secreto, y ponernos en manos de la Providencia. Todo cuanto puede suceder no es tan duro como el separarnos el uno del otro para siempre. Por otra parte, la pobreza no debemos temerla, pues, gracias al Cielo, sin los bienes de mi padre, tengo bastante para subsistir, si no con esplendor, por lo menos sin bajeza y con comodidad. Vuelvo a deciros que unáis vuestra suerte a la mía, y seré el más dichoso.»

»Respondíle que la pérdida de los bienes era el menor de los males que podía acaecer a personas que bien se querían : que la indignación de mi familia era un mal algo más pesado para mí. «¿Y es eso todo lo que os aflige?—me contestó.—Eso mismos parientes concurrirán a nuestros desposorios cuando se vean en la necesidad de hacerlo, o de subscribir a su deshonra. Tened resolución, no os pido más, la fortuna se pondrá de nuestra parte.» Mi corazón atendía con demasiada viveza al partido de mi amante para que no me rindiera. Al día siguiente nos casamos en secreto delante de dos testigos : un amigo de su parte, y de la mía una criada que merecía mi confianza.

»Tres semanas estuvo la cosa oculta, y nosotros en un sosiego envidiable, teniéndome por la mujer más feliz del mundo, y mi esposo, para colmo de nuestra satisfacción, tuvo noticia de que había muerto la que le destinaban en Europa. Entretanto, principiando a manifestarse el fruto de nuestro amor, tuve que decir a mi esposo que declarase nuestro matrimonio antes que por precisión lo declarase yo. Me prometió hacerlo así, pero al mismo tiempo mi padre me propuso el enlace con su entenado, añadiendo que aunque estaba resuelto a ello, había diferido decirme por ver si se enfriaba su pasión : que el tiempo sólo había contribuído a robustecerlo y que no había otro arbitrio sino que me dispusiese a casarme en la próxima Pascua.

»Juzgad, señor, cómo me quedaría con este discurso imprevisto. Rogué a mi padre no me impusiese la dura obligación de obedecerle en una ocasión en que iba mi desventura en hacerlo ; mas estaba muy firme en su resolución para sufrir que le contradijera, y sin escuchar palabra, me dejó, advirtiéndome que contaba con una ciega y pronta obediencia de mi parte.

»Era ésta una de las pesadumbres más pequeñas que me reservaba la Providencia. A la mañana siguiente, cuando fuí a buscar a mi esposo para informarle de las intenciones de mi padre, me informó él también de que acababa de sondear al suyo acerca de nuestro matrimonio, contra el cual se había dejado arrebatarse en términos que no solía, protestando que no consentiría jamás que entrase en una familia con quien había estado siempre desavenido. El rato se pasó en quejarnos el uno al otro sin resolver nada, y la noche fué todavía más triste : yo experimenté todas las penas de un despecho que presagiaba las desdichas de que iba a verme agobiada.

»Al día siguiente, así que pude substraerme de mi familia, acudí a la consabida casa, donde encontré, no a mi marido, sino una carta suya que abrí temblando. En ella me manifestaba que su padre, indignado de la propuesta de nuestro matrimonio, le había obligado a embarcarse en un navío que salía para Holanda, sin darle tiempo de decir adiós a nadie : que sin embargo había podido hablar a un oficial, que se encargaba de entregarme aquella carta. Que si le amaba cuánto debía para partir con él su fortuna, el mismo oficial me proporcionaría vestidos de hombre con que no fuese conocida, y me conduciría al navío. Ultimamente, que me rogaba, en este caso, que estuviese dispuesta para la tarde siguiente y que fuese sola.

»El dolor de que me dejé poseer al leer esta carta es inexplicable. En medio de todo mi cariño no podía menos de determinarme a la huída, sin otro recelo que el de ser descubierta. Volví a la casa de mi padre y recogí una gran porción de pedrería que había heredado por muerte de mi madre y la di a guardar a la criada de mi confianza. Al día siguiente fuimos juntas a la casa de nuestras citas, y entonces la descubrí mis intenciones. Mas ella me protestó que si no la permitía acompañarme, no me dejaría salir, dando parte a mi padre. Yo la hubiera llevado gustosa conmigo, porque nos queríamos desde nuestra niñez, siempre que hubiera tenido vestidos con que disfrazarla y que el oficial hubiese accedido. Al fin, ella supo persuadirle con ruegos : nos vestimos, y con los ojos bañados en lágrimas partimos al navío, a cuyo bordo llegamos al concluir la noche, llevándonos inmediatamente el oficial a la bodega.

»Hacía ya algún tiempo que estábamos allí y yo principiaba a desconfiar por no ver a mi marido, cuan-

do mi conductor me llevó una segunda carta, que no podré olvidar jamás por las repetidas veces que la leí y releí. Esta es, palabra por palabra :

«Señora : creo es ya tiempo de desengañaros del error a que una pasión imprudente os ha arrojado ; sabed, pues, que el que nos casó era uno de mis amigos, simple particular como yo, y que, lejos de ser ministro, acaso no habrá puesto en toda su vida tres veces el pie en la iglesia. Confieso que esta acción no ha sido la más decente ; mas tengo que haceros saber todavía peores nuevas. En una palabra, me precisa deciros que vais a un lugar de donde no volveréis jamás. Si habéis perdido una fortuna considerable, también tenéis con qué consolaros de mi barbarie, pues lleváis con vos misma gracias que no dejarán de haceros feliz en un país donde vuestras semejantes no tienen comparación. Así, buen ánimo. Mi amigo cuidará de vos, sin que os haga falta ni partera ni nodriza, caso que diereis a luz en el navío, pues va lleno de mujeres que no desearán más que serviros.

»En cuanto a vuestro hijo, si fuere varón le deseo más probidad que tiene su padre, y si fuere mujercita más cordura que ha manifestado su madre. Por lo que a mí hace, hoy mismo doy velas, según os manifesté, para ir a casarme a Holanda por disposición de mi padre. Bien creo que la que me espera no tendrá la mitad de vuestra hermosura ; así me preparo a vivir con ella menos bien que con vos, y mucho menos tiempo ; pero como allí hay más bellezas que en Batavia, me indemnizaré de los instantes que no pueda hurtarla. Respecto a lo demás, no ignoráis, señora, que salvándoos la vida adquiriré un derecho incontestable a vuestra persona. En este supuesto, cuento con que me estaréis reconocida de no haber diferido más la renuncia.

»Vuelvo a exhortaros a que os recobréis un poco de vuestra sorpresa. He conocido dos o tres mujeres en la misma situación, que han sobrevivido a su aflicción y a más de un marido. El dolor se asemeja al amor: cuanto más violento menos dura. Pero mi carta os cansa, señora. Concluyo aconsejándoos que me olvidéis, como yo trataré de hacer mientras sea

»FEDERICO VANT NORT.»

»Antes de llegar a la mitad de la carta caí desvanecida; y mi fiel compañera me ha contado después que estuve algunas horas sin dar la menor señal de vida. Al fin volví en mí, si puede llamarse volver en sí el estado de despecho en que entonces me hallaba. La execrable ingratitud con que mi ternura era pagada ocupaba solamente mi espíritu. La muerte me parecía el único remedio de mis males; y hubiera querido en aquellos instantes que el que nos había conducido a bordo me la diese. Pero, lejos de esto, sin olvidar nada, todo le parecía poco para mi consuelo diciéndome que el tiempo mitigaría mi pena; que él había contribuido a mi desdicha sin conocerme, ni saber siquiera de lo que se trataba; que compadecía mi triste suerte; que acaso el Cielo sería un día favorable a mi inocencia, y que aquel cuya pérdida lloraba no era digno de mis lágrimas. La compasión y el amor le hacían hablar de esta manera, sin que él lo advirtiera ni yo pusiese cuidado. La perfidia de Vant Nort me representaba su sexo insoportable. Detestaba la credulidad con que me había rendido a sus engañosas protestas de amor, y me pesaba no haber sido devorada por el cocodrilo, de cuyas fauces me había arrebatado.

»Finalmente, mis penas agobiaron mi constancia, y caí enferma en la isla de Java, donde los vientos contrarios nos detuvieron siete meses cabales. Jamás

nadie se alegró de su curación como yo me alegraba entonces de una enfermedad que miraba como una gracia del Cielo, que, apiadado, quería librarme de la vida. A pesar de mi dolor, di a luz un niño muerto, asistida de mi criada solamente; y recobré en seguida mis fuerzas, aunque no mi tranquilidad, después de haber echado al mar la criatura bañada con nuestras lágrimas.

»No era mi desdicha lo único que me afligía. La suerte de mi fiel compañera me hería igualmente, supuesto era su cariño el que la había arrastrado al precipicio, y habiendo podido ser feliz en Batavia si no me hubiera querido tanto; bien es verdad que sobrellevaba el infortunio con una constancia heroica. No parecía sensible sino para mí, hasta complacerse a menudo de que la Providencia la hubiese llevado allí para ayudarme a pasar trabajos. Pero cuanto menos se miraba a sí misma, más la miraba yo a ella, viendo la triste recompensa que recibía de su fidelidad y de su cariño.

»Todavía sufría otra mortificación más. Esta era la necia persecución del oficial mi conductor, a quien el recobro de lo que él llamaba *mi belleza* le tenía siempre a mi lado sin separarse un instante; no porque su condición y figura no mereciesen alguna atención, sino porque no había ya hombre que pudiera agradarme: de suerte que aun el no tratarle con rigor me costaba esfuerzos penosos. Por mi fortuna, el viento abonó y tuvo que saltar a tierra para comprar algunas provisiones a los javinos, con cuyo motivo recibió una herida mortal en una pendencia que tuvo con ellos. Puedo aseguraros que no lloré su muerte, porque me parecía un hombre capaz de hacer por violencia lo que el indigno Vant Nort había hecho a fuerza de artificios.

»Al día siguiente nos embarcamos. No hacía tres semanas que estábamos sobre el mar cuando nuestro

navío principió a hacer agua. Todos se creyeron perdidos ; solamente yo miraba con placer el término de mi vida, sin otro sentimiento que el de mi fiel compañera, cuya lealtad ha sido recompensada por su casamiento con De Hayes, uno de vuestros capitanes, el cual se ha solemnizado en Sporunda. Vos llegasteis a este tiempo y nos sacasteis de los brazos de la muerte. Después, no tengo que deciros lo que ha pasado ; sólo añadiré a mi historia una declaración que debo a la virtud y urbanidad del señor Morrice, y es que, dueño de mi persona como era, ha sabido sacrificar su ternura a mis ruegos, y aun me ha ofrecido dejarme entre los sevarambos o sporundanos, únicos pueblos con quienes puedo resolverme a vivir.»

La historia de esta dama me sacó las lágrimas a los ojos, y vacilé algún tiempo sobre si convendría proponerle un esposo en las circunstancias lastimosas en que se hallaba ; sin embargo, la amistad de Sermodas venció, declarándola sus sentimientos hacia ella. A pesar de la sorpresa que esta propuesta le causó, respondió con más suavidad que yo esperaba de su aborrecimiento a los hombres. Aproveché la ocasión para estrecharla más y más, hasta hacerla ver que era el único medio de poder vivir con los sevarambos. «En cuanto a su persona—le dije,—es un hombre distinguido, rico, bien formado, joven, virtuoso y hábil. Para no usar de rodeos, él se tendría por dichoso en ser vuestro, y yo os creería dichosa en ser suya.»

Advertí que mis razones habían hecho su efecto, y fui a avisar inmediatamente a Sermodas, el cual vino corriendo a jurar un cariño eterno a la bella holandesa, dejándome la satisfacción de ver que le recibía con algo más que cortesanía. Conté después al sporundano las aventuras de su amada, que acabaron de interesarle en su favor, deponiendo alguna pena, si tenía, por el pretendido comercio con Morrice. En-

ternecido me dió gracias por el servicio que le había hecho. Jamás vi hombre tan penetrado de un beneficio recibido, ni yo podía prometerme un regocijo tan dulce y puro como el que sentí en aquel lance.

Al día siguiente reunió el rey su Consejo para deliberar sobre la pretensión del señor Morrice. La resolución fué que Su Majestad asentiría al matrimonio, siempre que la dama sevaramba se aviniese a marchar con el esposo que había elegido. No esperaban los dos otra cosa. Inmediatamente se dispuso todo para su enlace y para el de Sermodas con la bella holandesa, que Sevaraminas mandó celebrar en el principal templo y honró con su presencia, ejecutándose la ceremonia con una magnificencia extraordinaria.

Sermodas se presentó primero con su esposa, vestido de una bata de tela de oro y ceñidas sus sienes de una guirnalda de flores. Morrice entró después con su sevaramba. Llevaba un vestido que le había regalado el rey y que sólo un rey podía llevar. Por cualquier lado que se le mirase no se veía otra cosa que oro, perlas y pedrería. Las dos desposadas no iban menos brillantes : llevaban vestidos de tela de plata bordada, de perlas, e iban coronadas de flores, según costumbre inmemorial de los sevarambos. Pero todavía las adornaban más su hermosura y su inocencia. No creí hallar tanta gracia en la dama holandesa. El júbilo y el amor habían reanimado sus miradas y dado nueva vivacidad a su color ; de suerte que no me pareció inferior en hermosura a ninguna de las sevarambas. Todos la colmaban de alabanzas y bendiciones cuando iban atravesando el templo.

Acabada la ceremonia, que fué semejante a la que habíamos visto entre los sporundanos, volvimos a palacio, adonde Sermodas había mandado que nos sirviesen una comida espléndida. Al dejar la mesa, el rey me hizo la honra de conversar conmigo y le re-

ferí la historia de nuestra holandesa, que la reina no pudo oír sin verter lágrimas. Entretanto, los desposados se habían retirado a sus respectivos cuartos, que el rey les había señalado en palacio, amueblados como el del mismo soberano. Luego que volvieron al salón, apareció repentinamente como por arte mágico un teatro, cuyas ostentosas y singulares decoraciones excedían con mucho a cuanto he visto de su clase en Italia. Representóse una comedia, y acabaron los regocijos de aquel día.

En el siguiente volvieron a empezar, y continuaron hasta veinte días sin interrupción; cosa que no se había visto hasta entonces en Sevarambia sino en las bodas de los reyes. Paseos, banquetes, conciertos, tragedias, comedias, óperas alternaban sin cesar. Me acuerdo de que entre otras representaron una vez los *Amores de Marte y Venus*, pues los sevarambos saben la mitología de los griegos tan bien como nosotros. Las voces eran asombrosas, las palabras acomodadas a la música y el lenguaje muy parecido al italiano por su dulzura. He aquí algunos versos que he retenido y que Marte cantaba a Venus en un bosque de cipreses donde la encontró, para que se pueda juzgar de la lengua sevaramba:

*Crema Splesso pil carmina
Nil formoso pelte trano
Spum fel trotso Croni tano
Meluc causo tunc te fina.*

Quiere decir (bien que su elegancia debe perder mucho en una traducción en prosa) que «parten de los ojos de Venus rayos que inflaman el corazón de Marte, y que son inextinguibles».

VI

EL AUTOR SE EMBARCA CON SU GENTE PARA MONATAMIA. —SU ARRIBO A ESTA ISLA.—PARTEN A BATAVIA.—VUELVEN A TOMAR LA RUTA DE INGLATERRA.—CONSPIRACIÓN DE LA TRIPULACIÓN.—GULLIVER VESE OBLIGADO POR LOS SUYOS A ENTRAR EN LA CHALUPA CON ALGUNOS OFICIALES.—DOS MARINEROS MATAN A MORRICE POR DISFRUTAR DE SU MUJER.—ESTA DAMA AHOGADA CON UN MARINERO.—GULLIVER ES RECIBIDO A BORDO DE UN NAVÍO FRANCÉS.—SU ARRIBO A FRANCIA, DE DONDE PASA A INGLATERRA.

Luego que se acabaron los regocijos, Sevaraminas dió orden de aprestar un buque para conducirnos a la isla de Monatamia, donde habíamos de establecer nuestro comercio, con la condición de no volver sino de dos en dos años y con un solo navío de porte de seiscientas toneladas. Hubiera deseado que los sevarambos trabajasen con menos diligencia en la preparación de este buque que iba a alejarme acaso para siempre de sus costas, pero cedí en la ocasión al partido de mi patria, que no podía menos de sacar un provecho extraordinario del comercio con estos pueblos excelentes, tanto con respecto a sus riquezas como en orden a sus costumbres.

El día señalado para nuestra partida nos despedimos de todos nuestros amigos, con el consuelo de ver en el pesar que mostraban que nuestra conducta no les había sido desagradable. En seguida fuimos a dar las gracias a Sevaraminas, y este gran príncipe, no contento con destinar a Sermodas para que nos acompañase hasta Monatamia, me hizo todavía más regalos, dignos todos de su opulencia y generosidad, recibiendo otros en proporción mis oficiales y demás gente. Habiéndonos embarcado el 2 de agosto, bajamos el río de Rocara, donde dimos fondo por la tarde

delante de Trumbello, ciudad considerable por su comercio con la isla de Monatamia. Allí hablamos con muchos negociantes, y tomé un piloto que nos guiase a la embocadura del río, cuyo paso es peligroso por las innumerables rocas que hay a un pie del agua. Pasamos, sin embargo, con felicidad. Al día siguiente navegamos con viento de Sudeste, hasta que entrada la noche calmó por igual. Mas a eso de las doce se movió un viento fresco que nos era favorable, y desde aquella mañana descubrimos a Monatamia a nuestra derecha. No obstante, el viento aflojó repentinamente y no pudimos arribar como nos prometíamos, teniendo que echar el áncora por la tarde a la vista del puerto, cuya entrada nos habían asegurado ser peligrosa y difícil.

Al siguiente día mandé disparar un cañonazo, y acudió un piloto para conducirnos. Luego que estuvo a bordo se halló sorprendido de ver tantos europeos, y al parecer rehusaba servir de guía a unas gentes como nosotros, que podían llevar funestas y criminales intenciones, hasta que se presentó Sermodas a decirle quiénes éramos. Entonces se serenó y se puso al timón.

El puerto de Monatamia es uno de los mejores que habrá en el mundo, muy parecido al de Portsmouth en Inglaterra. Pero si éste es mayor, las embarcaciones no están en él a cubierto de las tempestades como están en aquél. La ciudad tiene el mismo nombre que la isla, y depende del rey de los sevambos, que envía allí un gobernador de tres en tres años. Comprende en su jurisdicción muchas pequeñas islas, de las cuales unas tienen dos leguas de circuito, otras tres, y aun hay una entre otras, inmediata a Monatamia, que a corta diferencia tiene la misma extensión que Wight. Los gobernadores de aquellas pequeñas comarcas son tratados como reyes, mas no sé por qué, a no ser por ridiculizarlos.

Sermodas, Morrice y yo tuvimos diferentes conferencias con el gobernador de Monatamia, quien nos permitió que hiciésemos establecimientos en su territorio si nos acomodaba. Aceptaron el partido sesenta y siete de los nuestros que estaban casados, quedando sólo tres que quisiesen volver con nosotros a Europa. Después de una permanencia de tres semanas nos hicimos a la vela para Batavia, donde algunos querían detenerse y donde sabíamos bien que encontraríamos muchos con que reemplazarlos. Cedió mi cuarto a Morrice, que lo necesitaba más por razón de su mujer, y abordamos a Batavia, sin que ocurriese cosa particular en nuestra ruta.

El gobernador nos recibió con mucha urbanidad y candor. Hízome repetidas súplicas para que le diese el diario completo de mi viaje, a lo que condescendí; pero con cuidado borré antes las latitudes de las plazas, porque los holandeses no creen hacer injusticia a los demás negociantes en apoderarse de su comercio ni en servirse del poder excesivo que tienen en las Indias Orientales para echarlos de sus establecimientos. Por otra parte, yo no tenía motivo para quejarme del acogimiento que nos hicieron; mas como hubiese advertido que muchos de los nuestros enriquecidos por los sevarambos iban olvidando las virtudes que habían aprendido de aquella nación inocente, fué preciso acelerar la marcha y reemplazar con marineros extranjeros una buena porción de ellos, que se había escondido por excusar la pesquisa que el gobernador me había permitido hacer de sus personas. Por fortuna, encontré un gran número de holandeses que no deseaban más que seguirme.

Sin embargo, esta diligencia retardó mi viaje algunos días, en los cuales tuve la proporción de informarme disimuladamente de la historia de la bella holandesa, que se ha leído en el capítulo precedente. Supe que el hijo del fiscal habíase casado en Holan-

da ; que la hija del gobernador hacía dos años que no se sabía de ella ; que su padre estaba inconsolable, acusándose a sí mismo incesantemente de haber sido la causa de su huída, por el rigor que le había mostrado, y que el fiscal había muerto un mes antes de nuestro arribo. También vi al hermanastro de la mujer de Sermodas ; y como había mediado poco tiempo, descubrí en él aquel aturdimiento que ella me había pintado. De aquí tomé ocasión para escribir al gobernador con un nombre supuesto, diciéndole que había visto a su hija : que había sufrido muchas penas increíbles : que, al fin, el Cielo había premiado su virtud con un casamiento dichoso y que acaso podría todavía tener el gusto de volver a verla cuando menos pensase. Añadí esta última circunstancia en la confianza de haberme asegurado Sermodas que si conseguía el permiso del rey, meditaba hacer un viaje a Batavia con su esposa, dentro de dos años, por rendir sus respetos a su suegro.

Ignoro el efecto que produciría esta carta en el ánimo del gobernador, porque teniendo ya completa la tripulación de mi navío, el viento era favorable y me excitó a hacerme a la vela. Partimos, pues, sin que sucediese nada notable en muchos días de viaje ; cuando habiendo convidado a Morrice y su esposa a una partida de juego en mi cuarto, vino luego y me dijo que no sabía qué pensar de la conducta de nuestros antiguos marineros, cuyas conferencias secretas con los que habíamos recibido en Batavia denotaban tramarse alguna conspiración contra los oficiales principales.

—He aquí una entrada—añadió—que no tiene visos de relación siquiera con las que pensabais que hiciésemos hoy juntos ; mas yo os confieso que me lleva toda la atención.

De Nuit mismo me parece ser el jefe de la rebelión, pues noto en él un aire de insolencia que no pue-

de provenir sino de la confianza que le inspira su designio.

Ya se deja discurrir qué sobresalto no me causaría esta nueva. Aproveché los instantes para consultar con Morrice los medios de descubrir la conjuración y atajar sus progresos antes que se declarase; pero sin poder tomar providencia alguna, entra de Nuit en mi cámara, acompañado de unos veinte hombres, pistola en mano, jurando que nos matarían si intentábamos la menor resistencia. Preguntéle, con la firmeza que pude, qué razón le llevaba a proceder así.

—Calla—me respondió con la mayor insolencia;—tengo tanto derecho a mandar como tú el navío, y desde este instante renunciarás el título de general y capitán de que tú mismo te has revestido desvergonzadamente.

Repliquéle que lo haría cuando llegásemos al cabo de Buena Esperanza.

—Eso podría ser—me respondió con una sonrisa de mofa,—pero no pienso dirigirme allá; si tú te hallas con bastante resolución para emprender el viaje, ahí tienes la chalupa que te conduzca con los que quieran seguirte.

Diciendo esto, nos arrancan del cuarto y nos empujan a la chalupa, que estaba pronta: a mí, Morrice y su esposa. De Nuit dijo en alta voz:

—Si alguno quiere acompañar al general, hable, que será bien admitido, y yo le daré mi protección.

Parte de la tripulación derramaba lágrimas al oír tal discurso, y otros insultaban nuestra desgracia. Por último, se presentaron dos ingleses, llamados Sturmy y Withers, exclamando que querían más perecer de hambre con su capitán que vivir en la abundancia con un hombre como De Nuit; y al mismo tiempo tomaron sus mochilas y saltaron a la chalupa, cuyo cable mandó cortar De Nuit inmediatamente.

Nos habían dejado las camas, nuestras armas y

vestidos, y provisiones para dos meses, y una brújula. Pero, ¿de qué podían servirnos estos débiles socorros? Según nuestro cálculo, estábamos a cien leguas de la tierra, y era fácil levantarse una borrasca que no pudiésemos resistir: en una palabra, nos creíamos perdidos. No nos acordábamos siquiera de los dineros que nuestra indigna tripulación nos había retenido tan ruinmente, y que yo no conservaba sino la pedrería, que por casualidad estaba cosida entre el forro de la casaca. Pasamos lo restante del día en un triste silencio. La noche no contribuyó sino a aumentar nuestro desconsuelo y nuestro temor. Por la mañana ya vino una vislumbre de esperanza a nuestros ánimos. La esposa de Morrice principió a respirar y nos alentó a todos: tomamos algún alimento por primera vez, y resolvimos hacer todo esfuerzo para salir adelante, si posible era.

Withers me dijo que, según su cálculo, no distábamos muchas leguas de Madagascar: que contaba con el auxilio de la Providencia llegar allá en tres días si queríamos volver al Nordeste. Aunque temiese la barbarie de los habitantes de aquella isla, no dejé de alegrarme de estar tan cerca de ellos, prefiriendo su crueldad al furor de las olas. Withers penetró mi pensamiento, y nos dijo que aquellos isleños no eran lo que se pensaba, que él sabía de algunos que habían tratado a los ingleses con mucha humanidad. Bajo esta promesa, corrimos al Nordeste tres días sin descubrir tierra, y bogamos cuatro más con la misma incertidumbre. Tal situación nos causaba el dolor que se deja discurrir; no porque no tuviésemos todavía provisiones para siete semanas, sino porque si se levantaba alguna borrasca, no podíamos menos de perecer en una chalupa como la nuestra. Queríamos animarnos los unos a los otros, y nuestro abatimiento nos desmentía.

Al cuarto día, á entrada de tarde, principiaron a

espesarse las nubes, y advertimos pronósticos evidentes de la tempestad que nos tomó a media noche. En tan tristes momentos nos confiamos a la Providencia, aguardando la muerte que nos parecía inevitable. Fuimos el juguete de las olas durante muchas horas, hasta que la tempestad fué cediendo ; pero el mar continuaba alborotado, y el agua entraba en nuestro barco. Firmes en no perdonar fatigas por salvarnos, la echábamos fuera del modo que podíamos, y venturosamente antes de amanecer calmó el tiempo y el mar se mostró menos agitado, siendo nuestra fortuna completa cuando al salir el sol vimos la tierra al frente y que una rápida corriente nos llevaba hacia la costa, donde abordamos antes de media hora.

Lo primero que hicimos fué dar gracias al Cielo por habernos conservado. El paraje donde nos hallábamos estaba entre dos rocas llenas de concavidades de trecho en trecho. Como ignorábamos qué tierra era, escondimos lo mejor que teníamos, y yo aconsejé a Morrice por la misma razón que vistiese a su mujer de hombre porque su hermosura no la expusiese a la brutalidad de los salvajes, que no se pararían en nada por satisfacer su infernal pasión. Trepamos en seguida de roca en roca ; pero reconocimos con dolor que estábamos en una isla estéril y desierta, que sólo tenía dos leguas de circuito. No obstante, nos hallamos mejor en ella que sobre el mar, y nos consoló el descubrimiento de un manantial de agua dulce, que principiaba ya a faltarnos.

Internándonos más, encontramos dispersos varios pedazos de una embarcación, que parecían tristes despojos de algún naufragio, lo cual no nos dió la idea más lisonjera de nuestra condición. A cierta distancia subimos sobre una eminencia, desde donde se descubriría el resto de la isla, por ver si percibíamos otra tierra ; pero, en vez de lo que buscábamos, sólo encontramos un esqueleto de hombre, que verosímilmente

habían descarnado los pájaros y los bichos. A su lado estaba una botella con su tapón de corcho y un papel al parecer escrito en francés con un pincel. En sus propios términos, era esto lo que contenía :

«Si hay alguno tan desdichado que puede llegar aquí y entender este escrito, sepa que el cadáver que se halla expuesto a las injurias del aire es el de Federico Vant Nort, que, pasando a Holanda sobre el navío *El Príncipe de Orange*, fué arrojado a esta isla por una borrasca. De los restos del naufragio construyeron mis compañeros un buquecillo, con el cual volvieron al mar mientras yo dormía, sin duda por un efecto de su olvido. Al despertar, percibo el buque, pero no estaba ya al alcance de mi voz y no tenía nada que poder poner para señal. Entonces siento el peso de la mano de Dios que se agravaba sobre mí. Confieso que este castigo era bien merecido de mis crímenes, y particularmente de la injuria que hice a la hija del gobernador de Batavia. Vuelvo a decir que si algún europeo tiene la desgracia de tocar este papel, podrá informar al fiscal de Batavia que su hijo ha muerto, y que el hambre terminó su miserable vida.»

Esta aventura funesta nos sacó las lágrimas a los ojos, reflexionando con terror sobre la inescrutable y temible Justicia Divina, que tarde o temprano castiga al delincuente que parecía tener olvidado. Mas nuestras desdichas propias no nos permitían pensar en las ajenas. Volvimos apresuradamente a la chalupa que se conservaba todavía en buen estado, y juntos deliberamos si convendría embarcarnos de nuevo o aguardar que pasase alguna nave que nos condujese. La resolución de todos fué volver a probar fortuna, puesto que teníamos provisiones que la isla no podía darnos. Partimos, pues, de allí, y volvimos al Nordeste, esperando tocar en la costa de Africa, su-

puesto que hubiésemos pasado de Madagascar. Ninguno podía comprender qué isla era aquella que dejábamos, ni en un mapa universal que tenía en mi baúl se encontraba cosa que aludiese a ella. Allí le pusimos el nombre de la *Isla infortunada*. Conocíamos que no podía estar muy distante del paso ordinario de las embarcaciones; mas, con todo, convini-mos en disminuir un poco las raciones por lo que podía suceder, añadiendo esta incomodidad a la que sufríamos de vernos reducidos a comer carne cruda desde el lance ocurrido.

Al día siguiente descubrimos a nuestra gran satisfacción un país que se extendía ampliamente al Sud. Ya nos juzgábamos libres del peligro y, en efecto, antes que anocheciese estábamos a dos leguas de la costa, adonde hubiéramos abordado a no impedirlo un viento Norte fuerte que nos alejaba. Nos contentamos con echar el áncora y recogernos un rato (cosa que no habíamos podido hacer desde que nos echaron del navío), excepto dos centinelas que alternaban. No duró mucho el descanso.

Cerca de la media noche me despiertan los gritos de la esposa de Morrice, voy a levantarme y me hallo aprisionado de pies y manos al mástil de la chalupa. Los esfuerzos que hacía para evadirme sólo servían para apretar más los nudos. A este tiempo oigo suspirar muchas veces a Morrice, y a su mujer implorar mi auxilio en lengua sevaramba. Dígole la situación en que me hallo, llamo a Morrice y no me responde.

Entonces no dudé ya de que hubiese sucedido algún desastre, confirmándomelo bien pronto las quejas con que la dama sevaramba reprendía a los dos homicidas el asesinato de su esposo y el crimen que meditaban contra ella. Advertí en seguida que iban a poner en ejecución su infame designio. Pero un instante después se suscitó pendencia entre los dos sobre quién había de ser primero, y pasando de las pa-

labras a las manos, la sevaramba aprovechó la ocasión de arrojarle al mar, donde se ahogó en un momento.

Entretanto los dos malvados continuaban riñendo, sin reparar en lo sucedido, hasta que, empujándose el uno al otro, cayeron ambos en el mar, y Sturmy, que no sabía nadar, se ahogó también.

Withers pudo recobrar la chalupa, y, sentándose en ella, quedó suspenso por algún tiempo. Como no respiraba ni se movía, le tuve por muerto, y le llamé para asegurarme. Respondióme con una voz apagada :

—¡ Ay ! mi general, soy un infame : no hay reposo para un perverso ; os he sido traidor y a mi conciencia.

Se llegó a mí para desatarme, y apenas podía, porque la noche era tan oscura que no se distinguía nada.

Entonces me contó que Sturmy y él no nos habían seguido por otra cosa que por la mujer de Morríce, sin saber el uno la intención del otro hasta la *Isla infortunada*, donde se habían comunicado su designio. Que el temor de la muerte siempre amenazándonos, había ahogado por algún tiempo su pasión, pero que la vista de tierra había vuelto a encenderla. Que habían resuelto de conformidad la muerte de Morríce, y que a mí me hubiera sucedido lo mismo a no ser por él, que consiguió que sólo me atasen para que no me opusiese a sus criminales intenciones.

—Veo que vais a representarme todo el horror de este delito—agregó ;—os ruego que lo excuséis. Las acusaciones de mi conciencia son otros tantos verdugos que me desgarran. Daría un mundo entero por rescatar las cuatro horas que acaban de pasar. Entretanto, si un arrepentimiento doloroso y sincero puede borrar este atentado, estoy seguro de conseguir

el perdón. Dedicaré el resto de mis días a la penitencia.

Al rayar el alba descubrí el cuerpo de Morrice tendido en un extremo de la chalupa, cosido a puñaladas. Su vista renovó mi dolor. Quitámosle sus vestidos, y, después de haberle bañado con nuestras lágrimas, le arrojamos al mar.

A este tiempo se levantó un viento fresco que nos impelió hacia la costa; mas nada podía infundirme alegría en la situación en que me hallaba. Envidiaba la suerte de Morrice. Una vida como la mía, conservada a tanta costa, no me parecía digna de grande aprecio. Se me figuraba que hubiera sido mejor haber vivido entre bestias feroces que no entre los hombres, pues por lo menos no se matan las unas a las otras, sino cuando el hambre las obliga. ¡Qué pesadumbre no concebía de haber dejado a Sevarambia, donde sabía muy bien que el rey me hubiera permitido acabar mis días!

Entre estas tristes reflexiones, llegamos a la costa, la cual reconocimos guarnecida de rocas; y habiendo costeado toda la mañana, no vimos habitante alguno. Percibimos un navío a dos leguas de nosotros. Withers me suplicó que no le acusase y le di palabra si prometía ser en adelante hombre de bien.

—Ya os lo prometí—me respondió—cuando no tenía nada que temer; si olvidare mi promesa o cesare de detestar mi crimen, consiento que me entreguéis a la justicia.

Ibamos acercándonos al navío, que reconocimos ser francés, y a nuestra señal de angustia bajó sus velas para que pudiésemos abordar. El capitán nos recibió con mucha humanidad, habiéndole contado la perfidia de De Nuit, en la suposición de que sólo Withers me había acompañado en mi infortunio.

El buque era malvino, venía de Sián, se llamaba la *Maligna*, y el capitán Saint-André. A consecuen-

cia de la descripción que le hice de mi nave, aquel valiente soldado me declaró que mi gente pirateaba : que le había atacado tres días antes y huido con un mástil roto por un cañonazo y que él había perdido su teniente en el combate. Me ofreció este empleo, que no admití so pretexto de que habiendo sido vendido tantas veces por mi tripulación, debía temer la venganza de algún oficial que creyese le había usurpado este ascenso. Me pareció quedar convencido, obligándome a que, por lo menos, ocupase un puesto en su cuarto ; y, en fin, me hizo tantos ofrecimientos que todo elogio de mi gratitud sería corto.

Durante nuestro viaje al Cabo, Withers cayó enfermo, y el mal le debilitó tanto en pocos días que desconfiamos de su curación. Yo le visitaba a menudo, porque creí deber hacerlo así. El propio me dijo que no contaba más con la vida ni la deseaba tampoco. Que confiaba haber aplacado la divina ira, mediante su arrepentimiento, contento de dejar el mundo, donde había tenido la desgracia de haber ofendido a su Dios con tantas culpas. Me nombró su heredero, puesto que carecía de parientes, y murió tres días después. En su baúl y en el de Sturmy encontré valor de mucha monta en barras de oro.

Llegamos al cabo de Buena Esperanza después de un viaje bastante feliz, donde descansamos dos meses. No me entretendré en su descripción, que tantos han hecho. Partimos de allí en una flota de veinte buques de distintas naciones, entre los cuales había ingleses, de quienes no hice gran caso.

A nuestro arribo a Saint-Malo quise pagar mi pasaje al capitán, pero éste lo rehusó ; antes bien, se obstinó en pagarme mi chalupa. Me costó infinito hacerle tomar un diamante que encontré entre los efectos de Withers, y aun me satisfizo su valor con el alojamiento en su casa, donde me regaló magníficamente y recibí mil honras.

De Saint-Malo fui a París. Allí vendí mis barras y alhajas hasta juntar trece mil libras esterlinas, que puse en el Mississipi. Al principio me vi enriquecido con sesenta mil piezas, esperando aumentarlas todavía más. Pero bien pronto las trece mil que habían producido tantas quedaron reducidas a dos mil quinientas, con las que me creí feliz en pasar a Inglaterra.

Hallé en mi casa la novedad de haber muerto mi mujer tiempo hacía. Mis hijas, admiradas de verme, apenas podían reconocermé por su padre, hasta que presenté las riquezas que llevaba, y quedaron luego convencidas.

Ahora vivo descansado, esperando la muerte sin inquietud ni impaciencia ; y como es un tributo que debemos todos a la Naturaleza, creo que lo mejor es pagarle temprano. En efecto, ¿qué hay en el mundo que haga desear la vida? Todo es miseria, maldad. ¡ Feliz aquel que tiene la menor parte !

FIN

